
El Náufrago del Cynthia

Julio Verne

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2544

Título: El Náufrago del Cynthia

Autor: Julio Verne

Etiquetas: Novela

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 19 de marzo de 2017

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info/>

1. El amigo del señor Malarius

Ni en Europa, ni en ninguna otra parte existe, probablemente, un sabio cuya fisonomía sea tan universalmente conocida como la del doctor Schwaryencrona, de Estocolmo. Su retrato, reproducido por los comerciantes al pie de la marca de fábrica en millones de botellas selladas con lacre verde, circula con éstas hasta en los últimos confines del globo.

En honor a la verdad, es preciso aclarar que estas botellas no contienen más que aceite de hígado de bacalao, medicamento apreciable y hasta benéfico, que para los habitantes de Noruega representa todos los años, en buenas coronas, totales de siete a ocho cifras.

En otro tiempo, los pescadores monopolizaban este comercio; pero en la actualidad son más científicos los procedimientos de extracción, y el príncipe de esta industria especial es, precisamente, el célebre doctor Schwaryencrona.

Puede afirmarse que no hay ninguna persona que no haya fijado la atención en el retrato, que con su barba en punta, su nariz corva, sus antiparras y su bonete de nutria constituye un tipo especial. El grabado no será tal vez de los más finos, pero la semejanza es notable; y en prueba de ello, he aquí lo que sucedió un día en la escuela primaria de Noruega, en la costa occidental de Noruega, a Pocas leguas de Bergen.

Acababan de dar las dos de la tarde; los escolares se hallaban en clase en la gran sala enarenada; las niñas a la izquierda, los muchachos a la derecha; y seguían en la pizarra la demostración de una teoría que les enseñaba su profesor, el señor Malarius, cuando de pronto abrióse la puerta y apareció un hombre cuyo traje compuesto de pelliza, grandes botas, gruesos guantes y bonete de nutria, todo guarnecido de pieles, llamó la atención general.

Los escolares se pusieron al punto en pie con respeto, como se debe hacer cuando un visitante entra en una clase; ninguno de ellos había visto nunca al recién llegado, y, sin embargo, todos murmuraron al verle:

—¡El señor doctor Schwaryencrona!

¡Tan notable era la semejanza con el retrato grabado en las botellas del doctor!

Debe advertirse que los alumnos del profesor Malarius tenían casi siempre estas botellas a la vista, por la sencilla razón de que una de las principales fábricas del doctor se halla establecida precisamente en Noroé; pero, por otra parte, no era menos cierto que hacía muchos años que el sabio no había visitado el país, y que ninguno de los muchachos podía lisonjearse de haberle visto personalmente.

Pero mentalmente, era distinto; hablábase mucho del doctor Schwaryencrona en las veladas de Noroé, y es seguro que al sabio le hubieran zumbado a menudo los oídos si la conseja popular tuviese el menor fundamento en este punto.

Sea como fuere, aquel reconocimiento tan unánime y espontáneo era un verdadero triunfo para el desconocido autor del retrato, triunfo de que el modesto artista habría tenido derecho para enorgullecerse, y que también podría envidiar algún fotógrafo de moda.

Sí: evidentemente aquella era la barba puntiaguda del sabio, aquella su nariz corva con las antiparras; aquel bonete de nutria, el mismo que él usaba; no cabía error posible: todos los alumnos del señor Malarius lo hubieran jurado.

Pero causábales extrañeza, y hasta un poco de desilusión el observar que el famoso doctor era un hombre de mediana estatura y no un gigante, tal como ellos se lo figuraban. ¿Cómo podía contentarse tan ilustre sabio con una talla de cinco pies y tres pulgadas? Apenas llegaba su cabeza gris al hombro del señor Malarius, aunque el maestro estaba ya algo encorvado por la edad; pero debe advertirse que, como éste era mucho más enjuto de carnes, parecía más alto. La holgada hopalanda de color castaño, a la que un prolongado uso comunicaba ya tonos verdosos, flotaba en los hombros del maestro como una bandera en su asta; usaba calzón corto, zapatos con hebilla, y cubría su cabeza un bonete de seda negro, bajo el cual sobresalían algunos mechones de cabellos blancos.

Su rostro, sonrosado y risueño, revelaba la mayor dulzura; y él también

usaba antiparras, a través de las cuales su mirada no era tan penetrante como la del doctor, pareciendo que sus ojos azules contemplaban todas las cosas con inagotable benevolencia.

Ningún escolar recordaba que el señor Malarius hubiese castigado nunca a uno sólo de sus discípulos, lo cual no impedía que se le respetara a fuerza de amarle, porque poseía los más nobles y generosos sentimientos, y todos lo sabían muy bien. Nadie ignoraba en Noroé que en su juventud había obtenido las más brillantes notas en los exámenes, y que también hubiera podido obtener grados, llegar a ser notable en una Universidad de primer orden y alcanzar honores y fortuna; pero tenía una hermana, la pobre Cristina, enfermiza y achacosa, que por nada del mundo hubiera consentido en abandonar su pueblo, pues temía morir en la ciudad, y el señor Malarius se sacrificó generosamente para no separarse de ella. Por eso aceptó el humilde cargo de maestro de escuela; y más tarde, unos veinte años después, cuando Cristina exhaló el postrer aliento bendiciendo a su hermano, el señor Malarius, acostumbrado a su vida oscura e ignorada, ni siquiera pensó en adoptar otra. Ocupado en sus trabajos personales, de los que no daba conocimiento al mundo, complacía en el más alto grado ser un maestro modelo, tener la escuela mejor montada del país, y, sobre todo, salir del dominio de la enseñanza primaria para elevarse a la superior. Agradábale profundizar los estudios de sus mejores alumnos e iniciarlos en las ciencias, en las literaturas antiguas y modernas, y en todo lo que está generalmente reservado para las clases ricas o acomodadas, y no para los pescadores y campesinos.

—¿Por qué, se preguntaba, no ha de ser bueno para unos lo que es para otros? Si los pobres no pueden disfrutar de todos los placeres de este mundo, ¿por qué rehusarles el de conocer a Homero y Shakespeare, de saber el nombre de la estrella que les guía y el de la planta que huellan con sus pies? ¡Demasiado pronto vendrá el trabajo a oprimirles con su mano de hierro, encorvándolos sobre el surco del arado! ¡Dejémosles por lo menos beber durante sus primeros años en esas puras fuentes, participando del patrimonio común a todos los hombres!

En muchos países se hubiera juzgado imprudente este sistema, muy propio para que los pobres, rebelándose contra su suerte, trataran de salir de su humilde esfera, lanzándose a aventuras quizá peligrosas; pero en Noruega no se inquieta nadie por esto. La dulzura patriarcal de los hombres, el alejamiento de las ciudades y las costumbres laboriosas de

una población muy diseminada, parecen desterrar todo peligro en esta especie de experimentos, y por eso son más frecuentes de lo que pudiera creerse. En ninguna parte se extreman tanto como en ese país, tanto en los colegios como en las más pobres escuelas rurales; y he aquí por qué la península escandinava se puede lisonjear de producir, proporcionalmente a su población, más sabios y hombres distinguidos que cualquiera otra región de Europa. Al viajero le sorprende siempre el contraste que ofrece una naturaleza casi salvaje, con productos y trabajos artísticos que evidencian la más refinada civilización.

Pero ya es tiempo de reunimos con el doctor Schwaryencrona, a quien hemos dejado en la puerta de la escuela de Noroé.

Si los alumnos le habían reconocido al punto sin haberle visto nunca, no le sucedía lo mismo al maestro, que le conocía, sin embargo, de antiguo.

—¡Hola! ¡Buenos días, mi querido Malarius!, exclamó cordialmente el visitante, adelantándose con la mano extendida hacia el maestro.

—Caballero, sea usted bien venido, contestó Malarius, algo cortado, con esa timidez propia de los solitarios, y sorprendido en medio de su demostración. ¿Me dispensará usted si le pregunto a quién tengo el honor?

—¡Cómo! ¿Tanto he cambiado desde que corríamos por la nieve y fumábamos en aquellas largas pipas de Cristianía?... ¿No recuerdas ya la escuela de Krauss, y será necesario que pronuncie el nombre de tu camarada y amigo?, repuso el doctor.

—¡Schwaryencrona!..., exclamó el señor Malarius. ¿Es posible? ¿Eres tú, de veras?... ¿Es usted, señor doctor?

—¡Vamos! Déjate de cumplidos... ¿No soy yo tu viejo Roff, como tú serás siempre mi buen Olaff, es decir, el mejor y más querido amigo de mi juventud? ¡Ah!, demasiado lo sé... El tiempo pasa, y los dos hemos cambiado un poco en treinta años; pero el corazón continúa joven, y siempre hay un rinconcito para aquéllos a quienes se supo amar cuando se comía a su lado el pan de los veinte años. ¿No es verdad, amigo mío?

Y el doctor reía con la mejor gana, estrechando las manos del maestro, que por su parte tenía los ojos humedecidos por las lágrimas.

—¡Querido amigo, mi buen doctor!, decía Malarius; a fe mía que me colmas de satisfacción; pero supongo que no hemos de quedarnos aquí; voy a dar licencia a estos perillanes, que seguramente no lo llevarán a mal, y nos iremos a mi casa...

—Nada de eso, repuso el doctor volviéndose hacia los alumnos, que observaban con vivo interés los detalles de esta escena; yo no debo molestarte en tus trabajos, ni tampoco interrumpir los estudios de esa hermosa juventud... Si quieres complacerme, permitirás que me siente aquí a tu lado, y continuarás tu lección...

—No hay inconveniente, contestó Malarius; pero, a decir verdad, ya no tendré la cabeza para hablar de geometría, y después de haber indicado que dejaré libres a estos tunantes, no quisiera retirar lo dicho... Pero hay un medio de conciliarlo todo; el doctor Schwaryencrona se dignará conceder a mis discípulos el honor de interrogarles sobre sus estudios, y después les daremos asueto por el resto del día.

—¡Excelente idea!... ¡Convenido!... ¡Heme aquí transformado en inspector de escuelas!, repuso el doctor. Y tras de instalarse en el sillón del maestro, añadió dirigiéndose a toda la clase: Vamos, ¿cuál de vosotros es el discípulo más aprovechado?

—¡Erik Hersebom!, contestaron sin vacilar unas cincuenta voces infantiles.

—¡Ah! ¿Es Erik Hersebom?... Pues bien, amiguito: ¿quieres acercarte?

Un escolar de unos doce años, que estaba sentado en el primer banco, levantóse al punto y se aproximó a la mesa. Era un muchacho de aspecto grave, en cuyas facciones notábase cierta expresión meditabunda; sus grandes ojos, de mirada penetrante, hubieran llamado desde luego la atención a cualquiera, pero mucho más en medio de las cabezas rubias que le rodeaban. Sus compañeros de ambos sexos distinguíanse por su cabello de color de lino, sus mejillas sonrosadas y sus ojos verdes y azules, mientras que en Erik el cabello era castaño oscuro, como los ojos, y la tez morena; tampoco tenía los pómulos salientes, la nariz corta y las robustas formas de los hijos de Escandinavia; y, en fin, por sus características físicas diferenciábase de la raza primitiva a que pertenecían sus condiscípulos, y cuyo tipo es tan característico.

Vestia, como los demás, ropa de lienzo basto del país, a la usanza de los

campesinos de Bergen; pero su cabeza pequeña, su cuello de correcto perfil, la gracia natural de sus movimientos y actitudes, todo en él parecía indicar origen extranjero. Cualquier persona culta habría notado estos caracteres, y así le sucedió al doctor Schwaryencrona.

Sin embargo, no había motivo para fijarse al primer golpe de vista, y, por lo tanto, se dispuso a dar principio a su examen.

—¿Por dónde comenzaremos?, preguntó al muchacho. ¿Por la gramática?

—Estoy a sus órdenes señor doctor, contestó modestamente Erik.

Schwaryencrona hizo dos preguntas muy sencillas, y quedó admirado al ver que el muchacho contestaba dando la explicación, no sólo en sueco, sino también en francés y en inglés. El señor Malarius había acostumbrado a esto a Sus discípulos, pretendiendo que era tan fácil aprender tres idiomas a la vez, como uno solo.

—¿Les enseñas el francés y el inglés?, preguntó el doctor a su amigo.

—¿Por qué no, puesto que tienen los elementos del griego y del latín?, repuso Malarius. No me parece que esto pueda perjudicarles.

—Ni a mí tampoco, replicó el doctor sonriendo.

Y abrió al azar un tomo de Cicerón, en el que Erik tradujo muy bien algunos párrafos.

En el pasaje que leyó tratábase de la cicuta bebida por Sócrates, y el maestro rogó a su amigo que preguntase al muchacho de qué familia era aquella planta. Erik respondió sin vacilar que pertenecía a la familia de las umbelíferas, especie de los esmirnios, y detalló todos sus caracteres.

De la botánica se pasó a la geometría. Erik hizo en buenos términos la demostración del teorema relativo a la suma de los ángulos de un triángulo.

La sorpresa del doctor iba en aumento.

—Hablabamos un poco de geografía, dijo de pronto. ¿Qué mar limita al Norte Escandinavia, Rusia y Siberia?

—El Océano Glacial Ártico.

—¿Y con qué mares se comunica este Océano?

—Con el Atlántico al Oeste y el Pacífico al Este.

—¿Puedes citarme dos o tres puntos importantes del Pacífico?

—Sí, señor: Yokohama, en el Japón; Melbourne, en Australia, y San Francisco, en los Estados Unidos.

—Pues bien; si el Océano Glacial Ártico se comunica por una parte con el Atlántico, que baña nuestras costas, y por la otra con el Pacífico, ¿no te parece que el camino más corto para ir a Yokohama o a San Francisco sería ese mar Ártico?

—Claro está, señor doctor, contestó Erik; sería el camino más corto, si fuese practicable; pero hasta el momento, todos los navegantes que intentaron seguirlo vléronse detenidos por los hielos, y hubieron de renunciar a la empresa, cuando no encontraron la muerte.

—¿No dicen que se ha intentado a menudo descubrir el paso del Nordeste?

—Sí, señor; unas cincuenta veces desde hace tres siglos, y siempre sin resultado.

—¿Podrías darme detalles sobre algunas de esas expediciones?

—La primera se organizó en mil quinientos cincuenta y tres, bajo la dirección de Sebastián Cabot, y componíase de tres buques, al mando del malogrado *sir* Hugh Willughby, que pereció en Laponia con toda la tripulación. Uno de sus tenientes, Chancellor, fue al principio más feliz, y pudo abrirse camino directamente por los mares árticos, a lo largo de Laponia y Rusia; pero también naufragó y murió en uno de sus viajes. Un capitán que también hizo el intento, Borough, consiguió franquear el estrecho que separa la Nueva Zembla de la isla Waigatz, penetrando en el mar de Kara; pero los hielos y las brumas le impidieron ir más lejos... Dos expediciones intentadas en mil quinientos ochenta fueron igualmente infructuosas; mas no por eso se desistió del proyecto quince años más tarde. Esa vez fueron los holandeses los que organizaron sucesivamente tres expediciones al mando de Barents para buscar el paso del Nordeste; pero Barents pereció en mil quinientos noventa y siete en los hielos de

Nueva Zembla... Diez años más tarde, Henry Hudson, enviado por la Compañía holandesa de las Indias, fracasó en su empresa del mismo modo después de tres expediciones sucesivas... Los daneses no tuvieron más suerte en mil seiscientos cincuenta y tres, lo mismo que el capitán John Wood; y desde entonces, juzgándose irrealizable la empresa, todas las potencias marítimas renunciaron a ella.

—¿Y no se ha vuelto a intentar nada desde aquella época?

—Sí, señor; Rusia persistió, porque le interesaba muchísimo, así como a todas las naciones septentrionales, hallar una vía marítima directa entre sus costas y Siberia. En el espacio de un siglo no ha enviado menos de dieciocho expediciones sucesivas para explorar la Nueva Zembla, el mar de Kara y las regiones orientales y occidentales de Siberia; pero si esas expediciones sirvieron para hacer conocer mejor aquellos parajes, también se reconoció la imposibilidad de abrir un paso permanente por el gran Océano Ártico. El académico van Batz, que intentó la aventura por última vez en mil ochocientos treinta y siete, después del almirante Lutke y de Pachtusow, declaró públicamente que aquel Océano no es más que un «simple glaciar» tan impracticable para los buques como puede serlo un continente.

—¿Será preciso, pues, renunciar de hecho al paso del Nordeste?

—Esto es, por lo menos, lo que se deduce del resultado de tan numerosas tentativas, siempre inútiles. Asegúrase, no obstante, que nuestro célebre viajero Nordenskjold se propone intentar otra vez la empresa, después de haberse preparado por exploraciones parciales en los mares árticos; si esto es verdad, debe creerse que la cosa le parece realizable; y si él opina de este modo es demasiado competente para que pongamos en duda su éxito.

El doctor Schwaryencrona era precisamente uno de los más entusiastas admiradores de Nordenskjold, razón por la cual había tocado la cuestión relativa al paso del Nordeste; de modo que le complació mucho la claridad de estas contestaciones.

Su mirada estaba fija en Erik, con la expresión del más vivo interés.

—¿Y dónde has aprendido todas esas cosas, hijo mío?, le preguntó después de un prolongado silencio.

—Aquí, señor doctor, contestó Erik, sorprendido de la pregunta.

—¿No has estado nunca en ninguna otra escuela?

—No, señor.

—Pues el señor Malarius tiene sobrado motivo para estar satisfecho de ti, repuso el doctor volviéndose hacia su amigo.

—Sí, dijo el maestro; estoy muy contento de Erik; es mi discípulo desde hace ocho años, o poco menos, pues llegó aquí cuando aún era un chiquillo, y siempre fue el primero de la clase.

El doctor había vuelto a quedar silencioso, y su mirada penetrante se fijaba en Erik con una obstinación singular; parecía preocupado por la solución de un problema que, sin duda, no juzgaba oportuno enunciar en alta voz.

—No es posible, dijo al fin, contestar mejor a mis preguntas, e inútil creo proseguir el examen; de modo que no os detendré aquí más, hijos míos, y puesto que el señor Malarius lo quiere así, demos por terminada la jornada con esto.

Al oír estas palabras, el maestro dio una palmada, todos los escolares se levantaron a su vez, recogieron sus libros y alineáronse en cuatro filas en el espacio libre entre los bancos.

El maestro dio una segunda palmada, y la columna se puso en marcha, marcando el paso con precisión militar.

A una tercera señal los escolares rompieron filas, disemináronse lanzando gritos de alegría, y un instante después se les vio correr alrededor de las azules aguas del fiordo, en cuya superficie se reflejan los tejados de césped de Noroé.

2. Un pescador de Noroé

Como todas las casas de Noroé, la de *maese* Hersebom, está construida con enormes troncos de pinabete, a la usanza escandinava, y tiene tejado de césped; sus dos grandes habitaciones se hallan separadas por un corredor, que conduce al cobertizo donde se guardan las lanchas, los útiles de pesca y los montones de *dorsel*, o bacalao de Noruega y de Islandia, que una vez seco se arrolla para venderlo, con el nombre de *roundfisíi* o *stock-fish*.

Cada una de dichas habitaciones sirve de sala y alcoba. Unos grandes cajones, contruidos en las paredes de madera, contienen todo lo perteneciente a la cama, es decir, el colchón y las pieles, que sólo se sacan de noche; y así, tanto por esta disposición como por el color claro de las paredes y la blancura de la chimenea, situada en un ángulo, y en la cual arde un montón de leña, las más humildes viviendas ofrecen un aspecto de limpieza y de comodidad doméstica, desconocido de los campesinos de la Europa meridional.

Era de noche, y toda la familia estaba reunida alrededor del hogar, donde hervía una olla enorme llena de *sillsallut*, o arenque ahumado, salmón y patatas. *Maese* Hersebom, sentado en un sillón de madera, arreglaba una red, según su costumbre invariable cuando no estaba en el mar o en el secadero. Era un rudo marino de tez curtida por los vientos polares y de cabello gris, aunque todavía se hallase en todo el vigor de la edad. Su hijo Otto, robusto muchacho de catorce años, vivo retrato del padre, parecía destinado también a ser un pescador de mérito; pero en aquel momento ocupábase con mucha atención en penetrar los misterios de la regla de tres, llenando de cifras una pequeña pizarra, con su mano rechoncha y colorada, que a primera vista parecía mucho más propia para manejar el remo. Erik, inclinado sobre la mesa de comer, leía atentamente un grueso volumen de historia que le prestara el señor Malarius, y junto al muchacho, Catalina Hersebom, la esposa del pescador, hilaba tranquilamente en su rueca; mientras que Vanda, graciosa niña rubia de diez o doce años, sentada en un escabel, se afanaba por terminar una gruesa media de lana

roja. A sus pies, un corpulento perro de pelaje amarillo, espeso como el vellón de una oveja, dormía profundamente, oculta la cabeza entre las patas.

Hacía lo menos una hora que nadie interrumpía el silencio, y la lámpara de cobre, alimentada con aceite de pescado, iluminaba suavemente con sus cuatro mecheros aquel tranquilo hogar.

A decir verdad, este silencio parecía enojoso a la buena Catalina, que hacía algunos instantes manifestaba por diversos síntomas la necesidad imperiosa de desatar la lengua.

Al fin no pudo contenerse más.

—Vamos, dijo; ya se ha trabajado bastante esta noche, y creo que es hora de sentarnos a la mesa para cenar.

Erik, sin hacer la menor observación, cogió su libro y fue a sentarse más cerca de la chimenea; mientras que Vanda, dejando su calceta, fue en busca de los platos y las cucharas.

—¿No decías tú, Otto, añadió la madre, que nuestro Erik ha contestado muy bien al señor doctor?

—¿Que si ha contestado bien?, replicó Otto con entusiasmo. ¡Vaya! Hablaba como un libro; esta es la verdad. Yo no sé dónde iba a buscar todo lo que contestó... Cuanto más le interrogaba el doctor, más tenía que decir... Las palabras se le agolpaban a la boca y no se detenía ni un instante... ¡El señor Malarius era el que estaba contento!

—Y yo también, dijo Vanda.

—¡Oh!, por supuesto; todos lo estábamos. ¡Si hubiera usted visto, madre, cómo le escuchaban todos con la boca abierta!... Nosotros no teníamos más que un temor, y era que nos llegase el turno de ser interrogados; pero a él no le importaba esto, pues sabía contestar al doctor como si éste fuera el maestro.

—Pues el señor Malarius, replicó Erik, a quien aquellos elogios a boca de jarro parecían molestar, vale tanto como el doctor, en mi opinión, y seguramente es tan sabio como el que más. El pescador aprobó con una sonrisa. —Tienes razón, muchacho, dijo sin suspender el trabajo que

hacía con sus callosas manos; el señor Malarius podría enseñar, si quisiera, a todos los doctores de la ciudad... Y al menos él no se sirve de la ciencia para arruinar a la gente pobre.

—¿Ha ocasionado la ruina de alguno el doctor Schwaryencrona?, preguntó Erik con curiosidad.

—¡Hum... hum!... Si no lo ha hecho, no es por culpa suya. ¿Crees que he visto con agrado la construcción de esa fábrica, cuya chimenea humea allá abajo a orillas del fiordo? Tu madre podrá decirte cómo en otro tiempo extraíamos nosotros el aceite y lo vendíamos muy bien en Bergen, por ciento cincuenta y hasta por doscientos kroners al año... ¡Ahora todo acabó! Nadie quiere ya el aceite moreno, y pagan tan poco por él, que apenas vale la pena hacer el viaje. Hemos de contentarnos con vender los hígados en la fábrica, y sólo Dios sabe hasta qué punto se las arregla el administrador para obtenerlos a bajo precio... A duras penas gano cuarenta y cinco kroners, trabajando tres veces más que en otro tiempo. ¡Pues bien!... Yo digo que esto no es justo, y que mejor fuera que el doctor se cuidase de sus enfermos en Estocolmo y no viniese aquí a usurpar nuestro oficio quitándonos el pan de la boca.

Al oír estas amargas palabras, todos callaron, y durante algunos instantes sólo interrumpió el silencio el choque de los platos que Vanda ponía en la mesa, mientras que su madre trasladaba el contenido de la olla a una enorme fuente de barro.

Erik reflexionaba profundamente sobre las palabras de su padre; las objeciones se acumulaban en su espíritu, y como era el candor personificado, no pudo abstenerse de formularlas.

—Me parece, padre, dijo, que tiene usted razón para lamentar la pérdida de las utilidades de otro tiempo; pero no es tampoco justo acusar al doctor Schwaryencrona de haberlas disminuido. ¿No vale su aceite más que el de nosotros?

—¡Bah, bah!,... ¡Es más claro, y a esto se reduce todo!, aunque, a decir verdad, tampoco huele a resina como el nuestro, según aseguran... He aquí, sin duda, por qué lo prefieren las remilgadas de la ciudad; pero el diablo me lleve si produce en los pulmones de los enfermos mejor efecto que nuestro buen aceite de otra época.

—En fin, repuso Erik; sea cual fuere la razón, lo cierto es que lo prefieren; y tratándose de, un medicamento tan saludable, importa mucho que al público le cause menor repugnancia. En consecuencia, si un médico halla el medio de disminuir esa repugnancia modificando el sistema de fabricación, ¿no es deber suyo aplicar su descubrimiento?

Maese Hersebom se rascaba una oreja.

—Sin duda, convino después de una pausa y como a pesar suyo; tal vez sea ése su deber de médico; pero no veo una razón para impedir a los pobres pescadores que se ganen la vida.

—Yo creía, replicó Erik, que en la fábrica del doctor se ocupaban trescientos, mientras que en la época de que usted habla había apenas veinte.

—¡Pues precisamente por eso el oficio no vale ya nada!, exclamó *Hersebom*.

—¡Vamos! A cenar, sentaos a la mesa, interrumpió Catalina, al ver que la controversia tomaba un giro que no era de su agrado.

Erik, comprendiendo que sería importuno insistir más, no replicó al argumento de *maese Hersebom*, y fue a sentarse, como de costumbre, al lado de Vanda.

—El doctor y el señor Malarius se tutean, dijo Erik para cambiar de conversación; de modo que deben ser amigos de la infancia.

—¡Es claro!, contestó el pescador, ocupando su puesto en la mesa; y aún recuerdo la época en que jugaban en la plaza de la escuela, aunque ahora tienen unos diez años más que yo. El señor Malarius era hijo del médico de entonces, y el padre del doctor Schwaryencrona ejercía mi oficio; pero desde aquel tiempo, el doctor ha hecho carrera. Según dicen, ahora tiene millones y habita en Estocolmo un verdadero palacio... ¡Oh! ¡La instrucción es una gran cosa!

Satisfecho con este aforismo, el buen hombre se disponía a introducir su cuchara en la olla humeante cuando un golpe dado en la puerta contuvo su movimiento.

—¿Se puede entrar, *maese Hersebom*?, gritó una voz fuerte y sonora.

Y sin aguardar respuesta, la misma persona de quien acababan de hablar, penetró en la sala, dejando entrar al mismo tiempo una ráfaga de aire helado.

—¡El señor doctor Schwaryencrona!, exclamaron los tres muchachos, mientras que el padre y la madre se levantaban apresuradamente.

—¡Apreciable Hersebom!, exclamó el sabio cogiendo la mano del pescador entre las suyas; ya hace largos años que no nos vemos, pero no he olvidado a su buen padre, y pensé que podría presentarme aquí como amigo de la infancia. El digno pescador quedó algo cortado, sin duda por recordar las acusaciones lanzadas poco antes hacia su visitante y no sabía cómo contestar a sus palabras, por lo cual se limitó a devolverle el apretón de manos con una sonrisa de cordial bienvenida, mientras que la buena mujer gritaba:

—¡Otto, Erik, ayuda al doctor a quitarse la pelliza; y tú, Vanda, trae otro cubierto! El señor doctor nos honrará tomando un bocado con nosotros.

Catalina era hospitalaria, como todas las mujeres noruegas.

—Os aseguro que no me negaría a ello si tuviese la menor gana, pues ahí veo un plato de salmón muy apetitoso; pero aún no hace una hora que he cenado con mi amigo Malarius, y seguramente no habría venido si hubiese pensado que les encontraría a la mesa... Si quieren ustedes complacerme, siéntense todos a la mesa y obren como si yo no estuviese aquí.

—¡Oh, señor doctor, exclamó Catalina con tono de súplica; por lo menos aceptará usted unas *snorgas* y una taza de té...!

—Vaya por la taza de té, pero con una condición; y es que comerán ustedes antes, contestó el doctor, sentándose en el sillón grande.

Vanda puso a hervir el agua para el té, con la mayor discreción, y desapareció como una sílfide en la habitación inmediata, mientras que toda la familia, comprendiendo con su cortesía innata que la insistencia desagradaría a su visitante, volvió apresuradamente a ocupar su puesto en la mesa y comenzó a cenar.

Un momento después el doctor se había arrellanado a su gusto en el

sillón, y tostábase las piernas ante la llama de la leña que Catalina acababa de echar en la chimenea. Entonces habló de los antiguos tiempos, de las personas muertas ya, de las que aún vivían, y de los cambios efectuados en el país y en la misma ciudad de Bergen. Parecíale hallarse en su casa, y hasta consiguió que *maese* Hersebom se repusiera del todo. Poco después Vanda entró con una bandeja de madera, y la presentó tan graciosamente, que no era posible resistirse.

Allí estaban las famosas *snorgas* de Noruega, es decir, agujas de reno ahumado, escabeche de arenque con pimentón, delgadas rebanadas de pan negro, queso con pimienta y otros condimentos ardientes que se comen a todas horas para abrir el apetito.

Todo esto llenaba tan bien el objeto, que el doctor, que había probado algo por complacencia, se halló en disposición de aceptar un platito de confitura de zarzamora, especialidad de la buena Catalina, sintiéndose después tan sediento que apenas bastaron para mitigar su sed siete u ocho tazas de té sin azúcar.

Maese Hersebom trajo entonces una jarra de excelente sidra, de procedencia holandesa; y, terminada la cena, el doctor aceptó del pescador una enorme pipa, la cual rellenoó bien de tabaco, y comenzó a fumar con gran satisfacción de todos.

Demás está decir que, llegadas las cosas a este punto, había desaparecido toda reserva y cortedad, y que el doctor parecía haber formado siempre parte de la familia. Todos reían y charlaban, y eran ya los mejores amigos, cuando dieron las diez en el viejo reloj de madera.

—Amigos míos, dijo entonces el doctor, ya se hace tarde, y si ahora tienen ustedes a bien enviar a los chicos a dormir, hablaremos de asuntos formales.

A una señal de su madre, Otto, Erik y Vanda dieron las buenas noches y se retiraron.

—Sin duda se pregunta usted cuál es el motivo de mi visita, dijo el doctor después de una pausa, fijando su penetrante mirada en Hersebom.

—Mi huésped será siempre bien venido, contestó el pescador con tono sentencioso.

—Sí, ya lo sé; ya sé que la hospitalidad no se pierde en Noroé...; pero, en fin, seguramente habrá usted pensado que he tenido alguna razón para dejar la compañía de mi antiguo amigo Malarius y presentarme así en esta casa... Apostaría a que la buena Catalina ha sospechado ya algo.

—Lo sabremos cuando usted nos dé a conocer el motivo, replicó diplomáticamente la mujer de Hersebom.

—¡Vamos!, repuso el doctor, suspirando. Ya que no quieren ustedes ayudarme, preciso será que aborde solo la cuestión... Erik es un muchacho de los más notables, *maese* Hersebom.

—No me quejo de él.

—Posee una inteligencia singular, y, atendida su edad, es muy instruido, prosiguió el doctor; hoy le he examinado un poco en la escuela, y me han admirado mucho sus facultades nada comunes y sus conocimientos... También me sorprendí cuando supe su nombre, al observar que en nada se parecía a usted, ni tampoco a los hijos del país.

El pescador y su mujer permanecían inmóviles y silenciosos.

—En una palabra, añadió el doctor con cierta impaciencia; no sólo me interesa ese muchacho, sino que me hace cavilar. He hablado de él con Malarius, quien me ha dicho que no es hijo de ustedes; que un naufragio le arrojó a nuestras costas, que usted le recogió y adoptó, y quiso por último darle su nombre. ¿No es verdad todo esto?

—Sí, señor doctor, contestó Hersebom.

—Si no es nuestro hijo por la sangre, lo es por el cariño, exclamó Catalina con los ojos húmedos y el labio tembloroso; entre él, Otto y Vanda no tenemos preferencias, y ni siquiera hemos pensado nunca en recordarle que no era nuestro hijo.

—Esos sentimientos les honran, dijo el doctor, conmovido por la agitación de la buena mujer; pero yo les ruego, amigos míos, que me refieran la historia del muchacho. He venido aquí para conocerla, y puedo asegurarles que sólo deseo su bien.

El pescador, rascándose la oreja, pareció vacilar un instante; mas al ver

que el doctor aguardaba el relato con impaciencia, decidióse al fin a referir la historia.

—Todo cuanto le han contado a usted es cierto, dijo al fin, con cierta expresión de pesar; el muchacho no es mi hijo. Hará unos doce años, o poco menos, hallábame un día más allá del islote que oculta la entrada del fiordo hacia alta mar... ya sabe usted que allí hay un banco de arena, y que el bacalao abunda mucho. Terminado el trabajo del día, que había sido bastante bueno, recogí mis últimas redes, y me disponía a izar mi vela cuando a la luz de los últimos resplandores del sol poniente vi flotar en las aguas, como a una milla de distancia, un objeto blanco que me llamó la atención. El mar estaba sereno, no me urgía volver a casa, y, en vez de enderezar el rumbo hacia Noroé, despertóse mi curiosidad, y goberné en sentido opuesto para ver qué era aquella cosa blanca, a la cual di alcance en diez minutos. El objeto que flotaba así, conducido hacia la costa por la marea, era una cuna de mimbre envuelta en unas mantillas de muselina y sujeta a un salvavidas. Me acerqué hasta poder agarrarla, y poseído de una emoción fácil de comprender, saqué el salvavidas del agua, y vi un pobre niño de siete u ocho meses que dormía profundamente. Aunque estaba un poco pálido y frío, no parecía haber sufrido mucho por su arriesgado viaje, dada la fuerza con que comenzó a gritar apenas se hubo despertado. Nosotros teníamos nuestro Otto, y ya sabía yo cómo se arreglan estos chiquillos; de modo que me apresuré a formar una muñequita con un pedazo de trapo; la mojé en un poco de agua mezclada con *brennevin* y se la puse en la boca... Al punto se calmó, y parecióme que aceptaba con verdadero placer aquel cordial; pero pensé que no se contentaría mucho tiempo, y en consecuencia hice un esfuerzo para llegar cuanto antes a Noroé. Ya comprenderá usted que había desatado la cuna y la tenía a mis pies en el fondo de la barca. Sin soltar la escota de mi vela, contemplaba la pobre criatura, preguntándome de dónde habría venido. Seguramente procedía de un buque náufrago, pues la noche anterior habíamos tenido muy mala mar a causa de un viento huracanado, y sin duda habían ocurrido muchos desastres; pero ¿por qué concurso de circunstancias encaparía aquel niño de la desgraciada suerte de los que cuidaban de él? ¿Cómo se pudo pensar en atarle a un salvavidas? ¿Cuántas horas hacía que flotaba así en la cresta de las olas? ¿Dónde estarían sus padres o las personas que le amaban? Nadie debía contestar jamás a estas preguntas, porque el pobre niño no podía hacerlo. En fin, media hora después hallábame en casa y entregaba mi hallazgo a Catalina. Entonces poseíamos una vaca, y la destinamos al punto para

nodriza del niño. Cuando se hubo atracado de leche, calentándose al fuego, estaba tan hermoso y sonrosado, y sonreía con tanta gracia, que al momento le cobramos cariño, como si fuera verdaderamente nuestro... Desde entonces le conservamos sin descuidar su educación, y jamás hemos establecido diferencia entre él y nuestros dos hijos... ¿No es así, mujer?, *maese* Hersebom volviéndose hacia Catalina.

—Seguramente. ¡Pobre niño!, exclamó la mujer enjugándose los ojos, que se habían llenado de lágrimas al evocar aquellos recuerdos. También es nuestro hijo, pues le hemos adoptado... y no sé Por qué el señor Malarius no lo reconoce así.

Y la buena mujer, sinceramente indignada, hizo girar su rueca con energía.

—Es verdad, añadió el pescador; me parece que a nadie le importa esto.

—Ciertamente, repuso el doctor con tono benévolo; pero no se ha de acusar de indiscreción al señor Malarius, pues yo soy quien, admirado al observar la fisonomía del muchacho, rogué al maestro que me refiriera confidencialmente su historia, Malarius no me ha ocultado que Erik se creía hijo de ustedes, y que nadie en Noroé recuerda ya cómo ha llegado a serlo. Ya ve usted, por otra parte, que no he querido hablar delante del muchacho, y que he esperado a que todos se retirasen... ¿Y dice usted que podía tener de siete a ocho meses cuando le recogió?

—Poco más o menos. Al picarillo le habían salido ya cuatro dientes, y le aseguro a usted que no tardó en servirse de ellos, dijo Hersebom sonriendo.

—¡Oh! Era un niño hermoso, añadió vivamente Catalina; blanco, gordito y del más fino cutis... ¡Si hubiera usted visto qué brazos y qué piernas!...

—¿Cómo estaba vestido?, preguntó el doctor Schwaryencrona.

Hersebom no contestó, pero su mujer no quiso ser tan discreta.

—¡Como un príncipe!, exclamó Catalina. Figúrese usted, señor doctor, que llevaba un vestidito de piqué guarnecido de encaje, una chaquetita forrada de raso, que ni el hijo de un rey la tendría más hermosa, una gorrita con pliegues y una capita de terciopelo blanco... ¡No se hubiera podido encontrar nada mejor!... Y ahora quiero que juzgue por sus ojos, pues

todo lo conservo intacto. Ya comprenderá usted que nosotros no hubiéramos podido vestir al niño con semejante ropa... Me limité a ponerle los vestiditos de Otto, que también guardaba, y que más tarde sirvieron para la niña... Aquí tengo su canastilla, y voy a enseñárselos a usted.

Así diciendo, la buena mujer se había arrodillado delante de un enorme cofre de encina con cerradura antigua, y después de levantar la tapa comenzó a buscar activamente en uno de los compartimentos.

De allí sacó uno por uno todos los vestidos enumerados, que desplegó con orgullo a la vista del doctor, y también unas mantillas muy finas, un babero con encaje, un pequeño cobertor de seda y unos zapatitos de lana blanca.

Todas las piezas estaban marcadas con las iniciales E. D. en un bordado muy fino y elegante, como el doctor pudo reconocer a primera vista.

—E. D... ¿Tuvo usted en cuenta esto para dar al muchacho el nombre de Erik?

—Precisamente, contestó Catalina, a quien la exposición de aquellos objetos llenaba sin duda de satisfacción, al paso que parecía contristar a su marido; y ahora verá usted lo mejor, lo que llevaba en el cuello, añadió, sacando del cajón un chupete de oro y de coral rosa, suspendido de una cadenita.

En aquel objeto veíanse también las iniciales E. D., rodeadas de la inscripción latina *Semper ídem*.

—Nosotros creímos al pronto, dijo Catalina, al ver que el doctor descifraba la inscripción, que éste sería el nombre del niño; pero el señor Malarius nos dijo que eso quería decir: «Siempre el mismo».

—El señor Malarius ha dicho la verdad, contestó el doctor, viendo en las palabras de Catalina una pregunta indirecta.

Y mientras que la buena mujer colocaba de nuevo los vestiditos en el cofre, añadió:

—Claro es que el niño pertenecía a una familia rica y distinguida. ¿No imaginan ustedes de qué país pueda proceder?

—¿Cómo quiere usted que podamos siquiera sospecharlo, replicó

Hersebom, puesto que se encontró en el mar?

—Sí; pero la cuna estaba atada a un salvavidas, según me ha dicho usted, y en todas las marinas es costumbre inscribir en los salvavidas el nombre del buque a que pertenecen, repuso el doctor, fijando de nuevo su penetrante mirada en el pescador.

—Es verdad, contestó Hersebom bajando la cabeza.

—Pues bien: ¿qué nombre tenía ese salvavidas?

—¡Diantre, señor doctor! Yo no soy ningún sabio... Sé leer un poco mi propia lengua, pero en cuanto a las extranjeras... ¡buenas noches!, todo es para mí negro... Además... ¡hace ya tanto tiempo...!

—Sin embargo, usted debe recordar alguna cosa... y seguramente habrá enseñado el salvavidas al señor Malarius, como todo lo demás. ¿No recuerda usted si era *Cynthia* el nombre inscrito en él?

—Me parece que era algo así, contestó vagamente el pescador.

—¡Es un nombre extranjero...! ¿De qué país puede ser, en su opinión, *maese* Hersebom?

—¡Qué sé yo!... ¿Conozco, por ventura, todos esos países del diablo? Jamás he salido de las aguas de Noroé y de Bergen, como no sea una o dos veces para ir a pescar en las costas de Islandia y de Groenlandia, contestó el pescador con tono cada vez más brusco.

—Yo me inclino a creer que este nombre es inglés o alemán, dijo el doctor, sin darse cuenta, al parecer, de la expresión hostil de Hersebom; pero esto sería fácil de averiguar por la forma de las letras, si yo viese el salvavidas. ¿No lo ha conservado usted?

—¡A fe mía que no! Hace ya mucho tiempo que se quemó, repuso el pescador con aire de triunfo.

—Según los recuerdos de Malarius, las letras eran romanas, murmuró el doctor como hablando para sí; y el anagrama de la ropa lo confirma; de modo que es probable que el *Cynthia* no fuese un buque alemán... Yo supondría más bien que era inglés. ¿No es usted de mi parecer, *maese* Hersebom?

—¡Bah! Eso es cosa que me tiene sin cuidado, replicó el pescador; tanto me da que fuera inglés, como ruso o patagón; no me importa un ardite... Según todas las probabilidades, hace ya largo tiempo que el secreto quedó depositado a tres o cuatro mil metros de profundidad.

Se hubiera podido creer que a *maese* Hersebom le complacía mucho que el secreto se hallara en el fondo del mar.

—En fin, continuó el doctor, supongo que no habrá usted dejado de hacer algunos esfuerzos para dar con la familia del niño; sin duda habrá escrito al gobernador de Bergen, insertando después algún anuncio en los diarios.

Al pronunciar estas palabras, la mirada del doctor brillaba con expresión irónica a través de los cristales de sus anteojos.

—¡Yo!, exclamó el pescador. ¡No he pensado jamás en hacer tal cosa!... ¡Dios sabe de dónde venía el chiquillo y a quién pertenecía!... Prescindiendo de esto, ¿dónde tenía yo el dinero necesario para buscar a las personas que se cuidaban tan poco de la criatura?... Póngase usted en mi lugar, señor doctor... Yo no soy ningún millonario... ¡Bueno hubiera sido gastar todo mi peculio para acabar por no averiguar nada! Se ha hecho lo que se ha podido, educando al chico como si fuera hijo nuestro y profesándole verdadero cariño.

—Sí, tal vez más que a los otros, interrumpió Catalina, enjugándose los ojos con el delantal, pues si algo debemos echarnos en cara es haberle querido demasiado.

—Señora Hersebom, replicó el doctor, no me hará usted la injuria de suponer que sus bondades no me inspiran la más viva admiración; no puede usted pensar semejante cosa... Pero si he de hablar con entera franqueza, diré que esa misma ternura les ha hecho olvidar su deber, que era buscar, ante todo, la familia del niño en cuanto lo permitiesen sus medios.

A estas palabras siguió un profundo silencio.

—Es posible, dijo al fin *maese* Hersebom, que había inclinado la cabeza al oír aquella censura; pero a lo hecho, pecho; ahora Erik es nuestro, y maldita la gana que tengo de referirle esta antigua historia.

—No tenga usted el menor cuidado de que yo traicione su secreto, repuso el doctor, levantándose; y ahora, amigos míos, como ya se hace tarde, me retiro, deseándoles una buena noche... una noche sin remordimientos, añadió el doctor, gravemente.

Así diciendo, abrigóse con su pelliza, y sin aceptar la oferta del pescador, que se empeñaba en acompañarle, estrechó cordialmente la mano a los esposos y alejóse en dirección a su fábrica.

Hersebom permaneció un momento en el umbral de la puerta observándole a la claridad de la luna, hasta que al fin decidióse a cerrar, murmurando entre dientes:

—¡Diablo de hombre!

3. Las ideas de maese Hersebom

A la mañana siguiente, acababa el doctor Schwaryencrona de almorzar con su administrador después de haber inspeccionado la fábrica, cuando vio entrar de pronto un hombre, en quien no reconoció a primera vista a *maese Hersebom*.

Engalanado con su traje de fiesta, su gran chaleco bordado y su levitón, y cubierta la cabeza con un enorme sombrero, el pescador difería mucho del hombre de la víspera, con su ropa de trabajo; Pero lo que le transformaba más que todo era la expresión triste y humilde de su rostro: tenía los ojos enrojecidos, y hubiérase dicho que no los había cerrado en toda la noche.

Así era, en efecto: *maese Hersebom*, que jamás tuvo en su vida el menor remordimiento de conciencia, había pasado muy tristes horas en su lecho de cuero durante la noche anterior, y llegada la mañana, hizo las más dolorosas reflexiones con su mujer, que tampoco había podido conciliar el sueño.

—Catalina, hábale dicho al cabo de algunas horas de insomnio, pienso en las palabras del doctor.

—Y yo también desde que se marchó, contestó la digna mujer.

—Yo pienso que hay una parte de verdad en lo que ha dicho, y que tal vez nos hemos comportado con más egoísmo de lo que pensábamos. ¡Quién sabe si el muchacho tiene derecho a alguna considerable herencia, de la cual está privado por nuestro descuido!... ¡Quién sabe si le llora hace doce años una familia que, con razón, podría acusarnos de no haber hecho nada para devolverle!

—Precisamente es lo que yo me repito, contestó Catalina, suspirando. Si su madre vive, ¡cuál no será su angustia y su dolor al pensar que su hijo ha muerto ahogado!... Yo me pongo en su lugar, y supongo que hemos perdido nuestro Otto... ¡Jamás nos consolaríamos de semejante desgracia!

—No es precisamente la madre lo que me inquieta, pues, según todas las probabilidades, ha muerto, repuso Hersebom, después de un largo silencio entrecortado por suspiros. ¿Cómo suponer que un niño de esa edad viajaba sin ella, o que se pudiera atarle a un salvavidas y abandonarle en medio del océano si ella hubiese vivido?...

—Es cierto... pero nosotros no sabemos nada... Tal vez ella escapara también por milagro.

—Y hasta pudiera ser que le hubiesen robado su hijo, repuso Hersebom; varias veces se me ha ocurrido ya esta idea. ¿Quién nos asegura que no se tendría algún interés en hacerle desaparecer?... Abandonarle así en un salvavidas es una cosa tan extraordinaria, que permite hacer todas las suposiciones posibles... y en este caso nos habríamos hecho cómplices de un crimen favoreciendo el éxito. ¿No te espanta pensar en esto?

—¡Quién nos hubiera dicho semejante cosa, a nosotros, que creímos hacer una obra de caridad adoptando a la pobre criatura!

—¡Oh!, es claro; nosotros no hemos obrado con mala intención. Se le ha mantenido y cuidado como mejor podíamos hacerlo; pero no por esto hemos procedido menos, aturdidamente, dando lugar a que el chico nos lo eche en cara algún día, pues no le faltará derecho para ello...

—En cuanto a esto, segura estoy que no debemos abrigar temores; pero ya es demasiado tener un remordimiento sobre nuestra conciencia.

—¡Verdaderamente es muy singular que la misma acción, considerada bajo un punto de vista distinto, se pueda juzgar de maneras tan opuestas! Jamás hubiera imaginado semejante cosa... Y han bastado unas pocas palabras del doctor para trastornarnos el seso. Así hablaban los dignos esposos. El resultado de estas mutuas reflexiones nocturnas fue que *maese* Hersebom resolvió al fin ir a consultar al doctor Schwaryencrona sobre lo que se podría hacer para reparar el pasado error.

El sabio no creyó oportuno por el momento renovar la conversación de la víspera, y acogiendo al pescador benignamente, habló con él del tiempo y del precio del pescado, fingiendo que consideraba su visita como un simple deber de cortesía.

Pero esto no llenaba el objeto de Hersebom, quien, después de algunas

indirectas sobre sus preocupaciones, habló de la escuela del señor Malarius y resolvió por fin abordar de lleno la cuestión.

—Señor doctor, dijo, mi mujer y yo hemos pensado toda la noche sobre lo que usted nos dijo ayer respecto al chico... Nunca creímos perjudicarlo en lo más mínimo educándole cual si fuera hijo nuestro; pero usted nos ha hecho cambiar de opinión, y yo quisiera que nos aconsejase a fin de no pecar más por ignorancia... ¿Le parece a usted que aún es tiempo de buscar la familia de Erik? —Nunca es demasiado tarde cuando se trata del cumplimiento de un deber, repuso el doctor, aunque seguramente la tarea será hoy mucho más complicada que lo hubiera sido en el primer momento... ¿Quiere usted confiármela? Yo me encargaré de ella con gusto, y le prometo activar las diligencias todo lo posible; pero... con una condición, y es que me dejará usted el muchacho para llevarle a Estocolmo...

Un rayo que hubiera caído a los pies de *maese* Hersebom no le habría trastornado más; palideció y turbóse visiblemente.

—¡Entregar a Erik... enviarle a Estocolmo!... ¿Y para qué, señor doctor?, preguntó con voz alterada.

—Voy a decírselo a usted... Ese muchacho llamó desde el primer momento mi atención, no sólo por sus rasgos físicos, que le distinguen a primera vista de sus compañeros, sino también por su viva inteligencia y su marcada afición a los estudios superiores. Antes de conocer la serie de peripecias que le trajeron a Noroé, habíame dicho que sería un crimen dejar a ese chico tan bien dotado en una escuela de pueblo, por más que haya un maestro como el señor Malarius, pues aquí no hallará nada de lo que podría contribuir al desarrollo de sus facultades excepcionales, ni museos, ni colecciones científicas, ni bibliotecas, ni émulos dignos de él... Esto es lo que me impulsó a inquirir informes sobre Erik para conocer su historia, y antes de saberla ya experimentaba el más vivo deseo de proporcionar a ese muchacho las ventajas de una educación completa. Ya comprenderá usted fácilmente, pues, que, una vez conocidos los datos que ayer me dio, debía ser mayor mi empeño en realizar ese plan, sin perjuicio de llevar a cabo la misión de que estoy dispuesto a encargarme en su favor. De más me parece decirle, *maese* Hersebom, que su hijo adoptivo pertenece evidentemente a una familia rica y distinguida; y si la encuentro, ¿sería conveniente devolverle un hijo educado en el pueblo y falto de esos conocimientos sin los cuales estaría fuera de su centro en un

ambiente más elevado?... Esto no sería razonable, y usted tiene demasiado buen sentido para comprenderlo.

El pescador había inclinado la cabeza; dos lágrimas se deslizaban por sus curtidas mejillas.

—Pero entonces, murmuró al fin, esto sería una separación definitiva, y antes de saber si el muchacho hallará otra familia deberemos echarle de casa... ¡Esto es pedirme demasiado, señor doctor! ¡Esto sería exigir demasiado a mi mujer!... El chico es feliz en nuestra casa... ¿Por qué no dejarle... cuando menos hasta que estemos seguros de que su suerte ha de ser más brillante y el más feliz?

—¡Feliz!... ¿Quién podría decirle a usted que lo será más adelante? ¿Quién le asegura que, una vez hombre, no sentirá que le hayan salvado? Inteligente y superior, como lo será tal vez, su género de vida presente en Noroé acabaría por matarle.

—Pues, señor doctor, esa vida que usted desdeña es bastante buena para nosotros. ¿Por qué no había de serlo también para el muchacho?

—Yo no la desprecio, replicó el sabio con calor, pues nadie admira ni honra el trabajo tanto como yo. ¿Cree usted, amigo mío, que puedo olvidar de dónde he salido?... Mi padre y mi abuelo eran pescadores como usted, y precisamente porque tuvieron la previsión de educarme aprecio el beneficio en su justo valor, y quisiera asegurárselo a un muchacho que lo merece. Sólo su interés me guía, créalo usted.

—¿Y qué sé yo de todo eso?... ¿Estará Erik muy adelantado cuando se halle convertido en un caballerito que no sabe servirse de sus manos? Y si no encuentra usted su familia, que es lo más probable al cabo de doce años, ¡vaya negocio que habremos hecho!... ¡Bah, señor doctor! No es mala vida la del marino, y yo creo que vale tanto como cualquiera otra... Con una buena barca bajo los pies, aspirando siempre la fresca brisa del mar, y con cuatro o cinco docenas de abadejos en el fondo de las redes, el pescador noruego no teme nada, ni a nadie debe nada. ¿Dice usted que Erik no sería feliz con esta vida?... Pues permítame creer todo lo contrario; que yo conozco bien al chico... Le gustan los libros, pero ante todo le agrada el mar; diríase que recuerda haberse mecido en él, y seguro estoy que todos los museos del mundo no le consolarían si se hallase lejos del océano.

—Pero en Estocolmo tenemos también mar, dijo el doctor, sonriendo, y conmovido a pesar suyo por aquella cariñosa resistencia.

—En fin, replicó el pescador cruzándose de brazos: ¿qué quiere usted en definitiva? ¿Qué propone usted, señor doctor?

—¡Muy bien!... Ya ve usted que, después de todo, ha comprendido la necesidad de hacer alguna cosa... He aquí mi proposición: Erik tiene doce años o, más bien, corea de trece, y, al parecer, es un chico excepcionalmente dotado. Poco importa de dónde viene... dejemos de lado esta cuestión de origen; lo que importa es proporcionarle medios para desarrollar y utilizar sus facultades; esto es lo único que nos ocupa por el momento. Yo soy rico, no tengo familia, y, por lo tanto, me encargaré de facilitarle los recursos necesarios, buscándole los mejores maestros para que se aproveche de sus lecciones. La prueba durará dos años; durante este tiempo llevaré a cabo las diligencias, haré mis investigaciones, insertaré anuncios en los diarios y removeré cielo y tierra para encontrar a los padres de Erik. Si no lo consigo en dos años, deberé renunciar; si se encuentran los padres, éstos decidirán, naturalmente lo que se ha de hacer. En el caso contrario, vuelvo a enviarles a ustedes el chico... ya tendrá quince años y habrá visto mundo; de modo que será llegada la hora de manifestarle la verdad sobre su nacimiento. Con nuestros consejos, y oyendo el parecer de sus profesores, él mismo se decidirá con pleno conocimiento de causa sobre el camino que le conviene seguir. Si quiere ser pescador, no seré yo quien se oponga a ello; si quiere continuar sus estudios, yo me comprometo a facilitarle los medios para concluirlos, a fin de que después abrace la carrera de su elección... ¿No le parece a usted razonable todo esto?

—¡Más que razonable!... La sabiduría misma es la que habla por boca de usted, señor doctor, exclamó Hersebom, vencido en sus últimos atrincheramientos. ¡Vamos, es una gran cosa haber estudiado!, añadió, moviendo la cabeza. ¡Qué fácil es convencer a los ignorantes! La dificultad será ahora repetir todo eso a mi mujer... ¿Y se llevaría usted pronto al chico?

—Mañana... no puedo demorar un solo día mi vuelta a Estocolmo.

Hersebom exhaló un suspiro que parecía un sollozo.

—¿Mañana?... ¡Muy pronto es!, murmuró. En fin, lo que ha de ser será... Voy a decírselo a mi mujer.

—Eso es. Consulte usted también al señor Malarius, y ya verá cómo participa de mi opinión.

—¡Oh! Lo dudo un poco, replicó el pescador con una triste sonrisa.

Así diciendo, estrechó la mano del sabio y alejóse pensativo.

Por la noche, antes de la hora de cenar, el doctor se dirigió otra vez a casa de *maese* Hersebom, donde halló a la familia reunida alrededor del hogar como la víspera, pero no en las mismas condiciones de tranquilidad y contento. El padre, sentado lejos del fuego, estaba silencioso, sin ocuparse de nada; Catalina, con los ojos llenos de lágrimas, estrechaba las manos de Erik, que, muy animado con la esperanza de su nuevo porvenir, a la par que entristecido por el pesar de alejarse de todo cuanto amaba, no sabía a qué sentimiento dar la preferencia. Vanda había ocultado la cabeza entre las rodillas del pescador, y sólo se veían las rubias trenzas de su cabello, pendientes sobre sus redondos hombros; mientras que Otto, conmovido por la inminente separación, manteníase inmóvil junto a su hermano adoptivo.

—¡Qué sombríos y desconsolados les encuentro!, exclamó el doctor deteniéndose en el umbral de la puerta. Aunque Erik estuviese a punto de emprender la más lejana y peligrosa expedición, no podrían ustedes manifestar mayor pesar; pero yo os aseguro, amigos míos, que no hay ningún motivo para ello. Estocolmo no está en los antípodas, y el muchacho no abandona la casa para siempre; podrá escribirles, y no dudo que lo hará con frecuencia. Se halla en el caso de todos los jóvenes que marchan al colegio; pero de aquí a dos años volverá hecho ya un hombre, fuerte e instruido. ¿Hay razón, pues, para desconsolarse así? ¡Vamos! ¡Esto no es razonable!

Catalina se había levantado con la dignidad natural de las campesinas del Norte.

—Señor doctor, dijo, a Dios pongo por testigo de que agradezco profundamente cuanto hace usted por nuestro Erik. No se nos ha de censurar porque su marcha nos apene: mi marido me ha explicado que es una separación necesaria, y yo me someto, mas no exija usted que

ahoguemos nuestro pesar.

—Madre, dijo Erik; si tan profundo ha de ser el pesar de ustedes, no me iré.

—No, hijo mío, replicó la digna mujer estrechándole entre sus brazos; la educación es un beneficio que no tenemos derecho de rehusar para ti... Ve, hijo mío, da gracias al señor doctor, que tiene a bien asegurártela, y pruébale siempre con tu aplicación que aprecias sus bondades.

—¡Vamos, vamos!, dijo el doctor, cuyos anteojos parecían empañarse: ¿se quiere enternecerme a mí también?... Hablemos sólo de las cosas prácticas; esto será mejor. Ya se habrá comprendido que me propongo partir mañana a primera hora, y, por lo tanto, deseo saber si todo está preparado. Al decir todo, no es porque se necesite mucho equipaje, pues iremos en trineo hasta Bergen, para tomar allí el tren; Erik no ha de llevar más que un poco de ropa blanca; en Estocolmo se le dará lo necesario.

—Todo está listo, contestó Catalina. Y dirigiéndose a Vanda, añadió con esa cortesía innata en los noruegos: Vanda, el señor doctor está todavía en pie.

La niña se apresuró a empujar hacia el sabio un enorme sillón de encina.

—Gracias, no me sentaré, dijo el doctor, porque Malarius me espera para comer. Y poniendo su mano sobre la rubia cabeza de la niña, añadió con acento bondadoso: Hija mía, ¿me guardarás rencor porque me llevo a tu hermano?

—No, señor, contestó gravemente Vanda, pues Erik será más feliz allí. No había nacido para vivir en el pueblo.

—¿Y le echarás mucho de menos, hija mía?

—La playa quedará desierta, contestó Vanda, las gaviotas le buscarán sin encontrarle, las azuladas ondas se extrañarán de no verle ya, y la casa me parecerá vacía; pero Erik estará contento, porque teniendo libros llegará a ser sabio.

—Y su buena hermanita se alegrará de su felicidad, repuso el doctor, besando la frente de la niña. ¿No es así, querida Vanda? ¿No estarás orgullosa de él cuando regrese? ¡Vamos! Ya somos todos buenos amigos; pero debo marcharme al punto. Hasta mañana.

—Señor doctor, murmuró tímidamente la niña: voy a pedir a usted un favor. —Habla, hija mía.

—Ha dicho usted que marcharía en trineo, y yo quisiera, con el permiso de mis padres, que me dejara usted conducirlo hasta la primera parada.

—¡Ah... ah!... Es que ya me había arreglado con Regnild, la hija de mi administrador.

—Ya lo sé, ella misma me lo dijo; pero ha consentido en cederme su puesto si usted no se opone.

—Entonces sólo necesitas el permiso de tus padres. —Ya lo tengo.

—Pues también el mío, hija mía, dijo el doctor, alejándose presuroso.

A la mañana siguiente, cuando el trineo se detuvo delante de la casa de Hersebom, Vanda ocupó el pescante y empuñó las riendas. Iba a conducirlo hasta el pueblo inmediato, donde el doctor alquilaría otro caballo y otra muchacha, repitiendo la operación hasta llegar a Bergen. A cualquiera que no fuese del país le habría admirado esta nueva especie de cochero; pero tal es la costumbre en Suecia y Noruega. Los hombres creerían perder tiempo si desempeñaran tales funciones, y no es raro confiar a muchachos de diez o doce años la conducción de pesados trineos, pues saben dirigirlos con una destreza asombrosa.

El doctor se había instalado ya en el fondo del vehículo, abrigándose bien con sus pieles; Erik fue a sentarse junto a Vanda, después de abrazar cariñosamente a su padre y a su hermano, que se limitaban a expresarle con tristeza muda el pesar que les causaba su marcha; pero la buena Catalina fue más expresiva.

—¡Adiós, hijo mío!, murmuró con voz ahogada en lágrimas. No olvides nunca lo que te han enseñado tus pobres padres; sé honrado y valeroso; no mientas jamás; trabaja cuanto puedas; protege siempre a los que sean más débiles que tú; y si no encuentras la felicidad que mereces, vuelve a buscarla junto a nosotros.

Vanda fustigó el caballo, que emprendió el trote, haciendo resonar sus campanillas. El aire era frío, la tierra estaba endurecida, y allá en el horizonte, un sol pálido iluminaba con sus primeros rayos dorados el

paisaje cubierto de nieve.

Pocos minutos después, los viajeros perdían de vista Noroé, que parecía desvanecerse entre las brumas.

4. En Estocolmo

El doctor Schwaryencrona habitaba en Estocolmo una casa magnífica, situada en la isla de Stadsholmen, el barrio más antiguo y preferido en esa encantadora capital, una de las más hermosas y agradables de Europa, que los extranjeros visitarían más a menudo si la moda y la tradición no influyeran en los planes rutinarios de viaje, por lo menos tanto como en la forma de los sombreros.

Situada entre el lago Maelar y el Báltico, en un grupo de ocho islas que se comunican por numerosos puentes, costada por muelles magníficos, donde reina la mayor animación a causa del movimiento de los vapores que hacen las veces de ómnibus, y con una población alegre, laboriosa, satisfecha de sí misma, la más hospitalaria, cortés e instruida de Europa, la ciudad de Estocolmo, con sus grandes jardines públicos, sus bibliotecas, sus museos e instituciones científicas, es una verdadera Atenas del Norte, a la vez que un centro comercial muy importante.

Erik, sin embargo, hallábase aún bajo la impresión que le produjera Vanda al separarse de él en la primera estación: la despedida había sido más seria de lo que podía esperarse de su edad, y aquellos dos corazones no se ocultaron su profunda emoción.

Pero cuando el coche que aguardaba a nuestros viajeros en la estación se detuvo delante de una gran casa de ladrillo rojo, cuyas dobles ventanas resplandecían a la luz del gas, Erik quedó asombrado; el aldabón de cobre de la puerta le pareció de oro fino, y el vestíbulo, embaldosado de mármol, adornado de estatuas, candelabros de bronce y jarrones de China, le hizo enmudecer de asombro. Mientras un lacayo con librea le ayudaba a quitarse las pieles, a tiempo que se informaba de su salud con esa cordialidad propia de los criados suecos. Erik dirigía a su alrededor miradas de admiración.

Un rumor de voces le hizo volver la cabeza hacia la escalera principal, con su pasamanos de encina y su espesa alfombra, y entonces vio a dos personas cuyos trajes le parecieron el colmo de la elegancia.

Una de ellas, respetable señora de cabello gris y estatura regular, llevaba un vestido de paño negro con numerosos pliegues, bastante corto para que se pudiesen ver sus medias rojas y zapatos con hebilla, y de su cintura pendía un manajo de llaves sujetas con una cadena de acero. Andaba con la cabeza muy erguida, y dirigía a todos lados miradas penetrantes. Era la señora Greta María, el ama de llaves de la casa en todas las materias culinarias y domésticas.

Detrás de ella iba una niña de once a doce años, en quien Erik creyó ver una princesa fantástica: en vez del traje nacional, único que el muchacho había visto en niñas de aquella edad, llevaba un vestido de terciopelo azul oscuro, sobre el cual ostentaba las sedosas trenzas de su cabello dorado; las medias eran de seda negra, y los zapatos de raso; un lazo de cinta roja, colocado en la cabeza como una mariposa, animaba con su vivo color una fisonomía extraña y pálida, que parecía iluminada por el rayo fosforescente de unos ojos grandes, de verdes pupilas.

—¡Dichosos los ojos que le ven al fin, querido tío!, exclamó la niña, abrazando al doctor. ¿Ha sido feliz el viaje?

Al decir esto, apenas se había dignado fijar la mirada en Erik, que permanecía modestamente a pocos pasos.

El doctor devolvió sus caricias a la niña, estrechó la mano al ama de llaves, y después hizo una señal a su protegido para que se adelantara.

—Kajsa, y usted, Greta: aquí les presento a Erik Hersebom, que viene de Noruega, y a quien espero que dispensarán las debidas atenciones. Y tú, hijo mío, añadió con bondad, no tengas miedo; la señora Greta no es tan severa como parece, y mi sobrina Kajsa estará muy pronto en buena inteligencia contigo... ¿No es verdad, hija mía?, preguntó, pellizcando ligeramente la mejilla de la niña.

Kajsa se limitó a contestar con una mueca bastante desdeñosa; y en cuanto al ama de llaves, tampoco parecía muy entusiasmada con el nuevo huésped.

—¿Se puede saber, señor doctor, dijo con cierta acrimonia al subir la escalera, quién es y de dónde sale ese muchacho?

—Seguramente, contestó el doctor, ya lo sabrá usted todo Greta, no tenga el menor cuidado; pero, si le parece a usted bien, comeremos antes alguna cosa.

En el *matsal*, o comedor, la mesa, ya preparada, ofrecía el mejor aspecto con sus vasos y copas de cristal y su blanquísimo mantel; esto era un lujo del que Erik no tenía la menor idea, pues la mantelería es cosa desconocida de los campesinos de Noruega; hasta los platos son de un uso reciente, y hay muchas familias que todavía comen su pescado en rebanadas de pan negro, sin que por esto les parezca de peor gusto.

He aquí por qué fue necesaria la reiterada invitación del doctor para que el muchacho se sentara a la mesa, donde la torpeza de sus movimientos le valió de parte de la señorita Kajsa más de una mirada irónica; pero, gracias al apetito de los viajeros, todo marchó bien.

A las *snorgas* siguió una comida que hubiera espantado a un francés por lo sólida y sustanciosa, y que por su abundancia habría bastado para satisfacer el apetito de un batallón de infantería después de recorrer una etapa de veintiocho kilómetros. Pan casero, sopa de pescado, oca rellena de castañas, vaca cocida con una montaña de legumbres, una pirámide de patatas, huevos duros y tarta de pasas; todo esto constituía el menú, que fue atacado vigorosamente y sufrió una considerable disminución.

Terminada esta excelente comida, casi sin pronunciar una palabra, se pasó al salón, de vastas dimensiones, que recibía la luz por seis grandes ventanas, cuyos alféizares, cerrados por pesados cortinajes de paño, habrían bastado a un arquitecto parisiense para formar una habitación completa. El doctor se instaló en un gran sillón de cuero junto a la chimenea; Kajsa se sentó a sus pies en un taburete, y Erik, intimidado y como fuera de su centro, acercábase a una ventana, con vivos deseos de refugiarse en la más oscura profundidad, cuando el doctor le llamó, diciéndole:

—Vamos, muchacho, ven aquí a calentarte, y dinos lo que te parece Estocolmo.

—Las calles son muy oscuras y angostas, y las casas demasiado altas, contestó Erik.

—Sí, un poco más que en Noroé, comentó el doctor sonriendo.

—Por eso no se pueden ver las estrellas.

—Es que aquí estamos en el barrio noble, replicó Kajsa, picada por aquella crítica; una vez franqueados los puentes se encuentran calles más anchas.

—Ya las he visto al venir de la estación, dijo Erik; pero la mejor es menos ancha que el fiordo de Noroé.

—¡Ah... ah!..., exclamó el doctor. ¿Será que se ha declarado ya la nostalgia?

—No, contestó resueltamente Erik; le estoy demasiado agradecido, señor doctor, para arrepentirme de haberle seguido; pero usted me pregunta lo que pienso de Estocolmo, y yo se lo digo.

—Noroé debe ser un agujero espantoso, dijo la niña.

—¡Un agujero espantoso!, repitió Erik con indignación. Los que tal digan no tienen ojos, señorita Kajsa. ¡Si usted pudiera ver la barrera de granito que las rocas forman en nuestro fiordo, las magníficas montañas, glaciares y los bosques sombríos; y más allá el extenso mar, tumultuoso y terrible unas veces, y tan tranquilo otras que en él se podría mecer un niño!... ¡Y luego las bandadas de gaviotas, que, pasando velozmente, se pierden en el espacio, y vuelven después, rozando todos los objetos con sus alas!... ¡Oh! ¡Eso es magnífico, mucho más hermoso que la ciudad!

—Yo no hablaba del paisaje, sino de las casas, repuso la niña; son cabañas de campesinos, ¿no es verdad, tío?

—Cabañas de campesinos como aquéllas donde nacieron tu padre y tu abuelo, y también yo, contestó gravemente el doctor.

Kajsa enrojeció y guardó silencio.

—Son casas de madera, dijo Erik, pero valen tanto como otras... Muchas tardes, cuando mi padre componía sus redes y mi madre hilaba en su rueca, Otto, Vanda y yo nos sentábamos en un banco con el fiel perro Klaas a nuestros pies y cantábamos a coro las antiguas sagas, contemplando los efectos de luz y sombra. Y cuando el viento silba y todos los pescadores están de regreso, es muy grato hallarse tranquilo en su

casa junto al fuego, y se está tan bien como en esta lujosa habitación.

—Pues no es ésta la mejor, dijo Kajsa con orgullo; si yo le enseñara el otro salón, entonces vería usted lo que es bueno.

—Sin embargo, replicó Erik, aquí veo muchos libros... ¿Hay tantos allí?

—¡Libros!... ¿Quién habla de eso?... Aquí se trata de sillones de terciopelo, de ricos cortinajes, del magnífico reloj francés, de las alfombras de Oriente.

A Erik le seducía poco, al parecer, esta enumeración, y dirigía codiciosas miradas a unos estantes de encina que ocupaban todo un lado de la sala.

—Puedes examinar esos libros más de cerca y escoger el que desees, dijo el doctor.

Erik no esperó que le repitiera la invitación; eligió un tomo, y sentándose en un rincón donde había bastante luz, absorbióse en su lectura, tanto que apenas notó la entrada de dos caballeros, viejos amigos del doctor Schwaryencrona, que iban casi todas las noches a jugar al *whist*.

El primero era el profesor Hochstedt; anciano alto, de ademán frío y majestuoso, que se expresó muy académicamente para manifestar al doctor el placer que le causaba su regreso.

Apenas se había instalado en el sillón, que por ser el asiento favorito del visitante se designaba ya en la casa con el nombre de «sillón del profesor», cuando resonó un fuerte campanillazo.

—¡Ahí está Bredejord!, dijeron a la vez los amigos.

La puerta se abrió un momento después, y en el umbral apareció un hombrecillo delgado y vivaracho, que, entrando como un alud, fue a estrechar las manos del doctor, besó en la frente a Kajsa, saludó afectuosamente al profesor, y paseó por todos los rincones de la estancia una mirada investigadora.

Era el abogado Bredejord, una de las notabilidades del foro de Estocolmo.

—¡Caramba!... ¿A quién tenemos aquí?, exclamó de repente al divisar a Erik. ¡Un joven pescador de bacalao, o más bien un grumetillo de Bergen!

¡Y que lee a Gibbon en inglés!..., añadió después de fijar su mirada en el libro cuya lectura absorbía tanto a Erik. ¿Te interesa eso, muchacho?, preguntó.

—Sí, señor; hace mucho tiempo que deseaba comenzar a leer la Decadencia del Imperio romano, contestó sencillamente Erik.

—¡Mala peste!, exclamó el abogado. Parece que los grumetes de Bergen son aficionados a las lecturas serias... Pero ¿eres tú de Bergen?

—Soy de Noroé, que no está lejos, contestó Erik.

—¡Ah!... y dime, ¿tienen generalmente los de Noroé el cabello y los ojos de ese color tan oscuro? ¿Son tan morenos como tú?

—No, señor, mis hermanos y todos los demás son rubios, poco más o menos como la señorita, replicó Erik; pero no visten como ella, añadió sonriendo, y por eso no se le asemejan mucho.

—No, así lo creo, repuso el señor Bredejord, pues la señorita Kajsa es un producto de la civilización. Allí está la hermosa naturaleza, que no tiene más adorno que su sencillez. ¿Y qué has venido a hacer a Estocolmo, muchacho, si me es lícito preguntarlo?

—El señor doctor tiene la bondad de matricularme en un colegio, contestó Erik.

—¡Ah!... ¡Ah!..., exclamó el abogado, golpeando con los dedos su tabaquera.

Y con una penetrante mirada parecía interrogar al doctor sobre aquel problema viviente; mas por una señal imperceptible comprendió que era preciso aplazar el interrogatorio, y al punto cambió de conversación.

Hablóse, pues, de la corte, de la ciudad y de lo que había ocurrido en el mundo desde la marcha del doctor. Después, la señora Greta preparó la mesa de juego, disponiendo las fichas y los naipes, y muy pronto siguió el silencio, mientras que los tres amigos se entregaban a las sabias combinaciones del *whist*.

El doctor tenía la inocente pretensión de ser maestro en este juego, y la costumbre, menos inocente, de criticar sin consideración los errores que

sus adversarios cometían; regocijábese mucho cuando aquéllos le hacían ganar, y murmuraba si le ocasionaban una pérdida. Complaciale, sobre todo, explicar al perdidoso, después de una mala jugada, cuál había sido el error, qué carta debió dar una vez cometida la torpeza, y qué otra para remediar la falta. Es un vicio corriente entre jugadores de *whist*, pero que molesta cuando se convierte en manía y se repite diariamente contra las mismas personas.

Felizmente para el doctor, trataba con dos amigos que le desarmaban siempre, el profesor por su flema inalterable y el abogado por su sereno escepticismo.

—Tiene usted razón, contestaba gravemente el primero cuando se le dirigían las censuras más acerbas.

—Mi querido doctor, decía el señor Bredejord, riéndose, ya sabe usted que pierde el tiempo predicándome; siempre cometeré en este juego las mayores torpezas, y lo peor es que no me corregiré nunca.

¿Qué hacer con dos pecadores tan endurecidos? El doctor renunciaba por lo pronto a su crítica, pero renovábala un cuarto de hora después, porque en esto era incorregible.

Quiso la casualidad que el doctor perdiese aquella noche precisamente todo cuanto jugaba, así es que su mal humor se tradujo por las más duras observaciones para el profesor, para el abogado y hasta para el «muerto», es decir, el fondo, cuando éste no contenía lo que el doctor esperaba encontrar.

Pero el profesor, siempre imperturbable, alineaba sus fichas y el abogado le contestaba con alguna chanza a las más amargas reprensiones.

—¿Por qué quiere usted que cambie de táctica, decía, puesto que jugando mal gano, mientras que usted pierde jugando bien?

Así llegaron a las diez de la noche. Kajsa hizo el té en una magnífica tetera de cobre; sirviólo con mucha gracia, y se eclipsó discretamente. Poco después la señora Greta fue a buscar a Erik para conducirlo al cuarto que se le había destinado, pequeña habitación muy limpia y agradable, situada en el segundo piso de la casa, y entonces los tres amigos quedaron solos.

—¿Nos dirá usted al fin, preguntó entonces el señor Bredejord, quién es ese joven pescador de Noroé que lee a Gibbon en el texto original? ¿O se trata de algún asunto reservado que fuera indiscreto darnos a conocer?

—El asunto no tiene nada de misterioso, y con el mayor gusto referiré a usted la historia de Erik, si puede guardarla para sí, repuso el doctor con un gesto de asentimiento.

—¡Ah! Ya sabía yo que debía haber alguna historia, exclamó el abogado, arrellanándose cómodamente en un sillón. Escucharemos, amigo mío, con el mayor gusto, y bien puede estar seguro de que no abusaremos de la confianza. Confieso que ese hombrecito me da qué pensar como si fuese un problema.

—En efecto, es un problema viviente, replicó el doctor, lisonjeado de la curiosidad de su amigo; un problema cuya solución es probable haya encontrado. Voy a referir los detalles, y usted me dirá si su deducción es conforme con la mía.

El doctor Schwaryencrona se apoyó contra la enorme estufa de loza, y partiendo desde el punto en que este relato comienza, contó como, habiéndole llamado la atención Erik en la escuela de Noroé, quiso conocer su procedencia.

Refirió cuanto le habían dicho el señor Malarius y *maese* Hersebom, sin omitir detalle alguno; hizo mención del salvavidas del *Cynthia*, de los objetos conservados por la mujer del pescador, del anagrama bordado en la ropa, del chupete de oro, de la inscripción, y, por último, de los caracteres etnográficos, tan marcados en Erik.

—Ahora ya conoce usted los términos del problema, tal como se me enunció a mí, añadió el doctor; y me apresuro a observar que el grado de instrucción del muchacho por excepcional que sea, sólo puede considerarse como un fenómeno secundario, debido a la intervención de Malarius, por lo cual no se ha de tener en cuenta. Ese grado de instrucción me condujo a fijarme en el chico y a tomar los informes de que le hablo; pero en realidad carece de importancia en la cuestión, qué yo planteo así: ¿De dónde procede el muchacho? ¿En qué punto se han de practicar las investigaciones para encontrar la familia?

Los verdaderos datos del problema, únicos que pueden guiarnos, serán,

por lo tanto:

Primero. Los indicios físicos de la raza en el chico.

Segundo. El nombre *Cynthia*, inscripto en el salvavidas.

Sobre el primer punto no hay duda posible; el muchacho es de raza céltica, y hasta tiene el tipo celta en toda su pureza.

Pasemos al segundo punto. *Cynthia* es seguramente el nombre del buque a que pertenecía el salvavidas; este nombre podría ser alemán o inglés, pero no estaba escrito en letras góticas; de modo que el buque era inglés, o mejor dicho, anglosajón.

Todo confirma esta hipótesis, porque es casi seguro que solamente un buque inglés que fuera a Inverness o a las Oreadas, o regresase de dichos puntos, podría haber sido lanzado por la tempestad a las aguas de Noroé. Además, el niño no debió flotar largo tiempo, puesto que resistió al ayuno y a los peligros de su arriesgada navegación... Sentado esto, ¿qué deducen ustedes, mis queridos amigos?

Ni el profesor ni el abogado juzgaron oportuno contestar una sola palabra.

—Sin duda no hallan ustedes la clave, continuó el doctor con aire de triunfo, y tal vez creen ver algo contradictorio entre estos dos hechos; es decir, un muchacho de raza celta y un buque de nombre anglosajón. Esto es importante, porque quizá no tienen en cuenta una circunstancia particular, y es la existencia en Gran Bretaña de un pueblo de raza celta, Irlanda... A mí tampoco se me ocurrió al principio, y por eso no me era dado ver claramente la solución del problema; pero ahora ésta se impone. El muchacho es irlandés. ¿No es usted de mi parecer, Hochstedt?

Una de las cosas que más desagradaban al digno profesor, era emitir una opinión definitiva sobre cualquier asunto; y preciso es reconocer que en el caso sometido en aquel momento a su juicio imparcial, toda suposición debía ser, por lo menos prematura. En consecuencia, se limitó a encogerse de hombros, diciendo:

—Es incontestable que los irlandeses pertenecen a la rama céltica de la raza aria.

Seguramente que la frase no tenía nada de atrevida pero el doctor

Schwaryencrona se dio por satisfecho, viendo en tales palabras la confirmación completa de su teoría.

—¡Ya conviene usted conmigo!, exclamó con calor. Siendo los irlandeses celtas, y presentando el muchacho todos los caracteres de esta raza, si el *Cynthia* es un buque inglés, como todo induce a suponer, tendremos el hilo necesario para encontrar la familia del muchacho. En Gran Bretaña es donde hemos de buscar; algunos anuncios en el Times bastarán probablemente para descubrir las huellas.

El doctor se disponía, sin duda, a desarrollar su plan de campaña cuando fijó su atención en el obstinado silencio del abogado y en la mirada ligeramente irónica con que parecía acoger sus palabras.

—Si no es usted de mi parecer, Bredejord, añadió, deteniéndose de pronto, dígalo sin reparo, que yo no temo la discusión.

—Yo no he dicho nada, contestó el interpelado; Hochstedt es testigo de que nada he dicho...

—No; pero bien veo que usted no participa de mi opinión... y yo quisiera saber por qué, repuso el doctor, dominado de nuevo por la tendencia hostil que el *whist* había desarrollado en él. ¿Es *Cynthia* un nombre inglés?, añadió con vehemencia. Sí, puesto que no está escrito con letras góticas, lo cual hubiera indicado su origen alemán. ¿Son celtas los irlandeses? Indiscutiblemente... acaba usted de oírlo de boca de un hombre tan competente como nuestro distinguido compañero Hochstedt. ¿Tiene el muchacho todos los caracteres de la raza céltica? Usted mismo ha podido juzgar, y por cierto que le han llamado la atención antes de que yo hablase una palabra sobre el asunto. Deduzco, pues, que se necesitaría una insigne mala fe para no participar de mi opinión, reconociendo conmigo que el muchacho debe pertenecer a una familia irlandesa.

—¡Mala fe!, replicó Bredejord. La frase es demasiado dura, y si se dirige a mí, advertiré que aún no he manifestado la menor opinión...

—No, pero claramente demuestra usted que no participa de la mía.

—Creo que estaría en mi derecho...

—Sí; pero sería preciso dar una razón en apoyo de su tesis.

—¿Y quién le dice a usted que yo tengo alguna?

—Entonces debo suponer que me hace usted una oposición sistemática, y que sólo se propone llevarme la contraria en todo como en el *whist*.

—Muy lejos está de mi ánimo semejante idea, se lo aseguro. Su razonamiento no me parece concluyente, y he aquí todo.

—Pero ¿por qué? Deseo mucho saberlo.

—Sería largo de contar, y oigo que dan las once, hora de retirarme; pero antes de marcharme le haré una proposición: ¿Quiere usted apostar su *Plinio* de Aldo Manuzio contra mi *Quintiliano*, edición de Venecia, a que no ha adivinado usted, y a que ese muchacho no es irlandés?

—A mí no me agrada nunca apostar, repuso el doctor, dulcificado por el buen humor inalterable de su amigo; pero me complacería tanto confundirle, que acepto la apuesta.

—Pues quedamos de acuerdo. ¿Cuánto tiempo necesita usted para sus investigaciones?

—Espero que me bastarán algunos meses; pero he pedido dos años a Hersebom a fin de asegurar mejor el resultado.

—Pues bien; le concedo a usted dos años. Hochstedt nos servirá de testigo. Y sin guardarme rencor, ¿no es verdad?

—Seguramente; pero veo que su *Quintiliano* está muy expuesto a venir a reunirse con mi *Plinio*, repuso el doctor.

Y después de estrechar la mano a sus dos amigos, acompañólos hasta la puerta.

5. Tretten yule dage

La nueva existencia de Erik comenzó desde el día siguiente a seguir su curso normal. El doctor Schwaryencrona, después de conducirlo a una sastrería, donde se le equipó convenientemente, presentóle al director de una de las mejores escuelas de la ciudad, una de aquellas que equivalen a los liceos franceses, y que en Suecia se designan con el nombre de *Hogre elementar larovek*. Allí se aprenden las lenguas vivas y muertas, las ciencias elementales, y todo cuanto es indispensable saber antes de abordar la enseñanza superior de las Universidades. Así como en Alemania e Italia, todos los alumnos son externos; los que no tienen su familia en la ciudad, habitan en casa de los profesores o de encargados responsables; la retribución escolar es muy módica, y hasta se reduce a cero si los padres carecen de medios para pagar. Todas las clases elementales superiores tienen sus gimnasios, así es que la instrucción física se combina con la intelectual.

Erik obtuvo en seguida el primer lugar en su clase; aprendíalo todo con mucha facilidad, y, por lo tanto, le sobraba tiempo; de modo que el doctor juzgó oportuno que utilizara las noches para seguir los cursos en la *Slodjskolan*, o gran escuela industrial de Estocolmo. Es una institución consagrada especialmente al estudio científico, con todos sus experimentos de física y química, a la construcción de maquetas, y a todo cuanto sólo se puede aprender en el colegio teóricamente. El doctor pensaba, con fundamento, que la enseñanza en esta escuela, una de las maravillas de Estocolmo, comunicaría nuevo impulso a los rápidos progresos de Erik; mas no esperaba resultados como los que siguieron.

En efecto; su joven protegido acumulaba a ojos vistas conocimientos que le permitían penetrar en el fondo mismo de todas las ciencias fundamentales; y en vez de una instrucción vaga y superficial, patrimonio común de tantos alumnos, adquiría toda una serie de ideas exactas, precisas y determinadas: el desarrollo ulterior de estos excelentes principios no era más que cuestión de tiempo. En adelante podría abordar sin dificultad ni entorpecimiento todos los estudios superiores de la

enseñanza universitaria. Si el señor Malarius había prestado a Erik un servicio enseñándole idiomas, historia, geografía y botánica, y haciéndole profundizar sus principios, la Slodjskolan completaba sus conocimientos con el estudio de las ciencias, inculcándole ese A B C de las artes industriales, sin el cual las mejores lecciones pueden ser durante largo tiempo letra muerta.

La multiplicidad y variedad de estos ejercicios, lejos de fatigar el cerebro de Erik, fortificábale mucho más que si se hubiese dedicado a estudios más especializados. Por otra parte, allí tenía el gimnasio para el ejercicio corporal cuando el espíritu estaba fatigado, y en aquél, como en los bancos de la escuela, Erik era siempre el primero. Los días de fiesta no dejaba nunca de ir al mar, al que profesaba mucho cariño; hablaba con los marineros y pescadores, ayudándoles algunas veces, y regresaba siempre con algún magnífico pescado, siempre bien acogido por la señora Greta.

La buena mujer había cobrado cariño muy pronto al joven huésped; Erik era tan dócil, tan cortés y servicial, tan aplicado y animoso, que parecía casi imposible conocerle y no amarle. A los ocho días llegó a ser el favorito del abogado Bredejord y del profesor Hochstedt, como ya lo era del doctor Schwaryencrona, y sólo Kajsa seguía manifestándole aversión. Bien sea que la niña se juzgase disminuida en la incontestable soberanía que hasta entonces ejerciera, o ya que guardara rencor a Erik por los sarcasmos, harto inocentes, que sus modales de princesa habían sugerido al doctor, el caso es que persistía en tratar al muchacho con marcado desprecio, sin que ninguna consideración la hiciese cambiar de conducta. Por fortuna, las ocasiones para mostrar sus desdenes eran bastante raras, pues Erik estaba siempre fuera o encerrado en su habitación.

Todas las cosas, pues, seguían su curso tranquilamente, y el tiempo se deslizaba sin ningún incidente notable.

Nos aprovecharemos de esta calma para franquear con el lector un intervalo de dos años y conducirlo de nuevo a Noroé.

Acercábase la Navidad por segunda vez desde la marcha de Erik. En toda la Europa central y septentrional ésta es la gran fiesta del año, porque coincide con la paralización de todos los trabajos, y en Noruega particularmente prolónganla durante trece días; es la *Tretten Yule dage*, y con este motivo hay regocijos públicos excepcionales. Es el momento de las reuniones de familia, de los banquetes y hasta de los desposorios; los

viveres se acumulan en las más humildes viviendas, y la hospitalidad está en todas partes a la orden del día.

La *Yule ol*, o cerveza de Navidad, corre a torrentes; a todo visitante se le ofrece un trago en la copa de madera montada en oro, en plata o en cobre, que todas las familias, incluso las más humildes, se transmiten por herencia desde tiempo inmemorial, y que se debe apurar en pie, brindando por la «alegre estación y el nuevo año». Por Navidad, en fin, es cuando los criados de toda clase reciben el traje nuevo que se les regala; y hasta las vacas, los carneros y las aves esperan la doble ración que se acostumbra darles en tales días.

De los trece días tradicionales, la víspera de la fiesta es el más alegre. Los jóvenes de ambos sexos marchan en grupos al campo, provistos de sus zapatos para la nieve, y detiéndose delante de las casas para cantar a coro las antiguas melodías nacionales. Sus voces claras y argentinas, resonando de pronto en medio del silencio de la noche y de la soledad de los valles, cubiertos de una alfombra de deslumbrante blancura, producen un efecto tan extraño como encantador; las puertas se abren al punto; invítase a los cantantes a entrar; se les ofrecen tortas, manzanas secas y cerveza, y algunas veces bailan a instancias de los dueños de la casa. Después de esta cena frugal, los alegres jóvenes se alejan como una bandada de gaviotas, y van a cantar a otra parte. Las distancias no ofrecen dificultad, gracias a los *sphnee-shuhe*, verdaderos patines de abedul de dos o tres metros de largo, que se sujetan a los pies con correas, y merced a los cuales los campesinos noruegos, provistos de un palo muy sólido para lanzarse y acelerar su carrera, franquean con maravillosa rapidez espacios de varias millas.

Aquel año la fiesta iba a ser completa en casa de los Hersebom, porque se esperaba a Erik; una carta de Estocolmo había anunciado su llegada para la víspera de Navidad, así es que ni Otto ni Vanda podían permanecer quietos un instante; a cada momento corrían a la puerta para ver si el viajero llegaba; y la buena Catalina, aunque reprendiéndolos por su impaciencia, participaba de ella también. Sólo *maese* Hersebom se mantenía tranquilo, fumando en silencio su pipa, acosado, al parecer, del deseo de ver a su hijo adoptivo y del temor de no conservarle largo tiempo en casa.

Acaso por centésima vez Otto había ido a la descubierta, cuando de pronto volvió gritando:

—¡Madre, Vanda, creo que es él!

Todos corrieron hacia la puerta: a lo lejos, en el camino de Bergen, distinguíase efectivamente un punto negro.

Este punto aumentó pronto de volumen, tomando al fin la forma de un joven con traje de paño oscuro, cubierta la cabeza con un gorro de pieles, y que llevaba al hombro un morral de cuero: como iba provisto también de sus *schnee-shuhe*, avanzaba con notable celeridad.

Muy pronto no hubo ya la menor duda: el viajero había divisado a los que le esperaban delante de la casa, y, descubriéndose al punto, agitó la gorra sobre su cabeza.

Dos minutos después, Erik caía en brazos de la digna Catalina, de Otto, de Vanda y de *maese* Hersebom, que se había acercado al umbral de la puerta.

Todos le estrechaban, hasta el punto de no dejarle respirar; colmábanle de caricias, y se extasiaban contemplándole; Catalina, sobre todo, no se cansaba de mirarle.

¡Cómo! ¿Era aquel niño querido que en otro tiempo meciera en sus rodillas?... ¿Era posible que aquel joven de aspecto franco y resuelto, de anchas espaldas y de airoso porte, en cuyo labio apuntaba ya el bozo, fuese el mismo Erik?

A la pobre mujer le inspiraba ya una especie de respeto su hijo adoptivo; pero estaba orgullosa de él, y sobre todo de las lágrimas que veía brillar en sus ojos, porque también Erik se había conmovido profundamente.

—¡Madre!, exclamaba. ¡Al fin tengo la dicha de volver a verla!... ¡Qué largos me han parecido estos dos años!... ¿Me han echado ustedes de menos, como yo a ustedes?

—Cierto que sí, contestó gravemente Hersebom; no ha pasado un solo día sin que habláramos de ti; por la noche y por la mañana, siempre que nos sentábamos a la mesa, tu nombre estaba en nuestros labios...; pero ¿y tú, muchacho, no nos has olvidado en la gran ciudad? ¿Te alegras de haber vuelto a ver el antigua país y la antigua casa?

—Supongo que nadie aquí lo pondrá en duda, contestó Erik, abrazando de nuevo a todos; siempre les tenía en el pensamiento, y sobre todo a usted, padre, cuando soplaba el huracán. Entonces preguntábame dónde estaría usted; si habría llegado a casa sano y salvo, o tenido tiempo de buscar un refugio... Por la noche consultaba la sección meteorológica en el diario del doctor, a fin de averiguar si había reinado en esta costa el mismo temporal que en la de Suecia, y veía que aquí son mucho más frecuentes los huracanes, que, llegando de América, vienen a chocar contra nuestras montañas. ¡Ah! ¡Cuánto hubiera dado en aquellos instantes por estar con usted en la barca para ayudarle a fijar la vela y vencer todas las dificultades!... Por otra parte, cuando hacía buen tiempo, me parecía que estaba aprisionado en esa gran ciudad entre las casas de varios pisos. Sí; hubiera dado todo lo del mundo por estar una hora en el Océano, aspirando libremente, como en otro tiempo, la fresca brisa marina.

Una sonrisa dilató las curtidas facciones del pescador.

—¡Los libros no le han echado a perder!, murmuró con intensa satisfacción. ¡Buena estación y feliz año!, añadió. ¡Vamos, ven a sentarte a la mesa, que sólo a ti esperamos!

Cuando hubo ocupado su sitio de otro tiempo, a la derecha de la buena Catalina, Erik pudo reconocer, al fin, los cambios operados en la familia durante los dos últimos años. Otto era ya un robusto mozo de dieciséis años, que parecía tener veinte; Vanda se había desarrollado y embellecido; su lindo rostro tenía más expresión, y las magníficas trenzas de su cabello rubio ceniciento, que antes llevaba pendientes, formaban ahora alrededor de su frente como una corona. Siempre modesta y afable, cuidábase, sin hacer ostentación de ello, de que a nadie le faltase cosa alguna.

—Vanda es ya una buena moza, dijo la madre con orgullo, y tú no sabes, Erik, qué juiciosa se ha hecho, y cuánto trabaja para instruirse desde que te marchaste. Ahora es la más sabia de la escuela, y el señor Malarius dice que sólo Vanda podría consolarle de no contarte ya entre sus discípulos.

—¡Ese querido señor Malarius! Mucho me alegraría de poder abrazarle, exclamó Erik. —¿Conque nuestra Vanda sabe ya tanto?, añadió con interés.

Vanda se había ruborizado mucho al oír aquellos elogios maternales.

—Sí, repuso Catalina, y también aprender a cantar y a tocar el órgano. El señor Malarius dice que su voz es la mejor de todas.

—¡Oh! Decididamente Vanda es ahora una joven de provecho, repuso Erik sonriendo, a fin de no aumentar la visible turbación de su hermana. Será preciso que nos dé a conocer pronto todas sus habilidades.

En seguida con la mayor naturalidad cambió de conversación para hablar de la buena gente de Noroé, pidiendo noticias de sus compañeros y amigos, informándose de cuanto había ocurrido durante su ausencia, de los incidentes de la pesca, y de todos los detalles sobre la localidad. A su vez hubo de satisfacer la curiosidad de la familia, dando a conocer su género de vida en Estocolmo, y también habló de la señora Greta, de Kajsa y del doctor.

—Esto me recuerda, dijo al terminar, sacando una carta del bolsillo interior de su chaqueta, que traigo una misiva para usted, padre. Ignoro lo que contiene; pero el doctor me recomendó que la guardase bien, porque me concierne.

Maese Hersebom cogió la carta, y la puso a su lado en la mesa.

—¡Cómo!, exclamó Erik. ¿No va usted a leérsela?

—No, contestó lacónicamente el pescador.

—¿Pues no le he dicho que me concierne?, insistió Erik.

—La carta está dirigida a mi nombre, replicó *maese* Hersebom acercándola a sus ojos. Sí; es para mí, y por lo tanto la leeré cuando sea hora.

La obediencia filial es la base de la familia noruega, y Erik inclinó la cabeza. Poco después todos se levantaron de la mesa, y los tres muchachos, sentándose en un banquillo junto a la chimenea, como lo hacían en otro tiempo, entablaron una de esas conversaciones íntimas en las que se pregunta todo lo que se desea saber y se repite lo que se ha dicho cien veces.

Entretanto Catalina iba y venía, poniéndolo todo en orden y exigiendo que

Vanda «hiciese de señora»; es decir, que por una vez no se ocupase de las menudencias de la casa.

En cuanto a *maese* Hersebom, habíase sentado en su gran sillón y fumaba silenciosamente en su pipa. Sólo después de haber llevado a buen fin esta operación, tan importante para él, decidióse a abrir la carta del doctor.

La leyó en silencio, cerróla después, la guardó en el bolsillo, volvió a rellenar su pipa y fumó, siempre silencioso. Toda la tarde estuvo así, absorto en sus reflexiones.

Aunque nunca había sido hablador, aquel mutismo no dejaba de parecer singular. Catalina, que, una vez terminados sus quehaceres, había ido a sentarse también junto al fuego, hizo algunas tentativas para obtener una explicación de su marido; pero como éste la rechazaba, cayó muy pronto en una profunda melancolía; y hasta los muchachos, después de haberse cansado de charlar, comenzaron también a participar de la tristeza de sus padres. Una veintena de voces frescas y argentinas resonaron muy oportunamente a la puerta de la casa para distraer a la familia de sus tristes reflexiones; era un grupo de escolares, muchachos y muchachas, antiguos compañeros de Erik, que iban a felicitarle por su regreso.

Al punto se les hizo entrar y ofrecióseles la bebida tradicional, mientras que todos, rodeando a su antiguo compañero, manifestábanle el vivo placer que les causaba verle. Erik, muy conmovido por aquella inesperada visita de sus compañeros de la infancia, quiso acompañarles a toda costa cuando hablaron de retirarse para continuar su paseo de Navidad, y Otto y Vanda se agregaron, naturalmente, al grupo. Catalina les recomendó que no se alejaran demasiado y que trajeran pronto a su hermano, porque debía necesitar reposo.

Apenas se hubo cerrado la puerta, la mujer se acercó de nuevo a su esposo para interrogarle.

—¡Vamos!, díjole con ansiedad. ¿Se puede saber si el doctor ha averiguado alguna cosa?

Por toda respuesta, *maese* Hersebom volvió a sacar la carta del bolsillo, la desdobló, y comenzó a leer en alta voz, no sin vacilar algunas veces, cuando encontraba palabras algo nuevas para él:

Mi querido Hersebom, escribía el doctor; pronto hará dos años que me confió usted el muchacho, y diariamente he tenido el gusto de comprobar sus adelantos de toda especie. Está dotado de una clara inteligencia y de los más generosos sentimientos. Erik parece verdaderamente un ser privilegiado, y los padres que han perdido semejante hijo tendrían sobrada razón para lamentar su desgracia si supieran cuánto vale; pero es casi indudable que sus padres no existen ya. Según se convino entre nosotros, no he omitido nada para descubrir su paradero; he escrito a varias personas residentes en Inglaterra, he contratado a una agencia especial para que efectúe las debidas investigaciones, y se han insertado anuncios en veinte diarios ingleses, irlandeses y escoceses, pero, a pesar de todo, no se ha hecho la menor luz en el misterio, y hasta debo decir que todos los datos recibidos sólo sirven para oscurecerlo.

El nombre de *Cynthia*, en efecto, es muy común en la marina inglesa; las oficinas del Lloyd han citado hasta diecisiete buques de todas clases que tenían esta denominación pertenecientes unos a los puertos de Inglaterra y otros a los de Escocia e Irlanda. Mi hipótesis sobre la nacionalidad del muchacho se ha confirmado, pues, en cuanto era posible, y para mí es cada vez más evidente que Erik pertenece a una familia irlandesa. No recuerdo si ya se lo dije a usted; pero al regresar a Estocolmo, comuniqué esta opinión a dos íntimos amigos. Repito que todo corroboró mi parecer.

Bien sea porque esa familia irlandesa ha desaparecido completamente, o porque no le convenga ser identificada, ello es que no ha dado la menor señal de su existencia.

Hay otra circunstancia singular, en mi concepto mucho más sospechosa aún, y es que ningún naufragio registrado por el Lloyd o las demás compañías de seguros marítimos, se refiere, al parecer, a la fecha de la llegada del niño a nuestras costas. Ciertamente que en lo que va de siglo se han perdido dos *Cynthia*; pero uno naufragó en el mar de las Indias hace treinta y dos años, y el otro a la vista de Portsmouth, hace dieciocho.

Así, pues, debemos deducir, en conclusión, que el niño no fue víctima de un naufragio. Sin duda se le abandonó voluntariamente en las olas... y esto explicaría que mis anuncios no hayan producido resultado.

Como quiera que sea, después de haber interrogado sucesivamente a todos los armadores o propietarios de buques que tenían por nombre *Cynthia*

, después de agotar todos los medios de investigación, creo poder afirmar que no queda la menor probabilidad de encontrar la familia de Erik.

La cuestión, pues, queda reducida para nosotros, y más particularmente para usted, mi querido Hersebom, a saber lo que conviene decir al muchacho y hacer en su favor.

Si yo estuviese en el lugar de usted, y se lo digo sinceramente, confiaría desde luego a Erik el secreto, dejándole en libertad de tomar su partido. Ya sabe usted que convinimos en adoptar esta línea de conducta si mis pesquisas no daban resultado, y ahora ha llegado el momento de cumplir la palabra. He querido que sólo usted se encargue de referir toda la historia a Erik. Ha vuelto a Noroé ignorando aún que no es hijo de la familia, y tampoco sabe si volverá a Estocolmo o si se quedará ahí. Usted es quien debe decidirlo.

Recuerde usted que si retrocede ante este deber, Erik tendrá tal vez algún día derecho para extrañarse; y, sobre todo, que es un muchacho demasiado inteligente para condenarle sin apelación a una vida oscura e ignorada. Semejante sentencia hubiera sido inmerecida hace dos años; pero ahora, después de alcanzar en Estocolmo los más brillantes triunfos, sería de todo punto injustificada.

Repito mis ofrecimientos: le ayudaré a terminar sus estudios para que obtenga en Upsala el título de doctor en Medicina; continuará su educación como si fuera mi hijo, y tendrá abierto el camino para llegar a los honores y a la fortuna.

Ya sé que al dirigirme a usted y a la excelente madre adoptiva de Erik, dejo su suerte en buenas manos, y estoy seguro de que ninguna consideración personal le cohibiría de aceptar mi proposición. Pida usted consejo, sobre todo, al señor Malarius.

Y esperando su respuesta, amigo Hersebom, le estrecho cariñosamente la mano, rogándole que ofrezca mis afectos a su digna esposa e hijos.

K. W. Schwaryencrona, M. D.

Cuando Hersebom hubo terminado la lectura de esta carta, Catalina, que le había escuchado llorando, le preguntó qué pensaba hacer.

—Es muy sencillo, contestó, hablaré al muchacho.

—Ése es mi parecer también, y debemos concluir de una vez, porque, de lo contrario, no tendremos un instante de reposo, replicó Catalina enjugando sus lágrimas.

Y ambos quedaron silenciosos.

Ya era más de medianoche cuando los muchachos regresaron de su paseo. Con el rostro animado por su rápida carrera al aire libre y los ojos brillantes de satisfacción, volvieron a ocupar su asiento junto al fuego, y dispusieron a terminar alegremente la vigilia de Navidad, comiendo la última torta al suave calor del enorme leño que ardía en la chimenea.

6. La decisión de Erik

Al día siguiente el pescador llamó a Erik y delante de Catalina, Vanda y Otto, hablóle de esta manera:

—Erik, la carta del doctor Schwaryencrona, en efecto, se refiere a ti; dícame en ella que has dejado muy satisfechos a tus profesores, y que se propone subvenir hasta el fin a los gastos que tus estudios ocasionen, si es que has de continuarlos. Pero esa carta exige que tú mismo decidas, con conocimiento de causa, si has de cambiar definitivamente de condición, o si prefieres quedarte con nosotros en Noroé, lo cual nos complacería mucho más, como ya puedes comprender... Y con este motivo es forzoso comunicarte ahora un gran secreto... un secreto que mi mujer y yo hubiéramos preferido guardar para nosotros.

Catalina, no pudiendo ya contener sus lágrimas, estalló en sollozos; y cogiendo la mano de Erik, oprimiéndola contra su corazón para protestar contra lo que el joven iba a oír.

—Ese secreto prosiguió el pescador con un acento que la emoción alteraba cada vez más, es que tú no eres más que nuestro hijo adoptivo... Yo te encontré abandonado en el mar, hijo mío, y te recogí cuando apenas contabas ocho o nueve meses; bien sabe Dios que jamás hubiera pensado en decírtelo, y que tu madre y yo te hemos tratado siempre como a Otto y Vanda, sin establecer diferencias... Pero el doctor Schwaryencrona lo exige, y, por lo tanto, toma la carta y entérate de su contenido.

Erik había palidecido de pronto al oír aquella revelación; Otto y Vanda, trastornados por lo que oían, dejaron escapar una exclamación de asombro; pero casi al punto hicieron lo que su madre; después de rodear con un brazo el cuello del joven, Otto por un lado y Vanda por el otro, oprimiéronse contra él; en tanto que Erik, tomando la carta del doctor, y sin ocultar la emoción que le causaba su contenido, la leyó hasta el fin.

Maese Hersebom repitió entonces con todo detalle lo que refiriera antes al doctor; explicó las causas que habían inducido a éste a buscar la familia

de Erik, y demostró como él, Hersebom, no iba tan desencaminado al suponer que aquel problema era insoluble, no debiendo, por lo tanto, tomarse la molestia de buscar su solución. Cuando hubo terminado, Catalina se levantó, corrió al cofre de encina, sacó la ropa que el niño llevaba, y enseñó el chupete de oro. Por un efecto natural, el relato revistió al punto para los tres muchachos un interés dramático que hacía olvidar la parte triste; contemplaban maravillados los encajes y el terciopelo, el chupete y la inscripción, todo lo cual tenía para ellos algo de fantástico; y la imposibilidad misma, reconocida por el doctor, de obtener resultado alguno práctico de tales indicios, aunque tan reales y verdaderos, bastaba para comunicar un carácter más sagrado a dichos objetos.

Erik les contemplaba como en un sueño; su pensamiento se fijó en aquella madre desconocida, que sin duda le había puesto con su propia mano la ropa que tenía ante sí, y que más de una vez debió agitar el chupete ante los ojos de su hijo para hacerle sonreír. Al tocar aquellos objetos parecía hallarse en comunicación directa con su madre a través del espacio... Y, sin embargo, ¿dónde estaría esa madre? ¿Vivía aún, o habría muerto? ¿Lloraba a su hijo, o debería éste, por el contrario, considerarla perdida para siempre?...

Permaneció algunos minutos absorto en estas reflexiones, con la cabeza inclinada sobre el pecho, hasta que una palabra de Catalina le hizo volver en sí.

—¡Erik!, exclamó la buena mujer, inquieta por aquel silencio. ¡Tú eres siempre nuestro hijo!

El joven paseó la mirada a su alrededor, fijándola sucesivamente en todas aquellas fisonomías que revelaban el cariño, en la expresión maternal de la buena madre, en el aspecto franco de *maese* Hersebom, en el semblante de Otto, que le contemplaba con más afecto que nunca, y en la graciosa Vanda, cuya mirada era triste y suplicante. Erik sintió oprimírsele el corazón, hízose al punto cargo de su situación, vio mentalmente toda la escena, tal como el padre acababa de pintarla; aquella cuna abandonada a merced de las olas, recogida por un rudo pescador y entregada amorosamente a su mujer; aquella gente humilde y pobre que no vacilaba en conservar el niño así encontrado, adoptándole y mimándole como a sus propios hijos; que nada le habían dado a entender de estas cosas durante catorce años, y que en aquel momento estaba pendiente de sus labios como si esperasen un veredicto de vida o muerte.

Todo esto le produjo una emoción tan profunda, que sus lágrimas corrieron de pronto abundantemente; un sentimiento irresistible de gratitud y de amor conmovió todas sus fibras, y experimentó como un deseo de sacrificarse a su vez para devolver a aquella buena gente un poco de la ciega ternura que le manifestaban, rehusando abandonarla y quedándose para siempre en Noroé, aunque hubiera de vivir en tan humilde condición.

—Madre, dijo arrojándose en los brazos de Catalina, ¿piensa usted que pueda vacilar ahora que lo sé todo?... Escribiremos al doctor para darle las gracias por sus bondades y decirle que me quedo... Seré pescador como usted, padre mío, y como tú, Otto... Puesto que me han admitido ustedes en su hogar, quiero conservar mi puesto; y ya que me han alimentado con el trabajo de sus manos, quiero devolver a su vejez lo que tan generosamente dieron a mi infancia.

—¡Dios sea loado!, exclamó Catalina, estrechando a Erik contra su pecho en un arrebató de ternura y alegría.

—¡Ya sabía yo que el muchacho prefería el mar a todos los libros!, dijo sencillamente *maese* Hersebom, sin reflexionar siquiera en el sacrificio que representaba la decisión de Erik. ¡Vamos!... Ya está todo arreglado... No se hable más de todo esto, y pensemos sólo en pasar, bien las fiestas de Navidad.

Todos se abrazaron con los ojos húmedos, jurando no separarse jamás.

Cuando Erik se halló solo, apenas consiguió ahogar un suspiro, reflexionando que era preciso renunciar a sus sueños dorados y a sus triunfos escolares; pero su mismo sacrificio producíale una satisfacción austera que supo saborear.

«Puesto que es el deseo de mis padres adoptivos, se decía, ¿qué importa todo lo demás? Debo resignarme a trabajar para ellos en la esfera donde la suerte y su abnegación me han colocado... Si alguna vez ambicioné mayor fortuna, era sólo para hacerlos partícipes de ella. Puesto que así son felices, sin desear otra suerte, es preciso contentarse, haciendo un esfuerzo para dejarles satisfechos con mi buena conducta y mi trabajo. ¡Adiós, pues, a los libros, y viva el mar!».

Así reflexionaba, y volviendo a pensar muy pronto en lo que acababa de

saber, preguntábase de dónde llegaría cuando Hersebom le encontró flotando en el toar, cuál sería su patria y quienes sus padres... ¿Vivían aún?... ¿Tendría en algún país lejano hermanos o hermanas quienes nunca debía conocer?

En Estocolmo, y en casa del doctor Schwaryencrona, la Navidad se celebraba también con una fiesta extraordinaria. Ya se recordará que en esta fecha terminaba el plazo pedido para decidir sobre la apuesta entre el señor Bredejord y su eminente amigo, debiendo ser juez el profesor Hochstedt.

Hacía dos años que ni uno ni otro habían dicho una palabra sobre el particular. El doctor realizaba pacientemente sus pesquisas en Inglaterra, escribía a las agencias marítimas y multiplicaba los anuncios en los diarios; pero todos sus esfuerzos eran estériles, según él mismo confesaba. En cuanto al señor Bredejord, había evitado con delicada reserva toda conversación sobre aquel asunto, y sólo cuando hallaba oportunidad hacía alguna discreta alusión a la belleza del ejemplar de *Plinio*, editado por Aldo Manuzio, que adornaba la biblioteca del doctor.

Y sólo por la expresión burlona con que golpeaba su tabaquera en tales momentos hubiérase podido adivinar qué pensaba.

«He ahí un *Plinio* que no estará mal entre mi *Quintiliano*, edición de Venecia, y mi *Horacio*, de grandes cantoneras y papel especial, de los hermanos Elzevir».

Así es, por lo menos, como el doctor interpretaba generalmente aquella pantomima que le ponía los nervios de punta; y cuando sucedía esto, mostrábase inexorable en el *whist* y no perdonaba nada a su infeliz contrario.

Pero el tiempo seguía su curso, y al fin llegó la hora en que fue preciso someter la cuestión al arbitraje imparcial del profesor Hochstedt.

El doctor Schwaryencrona procedió con la mayor franqueza: apenas Kajsa le dejó solo con sus dos buenos amigos, confesóles, como lo había hecho antes en su carta a *maese* Hersebom, que el resultado de sus averiguaciones era negativo; nada había aclarado el misterio que encubría el origen de Erik, y el doctor declaró sinceramente que el problema le parecía definitivamente insoluble.

—Sin embargo, añadió, sería injusto conmigo mismo si no declarase con igual sinceridad que no creo haber perdido mi apuesta. Ciertamente que no he hallado la familia de Erik; pero los datos recogidos son más bien propios para corroborar mi opinión que para refutarla. El *Cynthia* es, o era, un buque inglés, como lo prueba el hecho de que en los registros del Lloyd se han inscrito nada menos que diecisiete buques de este nombre. En cuanto a los caracteres etnográficos, siguen siendo evidentemente célticos, y, por lo tanto, puedo decir que mi hipótesis sobre la nacionalidad de Erik queda victoriosa. En mi opinión no cabe la menor duda de que el muchacho es irlandés, como yo pensé; pero, naturalmente, no puedo obligar a la familia a comparecer, si tiene razones para no hacerlo, o si ha desaparecido... He aquí, mi querido Hochstedt, lo que debía decirle; a usted corresponde juzgar si el *Quintiliano* de nuestro amigo Bredejord no debe pasar legítimamente a mi biblioteca.

Al oír estas palabras, que al parecer le producían un deseo irresistible de soltar la carcajada, el abogado se reclinó en su sillón, agitando levemente la mano como para protestar, y después fijó sus ojillos brillantes en el profesor Hochstedt para ver cómo salía del paso.

El profesor no pareció tan apurado como se podía esperar. Con seguridad se habría visto en un aprieto si algún argumento invencible del doctor le hubiese puesto en la dolorosa necesidad de pronunciarse en favor de uno u otro, pues su carácter prudente e irresoluto le hacía preferir en todo momento las soluciones indecisas. En tales casos distinguíase para presentar uno tras otro los dos aspectos de la cuestión, y nadaba en el vacío como un pez en el agua; de modo que aquella noche se encontró a la altura de las circunstancias.

—Es incontestable, dijo, que el hecho de haberse inscrito diecisiete buques con el nombre de *Cynthia*, constituye un dato importante en favor de la conclusión expresada por nuestro eminente amigo; este indicio, combinado con los caracteres etnográficos del interesado, tiene seguramente mucho peso, y no vacilaré en decir que lo considero casi irrefutable. Hasta me avengo a confesar que, si yo debiese opinar personalmente sobre la nacionalidad de Erik, diría que las probabilidades están en favor de su origen irlandés... Pero una cosa es la probabilidad y otra la certidumbre, y, por lo tanto, permítaseme alegar que esta última es la que se necesitaría para resolver sobre la apuesta en cuestión. Por más que las probabilidades sean de gran peso y parezcan corroborar la opinión

del doctor Schwaryencrona, Bredejord podrá oponer siempre que la prueba absoluta no existe; de modo que no veo razón alguna suficiente para declarar que el doctor ha ganado el *Quintiliano*, ni tampoco para decir que el *Plinio* se haya perdido... En mi concepto, como la cuestión queda indecisa, corresponde anular la apuesta, y me parece que éste será el mejor desenlace en el presente caso.

Así como en los juicios en que se aplaza el fallo definitivo, el del profesor Hochstedt no pareció agradar a ninguna de las partes.

El doctor lo manifestó claramente con una mueca, y en cuanto al señor Bredejord, saltó de su asiento exclamando:

—¡Alto ahí, mi querido Hochstedt; no se apresure tanto en concluir!... Usted dice que no habiendo Schwaryencrona establecido suficientemente el hecho, aunque a usted le parece probable, no le es posible fallar en su favor... ¿Pues qué contestaría usted si yo le probase aquí, en el acto, que el *Cynthia* no era un buque inglés?

—¿Qué contestaría?, replicó el profesor algo inquieto por aquel ataque repentino. ¡Diantre, no lo sé!... Vería, examinaría la cuestión bajo sus diversos aspectos... —¡Pues examínela usted a gusto!, repuso el abogado.

Así diciendo, introdujo la mano derecha en el bolsillo interior de su levita para sacar una cartera, cogió una carta con sobre amarillo, que indicaba a primera vista su origen americano, y, acercándola a los ojos del doctor, añadió:

—He aquí un documento que seguramente no recusará usted.

Schwaryencrona leyó en alta voz lo que sigue:

Al señor abogado Bredejord, en Estocolmo.

Nueva York, 27 de octubre.

Muy señor mío: en contestación a su carta del 5 del corriente me apresuro a poner en su conocimiento los hechos que aquí consigno:

1.º Hace precisamente ahora catorce años que un buque llamado *Cynthia*, capitán, Barton, propiedad de la Compañía General de Transportes Canadienses, se perdió con toda su tripulación a la altura de las islas

Feroe.

2.º Este buque estaba asegurado por la General Steam Navigation Insurance Company, de Nueva York, por la suma de tres millones ochocientos mil dólares.

3.º Como la desaparición del *Cynthia* no se pudo explicar bien, ni se aclararon tampoco suficientemente las causas del siniestro, entablóse un proceso, que los propietarios del buque perdieron.

4.º A consecuencia de este resultado disolvióse la Sociedad de Transportes Canadienses, que dejó de existir hace once años, después de haberse procedido a la liquidación.

Esperando sus órdenes, tengo el gusto de ofrecerme de usted su afectísimo atento seguro servidor.

Jeremías Smith (Walker y Compañía) agentes marítimos.

—¡Vamos!, exclamó el señor Bredejord cuando el doctor hubo terminado su lectura. ¿Qué me dice usted de ese documento? Creo que no dejará usted de reconocer su valor.

—De ningún modo, repuso el doctor; Pero ¿cómo diablo lo ha obtenido usted?

—De la manera más sencilla del mundo. El día que me habló usted del *Cynthia*, suponiendo que era necesariamente un Duque inglés, yo pensé al punto que limitaba usted demasiado el círculo de sus investigaciones, y que el buque podía muy bien ser americano. Como el tiempo transcurría sin obtener noticia alguna, pues de lo contrario ya nos lo hubiera usted dicho, se me ocurrió escribir a Nueva York, y a la tercera carta recibí esa respuesta. Ya ve usted que aquí no hay complicación. Ahora bien: ¿no le parece que este documento es decisivo para asegurarme sin discusión la posesión de su *Plinio*?

—La conclusión no me parece definitiva, replicó el doctor, que volvía a leer la carta, como para buscar nuevos argumentos en apoyo de su tesis.

—¡Cómo!, exclamó el señor Bredejord. Le pruebo a usted que el buque era americano; que naufragó a la altura de las islas Feroe, es decir, cerca

de la costa noruega, precisamente en la época que corresponde a la llegada del niño, ¡y aún no reconoce usted su error!

—¡De ningún modo! Advierta usted, querido amigo, que yo no dejo de reconocer el gran valor de este documento. Usted ha encontrado lo que yo no he conseguido: descubrir el verdadero *Cynthia*, que naufragó cerca de nuestra costa en la época del hallazgo del niño; pero observe usted que este dato confirma precisamente mis suposiciones, pues resulta que el buque era canadiense, es decir, inglés; y como la emigración irlandesa es muy considerable en el Canadá, tengo un motivo más en apoyo de que el muchacho es de origen irlandés.

—¡Ah! ¿Conque es eso lo que halla usted en mi carta?, exclamó el abogado con más enojo del que hubiera querido demostrar. ¿Y sin duda persiste usted en que no ha perdido el *Plinio*? ¿No es así?

—Precisamente.

—Y hasta quizá crea usted tener derecho a reclamar mi *Quintiliano*... ¿eh?

—En todo caso, abrigo la confianza de llegar a demostrarle este derecho, gracias a su mismo descubrimiento, si quiere usted concederme el tiempo necesario y renovar la apuesta.

—Convenido. ¿Cuánto tiempo pide usted?

—Digamos dos años más; y fijemos el plazo para la segunda fiesta de Navidad que seguirá a ésta.

—Conforme, contestó el abogado; pero le aseguro a usted que lo mejor que podría hacer es enviarme el *Plinio* de una vez.

—No, porque hará muy buen efecto en mi biblioteca, junto a su *Quintiliano*.

7. La opinión de Vanda

Erik, en el fervor de su sacrificio, se había entregado, por lo pronto, en cuerpo y alma a la vida de pescador, procurando de buena fe olvidar que hubiese otra. Más madrugador que todos, era el primero en preparar la barca de su padre adoptivo para que éste no tuviera más que empuñar la caña del timón y emprender la marcha. Si faltaba la brisa, Erik cogía los pesados remos e impelía la barca, empeñándose siempre en hacer el trabajo más rudo y fatigoso. Nada le arredraba; ni la prolongada permanencia en el tonel de fondo, donde el pescador de bacalao espera que el pez muerda el sedal, ni los diversos preparativos a que se le somete después de su captura, arrancándole primero la lengua, que es el mejor bocado, y después la cabeza y las espinas, operaciones necesarias antes de echarle en el depósito donde se efectúa su primera salazón. Cualquiera que fuese el trabajo, Erik lo llevaba a cabo, no sólo a conciencia, sino con una especie de afán; tanto, que el mismo Otto se admiraba de su atención en los menores detalles del oficio.

—¡Cómo has debido sufrir en la ciudad!, le decía ingenuamente el buen muchacho; parece que no te hallas en tu elemento hasta que no has salido del fiordo y estás en alta mar.

Cuando se hablaba de esto, Erik guardaba silencio casi siempre; pero algunas veces, por el contrario, él mismo llevaba la conversación a este terreno, procurando demostrar a Otto, o más bien convencerse a sí mismo, de que no había existencia mejor que la que llevaba entonces.

—Así lo entiendo yo, contestaba el joven con tranquila sonrisa.

Y el pobre Erik volvía la cabeza para ahogar un suspiro.

La verdad es que sufría mucho por haber abandonado sus estudios y verse condenado a un trabajo puramente corporal. Cuando se hacía estas reflexiones, procuraba alejarlas de su mente, luchando con ellas, por decirlo así, a brazo partido, pero a pesar de todo, dominábanle la amargura y la tristeza. Sin embargo, por nada del mundo hubiera dado a

conocer su desaliento; y como lo concentraba en sí, érale más doloroso aún. Una catástrofe que sobrevino al comenzar la primavera, contribuyó a que su tristeza se hiciese más profunda.

Cierto día, como hubiese mucho que hacer en el cobertizo para arreglar convenientemente los bacalaos, *maese* Hersebom, después de confiar este trabajo a Erik y a Otto, marchó solo a la pesca. El cielo estaba encapotado, y la atmósfera, muy pesada, no era propia de la estación. Los dos jóvenes, activando su trabajo cuanto les era posible, hacíanse observaciones sobre el tiempo, que les molestaba mucho, y parecíales que todos los objetos pesaban más, incluso el aire atmosférico.

—¡Es singular!, dijo Erik. Los oídos me zumban como si me hallase en un globo a la altura de cuatro o cinco mil metros.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, comenzó a echar sangre por la nariz, mientras que Otto experimentaba también síntomas análogos, aunque no podía definirlos tan exactamente.

—Supongo que el barómetro debe estar notablemente bajo. Si tuviera tiempo de correr a la casa del señor Malarius, lo observaría.

—Tienes tiempo sobrado, contestó Otto, pues el trabajo está casi concluido; y aunque tardaras, yo sólo lo terminaría.

—Pues me marchó, replicó Erik; no sé por qué el estado de la atmósfera me inquieta... Quisiera que papá estuviese ya de regreso.

Cuando se dirigía hacia la escuela, encontró en el camino al señor Malarius.

—¡Hola! ¿Ya estás aquí, Erik?, exclamó el maestro. Mucho me alegro de verte y de que no te halles en alta mar... El barómetro ha bajado con singular rapidez hace media hora; tanto, que jamás he visto una cosa igual. Ahora está a setecientos dieciocho milímetros. Seguramente vamos a tener un cambio de tiempo.

Como acompañando la última palabra del señor Malarius, un fragor lejano, seguido de una especie de lúgubre bramido, pareció rasgar los aires; el cielo, que casi instantáneamente se había cubierto de una mancha negra en dirección Oeste, oscurecióse por todas partes con prodigiosa rapidez; y

de repente, después de un intervalo de profundo silencio, las hojas de los árboles, las briznas de paja, la arena y los guijarros fueron barridos por una fuerte ráfaga de viento.

El huracán se había desencadenado con inusitada violencia; las chimeneas, los postigos de las ventanas, y en algunos casos hasta los tejados mismos, fueron arrebatados como plumas; algunas casas se hundían; todos los cobertizos, sin excepción, quedaron completamente destrozados por el viento; y en el fiordo, de ordinario tan tranquilo como un estanque durante las más terribles tempestades marítimas, formáronse olas enormes, que iban a estrellarse en la costa con horrísono estruendo.

El ciclón rugió durante una hora, y después, contenido por las altas cimas de Noruega, tomó la dirección Sur y fue a barrer la Europa Continental. En los anales de la meteorología se halla consignado como uno de los más extraordinarios y desastrosos que jamás franquearon el Atlántico. Estas conmociones atmosféricas suelen anunciarse ya por telégrafo, así es que la mayor parte de los pueblos de Europa, advertidos por el telegrama, tuvieron, por fortuna, tiempo suficiente para avisar a los buques que se aprestaban a salir o a los que estaban mal resguardados en su anclaje, de modo que los desastres se atenuaron hasta cierto punto; pero en las costas poco frecuentadas, en los pueblos de pescadores y en el mar, el número de víctimas fue considerable: sólo en la Agencia Veritas, en Francia, y en las oficinas del Lloyd, se registraron setecientos treinta naufragios.

En lo primero que pensaron los Hersebom, aquel día nefasto, fue, naturalmente, en los que se hallaban en el mar. *Maese Hersebom* solía ir a la costa occidental de una isla bastante grande, situada a dos millas poco más o menos de la entrada del fiordo, la misma donde recogió a Erik; y, por lo tanto, podía esperarse, atendida la hora en que la tempestad estalló, que habría tenido tiempo de buscar un refugio, encallando su barca en la costa baja y arenosa. Pero la inquietud no permitió a Erik y a Otto esperar la noche para ver si su hipótesis era fundada.

Apenas el fiordo hubo recobrado su tranquilidad acostumbrada, después de alejarse el huracán, persuadieron a un vecino para que les prestase su barca para ir a buscar al pescador. El señor Malarius se empeñó en acompañar a los jóvenes en su expedición, y los tres partieron, seguidos de la ansiosa mirada de Catalina y su hija.

En el fiordo había calmado el viento casi completamente, pero soplaba del Oeste, y para llegar al canal, fue necesario servirse de los remos, lo cual exigió más de una hora.

Salvada esta primera dificultad, presentóse otro obstáculo imprevisto; la tempestad seguía desencadenada en el océano, y las olas, estrellándose contra las rocas del islote que cierra la entrada del fiordo de Noroé, determinaban dos corrientes que iban a unirse por detrás de aquél, precipitándose con violencia en el canal como en un embudo. No podía pensarse en franquear el paso en tales condiciones: a duras penas lo habría conseguido un vapor, y, por consiguiente, era imposible para una débil barca impulsada a remo.

No quedó otro recurso que volver a Noroé, y esperar.

La hora acostumbrada pasó sin que *maese* Hersebom se presentase, pero tampoco llegó ninguno de los demás pescadores que habían salido aquel día; de modo que era de esperar que algún impedimento común los retenía a todos fuera del fiordo, alejando esto la idea de una desgracia individual. No por eso fue la noche menos triste en todas las casas donde faltaba alguno; y a medida que la noche transcurría sin que ninguno de los ausentes reapareciera, iba creciendo la ansiedad. En casa de los Hersebom nadie se acostó; todos pasaron aquellas largas horas de espera sentados alrededor del fuego, tristes y silenciosos.

En aquellas altas latitudes, la hora del amanecer se retarda aun en el mes de marzo; pero el día se presenta después claro y brillante.

La brisa de tierra soplaba hacia el mar, y, por consiguiente, era de esperar que fuese fácil franquear el paso. Comenzábase a reunir una verdadera flotilla, formada con casi todos los barcos disponibles en Noroé para ir a la descubierta, cuando de pronto divisáronse varias embarcaciones que avanzaban con toda la ligereza posible y que pronto llegaron al pueblo.

Eran las que habían salido la víspera antes de estallar el ciclón. Todas estaban, menos la de *maese* Hersebom.

Nadie pudo dar noticias de él, y el hecho de no volver con las otras aumentó, naturalmente, la angustia de la familia, pues todos los pescadores habían estado expuestos a los mayores peligros.

Los unos, arrojados a la costa, donde su embarcación encalló, salváronse milagrosamente; otros pudieron refugiarse a tiempo en una ensenada que les resguardó contra el huracán, y los menos hallábanse ya cercanos a tierra en el momento crítico.

Como la flotilla estaba ya dispuesta, acordóse que marchara en busca de Hersebom. El señor Malarius quiso ir también en compañía de Erik y de Otto, y hasta se admitió un corpulento perro de pelaje amarillo, que manifestaba evidentes señales de agitación: era Klaas, el perro groenlandés que *maese* Hersebom había traído a su regreso de un viaje al cabo Farewell.

Al salir del canal, las barcas se dispersaron en todas direcciones, para explorar las costas de las innumerables islas agrupadas en los alrededores del fiordo de Noroé, como en toda la costa noruega.

Cuando se reunieron a mediodía en la punta Sur del canal, según lo convenido, no se había descubierto aún la menor huella de *maese* Hersebom; y como se creía haberlo explorado todo bien, opinóse que, desgraciadamente, se debía pensar en la vuelta, renunciando a las pesquisas.

Pero Erik no quiso darse por vencido ni perder toda esperanza, y dijo que, habiendo recorrido las islas del Sur, deseaba explorar las del Norte. El señor Malarius y Otto le apoyaron, y entonces se accedió a su petición. Confiésele una canoa fácil de manejar para que hiciese el último esfuerzo, y la flotilla se alejó en dirección al fiordo.

La insistencia de Erik debía ser recompensada: a eso de las dos de la tarde, cuando la embarcación costeaba un islote inmediato a tierra firme, Klaas comenzó a ladrar furiosamente, y, antes de que pudieran contenerle, lanzóse al agua y nadó hacia los arrecifes.

Erik y Otto remaron en la misma dirección, y muy pronto vieron al perro abordar el islote, y saltar aullando alrededor de una forma humana, al parecer, tendida sobre una roca de color gris.

Al acercarse, vieron que era efectivamente un hombre, y que este hombre era Hersebom... El pobre pescador yacía allí ensangrentado, pálido, inmóvil y frío... ¡tal vez muerto!... Klaas le lamía las manos, aullando tristemente.

El primer movimiento de Erik fue arrodillarse junto al cuerpo helado y acercar el oído al nivel del corazón.

—¡Vive!... ¡Oigo un latido!..., exclamó en seguida.

El señor Malarius, que había tomado un brazo de *maese* Hersebom para tomarle el pulso, movió tristemente la cabeza en señal de duda; pero quiso probar todos los medios prescritos en semejante caso. Desenrolló la faja de lana que llevaba, hizo tres pedazos, entregó dos a los jóvenes, y los tres comenzaron a friccionar vigorosamente el pecho, las piernas y los brazos del pescador.

Pronto se reconoció que aquel sencillo tratamiento producía su efecto, reanimando la circulación; los latidos se acentuaron, el pecho se dilató, y de los labios escapóse un ligero soplo. Poco después, *maese* Hersebom, recobrándose de su desvanecimiento, exhaló una ligera queja; el señor Malarius y los dos jóvenes levantáronle al punto para conducirlo inmediatamente a la canoa; y al depositarle en ella, sobre un lecho formado con velas, abrió los ojos y murmuró con débil acento:

—¡Agua!

Erik le acercó a los labios una botella que contenía agua y aguardiente, y cuando hubo bebido un trago pareció comprender lo que le sucedía, a juzgar por su mirada afectuosa; pero la extenuación le dominó muy pronto y cayó en un sueño profundo, semejante al letargo.

Persuadidos de que lo mejor era apresurar el regreso, los jóvenes empuñando los remos, impelieron vigorosamente la barca en dirección al canal, y favorecidos por la brisa, llegaban poco después a Noroé.

Transportado a su lecho, donde se le aplicaron compresas de árnica, el pescador recobró por fin del todo el conocimiento después de tomar una taza de caldo y un vaso de cerveza. Lo más grave que tenía era una fractura del antebrazo; lo demás reducíase a varias contusiones y cortaduras en todo el cuerpo; pero el Señor Malarius exigió el más absoluto reposo, encargando que no se le permitiera hablar. El pescador durmió tranquilamente toda la noche.

Al otro día dejáronle explicarse, y en pocas palabras relató lo que le había

ocurrido.

Sorprendido por el ciclón en el instante en que izaba su vela para volver a Noroé, fue arrojado contra los arrecifes del islote, donde su barca se deshizo. Un momento antes del desastre habíase arrojado al mar para librarse de aquel espantoso choque, pero faltó muy poco para que se estrellara contra las rocas, y sólo a costa de grandes esfuerzos consiguió ponerse fuera del alcance de las olas. Entonces, rendido de cansancio, con un brazo roto y el cuerpo lleno de contusiones, perdió el conocimiento, sin poder explicarse cómo había pasado aquellas veinte horas de espera, durante las cuales un acceso de fiebre le hizo empeorar.

Hersebom había escapado a una muerte segura; pero ahora, tendido en el lecho, con el brazo entablillado, no podía menos de entregarse a las más amargas reflexiones al pensar en la pérdida de su embarcación y en su inmovilidad forzosa. ¿Qué iba a ser de él, aun admitiendo que recobrase el uso del miembro fracturado al cabo de ocho o diez semanas de reposo? La barca, único capital de la familia, había desaparecido al soplo del viento; y a su edad era muy duro trabajar por cuenta ajena, dado el caso de que hallara ocupación, lo cual era muy difícil en Noroé, porque nadie se servía de auxiliares. En cuanto a la fábrica, no debía contar con ella, porque acababa de reducir su personal.

Tales fueron las tristes reflexiones de *maese* Hersebom durante su permanencia en el lecho del dolor, y sobre todo cuando, una vez en pie, pudo sentarse en su sillón con el brazo en cabestrillo.

Mientras terminaba la curación, la familia vivía con sus últimos recursos y el producto del bacalao aún existente en el almacén; mas el porvenir se presentaba muy oscuro y nadie veía el medio de aclararlo.

Esta miseria inminente hizo que las meditaciones de Erik siguieran pronto otro curso. Durante dos o tres días, la satisfacción de haber salvado a su padre adoptivo (pues sólo a la abnegación del joven debía el pescador la vida) llenó todo su pensamiento, y no podía menos de experimentar cierto orgullo, muy natural, cuando la buena Catalina o Vanda fijaban en él una mirada de agradecimiento, como diciéndole:

—¡Querido Erik! El padre te salvó de las aguas, pero a tu vez le has arrancado de la muerte...

Ciertamente era la más grande recompensa que debía desear por la abnegación de que daba pruebas condenándose a la vida de pescador. Poder decir que había devuelto en cierto modo a la familia adoptiva todos sus beneficios a la vez, era para Erik el consuelo más dulce y fortificante.

Pero la familia que tan generosamente había compartido con él los frutos de su trabajo hallábase ahora en víspera de carecer del pan de cada día. En este caso no debía ser ya una carga para los Hersebom. ¿No estaba obligado a intentarlo todo para ayudarles?

Erik comprendía claramente este deber; sólo vacilaba en los medios, pensando unas veces en ir a Bergen para sentar plaza como marinero, o buscar cualquier otra ocupación para ser útil en seguida.

Cierto día comunicó sus dudas al señor Malarius, quien, después de escuchar con atención sus razones, las aprobó sin vacilar, pero pronunciándose contra el proyecto de engancharse en la marina.

—Comprendía, aunque deplorándolo, le dijo, que te hubieras resignado a permanecer aquí para compartir la vida de tus padres adoptivos; pero censuraré que te condenes lejos de ellos a una profesión sin porvenir, precisamente cuando el doctor Schwaryencrona se ofrece gustoso a darte una carrera. Reflexiónalo bien, hijo mío, antes de adoptar una resolución.

Lo que el señor Malarius no decía era que había escrito ya a Estocolmo para poner al doctor al corriente de la situación en que ahora se hallaba la familia de Erik a consecuencia del ciclón del 3 de marzo. Por eso no se sorprendió al recibir, tres días después, una carta, cuyo contenido fue a comunicar inmediatamente a los Hersebom, y que estaba concebida en estos términos:

Estocolmo, 17 de marzo.

Mi querido Malarius: Te doy cordialmente las gracias por haberme notificado las desastrosas consecuencias que ha tenido para el digno *maese* Hersebom el huracán del 3 del corriente. Experimento la mayor satisfacción al saber que Erik se ha conducido en estas circunstancias como siempre, con nobleza y cariñosa generosidad. Adjunto va un billete de quinientos kroners, que te ruego le entregues de mi parte, diciéndole que si no alcanza para comprar en Bergen la mejor barca pescadora, deberá manifestármelo así al punto. Deseo que dé a esta barca el nombre

de *Cynthia*, y que la ofrezca después a *maese* Hersebom como recuerdo filial. Hecho esto, si Erik quiere hacerme caso, volverá a Estocolmo para continuar sus estudios; su puesto está siempre libre en mi hogar; y por si acaso se necesita algún aliciente para decidirle a venir, añadiré que ahora tengo datos ciertos y la esperanza de penetrar en el misterio de su nacimiento. Ya sabes, querido Malarius, que soy siempre tu sincero y fiel amigo,

B. W. Schwaryencrona, M. D.

Ya se comprenderá cuánta alegría produjo esta carta. El doctor, haciendo el regalo a Erik, demostraba que conocía muy bien el carácter del viejo pescador. Ofrecida directamente, es poco probable que *maese* Hersebom hubiese aceptado la barca; pero no podía rehusarla de su hijo adoptivo, y sobre todo con el nombre de *Cynthia*, que recordaba cómo Erik había ingresado en la familia.

Pero toda medalla tiene su reverso, y ya las frentes se nublaban al pensar que el hijo adoptivo marcharía otra vez. Nadie se atrevía a abordar la cuestión, aunque ninguno dejara de pensar en ella; y el mismo Erik, con la cabeza inclinada sobre el pecho, luchaba entre el deseo, muy justo, de cumplir con el doctor y satisfacer a la vez sus secretas aspiraciones, y el no menos natural de no ofender a sus padres adoptivos.

Vanda fue la que se encargó de despejar la situación.

—Erik, díjole con su voz dulce y grave, ante semejante carta no puedes dar una negativa al doctor; no puedes hacerlo, porque sería a la vez mostrarte ingrato y perjudicarte a ti mismo. ¡Tu lugar está entre los sabios, no entre los pescadores! ¡Hace ya mucho tiempo que lo pienso así, y puesto que nadie se atreve a decírtelo, yo te lo digo!...

—¡Vanda tiene razón!, exclamó el señor Malarius sonriendo.

—¡Vanda tiene razón!, aprobó Catalina, enjugando una lágrima.

Y he aquí cómo por segunda vez se resolvió la marcha de Erik.

8. Patricio O'Donoghán

Lo que el doctor había averiguado no tenía mucha importancia, pero tal vez le condujera a descubrir alguna pista.

Conocía el nombre del exdirector de la Compañía de Transportes canadienses, llamado Joshua Churchill; pero ignoraba su paradero, y, naturalmente, era necesario realizar investigaciones para averiguar qué había sido de aquel personaje después de la disolución de la sociedad. Si se encontraba al señor Joshua Churchill, tal vez se podrían examinar por su mediación los antiguos registros de la compañía, y quizá obtener así la lista de los que fueron pasajeros del *Cynthia*, en la que se debía hacer mención del niño y de su familia, o de las personas encargadas de su custodia, en cuyo caso el campo de las pesquisas se limitaría considerablemente. Tal fue el consejo del procurador que en otro tiempo había tenido los registros como liquidador de la sociedad, pero que hacía diez años ignoraba el paradero del señor Joshua Churchill.

Por un momento, el doctor Schwaryencrona experimentó una falsa alegría al saber que los diarios americanos acostumbran publicar la lista de los pasajeros que se embarcan para Europa, pues supuso que probablemente bastarla examinar una colección de algún periódico importante de ese año para encontrar la lista del *Cynthia*; pero la hipótesis resultó infundada, porque la costumbre de publicar las listas era reciente, datando sólo de hacía algunos años. Sin embargo, los diarios antiguos no eran inútiles, pues se averiguaría la fecha exacta de la partida del buque, que había salido el 3 de noviembre, no de un puerto canadiense, como se creyó al principio, sino de Nueva York, con destino a Hamburgo.

En consecuencia, el doctor había encargado a sus agentes que tomaran informes en esta última ciudad y en los Estados Unidos.

En Hamburgo no se averiguó nada de valor: los consignatarios de la Compañía de Transportes canadienses no sabían cosa alguna sobre los pasajeros del *Cynthia*, y sólo pudieron indicar la naturaleza de su flete, que ya era conocido.

Hacía seis meses que Erik había vuelto a Estocolmo, cuando se creyó al fin haber averiguado en Nueva York que el exdirector Joshua Churchill había muerto siete años antes en un hospital de la Novena Avenida, sin dejar herederos conocidos, ni herencia probablemente. En cuanto a los registros de la compañía, sin duda se habían vendido ya como papel viejo, destinado a envolver alimentos.

La pista, pues, se perdió del todo, y el mal resultado de aquella prolongada: investigación sólo tuvo por efecto inspirar al señor Bredejord los más dolorosos sarcasmos para el amor propio del doctor, aunque eran inocentes en el fondo. La historia de Erik era ya conocida en casa del doctor; de modo que nadie tenía reparo en hablar de ella abiertamente cuando se discutía sobre las diversas fases de la búsqueda practicada. Tal vez, el doctor hubiera procedido con más acierto guardando el secreto acerca de sus diligencias, como lo hizo durante los dos primeros años, porque ahora ofrecía un alimento a las habladurías de la señora Greta y de Kajsa, así como también a las reflexiones de Erik, con frecuencia muy tristes.

No conocer a sus padres, ignorar si vivían aún, y pensar que tal vez no sabría nunca el secreto de su nacimiento, era ya bastante penoso; pero más triste le parecía no conocer cuál era su patria.

—El más pobre muchacho callejero, decíase a veces, el más mísero campesino, sabe cuál es su país y a qué gran familia humana pertenece; pero yo lo ignoro. Estoy en el mundo como un despojo, como un grano de arena impelido por el viento, que nadie sabe de dónde viene. ¡No tengo origen, ni tradiciones, ni pasado; la tierra donde mi madre nació, donde sus restos reposan o reposarán, puede ser ultrajada por el extranjero, hollada bajo sus pies, sin que me sea dado defenderla ni verter mi sangre por ella!

Estas reflexiones entristecían al pobre Erik; en tales momentos, por más que se dijese que había hallado una madre en la buena Catalina, un hogar en casa de *maese* Hersebom y una patria en Noroé; por más que se jurara devolverles todos sus beneficios centuplicados y ser siempre para Noruega el hijo más fiel, no podía menos de lamentarse de su situación excepcional.

Hasta las diferencias físicas que reconocía al compararse con las personas que le rodeaban; hasta el color de sus ojos y de su cutis,

observado al paso en un espejo o en el cristal de una tienda, llevábanle a cada instante a sus amargas reflexiones. Algunas veces preguntábase qué patria preferiría en el mundo si hubiese de elegir, y sólo para contestarse estudiaba la historia y la geografía, pasando en revista las civilizaciones de los diversos pueblos.

Entonces experimentaba una especie de consuelo al decirse que por lo menos era de raza céltica, y buscaba en los libros la confirmación del hecho enunciado por el doctor.

Pero cuando el sabio le aseguraba que en su concepto era irlandés, Erik se entristecía. ¿Por qué había de pertenecer él precisamente al más oprimido de los pueblos celtas?... Si al menos pudiese obtener la prueba absoluta de ello, seguramente hubiera amado aquella patria desdichada tanto como a las más grandes e ilustres; pero no existiendo prueba alguna, lo mismo podía creer que era francés, por ejemplo, puesto que en Francia también existían celtas... Ésta es la patria que él hubiese deseado, con sus grandiosas tradiciones, su dramática historia y los principios fecundos que ha sembrado en el globo.

¡Oh! Semejante patria merecía ser amada con la mayor abnegación... ¡Cuánto le enorgullecería pertenecer a ella! ¡Con qué ternura filial hubiera estudiado sus gloriosos anales, leído los libros de sus escritores y admirado las obras de sus artistas!... Pero ¡ay!, precisamente este orden de emociones delicadas le estaba vedado para siempre... ¡Bien veía que jamás se llegaría a resolver el problema de su origen, puesto que después de tantas investigaciones no se encontraba la solución!

Y, sin embargo, parecíale a Erik que, si pudiera remontarse al origen de los informes ya obtenidos, y seguir él mismo en el terreno las nuevas huellas que fuera posible descubrir, tal vez llegara a obtener algún resultado. ¿Por qué no conseguiría con su actividad lo que los agentes no alcanzaron tal vez por negligencia? ¿Podría nadie obrar con tanto interés y ardimiento como él?

Esta idea, que nunca le abandonaba, ejercía insensiblemente en sus trabajos una influencia de las más marcadas, comunicándoles, sin que apenas Erik lo advirtiese, una dirección especial. Cual si fuese cosa convenida de antemano que debía emprender un viaje, comenzó a estudiar a fondo la cosmografía, el arte náutico y todo el programa de las escuelas de marina.

—Un día u otro, se decía, habré de pasar el examen de capitán de barco mercante, y entonces podré ir a Nueva York a mis expensas y continuar las pesquisas referentes al *Cynthia*.

Sus conversaciones con el doctor, versando naturalmente sobre este punto, acabaron por reflejar su proyecto, dándolo a conocer a todos.

El doctor Schwaryencrona y sus dos amigos se impregnaron también de la idea, hasta el punto de adoptarla por sí mismos, pues la cuestión del origen de Erik, que sólo fue al principio un problema interesante para ellos, preocupábales cada vez más.

Observaban hasta qué punto el joven tomaba la cosa con empeño; y como le profesaban un sincero cariño y reconocían la importancia que para Erik tenía aquel asunto, estaban dispuestos a emprenderlo todo a fin de dilucidar el misterio.

He aquí cómo cierta noche nació en ellos la idea de marchar todos a Nueva York durante las vacaciones para ver si se podría averiguar alguna cosa.

¿Quién fue el primero en formular la idea? Este punto, no aclarado nunca, sirvió largo tiempo de tema a las discusiones del doctor y del señor Bredejord, pretendiendo cada cual la prioridad. Sin duda lo pensaron ambos a la vez, pues a fuerza de hablar sobre el asunto, Erik había saturado con su idea el ambiente.

De todos modos, ello es que tomó cuerpo, que se adoptó definitivamente, y que, llegado el mes de septiembre, los tres amigos, acompañados de Erik, se embarcaron en Cristianía para trasladarse a América.

Desde aquel momento iba a entrar en juego un nuevo factor, cuya fuerza nadie sospechaba aún, y este factor era la actividad personal de Erik. De Nueva York y de los Estados Unidos, de todos esos espectáculos tan nuevos para él, sólo veía lo que pudiera referirse al objeto de sus investigaciones. Levantábase al amanecer, dirigíase al puerto, recorría los muelles, preguntaba a todos los marineros y reunía sin descanso datos más minuciosos.

—¿Ha conocido usted la Compañía de Transportes canadienses? ¿Podría

darme noticias de algún oficial, pasajero o marinero que naufragase en el *Cynthia*? Esto era lo que preguntaba a todos. Gracias a su conocimiento de la lengua inglesa, a su expresión dulce y grave y a su familiaridad con todas las cosas del mar, siempre era bien recibido. Indicáronle sucesivamente varios antiguos oficiales, marineros o empleados de la Compañía de Transportes canadienses; encontró algunos de ellos; de otros se ignoraba el paradero, pero nadie pudo darle informes útiles sobre el último viaje del *Cynthia*. Necesitáronse quince días de continuas diligencias para obtener al fin un informe que por su precisión, comparado con las confusas noticias, a veces contradictorias, reunidas por Erik, parecía tener gran valor.

Asegurábase que un marinero llamado Patricio O'Donoghán había sobrevivido al naufragio del *Cynthia*, y hasta había estado en Nueva York varias veces después del siniestro. Este hombre, según decían, era grumete a bordo del *Cynthia* cuando el buque emprendió su último viaje, y estaba destinado particularmente al servicio del capitán; de modo que debió conocer a todos los pasajeros de primera clase que se sentaban a la mesa de aquél. Ahora bien; a juzgar por la calidad de sus ropas, no se podía dudar que el niño atado al salvavidas del *Cynthia* era de familia opulenta, y por lo tanto importaba mucho encontrar al citado marinero.

Así lo dedujeron el doctor y el abogado cuando Erik les dio a conocer su descubrimiento al volver a la hora de comer al hotel, situado en la Quinta Avenida; pero la discusión cambió muy pronto, porque el doctor quiso ver en aquel nuevo dato una prueba en apoyo de su tesis favorita.

—¡No puede haber nombre más irlandés, exclamó, que el de Patricio O'Donoghán!... ¡Cuando yo decía que el asunto de Erik se relacionaba con Irlanda!

—Hasta aquí no lo veo, contestó sonriendo el señor Bredejord; un grumete irlandés a bordo no prueba gran cosa, y en mi concepto más difícil sería encontrar un buque americano en cuya tripulación no hubiese algún hijo de la Verde Erin.

Con esto había para discutir dos o tres horas, y no se dejó de hacerlo. En cuanto a Erik, desde aquel día concentró todos sus esfuerzos en una sola cosa: en hallar el paradero de Patricio O'Donoghán.

Cierto que no lo consiguió; pero a fuerza de buscar y preguntar, acabó por

descubrir en el muelle del Hudson un marinero que había conocido al llamado Patricio O'Donoghán y que pudo proporcionar algunos detalles. Era, en efecto, irlandés, natural de Innishannon, en el condado de Cork; tenía de treinta a treinta y cinco años, estatura regular, cabello rojizo, ojos negros y nariz aplastada a consecuencia de un accidente.

—Es un perillán que se podría reconocer entre veinte mil, dijo el marinero, y yo me acuerdo muy bien de él, aunque no le he visto hace siete u ocho años.

—¿Y es en Nueva York dónde solía usted encontrarle?, preguntó Erik.

—En Nueva York y en otras partes; pero seguramente la última vez fue en esta ciudad.

—¿Podría usted indicarme alguna persona que pudiese darme informes de ese marinero?

—Eso sí que no... A menos que no sea el dueño de la posada llamada «El áncora roja», en Brooklyn... Patricio O'Donoghán se alojaba allí cuando venía a Nueva York... El posadero llamado Bowles, es un veterano de la marina; y si él no lo sabe, no veo quién pueda darle a usted informes de O'Donoghán.

Erik se apresuró a saltar a una de esas grandes barcas de vapor que prestan su servicio en el río por la parte del Este, y veinte minutos después hallábase en Brooklyn.

A la puerta de la posada «El áncora roja» vio una anciana muy limpia, que en aquel momento se ocupaba en mondar patatas.

—¿Está en casa el señor Bowles, señora?, preguntó Erik, saludando con la cortesía propia de los hijos de su país adoptivo.

—Sí, caballero; pero ahora se dispone a dormir la siesta, contestó la anciana, dirigiendo una mirada curiosa a su interlocutor. Si quiere usted decirle alguna cosa, yo me encargaré de darle el recado... Soy su mujer.

—¡Oh, señora! Sin duda podría usted informarme tan bien como el señor Bowles sobre lo que necesito averiguar, repuso Erik. Quisiera saber si conoce usted a un marinero llamado Patricio O'Donoghán; si se halla en esta casa ahora, o si podría indicarme dónde le podría encontrar.

—¿Patricio O'Donoghán?... ¡Sí, le conozco! Pero hace cinco o seis años que no ha puesto los pies aquí... Y en cuanto a decirle a usted dónde puede estar, me sería muy difícil poderlo complacer.

La fisonomía de Erik expresó tal contrariedad que la anciana lo echó de ver al punto, y sin duda no pudo menos de compadecerse.

—Mucha necesidad tendrá usted de ver a Patricio O'Donoghán, dijo, cuando tanto le disgusta no encontrarle aquí.

—Sí, le necesito mucho, señora, contestó el joven con tristeza; pues sólo él podría darme la clave de un misterio cuya explicación buscaré siempre.

Erik llevaba tres semanas corriendo por todas partes para informarse, y había adquirido ya cierta experiencia de las cosas humanas. Pensó que la curiosidad de la anciana podría servirle de algo, y díjose que no habría inconveniente en interrogarla.

En consecuencia, preguntó si le sería permitido tomar un refresco, y siendo la contestación afirmativa, penetró en la posada.

En la sala baja, donde acababa de entrar, veíanse algunas mesas de madera barnizada y sillas de paja; pero no había nadie en aquel momento, y esto mismo animó a Erik a entablar conversación con la anciana cuando volvió de la barra con la botella pedida.

—Sin duda se preguntará usted, señora, dijo con su dulce voz, por qué deseo tanto ver a Patricio O'Donoghán. Voy a decírselo: Este Patricio, según parece, presenció el naufragio del *Cynthia*, buque americano que se perdió hace unos diecisiete años en la costa de Noruega... Ahora bien; sepa usted que yo fui recogido por un pescador, cuando apenas contaba nueve meses, en una cuna que flotaba sujeta a un salvavidas del *Cynthia* ... Busco a O'Donoghán para saber si podría darme informes sobre mi familia, o por lo menos sobre mi patria...

Un grito de la anciana interrumpió las explicaciones de Erik.

—¡En un salvavidas, dice usted!... ¿Estaba usted sujeto a un salvavidas?

Y sin esperar contestación, la mujer corrió a la escalera.

—¡Bowles... Bowles, baja pronto!, gritó con voz penetrante. ¡En un salvavidas! ¿Usted es el niño del salvavidas?... ¡Quién lo había de pensar! —repetía, acercándose a Erik que la miraba pálido de sorpresa y de esperanza.

¿Podría averiguar al fin el secreto buscado con tanto afán?

Muy pronto resonaron unos pesados pasos en la escalera de madera, presentándose en ella un viejecito rechoncho y colorado, con grandes patillas blancas, anillos de oro en las orejas y traje de paño azul.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hay?, preguntó cuando estuvo en la sala, frotándose los ojos.

—Te necesitamos, contestó con acento breve la anciana; siéntate y escucha a este simpático caballero, que te repetirá lo que acaba de manifestarme.

Bowles obedeció en silencio, y Erik repitió, poco más o menos, lo mismo que acababa de contar a la mujer.

Las facciones del posadero se dilataron, tomando una expresión plácida; una sonrisa entreabrió sus labios, y frotándose las manos comenzó a mirar a su mujer, que por su parte no parecía menos satisfecha.

—¿Debo suponer que conoce usted ya mi historia?, preguntó Erik con el corazón palpitante.

Bowles hizo una señal afirmativa, rascóse la oreja, y al fin se decidió a hablar.

—La conozco sin conocerla, dijo, y a mi mujer le sucede lo mismo; con frecuencia hemos hablado sobre el particular sin comprenderlo.

Erik, pálido y agitado, oía estas palabras, aguardando la explicación; pero ésta se retardaba, porque el posadero no tenía el don de la elocuencia ni de expresarse con claridad; y, por otra parte, tal vez sus ideas estuviesen algo confusas a causa de su reciente sueño. Para recobrase del todo después de dormir, Bowles necesitaba generalmente dos o tres vasos de una bebida muy análoga a la ginebra.

Sólo cuando su mujer le hubo colocado delante una botella y dos vasos,

pudo al fin el buen hombre tener más expedito el uso de la lengua.

Entonces dio principio a un relato muy confuso, en el que sólo se destacaban algunos hechos en medio de una infinidad de detalles inútiles. La narración no duró menos de dos horas, y necesitóse toda la atención y el ardiente interés del pobre Erik para que éste sacara alguna cosa en limpio. A fuerza de preguntas y de insistencia, y gracias al concurso de la anciana, el joven pudo averiguar algo.

9. Quinientas libras esterlinas de recompensa

Patricio O'Donoghán, por lo que Erik pudo comprender entre las reticencias y digresiones de Bowles, no era un modelo de virtud. El posadero le había conocido cuando servía de grumete, aprendiz de marinero, antes y después del naufragio del *Cynthia*. Hasta esa época, Patricio O'Donoghán había sido pobre, como lo son generalmente los hombres de su profesión; pero después del siniestro volvió de Europa con un paquete de billetes de Banco, pretendiendo haber heredado de un pariente que tenía en Irlanda, lo cual parecía bastante inverosímil.

Bowles nunca había creído lo de la herencia, y hasta pensaba que tan súbito cambio de fortuna debía relacionarse de un modo cualquiera, pero poco legal, con el naufragio del *Cynthia*, pues no dudaba que Patricio O'Donoghán se halló en él; y contrariamente a la costumbre de los marineros en semejante caso, siempre rehuía, aunque con bastante torpeza, comentar el asunto. Además de esto, cuando se trató de entablar el proceso civil de la compañía de seguros contra los propietarios del *Cynthia*, Patricio O'Donoghán se apresuró a marchar a bordo de un buque que emprendía un largo viaje, a fin de no verse mezclado en el asunto ni siquiera como testigo. Esta conducta pareció tanto más sospechosa, cuanto que Patricio era entonces el único que había sobrevivido al desastre, o, por lo menos, el único a quien se conocía. Bowles no había podido nunca explicarse esto; pero él y su mujer formaron muy mala opinión del hecho.

Lo que más alimentaba sus celos era que Patricio no se halló nunca falto de dinero durante su permanencia en Nueva York, aunque traía muy poco de sus viajes; a los pocos días de su regreso veíasele siempre con suficiente oro y billetes de Banco, y cuando estaba borracho, lo cual sucedía muy a menudo, alardeaba de poseer un secreto equivalente a una fortuna. Había llamado la atención, particularmente, que en medio de sus divagaciones repitiera a cada momento: «el niño del salvavidas».

—Sí, señor Bowles, decía golpeando sobre la mesa; el niño del salvavidas vale más de lo que pesa en oro...

Y se echaba a reír a carcajadas, muy satisfecho de sí mismo, al parecer. Nunca se le pudo inducir a dar una explicación a sus palabras, que durante muchos años fueron para los esposos Bowles origen de infinitas suposiciones.

De aquí la emoción de la anciana cuando Erik le dijo que él era precisamente el «niño del salvavidas».

Patricio O'Donoghán, que durante más de quince años había tenido costumbre de alojarse en «El áncora roja» cuando estaba en Nueva York, no había aparecido desde hacía cuatro años, y al decir de Bowles, esto era ya algo misterioso. El irlandés recibió cierta noche la visita de un hombre que se encerró con él durante una hora, y al día siguiente, Patricio O'Donoghán, agitado, y al parecer con mucha prisa, pagó apresuradamente su cuenta, cogió su saco de marinero y se marchó.

Desde entonces no se le había vuelto a ver.

Los esposos Bowles ignoraban, naturalmente, la causa de aquella súbita partida; pero siempre pensaron que debía relacionarse con el naufragio del *Cynthia* y la historia del «niño del salvavidas». Ellos creían que el visitante de O'Donoghán se habría presentado para advertirle que corría algún peligro, y el irlandés juzgó sin duda prudente salir al punto de Nueva York. Los posaderos no pensaban que hubiese vuelto desde aquella época, pues lo hubieran sabido por otros parroquianos, a quienes seguramente habría extrañado que Patricio se alojase en otra parte.

Tal era en su conjunto el relato que Erik pudo obtener; ardía en deseos de comunicárselo a sus amigos, así es que se dio prisa en despedirse de los esposos Bowles.

Su informe fue acogido, por tanto, con el interés que merecía, pues por primera vez, después de tantas diligencias, hallábase la huella de un hombre que había hecho repetidas alusiones al «niño del salvavidas». A decir verdad, ignorábase dónde estaba aquel individuo; pero se podía tener la esperanza de dar un día u otro con su paradero. Éste era el más importante de los datos obtenidos hasta entonces, y el asunto se consideró de suficiente importancia para que valiese la pena enviar un telegrama a los esposos Bowles, rogándoles que prepararan una comida de seis cubiertos. El señor Bredejord sugirió este medio para averiguar por

aquella gente todo cuanto fuese posible. Los tres se trasladaron a «El áncora roja», y haciendo sentar a la mesa a los esposos Bowles, se les haría hablar extensamente.

Erik no esperaba averiguar nada más, pues conocía bastante bien a los posaderos para estar convencido de que le habían dicho cuanto sabían; pero no contaba con la costumbre que tenía el abogado de interrogar a los testigos en los tribunales de justicia, obteniendo de sus contestaciones lo que ni ellos mismos sospechaban.

La señora Bowles se excedió a sí misma; puso la mesa en la mejor habitación del primer piso, y en menos de una hora improvisó una comida excelente. Muy lisonjeada por el honor que se le hacía a ella y a su esposo, prestóse con la mejor voluntad al interrogatorio del eminente abogado, y así se obtuvieron algunos datos que no carecían de importancia.

En primer lugar, Patricio O'Donoghán había dicho claramente, al iniciarse el proceso por la compañía de seguros, que se iba «para que no se le citara como testigo»; prueba evidente de que no le convenía explicarse sobre las circunstancias del naufragio, lo cual también se deducía de su conducta.

Por otra parte, en Nueva York o en las cercanías hallaríase sin duda la persona que le facilitaba los fondos secretos, pues al llegar no tenía un céntimo, y pocos días más tarde, después de pasar toda una noche fuera de la posada, volvía con los bolsillos llenos de oro.

Era indudable que el secreto se refería al «niño del salvavidas», puesto que el marinero lo dijo varias veces.

Patricio O'Donoghán debió intentar, sin duda, obtener de una vez todo el precio del secreto, y ello habría producido probablemente una crisis. En efecto; la víspera misma de su repentina marcha había asegurado que estaba cansado de navegar, que no quería volver a trabajar, y que en adelante viviría en Nueva York como rentista.

Por último, el individuo que fue a ver a Patricio O'Donoghán debía tener mucho interés en que se marchase, pues al día siguiente fue a la posada a preguntar por el irlandés, y pareció muy satisfecho de no encontrarle ya. Bowles se creía seguro de poder reconocer al individuo, que por su traza,

le pareció un policía privado, o uno de esos agentes de la policía secreta que hay en las grandes ciudades.

El señor Bredejord deducía de estas circunstancias que la misma persona que le facilitaba el dinero a Patricio cuando estaba en Nueva York había enviado el agente al marinero para amedrentarle e inducirle a marcharse, haciéndole temer un proceso criminal. Esto explicaba que el irlandés hubiese partido tan precipitadamente, después de la visita, para no volver más.

Era, pues, de suma importancia obtener las señas del agente, a la vez que las de Patricio O'Donaghan, y los Bowles las dieron muy precisas. Además, examinando los libros de cuentas, hallóse la fecha exacta de la partida del irlandés, que se remontaba a cuatro años menos tres meses, y no a cinco o seis años como se creyó en un principio.

Al doctor Schwaryencrona le chocó, desde luego, la circunstancia de que la fecha de la marcha del marinero, y por lo tanto de la visita del desconocido, coincidiera precisamente con la de los primeros anuncios publicados en los diarios ingleses para averiguar el paradero de los que habían sobrevivido al naufragio del *Cynthia*; y esta coincidencia era tan singular que no se podía menos de hallar una relación entre los dos hechos.

Parecía, pues, que comenzaba a verse algo más claro en el problema. El abandono de Erik en un salvavidas debía haber sido un acto criminal, del que, sin duda, fue testigo o cómplice el grumete O'Donaghan, embarcado en el *Cynthia*. Este hombre, conociendo al culpable, que habitaba en Nueva York o en las inmediaciones, había explotado durante algunos años el secreto, hasta que un día, aquél, cansado de las exigencias del irlandés, y bajo la presión de los anuncios publicados por los diarios, atemorizó lo bastante a Patricio para inducirle a marcharse.

En consecuencia, y suponiendo que estas deducciones fueran rigurosamente fundadas, se contaba ya con los elementos necesarios para proceder una encuesta judicial en toda regla. Erik y sus amigos salieron de la posada con la firme esperanza de llegar muy pronto a un resultado.

Al día siguiente, el señor Bredejord solicitó ser presentado por el embajador de Suecia al jefe de policía de Nueva York, a quien notificó los hechos conocidos, y al mismo tiempo se puso en relación con los

procuradores de la compañía de seguros que habían litigado contra los propietarios del *Cynthia*; consiguiendo que se desenterrara el protocolo del proceso, arrinconado hacía largos años.

Pero entre aquellos papeles no se encontró ningún documento de importancia, pues en el pleito no se había podido asentar testimonio alguno del naufragio. En todo el litigio se trataba solamente de puntos de derecho y de lo exagerado de la cifra del seguro, nada conforme con el verdadero valor del buque y del flete. Los armadores del *Cynthia* no habían podido probar que su reclamación era justa, ni explicar tampoco de qué manera se produjo el naufragio; el conjunto de su defensa pareció débil, y el tribunal falló en favor de la parte contraria. La compañía de seguros, por otra parte, se había visto obligada a pagar varias primas sobre la vida, a los herederos de algunos pasajeros, y en estos procesos y transacciones no se encontraba el menor dato que indicase la existencia de un niño de nueve meses.

El examen de los folios llevó algunos días, y apenas terminó, el señor Bredejord recibió aviso para presentarse al jefe de policía, quien le manifestó que con gran pesar por su parte, no se había encontrado nada. Nadie conocía en Nueva York ningún agente de policía secreta cuyas señas correspondiesen a las que Bowles daba, y no era posible obtener la menor indicación sobre individuo alguno que tuviera interés en desembarazarse de Patricio O'Donoghán. En cuanto a este marinero, presumíase que no había pisado el suelo de los Estados Unidos hacía cuatro años por lo menos; pero guardábanse sus señas particulares, por si llegaba el caso de que se necesitasen. El jefe de policía manifestó al señor Berdejord que, en su opinión, el informe no daría ningún resultado, pues los hechos databan de tan remota fecha que, aun admitiendo el regreso inmediato de Patricio O'Donoghán, era dudoso que la justicia consintiese en volver a tomar cartas en el asunto.

En resumen la solución que Erik creyó por un momento haber encontrado al fin, quedaba reducida a la nada, y escapábasele de las manos, quizá para siempre.

No había más remedio que regresar a Suecia, pasando por Irlanda, a fin de ver si Patricio O'Donoghán había vuelto por casualidad a plantar sus coles; y esto es lo que hicieron el doctor y sus amigos después de despedirse de los esposos Bowles.

Como los vapores de Nueva York a Liverpool hacen siempre escala en Cork, los viajeros no tuvieron más que tomar un coche para llegar a un punto situado a pocas millas de Innishannon. Aquí supieron que Patricio O'Donoghán no había vuelto a su país desde la edad de doce años, ni escrito tampoco a las personas conocidas.

—¿Dónde buscarle ahora?, preguntó el doctor a sus amigos cuando se embarcaron para Londres, a fin de trasladarse desde allí a Estocolmo.

—Evidentemente en los puertos de mar, contestó el señor Bredejord, y sobre todo en los que no son americanos, pues se ha de tener en cuenta que un marinero, un antiguo grumete, no renuncia a los treinta y cinco años a su oficio. O'Donoghán no conoce otro, y, por lo tanto, es seguro que navega. Los buques no tienen más objeto que ir de un puerto a otro, y sólo en ellos puede esperarse encontrar al marinero que buscamos. ¿Qué le parece a usted, Hochstedt?...

—El razonamiento me parece exacto, aunque tal vez un poco absoluto, replicó el profesor con su acostumbrada prudencia.

—Admitamos que lo sea, prosiguió el señor Bredejord. Pero si Patricio O'Donoghán ha marchado bajo presión de un verdadero temor, y probablemente amenazado de una persecución criminal, debe temer la extradición, y, en consecuencia, es probable que procure no ser reconocido, para lo cual debe evitar el encontrarse con sus antiguos camaradas. En consecuencia, debemos creer que preferirá los puertos donde aquéllos no suelen ir... Ya sé que esto no pasa de ser una hipótesis; pero supongamos provisionalmente que sea fundada... El número de Puertos en que los americanos no hacen negocios debe ser bastante limitado, y no nos costaría mucho formar una lista. Opino, pues, que se podría comenzar por ahí, haciendo preguntar en esos puertos si se tiene noticias de un individuo llamado Patricio O'Donoghán, cuyas señas particulares daremos a conocer.

—Pero ¿por qué no apelar simplemente al anuncio?, preguntó el doctor.

—Porque Patricio O'Donoghán no con testaría si se oculta aún, suponiendo que lo leyese.

—¿Y quién nos impide redactarlo de una manera tranquilizadora para él, advirtiéndole que en todo caso quedará libre por la prescripción y que sus

informes le reportarán ventajas materiales?

—Está bien; pero vuelvo a mi objeción, es decir, temo que el anuncio no sea leído por un simple marinero.

—Podemos probar, ofreciendo una recompensa a Patricio O'Donoghán, o a quien dé noticias de su paradero. ¿Qué te parece, Erik?

—Yo creo que tales anuncios no producirán efecto sin repetirlos en numerosos diarios; costarían mucho, y tal vez atemorizarán a Patricio O'Donoghán, por tranquilizadores que sean, en el caso de que ese hombre tenga interés en ocultarse. ¿No sería mejor confiar a alguien la misión de investigar personalmente en los puertos donde se suponga que debe hallarse el marinero?

—Muy bien; pero ¿dónde está el hombre de confianza que se encargaría de semejante investigación?

—Si usted quiere, ya está encontrado, mi querido doctor, replicó Erik: Soy yo...

—¡Tú, hijo mío!... ¿Y tus estudios?

—Procuraré continuarlos durante el viaje... Debo confiarle a usted, señor doctor, que me he asegurado el medio de viajar gratis.

—¿De qué modo?, preguntaron a la vez el doctor y sus dos amigos.

—Muy sencillamente... preparándome para el examen de capitán de barco mercante; puedo someterme a él mañana mismo, si es necesario, y teniendo el diploma, nada me será más fácil que embarcarme en calidad de segundo en cualquier buque.

—¿Y cómo has hecho eso sin decirme nada?, exclamó el doctor con cierto enojo, mientras que sus dos amigos no podían contener la risa.

—Verdaderamente, repuso Erik, no creo que mi crimen sea muy grande hasta ahora, puesto que me he limitado a estudiar las materias del examen después de averiguar cuáles eran; y, de todos modos, no habría hecho nada sin pedirle a usted permiso, el cual solicito en este momento.

—¡Pues te lo doy, tunante!, dijo el doctor apaciguado por aquel argumento.

Pero en cuanto a dejarte marchar, y solo, ya es diferente... Para esto esperaremos a que llegues a la mayoría de edad.

—¡Oh! Así lo pensaba yo, replicó Erik con un acento de sumisión que agradó a los tres amigos.

Sin embargo, el doctor no quiso renunciar por eso a su idea. Según él, la investigación personal en los puertos no sería nunca más que un expediente en un punto dado, mientras que el anuncio iría por todas partes a la vez. Si Patricio O'Donoghán no se ocultaba, lo cual era posible, este medio bastaría para ponerse en contacto con él; y, en caso contrario, sería el mejor para descubrirle. Después de pesar maduramente todas las eventualidades, acordóse la redacción siguiente, que, traducida a siete u ocho idiomas, debía circular muy pronto por las cinco partes del mundo, en alas de los cien diarios más conocidos:

Patricio O'Donoghán, marinero ausente de Nueva York hace cuatro años.

Cien libras esterlinas de recompensa al que facilite medio de encontrarle, y quinientas a Patricio si se pone en comunicación con el infrascrito. No ha de temer nada, pues ha transcurrido el tiempo necesario para que no se pueda entablar proceso alguno. Doctor Schwaryencrona, Estocolmo.

El 20 de octubre, el doctor y sus compañeros de viaje se hallaban ya en su país; a la mañana siguiente se llevó el anuncio a la agencia general establecida en Estocolmo, y tres días después aparecía ya en algunos diarios. Erik no pudo menos de ahogar un suspiro de pesar al leerle, cual si hubiera perdido del todo la esperanza.

En cuanto al señor Bredejord, declaró abiertamente que aquel asunto era ya una locura y que lo daba por perdido.

Pero Erik y el abogado se engañaban, como pronto vamos a ver.

10. El caballero Tudor Brown

Cierta mañana del mes de mayo el doctor estaba en su gabinete, cuando entró el criado y le presentó una tarjeta; era de dimensiones pequeñas, como todas las que se hacen en Inglaterra, y leíase en ella el nombre Tudor Brown, habiéndose escrito debajo con lápiz la indicación siguiente:

A bordo del *Albatros*.

—¿Tudor Brown?, se preguntó el doctor, buscando en sus recuerdos y sin hallar nada que le diese idea de este nombre.

—Ese caballero desea ver al señor doctor, dijo el criado.

—¿Y no podría venir a las horas acostumbradas de la consulta?

—Dice que es para asuntos personales.

—Pues que entre, repuso el doctor, ahogando un suspiro.

Al oír que se abría de nuevo la puerta, levantó la cabeza y examinó con cierto asombro al singular personaje, cuyo nombre, Tudor, esencialmente feudal, iba acompañado del apellido Brown, muy plebeyo.

Era hombre de unos cincuenta años; su frente, de color zanahoria, llamaba desde luego la atención, por la infinidad de sortijillas que la adornaban, y que a primera vista se veía que no habían sido hechas con cabello, sino con seda cruda; la nariz, saliente y encorvada, sostenía unos enormes anteojos de oro con cristales ahumados; los dientes, muy largos, asemejábanse a los de algún cuadrúpedo; el cuello de la camisa, postizo y de enormes dimensiones, ocultaba en parte las mejillas; su escasa barba era de color rojizo, y llevaba cubierta la cabeza con un sombrero de copa alta que parecía estar atornillado, pues su dueño no hizo el menor ademán para descubrirse. Aquel hombre se distinguía también por su elevada estatura; era muy delgado, de formas angulosas, mal disimuladas con un traje de lana a cuadros verdes y grises; un alfiler de corbata con un diamante del tamaño de una avellana, una cadena de reloj que recorría los

pliegues de un chaleco con botones de amatista, y diez o doce anillos en los dedos, tan nudosos como los de un chimpancé, completaban el conjunto más presuntuoso, extravagante y grotesco que se pudiera imaginar.

Aquel personaje penetró en el gabinete del doctor como quien entra en una estación de ferrocarril, sin cambiar siquiera un saludo, y detúvose de pronto para decir con un acento a la vez gutural y nasal:

—¿Es usted el doctor Schwaryencrona?

—El mismo, contestó el doctor, muy admirado por aquellos modales.

Y ya se preguntaba si debería llamar para que hiciesen salir al grosero visitante, cuando una palabra del recién venido le contuvo.

—He visto, dijo, el anuncio referente a Patricio O'Donoghán, y me ha parecido que le agradecería a usted conocer lo que yo sé de él.

El doctor iba a rogar al visitante que se sentara, pero al punto vio que no era necesaria la invitación, porque el otro, después de escoger el sillón que le pareció más cómodo, hacía rodar hasta la mesa del doctor, sentábase, introducía las manos en los bolsillos y después de apoyar los tacones de las botas en el borde de la ventana inmediata fijaba la mirada en su interlocutor con aire satisfecho.

—He pensado, añadió, que escucharía usted con gusto mis informes, puesto que ofrece quinientas libras por conocerlos, y he aquí por qué se los traigo... El doctor se inclinó en silencio. —Sin duda se pregunta usted quién soy, continuó el extranjero con su voz gangosa; y por si es así, voy a decírselo. Como habrá visto ya por mi tarjeta, me llamo Tudor Brown, y ahora añadiré que soy súbdito británico.

—Tal vez natural de Irlanda, dijo el doctor con interés.

El extranjero, visiblemente sorprendido, vaciló un instante, y repuso:

—No; soy escocés... ¡Oh! Ya sé que no lo parezco y que más bien me toman por americano; pero esto no importa. ¡Soy escocés!

Y al repetir esta afirmación, miraba al doctor como si quisiera decirle:

—Puede usted creer lo que le parezca; es cosa que me tiene sin cuidado.

—Tal vez sea usted de Inverness, repuso el doctor, persistiendo en su tema favorito.

—No, contestó el extranjero después de vacilar un instante; soy de Edimburgo; pero esto importa poco, y nada tiene que ver con la cuestión... Poseo una fortuna saneada; no debo nada a nadie, y si le digo a usted quién soy, es porque me acomoda, pues nadie me obliga a ello.

—Permítame usted observar que yo no se lo he preguntado, replicó el doctor sonriendo.

—No, es verdad; pero si me interrumpe usted no llegaremos nunca al fin. Usted publica anuncios para averiguar el paradero de Patricio O'Donoghán, ¿no es cierto? Esto prueba que necesita de aquellos que lo saben... ¡Pues yo, que le hablo en este momento, lo sé!

—¿Usted lo sabe?, preguntó el doctor acercando su sillón al del extranjero.

—¡Yo lo sé!, repuso el desconocido; pero antes de decírselo quiero preguntar a usted qué interés tiene en buscar a ese hombre. —Es muy justo, replicó el doctor. Y en pocas palabras refirió la historia de Erik, que su interlocutor escuchó con la más profunda atención.

—¿Y vive aún ese muchacho?, preguntó cuando el doctor hubo concluido.

—Sí, señor, contestó Schwaryencrona; vive, y goza de la mejor salud; en octubre próximo comenzará sus estudios de medicina en la universidad Upsala.

—¡Ah, ah!, replicó el extranjero con aire pensativo; y dígame usted, ¿no le queda más medio que dirigirse a Patricio O'Donoghán para penetrar el misterio del nacimiento de ese muchacho?

—Yo no veo otro, replicó el doctor; después de muchas averiguaciones he llegado a saber que ese O'Donoghán posee el secreto, que él sólo podría revelármelo, y he aquí por qué pido informes por medio de los anuncios, aunque sin muchas esperanzas de obtenerlos.

—¿Por qué?

—Por que debo creer que O'Donoghán tiene graves motivos para permanecer oculto y por consiguiente, no es de presumir que conteste a mis anuncios. Por eso es mi intención apelar a otro medio muy pronto; tengo sus señas personales, sé cuáles son los puertos que visitará con preferencia, y me propongo hacerle buscar por agentes especiales.

El doctor no decía estas cosas a la ligera, sino con la formal intención de ver qué efecto producían en su interlocutor; así es que observó muy bien, a pesar de la flema de que hacía alarde el extranjero, un temblor de los párpados y una ligera contracción de la comisura de los labios, al paso que una ligera palidez en el rostro; pero Tudor Brown se repuso muy pronto.

—Pues bien, doctor, dijo al fin; si para informarse no tiene usted más medio que encontrar a O'Donoghán, nunca sabrá nada, porque ese hombre ha muerto.

Por más que esta noticia le sorprendiera dolorosamente, el doctor no pestañeó, contentándose con observar al extranjero, que continuó diciendo:

—Sí, señor; ha muerto y está enterrado, o mejor dicho, sepultado a trescientas brazas de fondo. La casualidad quiso que ese hombre, cuyo pasado me parecía misterioso, y que por lo mismo me llamó la atención, fuese admitido hace tres años en calidad de gaviero a bordo de mi yate, el *Albatros*, que es un barco grande, pues me sirve para hacer viajes hasta de siete a ocho meses. Pues bien; a los pocos días de estar aquel hombre a mi servicio, y hallándonos a la altura de Madera, Patricio O'Donoghán cayó al mar. Detuve al punto la marcha, echáronse las embarcaciones al agua y se buscó tan bien, que se encontró al marinero, a quien se pretendió revivir, aunque inútilmente, pues O'Donoghán estaba muerto. Fue preciso devolver al mar la presa que habíamos querido arrebatarle. En cumplimiento de nuestro deber, instruyóse al punto proceso verbal en el registro, y pensando que el acta podría serle a usted útil, he mandado sacar una copia certificada, y se la traigo.

Así diciendo, Tudor Brown sacó del bolsillo de su cartera, tomó de ella un papel con muchos sellos, y presentólo al doctor.

Schwaryencrona leyó su contenido rápidamente; era, en efecto, un extracto del proceso verbal instruido a bordo del *Albatros*, propietario Tudor Brown, en cuyo documento se consignaba la defunción del gaviero Patricio O'Donoghán, a la altura de la isla de Madera.

Todo estaba debidamente certificado bajo el juramento de dos testigos, como conformes con el original, constando también que se había registrado en Londres, en Sommersethouse, por las autoridades de S. M. Británica.

Aquella copia tenía evidentemente todos los caracteres de la autenticidad; pero llegaba de una manera tan singular a manos del doctor, que éste no pudo menos de manifestar en alta voz su extrañeza, si bien lo hizo con su cortesía habitual.

—Permítame usted una pregunta, sólo una, dijo a su visitante.

—Hable usted, doctor.

—¿Cómo es que lleva usted en la cartera, ya preparado, semejante documento, con la debida certificación y legalización?... Y, sobre todo, ¿por qué me lo trae usted?

—Si no me engaño, se me dirigen dos preguntas, contestó Tudor Brown; pero contestaré punto por punto. Llevo este documento en el bolsillo por la sencilla razón de que, habiendo leído sus anuncios hace dos meses y siéndome fácil proporcionarle los informes que solicita, he querido dárselos completos en cuanto me lo permitían mis medios... Y le traigo la copia porque, al recorrer estos parajes en mi yate, me ha parecido natural presentarle en persona este papel para satisfacer a la vez mi curiosidad y la de usted. Nada se podía contestar a semejante razonamiento, así es que el doctor se limitó a preguntar vivamente:

—¿Conque ahora se pasea usted por aquí con el *Albatros*?

—Precisamente.

—¿Y hay a bordo de su yate algunos marineros que hayan conocido a Patricio O'Donoghán?

—Seguramente; hay varios.

—¿Me permitiría usted verlos?

—Todo lo que usted quiera. ¿Quiere usted venir a bordo ahora mismo?

—Si no hay inconveniente...

—Ninguno, dijo el extranjero poniéndose de pie.

El doctor tocó un timbre, mandó que le trajeran la pelliza, el bastón y el sombrero, y marchó con Tudor Brown. Cinco minutos después llegaron al muelle, donde estaba amarrado el *Albatros*.

Fueron recibidos por un viejo marinero de tez curtida y patillas grises, cuyas facciones expresaban franqueza y lealtad.

—Amigo Ward, dijo Tudor Brown acercándose a él: he aquí un caballero que desea informarse sobre la suerte de Patricio O'Donoghán.

—¡Patricio O'Donoghán!... replicó el marinero. ¡Dios le tenga en su gloria!... ¡Bastante nos dio que hacer para pescarle el día en que se ahogó cerca de la isla de Madera! ¡Y todo para nada, puesto que fue preciso devolvérselo a los peces!

—¿Le conocía usted desde mucho tiempo atrás?, preguntó el doctor.

—¿A ese tiburón?... ¡A fe mía que no! Tal vez un año o dos... Creo que fue en Zanzíbar donde lo enganchamos. ¿No es verdad, tú, Tommy Duff?

—¿Quién me habla?, preguntó un marinero joven, muy ocupado en aquel momento en limpiar una bola de cobre en la rampa de la escalera.

—¡Ven aquí!, contestó el otro. Dime, ¿no fue en Zanzíbar dónde recluíamos a Patricio O'Donoghán?

—¡Patricio O'Donoghán!, repitió el marinero, como si sus recuerdos no fuesen; al pronto muy precisos. ¡Ah!, sí, ya caigo... ¡Aquel gaviero que se ahogó cuando cayó al agua a la vista de la isla de Madera! Sí, señor Ward, fue en Zanzíbar. El doctor pidió la señas personales de O'Donoghán, y reconoció que coincidían bien con las que él guardaba. Aquellos hombres tenían el semblante de expresión franca y bonachona; la uniformidad de sus respuestas podía parecer, no obstante, algo extraña y convenida; pero bien mirado, ¿no era consecuencia natural de los hechos mismos? No habiendo conocido a O'Donoghán hasta un año antes, y no recordando apenas de él más que sus señas personales y su muerte, no les era posible saber mucho, ni decir más de lo que sabían.

Por otra parte, el *Albatros* era un yate bien equipado, al que sólo faltaban

algunos cañones para pasar por un buque de guerra. El aseo era notorio; los tripulantes estaban muy bien vestidos, y reinaba la más admirable disciplina, pues todos permanecían en su puesto cuando de un salto hubieran podido hallarse en tierra. En una palabra, el conjunto de cosas llevaba al ánimo una convicción que influyó invenciblemente en el doctor.

En consecuencia, declaróse completamente satisfecho; e impelido por un sentimiento hospitalario, no quiso retirarse sin haber invitado a comer a Tudor Brown, que se paseaba por el puente silbando una tonada popular.

Pero Tudor Brown no juzgó oportuno aceptar la invitación y rehusó diciendo:

—No; es imposible. ¡Jamás como en la ciudad!

No quedaba otra cosa que retirarse, y esto es lo que el doctor hizo, sin obtener ni un saludo de aquel extraño personaje.

Su primera diligencia fue ir a contar la aventura a su amigo Bredejord, quien le escuchó en silencio, prometiéndose realizar un segundo interrogatorio.

Pero cuando quiso hacerlo, aquel mismo día, acompañado de Erik, que lo había sabido todo al volver del colegio, tropezó con una dificultad, y era que el *Albatros* se alejaba de Estocolmo sin haber dicho su dueño dónde iba, ni dejado tampoco sus señas.

Sólo quedaba la partida de defunción de Patricio O'Donoghán, debidamente legalizada.

¿Tendría algún valor este documento? El señor Bredejord lo ponía en duda, a pesar del testimonio del cónsul general de Inglaterra en Estocolmo, a quien se había enterado del asunto y que declaraba reconocer la autenticidad de los sellos y firmas del escrito. También se tomaron informes en Edimburgo por medio de agentes, y resultó que allí no se conocía a ningún Tudor Brown, lo cual parecía sospechoso.

Pero lo positivo y lo que no se podía negar era que no se oía hablar ya de Patricio O'Donoghán y que los anuncios no surtían efectos.

Ahora bien, habiendo desaparecido para siempre aquel hombre, no quedaba esperanza alguna de penetrar el misterio del nacimiento de Erik;

así lo comprendía éste, viéndose obligado a reconocer que todo informe ulterior sería inútil.

Por eso no opuso la menor dificultad, llegado el otoño siguiente, a continuar sus estudios de medicina en la Universidad de Upsala, según los deseos del doctor; pero se empeñó en someterse antes al examen de capitán de barco mercante. Esto sólo demostraba que no había renunciado a sus proyectos de viaje.

Y era que Erik, dominado ahora por otra preocupación que le acosaba sin cesar, no veía para su mal otro remedio sino la agitación y las grandes aventuras. Sin que el doctor lo sospechase, experimentaba la necesidad de buscar un pretexto para abandonar la casa apenas concluyera sus estudios, y este pretexto no podría encontrarlo sino en un plan general de viajes. La causa de todo esto era la aversión, cada vez más marcada, que la señorita Kajsa, la sobrina del doctor, manifestaba al joven en cuantas ocasiones le era posible, y de la cual no hubiera querido Erik hablar a su protector por nada del mundo.

Sus relaciones con la joven habían sido siempre de lo más singulares. Durante siete años, es decir, desde el primer día de su llegada a Estocolmo, Kajsa se había mostrado a los ojos de Erik como un modelo de todas las elegancias y perfecciones mundanas; siempre la admiró sin reserva, e hizo esfuerzos heroicos para granjearse su amistad; pero ella no pudo avenirse nunca a aquel intruso, como ella le llamaba, tomando pie en casa del doctor, fuera tratado como hijo adoptivo y favorito de los tres amigos. En el fondo, la joven no viendo en Erik más que un pobre pescador, o un aldeano, no podía perdonarle su humilde condición, pareciéndole que su presencia la rebajaba a ella, impidiéndole figurar en el alto grado de la escala social que en su concepto le correspondía.

Pero cuando supo que Erik era huérfano o por mejor decir, expósito, lo que en su concepto equivalía a menos aún que campesino, esto le pareció una deshonra, una ignominia, pues no estaba lejos de pensar que un expósito debía clasificarse entre los seres inferiores al perro y al gato. Y este sentimiento se manifestaba en ella por las miradas más desdeñosas, por las reticencias más insinuantes y las más crueles indirectas. Si Erik era invitado con ella a una reunión infantil, rehusaba siempre bailar con él; en la mesa no contestaba nunca a lo que decía, o no hacía caso de sus palabras, y en todas las ocasiones procuraba humillarle.

El pobre Erik había adivinado la causa de aquella conducta poco caritativa; pero érale imposible comprender por qué la inmensa desgracia de no conocer a su familia ni su patria había de considerarse como una falta suya. Cierta día trató de discutir con Kajsa para hacerle comprender la injusticia y crueldad de semejante actitud, pero la joven no se dignó siquiera escucharle; y a medida que ambos crecían, más se ensanchaba, al parecer, el abismo que los separaba. Kajsa, que había cumplido ya los dieciocho años, habíase presentado en el gran mundo, donde se la mimaba y adulaba como a una heredera, y estas lisonjas la afirmaban más en la opinión de que era superior a la generalidad de los mortales.

Erik, afligido al principio por tantos desdenes, llegó a indignarse al fin; juróse triunfar de ellos; y hasta podría decirse que este sentimiento de humillación influyó mucho en el ardimiento con que se entregaba a sus estudios. Deseaba colocarse a tanta altura en la estimación pública a fuerza de trabajo, que todos debieran inclinarse ante él con respeto; pero prometíase también marchar a la primera oportunidad y no continuar en aquella casa, donde cada día era para él una nueva humillación. Sin embargo, importaba que el buen doctor ignorase los motivos de su marcha y que la atribuyera sólo a la afición a los viajes. He aquí por qué Erik hablaba a menudo de tomar parte en alguna expedición científica; y por la misma razón, mientras estudiaba medicina en Upsala, preparábase por los trabajos y ejercicios más rudos, para las fatigas y peligros a que deben someterse los grandes viajeros.

11. Nos escriben del «Vega»

Corría el mes de diciembre del año 1878. Erik acababa de cumplir los veinte años, y había pasado el primer examen del doctorado. Suecia, y casi podría afirmarse que el mundo entero, preocupábase mucho entonces de la gran expedición del navegante Nordenskjold, quien, después de prepararse para su empresa en varios viajes a las regiones polares, y de haber estudiado a fondo los términos del problema, intentaba una vez más el descubrimiento de aquel paso Nordeste del Atlántico al Pacífico, que hacía tres siglos burlaba los esfuerzos de todas las naciones marítimas.

El navegante sueco había trazado el programa de la expedición en una luminosa *Memoria*, en la que expresaba los motivos que le inducían a creer practicable el paso Nordeste durante el verano, señalando los medios por los cuales esperaba realizar al fin aquel desiderátum geográfico. La inteligente liberalidad de dos armadores escandinavos, y el concurso del gobierno sueco, habíanle permitido organizar la expedición en las mejores condiciones que juzgaba imprescindibles para el buen éxito.

Nordenskjold había salido de Tromsøe el 21 de julio de 1878 a bordo del *Vega* para ver si podía llegar al estrecho de Bering, pasando al Norte de Rusia y Siberia. El teniente Palander, de la marina sueca, mandaba el buque, en el cual iba, con el jefe supremo de la expedición, todo un estado mayor de geólogos, médicos y astrónomos. El *Vega*, expresamente acondicionado para el viaje según las precisas instrucciones de Nordenskjold, era un buque de quinientas toneladas, recientemente construido en Bremen, y provisto de una hélice con una máquina de sesenta caballos. Tres barcos cargados de carbón debían acompañarle hasta ciertos puntos determinados y sucesivos de la costa de Siberia, y todo estaba previsto para una campaña de dos años, si se hacía necesario invernar en el camino; pero Nordenskjold no ocultaba su esperanza de llegar antes del otoño al estrecho de Bering, gracias a la previsión de las medidas adoptadas, y toda Suecia confiaba en ello.

Habiendo salido del puerto importante más septentrional de Noruega, el *Vega* llegaba el 29 de julio a Nueva Zembla, el 1.º de agosto al mar de

Kara, y cinco días después a la desembocadura del Yenisei; el 19 de agosto doblaba el cabo Cheliuskin o Nordeste, punto extremo del antiguo continente, que ningún buque había franqueado aún; el 7 de septiembre anclaba en la desembocadura del Lena, y separábase del tercero de los barcos carboneros. El 16 de octubre, un parte telegráfico, depositado en Irkutsk por este mismo barco, anunciaba al mundo el buen éxito de la primera parte de la expedición.

Fácil es comprender la impaciencia con que los numerosos amigos del navegante sueco aguardaban los detalles de aquel viaje; detalles que no llegaron hasta los primeros días de diciembre; pues si la electricidad franquea las distancias con la rapidez del pensamiento, no sucede lo mismo con las postas de Siberia. Las cartas del *Vega*, depositadas en Irkutsk al mismo tiempo que el telegrama, tardaron más de seis semanas en llegar a Estocolmo, pero al fin llegaron, y el 5 de diciembre, uno de los principales diarios suecos publicaba la relación de la primera parte del viaje, debida a la pluma de un joven doctor en medicina, agregado a la expedición.

Aquel mismo día, el abogado Bredejord, sentado a la mesa a la hora de almorzar, se ocupaba en leer con el mayor interés el relato del viaje, cuando su mirada se fijó de pronto en un párrafo que le hizo dar un salto en su silla; volvió a leerlo con más atención una y otra vez, y levantándose bruscamente, cogió su pelliza y su sombrero, y corrió presuroso a casa del doctor Schwaryencrona.

—¿Ha leído usted la relación del *Vega*?, gritó penetrando como un huracán en el comedor donde el doctor almorzaba con Kajsa.

—Sólo el principio, contestó el doctor; pensaba terminar la lectura cuando fumara mi pipa.

—¿No ha visto usted, repuso Bredejord, casi sin aliento; no ha visto usted lo que contiene esa correspondencia?

—No, contestó el doctor con la mayor calma.

—¡Pues bien! Escuche usted esto, exclamó Bredejord acercándose a la ventana... Es el diario de uno de sus pseudocolegas, naturalista auxiliar a bordo del *Vega*... Escuche usted:

30 y 31 de Julio.-Penetramos en el estrecho de Jugor y anclamos delante de un pueblo samoyedo llamado Chabarovsk. Después de desembarcar, examiné algunos naturales para reconocer, por el método de Holmgreen, el desarrollo de sus sentidos, y veo que es bastante normal... Compramos a un pescador samoyedo dos magníficos salmones...

—Dipense usted, interrumpió el doctor sonriendo; se me ocurre preguntar si se trata de alguna charada... Yo no veo ningún gran interés en esos detalles.

—¡Ah! ¿Conque no ve usted el interés de esos detalles?, exclamó Bredejord con aire triunfante. ¡Pues bien! Espere usted un momento, y lo verá.

... Compramos a un pescador samoyedo dos magníficos salmones de una especie no descrita, los cuales eché en mi cubeta de alcohol, para conservarlos, a pesar de las protestas del cocinero. Incidente: el pescador se cayó al agua al saltar del buque, en el momento en que aparejábamos; se consiguió sacarle medio asfixiado, rígido ya como una barra de hierro, por efecto de esta temperatura helada, y, además, herido en la cabeza. Trasladado sin conocimiento a la enfermería del buque le acostamos, y entonces reconocimos que el tal pescador era europeo; tenía el cabello rojo, la nariz aplastada por efecto de algún accidente, y en el pecho, al nivel del corazón, llevaba marcadas las siguientes palabras en el centro de una especie de escudo pintado: Patricio O'Donoghán, *Cynthia*.

Al oír esto, el doctor profirió una exclamación de sorpresa.

—Espere usted, dijo el señor Bredejord; eso no es todo.

Por la acción de unas enérgicas fricciones conseguimos que volviese en sí; pero era imposible desembarcarlo en tal estado, pues tenía fiebre y deliraba; de consiguiente se quedará en el buque. Las observaciones que yo había hecho sobre el color de los samoyedos quedan reducidas a la nada.

3 de agosto.-El pescador de Chabarovsk se ha repuesto completamente de sus fatigas, y no le ha sorprendido nada hallarse a bordo del *Vega* en camino hacia el cabo Cheliuskin; pero muy pronto ha tomado su partido. Como su conocimiento de la lengua samoyeda puede sernos útil, le hemos inducido a acompañarnos mientras recorramos la costa de Siberia. Habla

el inglés con acento nasal, como los americanos; asegura que es de Escocia, que se llama Jones Bowles, y que, habiendo llegado de la Nueva Zembla con unos pescadores rusos, se halla establecido en estos parajes hace doce años. El nombre que lleva marcado en el pecho, según dice, es el de un amigo de la infancia, muerto hace largo tiempo...

—¡Evidentemente es nuestro hombre!, exclamó el doctor, poseído de una viva emoción.

—¿No le parece a usted que no puede haber duda?, replicó el abogado. El nombre, el buque, las señas... todo lo encontramos... y hasta su seudónimo, Jones Bowles, y ese cuidado de afirmar que Patricio O'Donoghán ha muerto, son pruebas concluyentes.

Los dos amigos quedaron en silencio, reflexionando en las consecuencias posibles de semejante revelación.

—¿Cómo ir a buscarle tan lejos?, dijo al fin el doctor.

—Evidentemente es difícil, repuso el señor Bredejord; pero, en fin, siempre es algo saber que existe y en qué parte del mundo se halla, prescindiendo de que debemos contar con lo imprevisto... Tal vez permanezca hasta lo último a bordo del *Vega*, y venga después a Estocolmo a traernos él mismo las explicaciones que necesitamos. En el caso contrario, quizás encontremos más pronto o más tarde ocasión de comunicarnos con él. Los viajes a Nueva Zembla van a ser más frecuentes por efecto de la expedición de Nordenskjöld, y ya conozco armadores que hablan de enviar todos los años buques a la desembocadura del Yenisei...

La discusión sobre este asunto era interminable, y los dos amigos seguían hablando aún, cuando Erik llegó de Upsala, pues ya eran las dos. También él, enterado de la gran noticia, habíase apresurado a tomar el tren para comunicársela al doctor; pero ¡cosa extraña!, el joven parecía estar muy inquieto, y no alegre.

—¿Saben ustedes lo que ahora temo?, dijo a los dos amigos. Pues que el *Vega* haya sufrido algún tropiezo. Ahora estamos a cinco de diciembre, y se ha de tener en cuenta que los jefes de la expedición confiaban en llegar antes del mes de octubre al estrecho de Bering... Sí esto se hubiera realizado» ya lo sabríamos, pues el *Vega* se hallaría hace largo tiempo en el

Japón, o por lo menos en Petropavlosk, en las islas Aleutianas, o en algún puerto del Pacífico, desde donde enviaría noticias... Ahora bien; los informes y las cartas que llegaron por vía Irkutsk tienen fecha siete de septiembre, es decir, que desde hace tres meses se ignora la suerte del buque... De todo esto deduzco que no ha llegado a tiempo al estrecho de Bering... y que ha sufrido la suerte de todas las expediciones organizadas desde hace tres siglos para descubrir el paso Nordeste. He aquí mi deplorable conclusión.

—El *Vega* puede haberse visto obligado a invernar en los hielos, según las previsiones de Nordenskjold, observó el doctor.

—Evidentemente; pero ésta es la hipótesis más favorable, y una invernada supone tantos peligros, que casi equivale a naufragio. De todos modos hay un hecho indudable, y es que, si hemos de recibir noticias de la expedición, no será antes del verano próximo.

—¿Por qué?

—Porque si el *Vega* está ahora entre los hielos, no podrá salir hasta junio o julio, en el caso más favorable.

—Es verdad, contestó el señor Bredejord.

—¿Y qué deduces de tu razonamiento? —preguntó el doctor, algo inquieto por el tono con que Erik hablaba.

—Que no puedo aguardar tanto para resolver una cuestión que es para mí de la mayor importancia...

—¿Qué quieres hacer? ¡Es preciso aceptar lo inevitable!

—A menos que lo inevitable sea tan sólo aparente, replicó Erik. Bien han llegado las cartas desde los mares árticos por la vía de Irkutsk; y siendo así, ¿por qué no podría recorrer el mismo camino?... Seguiría la costa de Siberia... procuraría informarme con la gente del país para averiguar si habían oído decir algo sobre un buque naufrago o aprisionado en los hielos..., y tal vez llegaría a encontrar a Nordenskjold, a la vez que a Patricio O'Donaghan... Es una empresa que, en mi concepto, vale la pena intentar.

—¿En pleno invierno?

—¿Por qué no? Es la estación favorable para viajar en trineo en las altas latitudes.

—Sí, pero olvidas que aún no estás en ellas, que la primavera llegará antes que tú.

—Es verdad, repuso Erik, obligado a reconocer la fuerza de esta objeción.

Y con la vista fija en el suelo, quedó absorto en sus reflexiones.

—¡No importa!, —exclamó de pronto. Es preciso encontrar a Nordenskjold, y con él a Patricio O'Donoghán... Y si no se les halla no será por culpa mía.

La idea de Erik era muy sencilla: reducíase a enviar a los diarios de Estocolmo una nota impersonal indicando la probabilidad de que el *Vega* hubiera naufragado o se hallase aprisionado en los hielos, y encareciendo la necesidad de ir en su busca.

El razonamiento era apremiante, y tan universal el interés que inspiraba la tentativa de Nordenskjold, que el joven estudiante no dudaba que el asunto se discutiría con calor en los círculos científicos; pero el efecto de la nota sobrepujó a sus esperanzas. Todos los diarios, sin excepción, comentáronla y la aprobaron; las sociedades científicas y la mayoría del país tomaron la cosa con empeño, y la opinión pública se pronunció con sin igual unanimidad en favor de una expedición de socorro. Muy pronto se organizaron comisiones, y abrióse una suscripción para prepararla; el comercio, la industria, las escuelas, los tribunales de justicia y todas las clases sociales, quisieron contribuir a la empresa. Un rico armador ofreció equipar a sus expensas un buque para ir en busca del *Vega*, al que se daría el nombre de Nordenskjold.

El entusiasmo aumentaba a medida que los días pasaban sin recibirse noticias de los expedicionarios, y ya a fines de diciembre los fondos de la suscripción ascendían a una cifra considerable. El doctor Schwaryencrona y el abogado Bredejord figuraban los primeros en la lista con diez mil kroners cada uno, y formaban parte de la junta directiva, habiéndose elegido a Erik para secretario.

El joven era realmente el alma de todo: por su humildad, su entusiasmo y su competencia evidente en todas las cuestiones relativas a la empresa

que estudiaba incansablemente, adquirió muy pronto una influencia decisiva, y no había ocultado desde un principio que su sueño dorado era intervenir en la expedición, aunque sólo fuese en calidad de marinero. Dio a entender que tenía un interés personal y superior, y esto mismo dio más peso a todas las ideas que sugería a los organizadores de la empresa. Por eso se le confió la dirección de todos los preparativos.

Por lo pronto, se convino en agregar un segundo buque al Nordenskjold, a fin de que las pesquisas fuesen completas; y este buque, así como el *Vega*, debería ser de vapor, pues el célebre navegante sueco había demostrado que la causa principal del fracaso de todas las tentativas anteriores consistía en el uso de barcos de vela. En efecto, es del mayor interés para los viajeros árticos, sobre todo tratándose de una exploración, no estar subordinados al viento, poder contar con una celeridad suficiente para cuando se deba franquear un paso peligroso, y en particular hallarse siempre en el Lado de ir a buscar el mar libre: todas estas cosas son a menudo imposibles para el barco de vela.

Sentado este punto fundamental, se acordó además proteger el buque con una cubierta de encina verde de seis pulgadas de espesor, dividida en compartimentos calafateados, a fin de que no estuviese sujeto a las averías parciales ocasionadas por el choque de los hielos; también se convino en que tuviera poco calado, y todo se dispuso convenientemente para llevar una considerable cantidad de carbón.

De los barcos que se ofrecieron a la junta, el que más satisfizo fue una goleta de 540 toneladas, construida poco antes en Bremen, pues bastaría una tripulación de dieciocho hombres para maniobrarla fácilmente. Además de su correspondiente aparejo, la goleta debía llevar una máquina de vapor de ochenta caballos, y una hélice dispuesta de manera que se pudiera izar a bordo si los hielos la ponían en Peligro. El horno de una de las calderas se adoptó para quemar aceites o grasas, fáciles de obtener en las regiones árticas cuando falta el carbón. El casco, protegido por un revestimiento de encina, se reforzó además con vigas transversales, a fin de que opusiese la mayor resistencia a la presión de los hielos; y, por último, la proa se acorazó y armó con un espolón de acero para abrirse camino entre las moles de hielo si su espesor no excedía del límite del calado.

La goleta, comprada y entregada en el arsenal, recibió el nombre de *Alaska* a causa de la dirección que debía seguir. En efecto, habíase acordado que

el Nordenskjold tomase la ruta seguida por el *Vega*, mientras que su compañero marcharía por la parte opuesta a fin de abordar los mares siberianos por la península de *Alaska* y el estrecho de Bering. Las probabilidades de hallar la expedición sueca, si estaba en apuros, o de hallar sus huellas si había perecido, eran así mayores, puesto que, mientras uno de los buques iba en su seguimiento, el otro iría en cierto modo al encuentro.

Erik, a quien se debía esta idea, habíase preguntado a menudo cuál de las dos vías era preferible, y al fin se decidió por la segunda.

El Nordenskjold, pensó, seguiría la misma ruta que el *Vega*, y, por lo tanto, era indispensable que en la primera parte de su viaje obtuviera el mismo feliz éxito, aunque no fuese más que para doblar el cabo Cheliuskin; y nada aseguraba que consiguiera nunca llegar tan lejos, puesto que este resultado no se había alcanzado más que una sola vez. Por otra parte, según las últimas noticias, el *Vega* se hallaba ya a doscientas o trescientas leguas del estrecho de Bering; de modo que avanzando a su encuentro por esta vía había más probabilidades de encontrarlo. El Nordenskjold podía seguirlo durante varios meses sin darle alcance, aun poniéndose en el mejor caso; los que iban en sentido contrario, no dejarían de hallarlo, si existía todavía, puesto que iban por la costa siberiana.

Ahora bien; según la opinión de Erik, lo principal era encontrar al *Vega* cuanto antes fuese posible, a fin de ver también más pronto a Patricio O'Donoghán.

El doctor y el abogado Bredejord aprobaron todas estas razones cuando el joven las expuso.

Entretanto, los preparativos del *Alaska* se apresuraron todo lo posible: los víveres y el equipo se eligieron conforme a los principios consagrados por la experiencia: la tripulación se formó con marineros prácticos, endurecidos al frío en las campañas de pesca de Islandia o Groenlandia; y, por último, el comandante nombrado por la Junta era un oficial de la marina sueca, entonces al servicio de una compañía marítima, y bien conocido por sus viajes a los mares árticos: el teniente Marsilas, y llevaba como segundo a Erik, designado para este cargo por su energía al servicio de la empresa, y porque además le daba derecho a él su diploma de capitán de barco mercante. Los otros dos oficiales, marinos muy prácticos, eran los señores Rosewitz y Kjellquist.

El *Alaska* debía llevar materias explosivas para hacer saltar los hielos en caso necesario, y abundante provisión de conservas antiescorbúticas para luchar contra las enfermedades árticas; iba provisto igualmente de un calorífero, a fin de conservar en todas las latitudes una temperatura suave y regular, y también de ese observatorio portátil llamado «nido de cuervo», que se coloca en la extremidad del palo mayor, en la región de los hielos flotantes, para anunciar la aproximación de los icebergs. A instancias de Erik se adaptó a este observatorio un poderoso reflector eléctrico, alimentado por la misma máquina del buque, y que por la noche permitiera iluminar el camino. El *Alaska* llevaba además siete botes, dos de ellos balleneros y uno de vapor, seis trineos, un juego de raquetas de nieve para cada tripulante, cuatro cañones Gattling, treinta fusiles de repetición y las municiones necesarias.

Estos preparativos tocaban a su fin cuando *maese* Hersebom y su hijo Otto, llegando de Noroé con su perro Klaas, solicitaron el favor de ser admitidos en calidad de marineros a bordo del *Alaska*. Sabían por una carta de Erik el enorme interés personal que tenía en aquel viaje, y querían compartir los peligros con él. *Maese* Hersebom hizo valer su conocimiento de las regiones de Groenlandia, y la utilidad de su perro para dirigir a los que se adquirieran después; Otto se recomendó a sí mismo por su robusta salud, su fuerza hercúlea y su abnegación. Gracias al apoyo del doctor y de Bredejord, padre e hijo fueron admitidos con su perro.

A principios de febrero de 1879 todo estaba ya preparado; de modo que el *Alaska* podía contar con cinco meses enteros para hallarse en el estrecho de Bering a fines de junio, época que se consideraba la más favorable para la exploración. Al efecto tomaría la ruta más directa, es decir, por el Mediterráneo, el canal de Suez, el Océano Indico y los mares de China, haciendo escala, sucesivamente, para tomar carbón, en Gibraltar, Aden, Colombo, Singapur, Hong Kong, Yokohama y Petropavlosk. El *Alaska* debía enviar un telegrama a Estocolmo desde cada una de dichas ciudades, y, naturalmente, se había acordado que si en el intervalo se recibían noticias del *Vega*, se le daría aviso de ello.

El viaje del *Alaska* para emprender su expedición ártica iba a comenzar, pues, por una navegación a través de los mares tropicales y a lo largo de los continentes más favorecidos por el sol. Este programa no se había trazado por capricho, sino obedeciendo a una imperiosa necesidad, pues se trataba de llegar al estrecho de Bering por el camino más corto,

manteniéndose hasta el último instante en comunicación con Estocolmo.

Sin embargo, una dificultad bastante grave amenazaba retardar la marcha. Se habían hecho tan bien las cosas para el abastecimiento del buque, que escaseaban los fondos necesarios para satisfacer los créditos indispensables de la expedición, pues sería preciso efectuar grandes compras de combustible y atender a otros diversos gastos. No había más remedio que reunir nuevos fondos, así es que la Junta no pudo menos de tomar muy en consideración la llegada de dos cartas conteniendo valores, que se recibieron el 2 de febrero.

La primera era del señor Malarius, maestro en Noroé, miembro de la Sociedad de Botánica; acompañábala un billete de cien kroners, y solicitaba en ella ser agregado, en calidad de naturalista, a la expedición del *Alaska*.

La segunda contenía un cheque de veinticinco mil kroners, y sólo aparecían escritas estas lacónicas palabras:

Para el viaje del *Alaska*.-De parte del señor Tudor Brown, a condición de que se le admita como pasajero.

12. Pasajeros imprevistos

La petición del señor Malarius tenía un carácter demasiado conmovedor para no ser acogida con benevolencia; de modo que recibió unánime aprobación, y el digno maestro, cuya reputación como botánico estaba más extendida de lo que él mismo pensaba, fue nombrado naturalista de la expedición.

En cuanto a la condición fijada por Tudor Brown, si se aceptaban sus veinticinco mil kroners, el doctor Schwaryencrona y el abogado Bredejord se mostraron al principio dispuestos a rechazarla; pero cuando reflexionaron sobre los motivos de su repugnancia, parecióles difícil dar una negativa. ¿Qué razón alegarían ante la Junta para inducirla a rechazar una oferta tan importante? No encontraban ninguna valedera. Tudor Brown había llevado al doctor la partida de defunción de Patricio O'Donoghán, y ahora resultaba que este hombre vivía; pero ¿dónde estaba la prueba de la mala fe de Tudor Brown en aquel asunto? Esto era lo que se preguntarían, naturalmente, antes de rehusar una suma que bastaba para salir de apuros. Tudor Brown podía sostener muy bien que había sido sincero, y el paso que acababa de dar parecía demostrarlo. Tal vez fuese su único objeto ir a enterarse también de cómo Patricio O'Donoghán, a quien creía ahogado a la altura de la isla de Madera, se hallaba ahora en la costa de Siberia. Aun suponiendo que Tudor Brown tuviese otros proyectos, podría interesarle vigilar a aquel hombre, conocerle y saber su paradero. De todos modos, o nada tenía que ver con las averiguaciones que hacía tanto tiempo preocupaban a los amigos de Erik, y entonces era absurdo tratarle como enemigo, o, por el contrario, interesábase personalmente en aquel tenebroso asunto, y en este caso más valía cien veces verle obrar para combatirlo.

El doctor y Bredejord empezaron, pues, por no oponerse a su embarque, y después, poco a poco, les acosó el deseo de estudiar por sí mismos a aquel hombre extraño y averiguar por qué había querido ser pasajero del *Alaska*. Sin embargo, este deseo no tenía nada de absurdo, pues el itinerario del buque era seductor, al menos en su primera parte; y he aquí

por qué Schwaryencrona, muy aficionado a los viajes, solicitó también marchar como pasajero, aunque sólo fuese para acompañar a la expedición hasta los mares de China, pagando el pasaje que se juzgara conveniente.

Su resolución influyó irresistiblemente en el señor Bredejord, que soñaba hacía largo tiempo con una excursión a los países del sol, y también solicitó un camarote en las mismas condiciones.

Todo Estocolmo creyó entonces que el profesor Hochstedt haría lo mismo, tanto por curiosidad científica como por el temor de pasar largos meses sin sus dos amigos; pero la esperanza de todos quedó defraudada. El profesor, aunque muy inclinado a marchar, pesó tan bien el pro y el contra que no pudo llegar a decidirse; en consecuencia, jugó el viaje a cara o cruz, y la suerte dispuso que se quedara. El día de la marcha se había fijado definitivamente para el 10 de febrero; el 9, Erik esperaba al señor Malarius, y sorprendióle agradablemente verle llegar con Catalina y Vanda, que habían tomado el tren para ir a despedirlos; en Estocolmo hubieron de alojarse en una modesta posada; pero el doctor exigió que fueran a su casa, con no poco disgusto de Kajsa, a quien no parecían distinguidos aquellos huéspedes.

Vanda era una mujer ya formada, cuya belleza se había desarrollado con todos los encantos que en la niñez prometía. Acababa de obtener nota de sobresaliente en los difíciles exámenes a que debía someterse en Bergen, y érale ya permitido pretender una cátedra en alguna escuela superior; pero prefería permanecer en Noroé, junto a su madre, e iba a sustituir al señor Malarius durante su ausencia. Siempre grave y bondadosa, su sólida instrucción, que en nada había cambiado sus costumbres sencillas, comunicábale un encanto indecible y sumamente original. Nada podía ser tan curioso como ver aquella hermosa joven, con su pintoresco traje noruego, explicando tranquilamente las más profundas cuestiones científicas, o tocando al piano, con notable maestría, alguna composición de Beethoven; pero el mayor atractivo de Vanda consistía en no tener pretensión alguna y en la naturalidad de sus modales; no trataba de hacerse valer, ni se envanecía de sus conocimientos, así como tampoco se avergonzaba por llevar zapatos con hebillas. Y con su encantadora gracia desarrollábase como una flor silvestre crecida a orillas del fiordo y cultivada por su anciano maestro en el jardincillo situado detrás de la escuela.

Por la noche formóse una tertulia íntima, reuniéndose en la sala toda la familia adoptiva de Erik. El señor Bredejord y el doctor empeñaron la última partida de *whist*, y entonces se supo que el señor Malarius era maestro en este noble juego, lo cual contribuía a matar el tiempo agradablemente a bordo del *Alaska*. Por desgracia, el digno profesor declaró al mismo tiempo que, como se mareaba mucho cuando se embarcaba, érale forzoso acostarse apenas pisaba un buque. Para decidirle a emprender el viaje había sido necesario todo el cariño que profesaba a Erik, así como también el constante deseo, acariciado durante su laboriosa existencia, de agregar algunas nuevas variedades a las especies botánicas de su catálogo.

Después del *whist* hubo un poco de música: Kajsa tocó con aire desdeñoso un vals de moda; Vanda cantó con admirable tono y dulcísima voz una antigua melodía escandinava, y después sirvióse el té con un bol de ponche para brindar por el buen éxito de la expedición. Erik observó que Kajsa rehuía tocar su vaso.

—¿No brindará usted por el éxito de nuestra expedición?, preguntó a media voz.

—¿A qué brindar por lo que no se espera?, contestó la joven.

A la mañana siguiente, al rayar el día, todo el mundo estaba a bordo, excepto Tudor Brown, de quien no se había vuelto a saber nada después del envío de su cheque.

A las diez en punto se debía levar anclas; apenas sonó la primera campanada, el comandante Marsilas mandó levar anclas, e hizo la señal para que todos los visitantes se retirasen.

—¡Adiós, Erik!, exclamó Vanda abrazando al joven.

—¡Adiós, hijo mío!, dijo Catalina, estrechando entre sus brazos al novel teniente.

—Y usted, Kajsa, ¿no me dice nada?, preguntó el joven, adelantándose como para abrazar a la sobrina del doctor.

—Yo le desearé tan sólo que no se le hielen las narices, y que descubra usted al fin que es un príncipe disfrazado, replicó Kajsa con burlona

sonrisa.

—Y si fuese así, ¿me concedería usted un poco de su amistad?, dijo Erik, procurando disimular la amargura que le hacia experimentar aquel sarcasmo.

—¡Cómo dudarlo!, exclamó Kajsa, volviéndose hacia su tío, cual si quisiera indicarle que la despedida había terminado.

A esto se redujo todo. Las advertencias de la campana eran más imperiosas, y los visitantes corrieron hacia la escalerilla, alrededor de la cual se apiñaban las embarcaciones que debían recibirlos. En medio de esta confusión, nadie observó la llegada de un viajero que se había retardado, y que subió a cubierta llevando en la mano un maletín.

Era Tudor Brown, que se presentó al capitán para reclamar su camarote, el cual se le indicó al punto.

Un minuto después resonaron dos o tres silbidos estridentes y prolongados; la hélice comenzó a funcionar, llenando de espuma las aguas por la popa, y el *Alaska*, deslizándose majestuosamente sobre las verdes olas del Báltico, salió de Estocolmo en medio de las aclamaciones de la multitud, que agitaba sombreros y pañuelos.

Erik, de pie en el puente, mandaba la maniobra; el señor Bredejord y el doctor, apoyados en la banda de babor, hacían la última señal de despedida a Kajsa y a Vanda; y el señor Malarius, aquejado ya del mareo, había ido a acostarse en su lecho. Preocupados todos por la separación, ni unos ni otros advirtieron la llegada de Tudor Brown.

Por eso el doctor no pudo reprimir un movimiento de sorpresa cuando, al volverse, vio salir de las profundidades del buque y avanzar hacia él con las manos en los bolsillos, vistiendo el mismo traje que llevaba el día de su visita y llevando siempre calado el sombrero.

—¡Buen tiempo!, dijo Tudor Brown a manera de saludo, y como para entablar conversación.

El doctor quedó estupefacto ante aquel aplomo, y esperó algunos instantes para ver si el extraño personaje le daba una excusa o explicación de su proceder; mas viendo que no abría la boca, decidió romper las

hostilidades.

—Según parece, caballero, dijo, ahora resulta que Patricio O'Donoghán no está tan muerto como usted pensaba.

—Eso es precisamente lo que se trata de averiguar, replicó el extranjero con su imperturbable calma, y sólo para tener la conciencia tranquila he querido emprender el viaje.

Al decir eso, Tudor Brown dio media vuelta; y juzgando sin duda que la explicación era bastante satisfactoria, comenzó a pasear por el puente silbando su tonada favorita.

Erik y el señor Bredejord habían seguido este rápido coloquio con una curiosidad bastante natural; la persona de Tudor Brown era nueva para ellos, y por eso la estudiaban con atención, más aún que el mismo doctor. Parecióles entonces que el extranjero, afectando indiferencia, dirigía de vez en cuando una mirada furtiva hacia ellos, como para ver la impresión que producía; así es que inmediatamente, como de común acuerdo, aparentaron no ocuparse de su presencia; pero muy pronto, cuando hubieron bajado al salón celebraron consejo.

¿Cuáles serían los fines de Tudor Brown y la causa de aquel empeño en probar la muerte de Patricio O'Donoghán? ¿Qué objeto perseguía al embarcarse en el *Alaska*? Era imposible decirlo; pero también difícil no creer que aquel paso se relacionara más o menos directamente con la historia del *Cynthia* y del «niño del salvavidas». Si Erik y sus amigos tenían mucho interés en dar con Patricio O'Donoghán, era sólo porque le creían relacionado con aquel asunto, y únicamente por esto necesitábase encontrar al irlandés. Ahora bien; hallábanse en presencia de un hombre que, sin ser interrogado, había ido a declarar que el tal marinero no existía ya, y este hombre osaba acompañar a los expedicionarios precisamente cuando su declaración quedaba desmentida del modo más imprevisto. En consecuencia, era forzoso deducir que tenía un interés personal, y el hecho mismo de haber ido a casa del doctor indicaba la conexión de este interés con la investigación practicada.

Todo parecía demostrar, pues, que Tudor Brown era en el problema un factor al menos tan importante como el mismo Patricio O'Donoghán. Tal vez fuese dueño del secreto que tan lejos se iba a buscar; y en este caso, ¿deberían Erik y sus amigos felicitarle de tenerle a bordo, o inquietarse,

por el contrario? El señor Bredejord se inclinaba por esto último, pareciéndole poco tranquilizadora la figura del personaje; el doctor, por su parte, alegaba que Tudor Brown podía muy bien ser hombre de buena fe y honrado a pesar de sus excentricidades.

—Si sabe alguna cosa, decía, siempre podremos esperar que lo revele en el seno de la familiaridad que forzosamente se produce en un largo viaje, y en este caso sería una fortuna tenerle junto a nosotros. En el peor caso, averiguaremos de qué asunto quiere tratar con O'Donoghán, admitiendo que se encuentre al irlandés.

En cuanto a Erik, ni aun osaba manifestar la impresión que el aspecto del personaje le había producido; era más que un sentimiento de repulsión...; era odio; un deseo irresistible de lanzarse contra él y arrojarle al agua. La íntima convicción de que aquel hombre había intervenido en alguna forma en la desgracia de su vida imponíase en su espíritu poderosamente; pero se habría avergonzado de formular semejante prevención o dejarse dominar por ella. Por esto se limitó a decir que si él hubiera tenido voz y voto no se habría admitido a bordo a Tudor Brown.

¿Qué conducta se observaría con aquel hombre? Sobre este punto estaban divididos los pareceres; el doctor alegaba que convenía tratar a Tudor Brown benévolamente, al menos en apariencia, para hacerle hablar; al abogado Bredejord y a Erik les causaba repugnancia invencible semejante comedia, y, por otra parte, tampoco era muy seguro que el mismo doctor tuviese fuerza de voluntad suficiente para apegarse a su programa. En consecuencia, se resolvió tratar a Tudor Brown como su conducta y las circunstancias lo aconsejasen.

No fue necesario esperar mucho para saber a qué atenerse. A mediodía la campana anunció la hora de comer; Bredejord y el doctor fueron a sentarse a la mesa del comandante, y encontraron ya en ella a Tudor Brown, siempre con el sombrero calado y sin manifestar intención de comunicarse con sus compañeros. Aquel hombre era de lo más grosero que se hubiera podido imaginar; parecía desconocer los principios elementales de la buena educación; servíase el primero, elegía las mejores porciones, y comía y bebía como un ogro. El comandante y el doctor le dirigieron dos o tres veces la palabra; pero no se dignó contestar, o hízolo sólo por ademanes.

Sin embargo, al finalizar la comida, y mientras se limpiaba los dientes,

recostóse en su silla y preguntó al capitán.

—¿Qué día estaremos en Gibraltar?

—Creo que el diecinueve o el veinte, contestó el interpelado.

—Quiere decir, repuso como hablando para sí, que el veintidós estaremos en Malta, el veinticinco en Alejandría, y a fin de mes en Aden.

En seguida levantóse y, sin pronunciar una palabra más, subió al puente y comenzó de nuevo a pasear.

—¡Buen compañero de viaje nos ha tocado!, exclamó el capitán Mársilas.

El abogado Bredejord iba a contestar, cuando un súbito estrépito, resonando en lo alto de la escalera, le cortó la palabra: oíanse gritos, ladridos y voces confusas; todos se levantaron y corrieron al puente.

El alboroto había sido ocasionado por Klaas, el corpulento perro groenlandés de *maese* Hersebom, que al ver pasar y repasar a Tudor Brown, cuyo aspecto le desagradara indudablemente, y después de manifestarle su hostilidad con sordos gruñidos, acabó por precipitarse hacia él para morderle las piernas; Tudor Brown había sacado un revólver del bolsillo, y ya iba a disparar cuando Otto llegó a tiempo de impedirlo, enviando a Klaas a la perrera. Entonces habíase promovido una discusión bastante viva. Tudor Brown, pálido de cólera o de espanto, quería matar al perro a todo trance; pero *maese* Hersebom, llegando al punto, protestó contra semejante empeño. El capitán se presentó oportunamente para poner término a la contienda, rogando a Tudor Brown que guardase su revólver y disponiendo que se tuviera a Klaas sujeto con cadena.

Este ridículo incidente fue el único ocurrido durante los primeros días del viaje. Todos fuéronse acostumbrando al mutismo y extraño proceder de Tudor Brown, y en la mesa se acabó por no hacer caso de él, creándose cada cual sus costumbres y distracciones. El señor Malarius, después de permanecer dos días en su camarote, se halló en estado de tomar parte en las interminables partidas de *whist* con el doctor y su amigo Bredejord; y Erik, muy ocupado en su servicio, consagraba a la lectura todos sus ratos de ocio. La navegación del *Alaska* seguía su curso regular.

El 11 se había pasado de la isla de Oland; el 12 franqueábase el Sund,

llegándose al Skager-Rack el 13; el 14 se dio vista a Heligoland; y, penetrando en el Paso de Calais el 15, doblóse el cabo de Hague el 16.

A eso de las doce de la noche siguiente, Erik que dormía en su camarote, se despertó de pronto y llamóle la atención el profundo silencio que reinaba en el buque, pues ni siquiera se oía la trepidación de la hélice. No era cosa de inquietarse, pues el oficial Kjellquist estaba de cuarto; pero levantóse por curiosidad a fin de ver qué sucedía.

Entonces supo por el maquinista que la espiga de la bomba de circulación estaba averiada, lo cual había exigido la extinción de los fuegos; de modo que en aquel momento navegaban a la vela aprovechando una escasa brisa del Sudoeste. La inspección fue bastante larga y no arrojó ninguna luz sobre las causas de la avería. El maquinista declaró que era forzoso hacer escala en el puerto más próximo para efectuar la reparación.

El capitán Mársilas, después de practicar la inspección personalmente, fue de la misma opinión, y como entonces se estaba a unas treinta millas de Brest, dióse orden de enderezar el rumbo hacia el gran puerto francés.

13. Enfilando al sudoeste

Al siguiente día, el *Alaska* penetraba en la rada de Brest. Su avería, afortunadamente, no era de gravedad, y un ingeniero, llamado al punto, prometió dejarlo todo arreglado en tres días.

Era, pues, un retraso de poca importancia, que se aprovecharía para aprovisionarse de carbón, con lo cual no sería necesario detenerse en Gibraltar, como se proyectó en un principio. La siguiente escala se haría en Malta, recuperándose así veinticuatro horas; de modo que el retraso quedaba reducido realmente a dos días. Ahora bien; como al trazar el plan del viaje se calcularon los incidentes imprevistos, no era cosa de inquietarse, y todos tomaron filosóficamente aquel contratiempo.

Muy pronto se vio que la avería se iba a convertir en una fiesta. A las pocas horas de haber llegado el *Alaska*, súpose su arribo en la ciudad, y como ya se conocía el objeto de su viaje, la oficialidad del buque no tardó en ser objeto de las más lisonjeras demostraciones.

El prefecto marítimo y alcalde de Brest, el comandante del puerto y los de los buques anclados fueron en comisión a visitar al capitán Mársilas, y empeñáronse en organizar un banquete y un baile para agasajar a los atrevidos exploradores que iban en busca de Nordenskjold.

Por poco aficionados que fuesen el doctor y el señor Malarius a esta clase de reuniones mundanas, fuéles preciso tomar parte; y en cuanto al abogado Bredejord, es justo confesar que se hallaba en su verdadero elemento.

Entre las personas invitadas por el prefecto para honrar a la oficialidad del *Alaska*, hallábase un anciano de noble aspecto y fisonomía melancólica, en quien Erik fijó su atención, y que le inspiró una simpatía inexplicable. Era el señor Durrien, cónsul general honorario, miembro de la Sociedad Geográfica, bien conocido por sus viajes al Asia Menor y al Sudán.

Erik había leído su relato con el más vivo interés, y habló como hombre

competente al sabio francés después de ser presentados mutuamente.

Ahora bien; por legítimas que puedan ser las satisfacciones de este orden, muy pocas veces disfrutaban de ellas los grandes viajeros; cuando sus aventuras hacen ruido, puede suceder que exciten una frívola admiración en la multitud, pero es raro que encuentren en un salón personas conocedoras de sus trabajos y capaces de apreciarlos en su justo valor. La respetuosa curiosidad del joven teniente conmovió al venerable geógrafo e hizo asomar una sonrisa a sus pálidos labios.

—No tienen gran mérito mis descubrimientos, dijo, contestando a las palabras de Erik sobre sus recientes y felices exploraciones en los alrededores de Assuan; yo iba como hombre que sólo procura olvidar crueles pesares y que se cuida poco de los resultados con tal que los trabajos le agraden. La casualidad ha hecho lo demás...

Al ver que Erik y el señor Durrien eran tan buenos amigos, el prefecto tuvo cuidado de colocarlos uno junto a otro en la mesa, para que pudieran continuar su conversación durante la comida.

Cuando servían el café, acercóse al teniente del *Alaska* un hombrecillo calvo, que le había sido presentado antes, y que se llamaba doctor Kergaridec; detúvose delante de Erik, y sin preámbulo preguntóle de qué país era. Sorprendido al pronto, el joven contestó que era sueco, o más bien noruego, y que su familia habitaba en Bergen; pero, dicho esto, quiso saber a su vez el motivo de la pregunta.

—Es muy sencillo, replicó su interlocutor; hace ya una hora que me tomé la libertad de examinar a usted desde el otro lado de la mesa, y pienso que jamás he visto en ninguna parte el tipo celta tan marcado como en su persona... Debo advertirle que soy muy aficionado al estudio de las razas... ¡Ésta es la primera vez que encuentro el tipo celta tan perfecto en un escandinavo!... Quizá tengamos aquí una indicación preciosa para la ciencia, resultante de la cual Noruega fue una de las regiones visitadas por nuestros antecesores los galos.

Erik iba sin duda a explicar al sabio las razones que faltaban a esta hipótesis, cuando el doctor Kergaridec se volvió para dirigir sus cumplidos a una dama que acababa de entrar en el salón, del prefecto, y la conversación quedó interrumpida. Erik no hubiera pensado más en este incidente si al otro día, al pasar por una calle inmediata al mercado, no le

hubiese dicho el doctor, señalándole un ganadero de Morbihan:

—Hijo mío, si conservase la menor duda sobre tu origen céltico, se desvanecería aquí... ¡Mira cómo se te parecen todos esos bretones!... Tienen tu color mate, la misma forma del cráneo, tus ojos castaños, tus cabellos negros, y, en fin, tu aspecto general... Bredejord podrá decir lo que quiera, pero tú eres un celta de pura sangre; no lo dudes ni un momento.

Erik refirió entonces lo que le había dicho la víspera el doctor Kergaridec, y Schwaryencrona quedó tan contento, que no se habló de otra cosa en todo el día.

Al igual que los demás pasajeros, Tudor Brown había recibido y aceptado la invitación del prefecto. Por un momento se pudo creer que asistiría con su traje de costumbre, pues le llevaba al desembarcar para ir al banquete; pero sin duda la necesidad de quitarse el sombrero le pareció demasiado dura, pues en el momento mismo de franquear la puerta de la casa del prefecto retrocedió, alejóse, y no se le volvió a ver por allí.

De regreso a bordo después del baile, donde se había divertido mucho, Erik supo que Tudor Brown había vuelto a eso de las siete a comer; que después entró en la habitación del capitán para consultar una carta marina, y que, acto seguido, pidió un bote a fin de trasladarse otra vez a tierra.

Éstas fueron las últimas noticias que se tuvieron de él.

A las cinco de la tarde del día siguiente, Tudor Brown no había regresado aún, aunque sabía muy bien que la máquina estaba ya reparada y los fuegos encendidos, no pudiendo retardarse la salida del buque. El capitán había tenido buen cuidado de avisar a todos, y en su consecuencia dio orden de levar anclas.

Ya se iban a largar las amarras cuando se vio salir del muelle un bote, que surcaba las aguas con la mayor rapidez posible; todos creyeron que conducía a Tudor Brown, pero pronto se supo que sólo se trataba de una carta, y con gran sorpresa vióse que iba dirigida a Erik.

Al abrir el sobre, el joven no encontró más que una tarjeta del señor Durrien, cónsul general honorario, que había escrito con lápiz las

siguientes palabras:

¡Buen viaje!... ¡Pronta vuelta!...

Difícil sería expresar lo que Erik experimentó; aquella atención de un sabio distinguido le conmovió profundamente, haciendo asomar una lágrima a sus ojos, pues al abandonar aquella tierra hospitalaria, donde sólo había estado tres días, parecíale que se alejaba de su patria.

Guardó la tarjeta cuidadosamente, y díjose que aquella despedida del anciano era de buen agüero.

Diez minutos después el *Alaska* se ponía en movimiento, avanzando majestuosamente; a las seis había franqueado el canal y el piloto se despedía, deseándole buen viaje.

Era el 21 de febrero; la atmósfera estaba muy serena; el sol habíase ocultado en el horizonte bajo una línea tan marcada como en un día de verano; pero la noche avanzaba, y muy pronto sería profunda la oscuridad, pues la luna no debía salir hasta las diez. Erik, de servicio durante el primer cuarto, paseábase con paso ligero en la proa, y parecíale que con Tudor Brown había desaparecido el genio malo de la expedición.

¡Con tal de que no vuelva a unírseos en Malta o en Suez, pensaba, al fin nos veremos libres de ese hombre!

En efecto; esto era posible, y hasta muy probable, si Tudor Brown había querido evitar el largo rodeo que el *Alaska* ha de hacer para dirigirse a Egipto. Mientras que el buque costeaba Francia y España, él podría permanecer una semana: en París o en cualquier otro punto, y alcanzar después al *Alaska* con el Correo de las Indias, en Alejandría o en Suez, hasta en Aden, Colombo, Singapur o Yokohama.

Pero, en fin, esto no pasaba de ser una posibilidad; el hecho era que entonces no estaba allí, y esto bastaba para que todos estuvieran contentos.

Por eso la comida fue aquel día más cordial y alegre que todas; al servirse los postres se brindó por el buen éxito de la expedición, y después todos subieron a cubierta para fumar. Con la ausencia de Tudor Brown renacía la tranquilidad.

La noche era oscurísima; a lo lejos, hacia el Norte, veíase brillar el faro de cabo de San Mateo, el de Piedras Negras y el de Ouessant; por la parte del Sur dejaban atrás el gran faro de luz fija del Bec-du-Raz y el de eclipses de Tevennec; el faro pequeño de Bec-du-Raz, que sólo ilumina dos sectores, uno de 41 grados y el otro de 30, divisábase ya hacia el Oeste, y esto indicaba que el buque seguía buena ruta. A babor del *Alaska* brillaba también el faro de la isla de Sen, cuya luz se produce con intervalos de cuatro segundos, precedida y seguida de eclipses. Una buena brisa del Nordeste aceleraba la marcha del buque, haciéndole apoyarse con fuerza sobre el costado de babor, así es que se balanceaba poco aunque la mar era muy gruesa.

Cuando los pasajeros llegaron al puente, el marinero de servicio en la proa acababa de sacar la corredera.

—Diez nudos y un cuarto, dijo al capitán, que se adelantaba hacia él para saber el resultado de la operación.

—Buena marcha, dijo el doctor; podríamos contentarnos con ella durante cincuenta o sesenta días.

—En efecto, repuso el capitán, y así no sería necesario quemar mucho carbón para llegar al estrecho de Bering.

Dichas estas palabras, separóse del doctor y bajó a su camarote, buscó en la estantería una carta marina forrada con lienzo, desdoblóla sobre su mesa y comenzó a examinarla a la viva luz de una enorme lámpara Cárcel que pendía del techo. Era una carta del Almirantazgo británico, en la cual se indicaban todos los detalles de la región marítima llamada armoricana, la misma que en aquel momento recorría el buque entre el 47º y el 49º de latitud Norte, y el 4º y 5º de longitud Oeste de Greenwich. La carta medía cerca de un metro cuadrado de superficie, y en ella señalábanse minuciosamente las costas, las islas, los faros de luz fija y giratoria, los bancos de arena, las profundidades y hasta las direcciones que se debían seguir.

Con semejante carta y una brújula, parecía que hasta un niño hubiera podido guiar el buque más grande en aquellos parajes, tan peligrosos sin embargo, que un distinguido oficial de la marina francesa, el teniente Mage, el intrépido explorador del Níger, había naufragado en otro tiempo

con todos sus compañeros de la *Magicienne*, sufriendo la misma suerte que el *Sané* y otros muchos buques.

La casualidad quiso que el capitán Marsilas no hubiese navegado nunca en aquellas aguas, a las cuales no se hubiera acercado, ni con mucho, a no haber sido necesario ir a Brest. En consecuencia, sólo podía fiarse de un atento estudio de la carta para mantenerse en el buen camino; aunque la cosa parecía muy sencilla. Si dejaba a su izquierda la Punta de Van, el Bec-du-Raz y la isla de Sen, residencia legendaria de las nueve sacerdotisas druidas, casi siempre velada por la menuda lluvia que producen las enormes olas, bastábale dirigirse en línea recta al Oeste, para virar al Sur cuando se hallase en alta mar.

El faro de luz fija de la isla señalaba claramente su posición, y, según la carta, a menos de un cuarto de milla al Oeste de dicho faro la isla terminaba en una punta de altos ribazos que el mar libre bañaba, alcanzando en aquellos parajes hasta cien metros de profundidad. Como este punto de mira era precioso en una noche oscura, el capitán, después de examinar detenidamente la carta marina, resolvió mantenerse cerca de él, tal vez más de lo que hubiera creído oportuno durante el día; es decir, a tres o cuatro millas; y terminado su estudio, subió otra vez al puente, observó el mar y dijo a Erik que enfilase veinticinco grados al Sudoeste.

La orden pareció sorprender al joven.

—¿Al Sudoeste dice usted?, preguntó respetuosamente, creyendo haber oído mal.

—He dicho al Sudoeste, repitió con alguna sequedad el capitán. ¿No le parece a usted buena esa ruta?

—Puesto que me lo pregunta usted, capitán, debo contestarle que no, replicó francamente Erik; yo hubiera preferido navegar más tiempo al Oeste.

—¿Para qué?... ¿Para perder una noche más?

El tono del capitán no permitía insistir, y Erik dio la orden tal como la había recibido. Después de todo, su jefe era un marino práctico, en el cual se podía tener confianza absoluta.

Por ligero que fuese el cambio de dirección, bastó para modificar sensiblemente la marcha del buque; el *Alaska* comenzó a cabecear, y a cada movimiento picaba con su proa las olas; a su alrededor las aguas parecían hervir, cubriéndose de blanca espuma; la corredera indicaba catorce nudos, y como la brisa refrescaba aún, Erik juzgó prudente mandar recoger dos rizos.

El doctor y su amigo Bredejord, aquejados súbitamente de malestar, no tardaron en marcharse a sus camarotes, y el capitán, que se había paseado algunos minutos por el puente, los siguió muy pronto.

Apenas había llegado a su camarote, cuando el mismo Erik se presentó.

—Capitán, le dijo, acabo de oír ruidos sospechosos a babor; parece como si las olas se estrellasen contra las rocas... y en consecuencia me creo obligado a decir a usted que, a mi modo de ver, seguimos una ruta peligrosa.

—Decididamente, caballero, replicó el capitán, es usted tenaz en su inquietud. ¿Qué peligro se puede temer mientras tengamos ese faro a tres millas de nosotros, como no sea a cuatro?

Y con un gesto de impaciencia señaló en la carta marina, extendida aún sobre la mesa, la isla de Sen, que se elevaba como un centinela avanzando en la punta extrema del promontorio bretón.

Erik siguió con la vista la dirección del dedo, y vio que, efectivamente, no se indicaba ningún peligro en las inmediaciones de la isla, cortada a pico y rodeada de aguas profundas. A los ojos de un marino, nada podía ser más tranquilizador; y, sin embargo, no era ilusión aquel rumor de olas que se estrellaban y que se oía claramente a la izquierda, es decir, a corta distancia.

A Erik le extrañó no reconocer en los perfiles costeros que tenía a la vista, la imagen siniestra y pérfida de aquellos que su memoria conservaba, tales como los había visto descritos en los tratados de geografía; pero ¿cómo oponer una impresión fugitiva, un vago recuerdo, a un hecho tan preciso como una carta marina del Almirantazgo británico?... Erik no se atrevió a ello, pues las cartas geográficas se hacen precisamente para preservar a los navegantes de los errores o las ilusiones de su memoria.

En consecuencia, saludó a su jefe y volvió a cubierta.

Apenas había puesto el pie en la escalera, oyó gritar:

—¡Rompientes a estribor! Y un momento después:

—¡Rompientes a babor!

En el mismo instante resonó un silbido acompañado de un confuso rumor, producido por una serie de maniobras efectuadas rápidamente; la marcha del buque se modificó y dio marcha atrás. El capitán se lanzó a la escalera.

En aquel momento oyóse un ruido sordo, semejante al producido por un trineo cuando se arrastra sobre la nieve, y de improviso una terrible sacudida derribó al comandante, haciendo retemblar el buque desde la quilla hasta la punta de los dos mástiles... Siguió a esto un silencio profundo, y el *Alaska* quedó inmóvil.

Acababa de encajarse como una cuña entre dos rocas submarinas.

El comandante Marsilas, sangrando por una herida en la cabeza, que se produjera al caer, se levantó para subir al puente, donde reinaba la más espantosa confusión.

Los marineros, aturdidos, precipitábanse hacia las lanchas, y las olas se estrellaban furiosas contra el nuevo escollo, que les oponía el buque naufrago. Los dos focos luminosos de Tevenec y de Sen, semejantes a dos enormes ojos, parecían mirar al *Alaska* con una fijeza implacable y reprenderle por haberse arrojado en los peligros que tenían misión de señalar.

Erik, de pie en la escalerilla e inclinándose a estribor, trataba de penetrar con su vista la oscuridad para medir la extensión del desastre.

—Vamos, caballero, ¿qué ocurre?, gritó el comandante, medio aturdido aún por su caída.

—Ocurre que, enfilando al Sudoeste, según sus órdenes, hemos ido a caer en medio de las rompientes.

El capitán no replicó, pues en rigor nada podía contestar... Dio media vuelta y volvió hacia la escalera.

¡Cosa extraña! Aunque la situación era trágica, no parecía inminentemente peligrosa; la misma inmovilidad del buque, la presencia de aquellos dos faros, la inmediación de la tierra, que harto se revelaba por las rocas entre las cuales se hallaba empotrado el buque como en un círculo de hierro; todo, en fin, contribuía a que aquel desastre pareciera más bien triste que espantoso. Erik, por su parte, sólo veía un hecho: la expedición detenida en su marcha y perdida la ocasión de encontrar a Patricio O'Donoghán.

Sin embargo, al pensar en la contestación algo viva que había dado al capitán, dictada sólo por la amargura que llenaba su alma, abandonó la escalerilla para volver al puente, y buscó con la vista al comandante, animado de la generosa intención de consolarle, si era posible.

Pero el capitán había desaparecido, y a los pocos momentos oyóse una detonación en su camarote. Erik corrió hacia allí, y como la puerta estaba cerrada interiormente, hundióla de un puntapié.

El capitán Marsilas yacía en el suelo, con la cabeza destrozada y un revólver en la mano derecha.

Al ver el buque perdido por culpa suya, habíase disparado un tiro, que le dejó sin vida en el acto. El doctor y Bredejord, que llegaron al punto así lo comprobaron.

Pero no había tiempo para entregarse a tristes reflexiones. Erik, confiando a los dos amigos el cuidado de levantar el cadáver y depositarlo en el lecho, debía volver al puente para ocuparse en salvar la tripulación.

Cuando pasaba por delante del camarote del señor Malarius, el digno maestro, despertado por la inmovilidad del buque o por el tiro, entreabrió la puerta y asomó su blanca cabeza, cubierta con su eterno gorro de seda negra. Había dormido tranquilamente desde la salida de Brest, e ignoraba lo que sucedía.

—¿Qué ocurre, qué hay, hijo mío?, preguntó con su dulce voz.

—Lo que ocurre, querido maestro, contestó Erik, es que el *Alaska* está embarrancado y que el capitán acaba de suicidarse.

—¡Oh!, exclamó el maestro en el colmo de la sorpresa. Entonces, hijo mío, ¡adiós nuestra expedición!

—En cuanto a eso, querido señor Malarius, es otro asunto, repuso Erik; yo no he muerto, y mientras me quede un soplo de vida, nunca dejaré de decir: ¡Adelante!

14. La calzada de Sen

Tal era la violencia con que el *Alaska* se había lanzado contra las rocas, que al punto quedó como incrustado en ellas y completamente inmóvil; pero la situación no parecía ofrecer, por el momento, un peligro inminente para los tripulantes, aunque las olas, al encontrar aquel obstáculo imprevisto, batían el buque, barriendo su cubierta. El mar no estaba bastante embravecido para que se debiera temer nada inmediato, y si el tiempo no cambiaba, se podría llegar al día siguiente sin que ocurriera un nuevo desastre.

Erik vio todo esto de una ojeada. En su calidad de primer oficial, había sido encargado naturalmente del mando, y después de dar orden para que se cerrasen las escotillas, tapándose todas las aberturas con estopa alquitranada, por si acaso el oleaje llegaba a ser más fuerte, bajó a la cala con el maestro carpintero. Allí comprobó con viva satisfacción que no se había abierto ninguna vía de agua: el revestimiento exterior del buque había protegido evidentemente el casco, y la precaución adoptada para oponer resistencia a los hielos polares resultaba ser ahora muy eficaz contra el arrecife armoricano. Ciertamente que la máquina de vapor, cuyo movimiento había cesado de repente, parecía como descoyuntada por la terrible sacudida; pero no se produjo explosión alguna por esta causa, y tampoco se encontró avería de importancia. En consecuencia, Erik resolvió esperar la mañana siguiente para que todos desembarcasen, si se juzgaba preciso; pero dio orden de disparar un cañonazo en demanda de auxilio a la isla de Sen, y dispuso enviar la chalupa de vapor a Lorient a fin de dar aviso.

—En ninguna parte, se decía Erik con mucha razón, se encontrarían más pronto medios de salvamento tan eficaces como en ese gran arsenal marítimo de la Francia occidental.

El resultado fue que en aquella hora crítica en que cada cual lo creía todo irremisiblemente perdido, pasajeros y tripulantes comenzaron a confiar en que a la postre se saldría de aquel atolladero. El alma intrépida de Erik era de aquellas que jamás se desaniman ni se dan nunca por vencidas.

—¡Séame posible sólo sacar de aquí al *Alaska*, pensaba el joven teniente, y veremos quién puede más!

Pero Erik no quiso infundir a nadie una esperanza que acaso hubiera parecido quimérica; al volver de la cala, sólo dijo que todo iba bien por el momento, y que había tiempo suficiente para recibir auxilio. Después mandó distribuir té y ron a todos los tripulantes.

No se necesitaba más para poner de buen humor a todos aquellos bravos marineros. La chalupa se botó al mar sin ninguna dificultad.

Poco después, algunos cohetes lanzados desde el faro de Sen anunciaron que se iba en auxilio del barco naufrago, y muy pronto divisáronse en medio de la oscuridad de la noche varias luces rojas que se acercaban al *Alaska*; después oyéronse voces, contestóse a ellas, y se supo que se había naufragado en la Calzada de Sen. Transcurrió una hora larga antes de que pudiera aproximarse un bote, pues la resaca era muy fuerte y la operación peligrosa; pero los seis hombres que lo tripulaban consiguieron al fin agarrar un cable y subir a bordo.

Eran seis rudos pescadores de Sen, intrépidos marinos, que seguramente no se ocupaban por primera vez en prestar socorro a un buque en peligro. Todos aprobaron la idea de haber pedido auxilio al Lorient, porque el pequeño puerto de la isla no podía proporcionar los medios necesarios; se convino en que dos de los tripulantes del bote irían en la chalupa de vapor con *maese* Hersebom y Otto, cuando la luz de la luna iluminara el mar, y entretanto dieron algunos detalles sobre el lugar del naufragio.

La Calzada de Sen es una larga línea «e arrecifes en forma de punta que, partiendo de la isla de este nombre en dirección Oeste, extiéndese hasta nueve millas de distancia de aquélla, dividiéndose en dos partes. La una, llamada Puente de Sen, y que mide cuatro millas de longitud, poco más o menos, por una y media de anchura, está compuesta de una serie de rocas bastante altas, que forman como una cordillera sobre las aguas. La otra parte constituye una prolongación del Puente de Sen en un espacio de cinco millas de largo por dos tercios de milla de anchura media; también tiene dos escollos que no se elevan sobre el nivel del mar cuando las aguas suben, y de los cuales muy pocos se pueden ver si aquéllas están bajas; los principales, Cornengen, Schomeur, Cornoc-ar-Goulet, Bas-Ven, Ma-diou y Ar-Men son los menos temibles, porque se divisan con

claridad. Atendido el número e irregularidad de las puntas submarinas, no bien conocidas aún, la extremada violencia del mar sobre el banco de arena, y las corrientes que lo barren en todos sentidos, estos parajes son en extremo peligrosos y fecundos en naufragios, y por lo mismo los faros de la isla de Sen y del Bec-du-Raz se han situado de manera que indiquen la línea de la calzada, a fin de que puedan reconocerla y alejarse de ella los buques procedentes del Oeste. Sin embargo, sigue siendo tan peligrosa para los que llegan del Sur, que hace mucho tiempo se pensó en señalar la punta con un faro especial; pero como, desgraciadamente, no hay en esa extremidad ningún islote o roca donde se pueda construir, y la violencia acostumbrada del mar no permite establecer un faro flotante, ha sido necesario decidirse a levantar uno en la roca de Armen, situada a tres millas de la punta extrema. Aun haciéndolo así los trabajos tropiezan con tales dificultades que, habiéndose comenzado la construcción de este faro en 1867, doce años después no se había alcanzado todavía más que la mitad de su altura, es decir, trece metros sobre el nivel de las aguas. Hubo año en que no fue posible trabajar más que ocho horas, aunque los obreros estaban acechando continuamente para aprovechar un momento favorable. Por esta razón no existía aún más que en proyecto cuando ocurrió la catástrofe del *Alaska*.

Sin embargo, esto no bastaba para explicar que el buque se hubiese precipitado al salir de Brest en medio de los arrecifes, y Erik se prometió profundizar la cuestión cuando hubiese partido la chalupa.

No fue necesario aguardar mucho, pues la luna comenzó a brillar al poco tiempo, y entonces el joven comandante resolvió que la mitad de su gente permaneciese de guardia mientras que la otra descansaba. Hecho esto, Erik bajó a la cámara principal.

El abogado Bredejord, el señor Malarius y el doctor velaban junto al cadáver.

—¿Nos explicarás al fin, hijo mío, preguntó el doctor, cuál es la causa de este drama y cómo ha sucedido todo?

—Es inexplicable, contestó el joven, inclinándose sobre la carta marina extendida en la mesa del capitán. Yo comprendía intuitivamente, y lo había dicho así, que no seguíamos buena ruta; pero en mi opinión y en la de todo el mundo, estamos por lo menos a tres millas al Oeste de ese faro... poco más o menos aquí, añadió, señalando un punto en la carta; y

bien pueden ustedes ver que no se indica ningún peligro, ni banco de arena, ni arrecifes... ¡El color oscuro de las grandes profundidades!... ¡Es inconcebible!... Sólo podemos suponer un error en una carta marina del Almirantazgo inglés... y en una región marítima tan conocida y tan minuciosamente estudiada hace siglos... ¡En fin, esto es absurdo, y hasta me parece una pesadilla!

—¿No habrá algún error en la posición? ¿No se habrá tomado un faro por otro?, preguntó Bredejord.

—Es casi imposible en un trayecto tan corto como el nuestro desde la salida de Brest. Advierta usted que no hemos perdido un instante de vista la tierra, y que, en consecuencia, se debería creer que uno de los faros indicados en la carta no se ha encendido, o que se ha apagado otro, lo cual es suponer lo inverosímil... Ni aun esto bastaría para explicar el hecho, pues nuestra marcha ha sido tan regular y se ha tenido tanto cuidado, que no hay error posible, por decirlo así. Podríamos precisar el itinerario seguido sin discrepar más de quinientos metros, como máxima diferencia, y él término de aquél corresponde exactamente a la posición que ocupamos ahora respecto al faro de la isla de Sen... Sin embargo, el hecho es que estamos en un escollo, cuando de ser ciertas las indicaciones de la carta, deberíamos tener un fondo de trescientos metros...

—Pero ¿cómo acabará todo esto? He aquí lo que convendría saber, dijo el doctor.

—Muy pronto lo sabremos, contestó Erik, si las autoridades marítimas quieren darse un poco de prisa en enviarnos auxilio. Por lo pronto, es preciso esperar, y lo mejor que todos pueden hacer es ir a descansar tranquilamente como si estuviésemos anclados en la más segura bahía. El joven capitán no quiso decir que se proponía velar personalmente mientras sus amigos se entregaban al reposo, y así lo hizo toda la noche, paseándose por el puente a fin de asegurarse de que se cumplía bien el servicio de guardia y bajando algunas veces al salón.

Al rayar el día tuvo la alegría de ver que la marejada disminuía con la brisa; también observó que la marea era muy baja, y que pronto quedaría el buque casi en seco, lo cual permitiría reconocer la extensión del desastre. En efecto, a eso de las siete de la mañana se pudo realizar un detenido examen.

El buque estaba como enclavado en varias puntas de roca que sobresalían de los bancos de arena; tres de ellas habían penetrado en el revestimiento del *Alaska* en el momento del naufragio, y sosteníanle como sobre puntales; la misma dirección de aquéllas, inclinadas hacia el Norte, es decir, en sentido contrario a la marcha del *Alaska* al ocurrir el siniestro, explicaba que hubiesen detenido al buque a la orilla del banco de arena, impidiéndole avanzar más sobre el escollo. La maniobra suprema ordenada por Erik contribuyó también a que el choque fuese menos terrible, pues como el buque había dado marcha atrás antes de tocar, no avanzó sobre el arrecife más de lo que le permitieron el impulso adquirido y la corriente. No cabía duda que, a no mediar esta circunstancia, se habría hecho pedazos. Por otra parte, como la brisa y las olas se mantuvieron toda la noche sin cambio alguno, esto contribuyó a mantener el buque en el mismo sitio, en vez de fijarlo sobre las rocas, como no hubiera podido menos de suceder con un cambio de viento. En una palabra, no era posible haber tenido mejor suerte en un desastre de aquella naturaleza. Todo quedaba reducido ahora a desprender el buque antes que un salto del viento modificara tan favorables condiciones.

Erik resolvió obrar sin pérdida de tiempo. Apenas hubo desayunado la tripulación, dispuso que todos comenzaran a trabajar para ensanchar a fuerza de hachazos los tres boquetes principales abiertos en el revestimiento por las puntas de roca. Si llegaba a tiempo un remolcador de Lorient, sería muy posible desprender el buque durante la marea alta, casi sin esfuerzo; así es que el joven capitán esperaba con impaciencia la aparición de algún penacho de humo en el horizonte.

Todo sucedió como se esperaba, sin contar que el tiempo se mantuvo tan sereno y benigno como pudiera desearse. Alrededor del mediodía, un aviso, seguido de un remolcador, penetró en las aguas del *Alaska*; el primero estaba mandado por un teniente de navío, que iba a ponerse cortésmente a disposición de los náufragos.

Erik y sus oficiales le recibieron en el portalón, como era debido, y después bajaron a la cámara.

—¿Me explicará usted, preguntó el teniente a Erik, cómo han podido precipitarse en la Calzada de Sen al salir de Brest?

—Esa carta marina se lo explicará, contestó Erik; en ella no está indicado

el peligro.

El oficial francés examinó, primero con curiosidad, después con asombro, el trazado geográfico que representaba.

—En efecto, exclamó; aquí no está señalado el Puente de Sen, ni la parte que le sirve de prolongación... ¡Es un descuido imperdonable!... ¡Cómo! ¡El color azul de las grandes profundidades al ras de la isla!... ¡Y este perfil a pico!... ¡Hasta la posición del faro se indica equivocadamente...! Y sin embargo, la carta es del Almirantazgo británico... ¡Vamos, será muy mala!... Diríase que alguien se ha complacido en trazarla errónea, engañosa y pérfidamente... Los navegantes de otros tiempos, solían hacer estas jugarretas a sus rivales; pero no hubiera creído nunca que Inglaterra pudiera conservar semejantes tradiciones.

—¿Y quién aseguraría que es Inglaterra?, preguntó Bredejord con su voz aflautada. A mí se me ocurre una sospecha» y es que esa carta marina puede provenir de algún falsario y haber sido colocada por una mano criminal en la estantería del *Alaska*.

—¡Por Tudor Brown, exclamó impetuosamente Erik; la noche del banquete en casa del prefecto de Brest, cuando se introdujo en la cámara con pretexto de consultar una carta marina!... ¡Oh, qué infame!... He aquí por qué no regresó a bordo...

—Esto parece evidente, dijo el doctor; y, sin embargo, tan negra acción supone tales abismos de infamia que no acierto a comprender con qué objeto pudo cometerla...

—¿Y con qué fin fue a Estocolmo sólo para decirle a usted que Patricio O'Donoghán había muerto?, replicó el abogado Bredejord. ¿Con qué fin dio los veinticinco mil kroners para el viaje del *Alaska* cuando quedó resuelta la expedición?... ¿Con qué objeto se embarcó con nosotros para dejarnos en Brest?... A decir verdad, creo que se debería ser ciego para no ver ahora entre estos hechos un encadenamiento tan lógico como espantoso. ¿Qué interés tiene Tudor Brown en todo esto? Lo ignoro; pero ese interés debe ser muy grave y terrible cuando no ha retrocedido ante tan inicuos medios para detenernos en nuestra marcha. Ahora estoy convencido de que él es el causante del percance que nos ha obligado a tocar en Brest, y él es seguramente quien nos ha conducido como de la mano al escollo donde debíamos encontrar la muerte.

—Sin embargo, observó el señor Malarius con su natural buena fe, parece difícil que previese la ruta que el capitán elegiría.

—¿Por qué? ¿No estaba ya indicada esa ruta por la modificación misma que él hizo en la carta? Después de perder tres días, era seguro que el comandante Marsilas trataría de recobrar el tiempo perdido e iría por el camino más corto. Creyendo el mar libre en la inmediación de Sen, y avanzando al Sur, se podía apostar diez contra uno que iría a dar a la Calzada...

—Es verdad, dijo Erik; pero una prueba de que el plan era muy incierto es que al recibir la orden del capitán yo había insistido para que nos corriésemos más al Oeste.

—¿Y quién asegura que no había otras cartas marinas falseadas para engañarnos en otros parajes si nos librábamos de la Calzada?, exclamó Bredejord.

—Eso es fácil de verificar, dijo Erik. Y corrió a los estantes para sacar las cartas marinas restantes.

La primera que se abrió era la de la Coruña, y el oficial francés notó de una sola ojeada dos o tres errores graves; en la segunda, que era del cabo San Vicente, observábase lo mismo; y en la tercera, la de Gibraltar, las indicaciones falsas saltaban a la vista. Inútil era proseguir el examen, pues ya no podía quedar duda alguna. Si el *Alaska* no había naufragado en la Calzada, debía perderse necesariamente antes de llegar a Malta.

En cuanto al procedimiento de que el criminal se había valido para preparar sus atentados, un detenido examen de las cartas bastó para descubrirlo: todas eran del Almirantazgo inglés, pero las habían borrado en parte, por medio de un lavado químico, para retocarlas después poniendo indicaciones falsas entre las verdaderas; pero por hábiles que fuesen los retoques, como ya se estaba sobre aviso, reconocieronse por ligeras diferencias de tinte. Por último, un detalle desvanecía toda duda sobre la premeditación del culpable: las cartas del *Alaska* llevaban el sello del ministerio de Marina de Suecia, y las introducidas en la colección carecían de él. El falsario habría pensado que el detalle podía pasar inadvertido.

Estos descubrimientos sucesivos habían sumido en la consternación a

todos los expedicionarios; pero Erik fue el primero en romper el silencio que había seguido al debate.

—¡Pobre comandante Marsilas!, exclamó con acento conmovido. ¡Él ha pagado por todos nosotros!... Pero puesto que nos hemos librado de la suerte que nos estaba reservada, trataremos al menos de no dejar ya nada a la casualidad... La marea sube y no tardará en estar bastante alta para que sea posible desprender el buque... Si lo tienen ustedes a bien, señores, emprenderemos este trabajo al punto.

Erik hablaba con un tono de autoridad cariñosa, con una modestia digna, inspirada por el sentimiento de que él era el único responsable. Verse a su edad investido del mando de un buque en tales circunstancias, y al principio de una expedición tan aventurada, era en verdad un caso imprevisto; pero desde la víspera tenía la seguridad de colocarse a la altura de sus deberes; sabía de lo que era capaz; estaba seguro de su tripulación, y esta idea le transfiguraba. El muchacho de ayer era hoy un hombre; el entusiasmo de los héroes brillaba en su mirada; su ascendiente se imponía de una manera irresistible a cuantos le rodeaban, incluso el abogado Bredejord y el doctor, que se sometían a él como los demás.

La operación, preparada por los trabajos de la mañana, fue más fácil aún de lo que se creía: levantado por las olas, el buque no necesitaba en cierto modo más que desprenderse de las puntas de roca que le retenían, y en consecuencia el remolcador se puso en marcha para ejercer una poderosa tracción en las amarras de popa. Poco después oyóse un rechinamiento como de madera arrastrada y de bordajes desgarrados; el buque se desprendió de los terribles puntales que le sujetaban, y de pronto quedó libre, pesadamente, es verdad, a causa del agua que inundaba sus compartimentos calafateados, y por faltarle el auxilio de la hélice y de la máquina, que permanecía inerte y silenciosa; pero, en fin, fácil de manejar, pues obedecía al timón. Tanto es así, que hubiera podido seguir navegando, en caso extremo, con sus dos foques y el mastelero.

La tripulación, reunida en el puente, había seguido con una emoción fácil de comprender las peripecias de aquel esfuerzo decisivo, y saludó con ruidosas exclamaciones la liberación del *Alaska*, contestando a ellas con aclamaciones parecidas los tripulantes del aviso francés y del remolcador. Eran las tres de la tarde; muy cerca del horizonte, un magnífico sol de febrero inundaba de luz el mar tranquilo y brillante, cuyas aguas acababan de cubrir las arenas y rocas de la parte de la Calzada donde había

ocurrido el drama nocturno, como para borrar su recuerdo.

Aquella misma noche el *Alaska* se hallaba seguro en la rada de Lorient, y al día siguiente las autoridades marítimas francesas autorizaron, con la mayor cortesía, que se dejara el buque en uno de los diques a fin de proceder a su reparación. Las averías del casco carecían de gravedad; las de la máquina eran más complicadas, y tal vez en otra parte se habría necesitado mucho tiempo para repararlas; pero como Erik lo había previsto, en ningún punto se habrían podido encontrar tan pronto los preciosos recursos que ofrecían los astilleros, las herrerías y fundiciones de Lorient. La casa Gamard, Norris y Compañía se encargó de repararlo todo en tres semanas; era el 23 de febrero, y el 16 de marzo se podría continuar el viaje, esta vez con buenas cartas marinas.

Sólo se contaba ya, pues, con tres meses y medio para llegar al estrecho de Bering a fines de junio; la empresa no tenía nada de imposible, pero quedaba reducida a muy estrechos márgenes. Erik, embargo, no admitía que se le opusieran nuevas dificultades, y por eso rehusó dirigir a Estocolmo un informe sobre el accidente a fin de evitar que se le llamara y hubiera que entablar demanda criminal contra el supuesto autor del atentado; por temor de que se le detuviera para instruir las primeras diligencias.

Sin embargo, tal vez la impunidad estimularía a Tudor Brown a sembrar nuevos obstáculos en la ruta del *Alaska*. El doctor y sus amigos lo creían así, y hablaban sobre el asunto cuando jugaban al *whist* en el saloncito del hotel donde se habían alojado al llegar a Lorient.

Para el abogado Bredejord la cuestión no admitía duda. Un bribón como Tudor Brown no se daría por vencido cuando se enterase, como seguramente se había enterado ya, que su tentativa había fracasado; y de consiguiente, creer que se llegaría al estrecho de Bering era más que una ilusión: era una locura. El señor Bredejord ignoraba cómo se arreglaría Tudor Brown para impedirlo; pero estaba seguro de que hallaría algún medio. En cuanto al doctor, inclinábase a creer lo mismo, y el señor Malarius no estaba muy tranquilo. El desaliento predominaba en las partidas de *whist*, y los paseos de los tres amigos por los alrededores de la ciudad no eran nada alegres. En lo que se ocupaban con preferencia era en inspeccionar los trabajos del mausoleo que se había resuelto erigir al comandante Marsilas, a cuyo entierro había asistido la población en masa. La vista de aquel monumento fúnebre no era la más propia para infundir

esperanzas a los expedicionarios; pero bastábales ver a Erik para reanimarse.

La resolución del joven capitán era inmutable, y tan firme su propósito de superar todos los obstáculos, cualesquiera que fuesen, que no podía menos de infundir a sus amigos la misma resolución heroica.

Otro hecho, sin embargo, demostró que Tudor Brown persistía en su empeño. En la noche del 14 de marzo Erik había visto los trabajos de la máquina casi terminados; sólo faltaba ajustar una de las bombas, y esto debía efectuarse a la mañana siguiente. Ahora bien; sucedió que en la noche del 14 al 15 aquel cuerpo de bomba desapareció de los talleres de Gamard, Norris y Compañía, sin que se pudiera encontrar por ninguna parte. ¿Cómo se había efectuado aquel robo? ¿Quiénes eran los autores? La más minuciosa investigación no bastó para poner nada en claro.

El resultado fue que se necesitaron diez días más para rehacer el trabajo; de modo que el *Alaska* no podría marchar hasta el 25 de marzo.

Aquel incidente influyó más en el ánimo de Erik que el mismo embarrancamiento, pues vio evidentemente el empeño de impedir el viaje, pero esto redobló su ardiente deseo de llevar a buen fin la expedición.

Erik consagró aquellos diez días de retraso a examinar la cuestión bajo todas sus fases, y cuando más la estudió, mejor pudo convencerse de que empeñarse en llegar al estrecho de Bering en tres meses, siguiendo un itinerario conocido por Tudor Brown, hallándose todavía el *Alaska* en Lorient, a los cuarenta días de salir de Estocolmo, era exponerse a un descalabro, ya que no a un desastre irreparable.

Esta conclusión no le asustó, pero hízole pensar que sería indispensable modificar los primitivos planes. Sin embargo, no comunicó a nadie la idea, juzgando muy bien que el secreto era la primera condición de la victoria, y se contentó con vigilar más de cerca que nunca los trabajos de reparación.

Pero los amigos de Erik creyeron observar que el joven no parecía ya tan deseoso de emprender la marcha, y de aquí dedujeron que la empresa le parecía tan irrealizable como a ellos.

En esto se engañaban completamente.

El 25 de marzo, a mediodía, el *Alaska*, ya reparado, flotaba en la rada, y poco después alejándose a toda máquina de Lorient.

15. El camino mas corto

Las costas de Francia perdíanse ya de vista en el horizonte cuando Erik reunió en la cámara grande a sus tres amigos y consejeros para discutir un punto de gran importancia.

—He reflexionado mucho, les dijo, en los incidentes ocurridos durante nuestro viaje desde el día que salimos de Estocolmo, y deduzco, en conclusión, que hemos de encontrar de aquí en adelante nuevos obstáculos o contratiempos. El hombre que preparaba nuestra muerte en la Calzada no se dará por vencido... Tal vez nos aceche ya en Gibraltar, en Malta o en otra parte; y si no consigue nuestra pérdida, por lo menos me parece seguro que nos detendrá en el camino... No llegaremos, pues, al estrecho de Bering en la estación de verano, única en que el Océano Glacial es abordable.

—Pienso de igual manera, repuso el señor Bredejord; pero no he dicho nada, hijo mío, porque no quería quitarte toda esperanza. Convengo, sin embargo, en que debe renunciarse a franquear en tres meses la distancia que nos separa del estrecho de Bering.

—Ése es también mi parecer, dijo el doctor.

El señor Malarius indicó con un ademán que participaba en la misma opinión.

—Pues bien, repuso Erik; sentado esto, ¿qué línea de conducta debemos adoptar? —No hay más que una razonable y conforme con el deber, contestó Bredejord, y es renunciar a una empresa que consideramos irrealizable, y regresar a Estocolmo. Tú lo has comprendido así, hijo mío, y te felicito en nombre de todos por tu prudencia.

—He aquí un cumplido que no podría aceptar, dijo Erik, sonriendo; no, yo no pienso de ningún modo en renunciar a la empresa, y estoy lejos de juzgarla irrealizable... Sólo creo que para llevarla a buen fin es necesario burlar las maquinaciones del bribón que nos acecha, y con este objeto, la

primera medida que debe adoptarse consiste en cambiar completamente nuestro itinerario.

—Semejante cambio, replicó el doctor, sólo aumentará las dificultades, puesto que hemos buscado el camino más directo. Si nos costaría mucho llegar en tres meses al estrecho de Bering por el Mediterráneo y el canal de Suez, sería del todo imposible por el cabo de Buena Esperanza o el cabo de Hornos; por cualquiera de estas dos vías necesitaríamos de cinco a seis meses.

—Hay otra, repuso Erik, que abreviaría el viaje en vez de prolongarlo, y por la cual estaríamos seguros de no encontrar a Tudor Brown.

—¡Otro camino!, exclamó el doctor. A fe mía que no lo conozco, a menos que te refieras a la vía de Panamá...; pero ésta no es practicable aún para los buques, ni lo será hasta dentro de muchos años.

—No pienso en la vía de Panamá, ni en el cabo de Hornos, ni en el de Buena Esperanza, replicó el joven; la ruta de que hablo, única por la cual podríamos llegar en tres meses al estrecho de Bering, es el Océano Glacial, el paso del Noroeste.

Al pronunciar estas palabras, y como viese que sus oyentes enmudecían de asombro ante aquella conclusión, Erik desarrolló su pensamiento.

—El paso del Noroeste, añadió, no es ya hoy, como era en otro tiempo, el espanto de los navegantes; es una vía intermitente, puesto que apenas está abierta cada año unas ocho o diez semanas; pero ya se conoce perfectamente, se ha trazado muy bien en las mejores cartas marinas, y la frecuentan, además, centenares de barcos balleneros. Ya sé que es raro tomar esa vía para ir desde el Atlántico al Pacífico; no se me oculta que sólo la recorren parcialmente los que la abordan por uno u otro lado; y hasta podría suceder, si las circunstancias no nos favorecen, que la encontrásemos cerrada; pero aquí sólo se busca una probabilidad... Yo pienso que hay muchos motivos para esperar un buen resultado por esa vía, mientras que no se hallaría ninguno por cualquiera de las otras; y siendo así, nuestro deber, la misión que nos han confiado nuestros patrocinadores, y la que nos hemos impuesto nosotros mismos nos obliga a adoptar el único medio que nos queda para llegar a tiempo al estrecho de Bering. Un buque común, equipado para la navegación de los mares tropicales, podría vacilar ante la empresa; pero el *Alaska*, construido

expresamente para la navegación circumpolar, no debe arredrarse. En cuanto a mí, declaro formalmente que, si vuelvo a Estocolmo sin haber encontrado a Nordenskjold, por lo menos no regresaré sin intentarlo todo para reunirme con él.

El razonamiento de Erik era tan convincente y vigoroso que nadie trató de refutarle. ¿Qué objeción hubiera podido hacer contra él el doctor, Bredejord y el señor Malarius? Veían muy bien las dificultades del nuevo plan, pero al menos no eran insuperables, mientras que nada se podía esperar de cualquier otro proyecto. Por eso no vacilaron en convenir que, en todo caso, sería más glorioso intentar la aventura que no volver a Estocolmo con la cabeza baja.

—Por otra parte, sólo veo una dificultad, dijo el doctor después de reflexionar breves momentos, y es que no sé cómo podremos obtener carbón en las regiones árticas; sin combustible no hay medio de franquear a tiempo el paso del Noroeste, aprovechando la época en que es practicable.

—Ya he previsto la dificultad, que, en efecto, es la única, replicó Erik, y no la creo insuperable. En vez de dirigirnos a Gibraltar y a Malta, donde nos esperan sin duda nuevas asechanzas de Tudor Brown, iremos directamente a Londres. Desde allí enviaré a una casa de Montreal, por el cable trasatlántico, orden de expedir en seguida un barco de carbón que deberá esperarnos en el estrecho de Davis, y al mismo tiempo se avisará también a una casa de San Francisco para que envíe otro al estrecho de Bering. Disponemos holgadamente de los fondos necesarios para ello, pues la cantidad de hulla indispensable será en todo caso inferior a la que hubiéramos necesitado por la vía de Asia, toda vez que el trayecto es mucho más corto. Es inútil llegar al mar de Baffin antes de fines de mayo, y de ningún modo podemos abrigar la esperanza de hallarnos en el estrecho de Bering antes de fines de junio. Nuestros corresponsales de Montreal y de San Francisco tendrán, por lo tanto, tiempo sobrado para despachar estos pedidos, cuyo pago se garantizará con fondos depositados en la caja de un banquero de Londres. De este modo, la cuestión se reduciría a encontrar practicable el paso Noroeste... Esto no depende de nosotros; pero si lo hallamos cerrado, al menos nos quedará el consuelo de no haber omitido nada de lo que podía conducir al éxito.

—¡Es evidente!, exclamó el señor Malarius. Hijo mío, nada se puede objetar a tus argumentos.

—¡Poco a poco!, dijo Bredejord. No nos precipitemos. A mí se me ocurre otra objeción. ¿Crees tú, querido Erik, que el *Alaska* podrá pasar inadvertido en las aguas del Támesis? Bien comprendes que no. Los diarios hablarán de su llegada; será señalado por las agencias telegráficas; Tudor Brown tendrá conocimiento del hecho, y, naturalmente, deducirá que hemos modificado nuestros planes. En este caso, ¿quién le impide cambiar los suyos? ¿Crees tú que le será difícil, por ejemplo, impedir la llegada de los barcos de carbón, sin los cuales nada se puede hacer?

—Es verdad, contestó Erik, y esto prueba hasta qué punto hay que pensar en todo. ¡Pues bien, no iremos a Londres! Se hará escala en Lisboa, como si estuviéramos siempre en camino de Gibraltar y de Suez; una vez en este puerto, uno de nosotros marchará de incógnito a Madrid; y sin dar explicaciones se pondrá en comunicación telegráfica con Montreal y San Francisco para que se envíen los barcos de carbón. No se sabrá a quién se destinan, y permanecerán en los puntos designados a disposición del capitán que les dé la seña conocida.

—¡Muy bien! Así será casi imposible que Tudor Brown descubra nuestras huellas.

—Querrán ustedes decir las mías, repuso Erik, pues supongo que no es su idea aventurarse conmigo en los mares árticos.

—¡A fe mía que sí!, exclamó el doctor. Quiero tener la conciencia tranquila, y nunca se dirá que ese infame Tudor Brown me ha hecho retroceder.

—¡Ni a mí tampoco!, contestaron a la vez Bredejord y Malarius.

El joven comandante quiso combatir aquella resolución; explicar a sus amigos el riesgo y la monotonía del viaje que iban a emprender; pero nada pudo contra su decisión. Los tres dijeron que los peligros de que todos habían escapado les imponían ahora como un deber de honor llegar hasta el fin, y que no separándose unos de otros, el viaje sería más aceptable. Además de esto, ya se habían adoptado a bordo del *Alaska* las precauciones necesarias para no sentir mucho el frío, y en todo caso, los suecos y noruegos no debían temerle.

En resumen, Erik hubo de ceder, y quedó convenido que la modificación

del itinerario no cambiaría en nada el personal del buque.

Pasaremos por alto los incidentes de la primera parte del viaje desde la salida de Brest. El *Alaska* llegó a Lisboa el 2 de abril, y antes de que los diarios portugueses tuvieran tiempo de anunciar su presencia, el abogado Bredejord marchó a Madrid, donde por mediación de una casa de banca, y sirviéndose del cable transatlántico francés, se puso en comunicación con otras dos muy importantes de Montreal y San Francisco. Estas casas debían enviar los barcos de carbón a los puntos designados, y entregar su cargamento al que les diese la seña convenida, por la cual Erik se daría a conocer. Habíase acordado que esta seña fuese la divisa hallada en el joven cuando flotaba sobre el salvavidas del *Cynthia*, es decir, *Semper ídem*. Estas transacciones terminaron el 9 de abril; el señor Bredejord volvió a Lisboa, y el *Alaska* pudo proseguir su viaje.

El 25 del mismo mes, después de una feliz travesía del Atlántico, llegaba a Montreal, y abastecía de carbón, asegurándose de que las órdenes se habían ejecutado puntualmente. El 29 abandonaba las aguas del San Lorenzo para franquear el día siguiente el estrecho de Belle-Isle, que separa a Labrador de Terranova, y el 10 de mayo encontraba en Godhaven, en la costa de Groenlandia, el barco de carbón que le había precedido.

Erik sabía muy bien que por el momento no podía pensarse en franquear el círculo ártico, ni penetrar tampoco en las sinuosidades del paso del Noroeste, cerrado aún por los hielos en la mayor parte de su longitud; pero confiaba, y con razón, obtener en aquellos parajes, tan frecuentados por los balleneros, informes tan precisos como los de las mejores cartas marinas. También pudo comprar, aunque a muy subido precio, una docena de perros, que con Klaas debían constituir, en caso necesario, el tiro de los trineos.

Igual que todas las estaciones danesas de la costa de Groenlandia, Godhaven no es más que un pueblecillo, utilizado principalmente como depósito de aceite o de pieles del país.

En aquella época del año el frío es apenas más riguroso que en Estocolmo o en Noroé; pero Erik y sus amigos reconocieron con sorpresa hasta qué punto pueden ser diferentes dos países situados a la misma distancia del polo. Godhaven se halla a la misma latitud de Bergen, y, sin embargo, mientras que en la Noruega Meridional se ven durante el mes de abril los

bosques verdes, los árboles con fruto, y hasta la vid cultivada en espalderas o sobre capas de abono, Groenlandia está todavía en mayo oculta bajo los hielos y las nieves, sin que un solo árbol rompa la monotonía de la región. La forma del litoral noruego, recortado por los fiordos y preservado por el cordón de islas, contribuye, casi tanto como las aguas tibias del *Gulf-Stream* a elevar la temperatura general del país; en Groenlandia, por el contrario, las costas bajas y regulares reciben inmediatamente las brisas del polo, y por eso están cubiertas hasta el centro de la isla por una capa de hielo de varios pies de espesor.

El *Alaska* permaneció quince días en aquella estación; después remontó el estrecho de Davis, siguiendo la costa groenlandesa, y franqueó el círculo polar.

El 28 de mayo encontró por primera vez hielos flotantes a los 70° 15' de latitud Norte, con una temperatura de dos grados bajo cero; estos primeros hielos, a decir verdad, hallábanse en masas casi deshechas, o derivaban en fragmentos aislados; pero muy pronto comenzaron a ser más densos, y con frecuencia fue necesario abrirse paso a fuerza de espolón. Por el momento, ni había aún ningún peligro grave, ni se oponían grandes dificultades a la marcha del buque; pero por mil indicios reconocíase que se estaba en un mundo nuevo. Todos los objetos algo lejanos, parecían sin color, y, por decirlo así, sin cuerpo; no se sabía dónde posar la vista, en la perpetua movilidad de los horizontes, cuyo aspecto cambiaba a cada instante por la acción disolvente de las olas o el sol, en las moles flotantes, y por la noche, sobre todo, a los rayos del foco eléctrico, colocado en la punta del palo mayor del *Alaska*, el mar o bahía de Baffin, donde los expedicionarios acababan de penetrar, presentaba aspectos verdaderamente fantásticos.

«¿Quién podría, ha escrito un testigo ocular, reproducir esas imágenes melancólicas, el rumor de las olas bajo los hielos errantes, el ruido singular de los que se hunden de pronto y desaparecen en el agua súbitamente? ¿Quién podrá darse una idea de las espléndidas cascadas que brotan por todas partes, y cuya caída produce torrentes de espuma? ¿Cómo pintar el cómico espanto de las aves marinas, que cuando comienzan a dormirse sobre una balsa de hielo pierden de pronto su punto de apoyo y se remontan asustadas para ir a posarse en otra base más segura?... Y llegada la mañana, ¡qué extraña fantasmagoría cuando el sol, con su brillante aureola, atraviesa súbitamente la bruma, dejando ver primero un

pequeño espacio de cielo azul que va ensanchándose poco a poco y parece perseguir a las nubes vaporosas hasta los últimos confines del horizonte!».

Erik y sus amigos pudieron contemplar cómodamente estos espectáculos y los que ofrecen los mares glaciales, al abandonar la costa de Groenlandia, que habían recorrido hasta la altura de Upernivik para marchar en seguida hacia el Oeste y atravesar el mar de Baffin en toda su anchura. Las dificultades fueron aquí mayores, porque éste es el principal camino de los hielos polares, arrastrados por las innumerables corrientes que en él desembocan. El *Alaska* debía abrirse paso casi continuamente a través de inmensos campos de hielo, y con frecuencia encontraba ante sí barreras insuperables, que era preciso contornear, o bien se producían tempestades de nieve, que cubrían de una espesa capa el puente y los mástiles del buque. Sitiado por una acumulación de hielos que el viento impelía de pronto, hallábase a veces expuesto a quedar sepultado bajo su masa, o introducirse de pronto en un *waeke*, especie de lago circuido por un banco de hielo y cerrado por un callejón sin salida. Al escapar de aquí para pasar al mar libre se debía extremar las precauciones, a fin de no ser atrapado de flanco por alguna monstruosa mole de hielo de esas que llegan del Norte con vertiginosa rapidez, y cuya espantosa masa es suficiente para aplastar un buque cual si fuese una nuez. Pero había otro peligro mucho más grave, y eran los hielos submarinos que la quilla tocaba, haciéndolos oscilar, verdaderas paradojas hidrostáticas que sólo necesitan un contacto para elevarse con una violencia a menudo terrible, rompiéndolo todo con la fuerza de un ariete. El *Alaska* perdió así sus dos chalupas, y vióse obligado en algunas ocasiones a izar su hélice a bordo a fin de levantar un poco «las alas». Es preciso haber pasado por las pruebas y peligros que a cada momento dificultan la navegación en los mares árticos para formarse una idea, aunque sea aproximada, de lo que son. A los quince días de semejante trabajo, la tripulación más intrépida queda extenuada y necesita descansar.

Pero estas pruebas y peligros tenían, cuando menos, una compensación por la rapidez con que se recorrían los grados de longitud; hubo días en que se contaron diez o doce, y otros en que no se pasó de uno, o menos aún; pero el 11 de junio los tripulantes del *Alaska* volvieron a ver tierra y se ancló a la entrada del estrecho de Lancaster.

Erik había creído que sería forzoso aguardar algunos días para penetrar

en aquel largo pasadizo; pero con gran sorpresa suya y no poca alegría, hallólo libre, por lo menos en su entrada, y penetró resueltamente. Al otro día, sin embargo, vióse bloqueado por los hielos, entre los cuales fue preciso permanecer tres días, y sólo gracias a las violentas corrientes que barren aquel canal ártico consiguió quedar libre para proseguir su marcha: ya se lo habían anunciado así los pescadores de ballenas de Godhaven.

El 17 llegaba al estrecho de Barrow el cual franqueó a todo vapor; pero el 19, en el momento de desembocar en el estrecho de Melville, a la altura del cabo Walk, el buque quedó otra vez aprisionado entre los hielos.

Erik se armó de paciencia, esperando el deshielo; pero los días pasaban y no se producía.

En honor a la verdad, hay que decir que no les faltaban distracciones a los viajeros. Detenidos cerca de la costa, y provistos de todo cuanto podía hacer menos precaria su situación, organizaron excursiones en trineo, dieron caza a las focas, y entretuviéronse en ver cómo retozaban las ballenas, lo cual no dejaba de ser un pasatiempo. El solsticio de verano se aproximaba; desde el 15, los tripulantes del *Alaska* pudieron disfrutar del admirable espectáculo que ofrece el sol de medianoche cuando rasa el horizonte sin abandonarle, para remontarse de nuevo a los cielos. Desde una altura sin nombre, que se halla en esos parajes desolados, podíase ver el astro del día describir en veinticuatro horas un círculo completo en el espacio; y por la noche, mientras los viajeros estaban bañados en su luz, veíanse a lo lejos las regiones del Sur sumidas en la oscuridad más profunda. Aquella luz, sin embargo, es pálida, melancólica; las formas pierden su corporeidad, la sombra de los objetos es más tenue, y toda la naturaleza reviste el aspecto de una visión. ¡Esto sólo basta para comprender que se está en un mundo extraño y en las cercanías del polo!...

Sin embargo, el frío no era intenso; la temperatura no bajaba a más de cuatro o cinco grados centígrados, y a veces el aire era tan suave que apenas podían creer los viajeros que se hallaran verdaderamente en el corazón de la zona ártica.

Pero todas estas curiosidades no bastaban para llenar el alma de Erik ni hacerle perder de vista su principal objeto; no había ido allí para herborizar, como el señor Malarius, que volvía diariamente más satisfecho de sus exploraciones y de las Plantas desconocidas con que aumentaba

su colección, ni tampoco para saborear, con el doctor y su amigo Bredejord, los espectáculos que les ofrecía la naturaleza circumpolar. Tratábase de encontrar a Nordenskjold y a Patricio O'Donoghán, y de cumplir con un deber sagrado, descubriendo tal vez el secreto de su propia existencia. He aquí por qué procuraba sin descanso romper el círculo de hierro que le aprisionaba; excursiones en trineo, reconocimientos por tierra y en chalupa de vapor, todo lo probó durante diez días para encontrar un paso; pero se fatigó inútilmente; tanto al Oeste como al Norte y al Este, el banco de hielo se mantenía cerrado.

¡Era ya el 26 de junio y aún se estaba lejos del mar de Siberia! ¿Sería forzoso declararse vencido? Erik no quería renunciar por ningún concepto. Varias pruebas con la sonda le habían revelado la existencia bajo los hielos de una corriente que se dirigía hacia el estrecho de Franklin, es decir, hacia el Sur; esto le hizo pensar que un supremo esfuerzo bastaría tal vez para provocar el deshielo, y resolvió intentarlo.

En una longitud de siete millas marinas mandó practicar una serie de perforaciones, separadas por espacios de doscientos o trescientos metros, y en cada una de ellas introdujo un kilogramo de dinamita; estos barrenos se pusieron en contacto por medio de alambre de cobre con vaina aisladora de caucho; y el 30 de junio, a las ocho de la mañana, el mismo Erik, subiendo al puente *Alaska*, provocó la explosión oprimiendo el botón de un aparato eléctrico.

En el mismo instante prodújose una formidable explosión que atronó el espacio; cien volcanes de hielo lanzaron a la vez por los aires enormes fragmentos; el banco retembló, agitándose como por efecto de un terremoto submarino, y numerosas aves acuáticas, asustadas por aquel estrépito, remontáronse, dando vueltas y roncós gritos.

Cuando se restableció el silencio, un largo reguero negruzco, cortado en todos sentidos por grietas profundas, surcaba el campo de hielo en una distancia que se perdía de vista. Levantado por la explosión de los gases, desgarrado por la fuerza irresistible de la dinamita, el banco se había roto. Siguió un momento de espera y vacilación por decirlo así, y después comenzó el deshielo, como si sólo hubiese esperado aquella señal. Rechinando por todas partes, agrietado y dividido, el banco se disgregó, cediendo a la acción de la corriente, que lo corroía en su base, y muy pronto comenzó a derivar.

Acá y allá veíanse alguna isleta o un pequeño campo de hielo, como para protestar contra semejante violencia; pero desde el día siguiente el paso quedó libre y el *Alaska* pudo encender sus fuegos. Erik y la dinamita habían conseguido en pocas horas lo que el pálido sol ártico no hubiera hecho quizás hasta un mes más tarde.

El 2 de julio la expedición llegaba al estrecho de Banks; el 4 penetraba en el Océano Glacial propiamente dicho, y desde aquel instante tenía el camino abierto a pesar de las montañas de hielo, de las brumas y de las nieves. El 12, el *Alaska* dobló el cabo Frozen; el 13, el cabo Lisburne; el 14, a las diez de la mañana, entró en el golfo de Kotzebue, al Norte del estrecho de Bering, y halló allí, según lo convenido, el barco de carbón, procedente de San Francisco.

Así pues, habíase efectuado en tres meses y diecinueve días la etapa convenida en el programa que se trazó en el golfo de Vizcaya.

Apenas hubo anclado el *Alaska*, Erik, saltando a la ballenera, acercóse al barco de carbón y gritó:

—¡Semper ídem!

—Lisboa, contestó el que fungía de capitán.

—¿Hace mucho tiempo que espera usted?, preguntó Erik.

—Cinco semanas; hemos salido de San Francisco un mes después de recibir la orden.

—¿No se tienen aún noticias de Nordenskjöld?

—Las que corrían por San Francisco no eran seguras; pero desde que estoy aquí he hablado con algunos pescadores, los cuales han oído decir a los naturales de Serdze-Kamen que hace nueve o diez meses se ha visto un buque europeo detenido en los hielos al Oeste del cabo, y que se cree sea el *Vega*.

—¿De veras?, exclamó Erik con una alegría fácil de comprender. ¿Y cree usted que esté allí todavía y que no haya franqueado el estrecho?

—Puedo asegurarlo. Desde hace cinco semanas no ha pasado por aquí ningún buque del que yo no haya hablado con su capitán.

—¡Dios sea loado!, exclamó Erik. Al menos, nuestras fatigas no quedarán sin recompensa si encontramos a Nordenskjold.

—No serán ustedes los primeros, dijo el capitán del barco con irónica sonrisa; antes que ustedes, hace tres días, ha pasado por aquí un yate americano, y su capitán ha pedido también informes sobre Nordenskjold.

—¡Un yate americano!, repitió Erik, mudo de asombro.

—Sí, el *Albatros*, capitán Tudor Brown, procedente de Vancouver; le he dicho lo que sabía y ha puesto inmediatamente rumbo hacia Serdze-Kamen.

16. De Serdze-Kamen a Liakow

Tudor Brown conocía, pues, el nuevo itinerario seguido por el *Alaska*, y había podido llegar antes que él al estrecho de Bering. ¿Cómo y por qué camino? Esto parecía casi sobrenatural, y, sin embargo, no podía dudarse.

Aunque la noticia produjera en Erik dolorosa impresión, no dio a conocer nada; pero se dio prisa en trasbordar el combustible, y una vez terminada la operación, enderezó el rumbo hacia el mar de Siberia.

Serdze-Kamen es un largo promontorio asiático situado a unas cien millas al Oeste del estrecho de Bering, y que los barcos balleneros del Pacífico visitan todos los años. Erik llegó en veinticuatro horas de navegación, y muy pronto pudo reconocer, en el fondo de la bahía de Koljutchin, detrás de una acumulación de hielos, la graciosa arboladura del *Vega*, detenido allí hacía más de nueve meses.

La barrera que tenía cautivo a Nordenskjold no medía más que diez kilómetros de anchura, y después de contornearla, el *Alaska* volvió hacia el Este para anclar en una pequeña bahía libre, por estar preservada de los vientos del Norte. Erik desembarcó después con sus tres amigos y dirigióse por tierra al campamento que los tripulantes del *Vega* habían levantado en la costa siberiana para pasar aquel largo invierno; una columna de humo señalaba su posición.

Esta costa de la bahía de Koljutchin está formada por una llanura baja, con ligeras ondulaciones y surcada por vallecitos de erosión; allí no hay bosque; sólo se ven algunos sauces enanos, varios licopodios y matas de artemisa, entre la cual el señor Malarius reconoció especies muy comunes en Noruega, particularmente la llamada diente de león.

Lo primero que se veía en el campamento de Nordenskjold era un considerable depósito de víveres, establecido para el caso de que la presión de los hielos llegara a destruir el buque, como sucede a menudo durante el invierno en esos temibles parajes. Detalle conmovedor: los Pobres habitantes de la costa, siempre hambrientos, y para los cuales

representaba una riqueza incalculable aquel depósito de víveres habíanle respetado, aunque apenas se vigilaba. Las chozas de pieles de los chukchis habíanse agrupado poco a poco alrededor del campamento; y allí estaba la construcción más sólida, la *Tintínjaranga*, o casa de hielo, dispuesta especialmente para observatorio magnético, y donde se hallaban instalados todos los aparatos necesarios; habíase construido con magníficos paralelepípedos delicadamente teñidos de azul y enlazados con nieve a guisa de cemento; el techo era de tablas cubiertas de lona.

Los viajeros del *Alaska* fueron cordialmente recibidos por un joven astrónomo, que estaba allí de guardia con un marinero, y que se brindó cortésmente a conducirlos al *Vega* por el sendero trazado en el hielo para poner el buque en comunicación con la tierra firme. A los lados se había tendido una cuerda atada a estacas con objeto de que sirviese de guía en las noches oscuras. Durante el trayecto, el sabio relató las aventuras de la expedición desde que no se tenía noticia de ella.

Al salir de la desembocadura del Lena, Nordenskjold se había dirigido hacia las islas de la Nueva Siberia, las cuales deseaba explorar; pero viendo que era imposible abordarlas a causa de los hielos que las circundan y de la poca profundidad del mar en una zona de varias millas, resignóse muy pronto a continuar su navegación hacia el Este. El *Vega* no tropezó con grandes dificultades hasta el 10 de septiembre; pero entonces las nieblas continuas y las heladas nocturnas comenzaron a obstaculizar su marcha, pues la profunda oscuridad de las noches obligábale a detenerse a menudo. Hasta el 27 de septiembre no llegó el *Vega* a las proximidades del cabo de Serdze-Kamen, donde ancló en un banco de hielo, a fin de franquear al día siguiente las pocas millas que faltaban para llegar al estrecho de Bering, es decir, a las aguas libres del Pacífico; pero el viento Norte acumuló durante la noche alrededor del buque moles de hielo que se espesaron en los días siguientes; de modo que el *Vega* se vio condenado a invernar en el momento mismo de alcanzar su meta.

—La decepción ha sido grande para nosotros, como podrán ustedes comprender, dijo el joven astrónomo; pero muy pronto hemos tomado nuestro partido, arreglándonos del mejor modo para que este retraso redundase en beneficio de la ciencia. Ahora estamos en relaciones con los Chukchis de la región, que ningún viajero había estudiado de cerca hasta hoy; se ha podido formar un vocabulario de su lengua y reunir una colección de sus utensilios, armas y útiles. Los naturalistas del *Vega* han

agregado gran número de nuevas especies a la fauna y la flora de las regiones árticas; y, por último, se ha conseguido el principal objeto de la expedición, puesto que hemos doblado el cabo Cheliuskin, siendo los primeros en franquear la distancia que separa la desembocadura del Yenisei de la del Lena: el paso del Nordeste se ha recorrido y reconocido. Hubiera sido más agradable para nosotros conseguirlo en dos meses, para lo cual sólo nos faltaron algunas horas; pero, de todos modos, con tal que nos veamos pronto libres, como cabe esperar por numerosos indicios, nadie podrá quejarse, y nos será dado volver con la seguridad de haber llevado a cabo una obra útil.

Aunque escuchando a su guía con profundo interés, los viajeros habían recorrido largo trecho, y hallábanse ya lo bastante próximos al *Vega* para distinguir su proa, cubierta de un enorme lienzo tendido hasta el puente, y que sólo dejaba descubierta la toldilla; sus flancos estaban protegidos por altas masas de hielo, y su chimenea se había acolchado cuidadosamente para evitar los efectos de las heladas.

Las proximidades del buque ofrecían un aspecto extraño: el *Vega* no estaba, como hubiera podido esperarse, aprisionado en un lecho uniforme, sino en cierto modo suspendido en medio de un verdadero laberinto de lagos, islas y canales, entre los que había sido forzoso echar puentes de madera.

—La explicación es muy sencilla, dijo el joven sabio, contestando a una de las preguntas de Erik; alrededor de los buques que pasan algunos meses en medio de una masa de hielo formase una capa de restos de toda especie, en los que la ceniza del carbón quemado constituye el principal elemento. Como esos restos son más oscuros que la nieve y absorben más calor, resulta que aceleran el deshielo o lo impiden como aisladores, según que se hallen en masas más o menos densas o considerables. He aquí por qué la zona inmediata al buque adquiere muy pronto el aspecto que usted ve cuando comienza a aproximarse el deshielo, convirtiéndose en un verdadero caos de agujeros en forma de embudos, depresiones grandes o pequeñas y plataformas recortadas.

Los tripulantes del *Vega* con su traje ártico, y dos o tres oficiales agrupados en la toldilla, fijaban su mirada con curiosidad en aquellos visitantes europeos que acompañaban al astrónomo, y no fue poca su alegría al oírles hablar en sueco cuando saludaron, y al reconocer entre ellos la fisonomía tan popular del doctor Schwaryencrona.

No se hallaban a bordo ni Nordenskjöld ni el fiel compañero de sus viajes árticos, el capitán Palander; habían emprendido una excursión geológica por el interior de la costa, y estarían ausentes cinco o seis días. Ésta fue la primera decepción que sufrieron los viajeros, que al encontrar al *Vega* esperaban, naturalmente, presentar sus respetos al célebre explorador y felicitarle; pero no debía ser la única.

Cuando hubieron hablado un rato con los oficiales, supieron que el *Vega* había recibido tres días antes la visita de un yate americano, o por lo menos de su propietario, el señor Tudor Brown, quien les llevaba noticias del mundo exterior, las cuales interesaban mucho, como era natural, a los internados de la bahía de Koljutchin. Habíales hablado de los acontecimientos en Europa desde su partida, de la inquietud de Suecia y de todas las naciones sobre la suerte del *Vega* y del envío del *Alaska* en su busca.

—¡Pero ustedes deben conocerle!, exclamó un joven médico agregado a la expedición. Pues nos ha dicho que se había embarcado primeramente en el *Alaska* y que se separó de ustedes en Brest porque dudaba que pudieran llevar su empresa a buen fin...

—En efecto, tenía excelentes razones para dudarlo, replicó fríamente Erik, sin poder reprimir un estremecimiento.

—Hallándose su yate en Valparaíso, añadió el joven médico, envíele por telégrafo orden de ir a esperarle a Victoria, en la costa de la isla de Vancouver, y después marchó él solo por la línea de Liverpool a Nueva York, para tomar el ferrocarril del Pacífico. Esto explica que haya llegado antes que usted.

—¿Ha dicho a qué venía?, preguntó el señor Bredejord.

—A traernos auxilio, según aseguró, y además a informarse de un personaje bastante extraño, de quien yo hablé incidentalmente en una relación, y por el que se interesa mucho al parecer ese caballero.

Los cuatro visitantes se miraron entre sí.

—¿Patricio O'Donoghán?... ¿No es así como se llama ese hombre?, preguntó Erik.

—¡Precisamente! O por lo menos es el nombre que lleva tatuado, aunque asegura que no es el suyo, sino el de un amigo. Dice llamarse Jones Bowles...

—¿Me será lícito preguntar si ese hombre está aquí?

—Hace ya diez meses que nos abandonó. Al pronto creímos que podría sernos útil para entendernos con los naturales de la costa por su aparente conocimiento de la lengua samoyeda; pero pronto echamos de ver que éste era muy superficial, y que nuestro hombre sólo sabía algunas palabras. Por otra parte, desde Chabarovsk hasta aquí no ha sido necesario ponernos en relación con los habitantes del país que costeábamos, y, por lo tanto, sobraba el intérprete. Además de esto, Patricio O'Donoghán era perezoso, borracho y díscolo; su presencia a bordo nos perjudicaba, así es que habiendo solicitado él mismo que le desembarcásemos con algunos víveres en la isla de Liakow cuando seguíamos su costa meridional, accedimos a su demanda con la mayor satisfacción.

—¡Cómo! ¿Es allí donde ha desembarcado? ¿Pues no está deshabitada esa isla?, preguntó Erik.

—Si; pero a nuestro hombre le ha seducido la circunstancia de que contiene considerable número de osamentas de mamut, y por consiguiente marfil fósil. Su proyecto era establecerse allí, consagrar los meses de verano a reunir la mayor cantidad posible de esa materia, y cuando el invierno helase el brazo de mar que separa la isla del continente, transportar en trineo esas riquezas a la costa siberiana, a fin de venderlas a los traficantes rusos que llegan hasta allí para buscar los productos del país.

—¿Y ha dado usted esos detalles al señor Tudor Brown?, preguntó Erik.

—¡Seguramente! ¡Harto ha corrido el hombre para obtenerlos!, replicó el joven médico, sin sospechar el gran interés que tenían para el joven comandante del Alaska aquellas preguntas.

Hablóse después de la facilidad relativa con que se había realizado el viaje de Nordenskjöld, sin encontrar en ninguna parte graves obstáculos, y se discutió sobre las consecuencias que el descubrimiento de la nueva ruta

podría tener para el comercio del mundo.

—Ya comprendemos que este camino se recorrerá con poca frecuencia, dijeron a Erik los oficiales del *Vega*; pero nuestro viaje hará que las naciones marítimas del Atlántico y del Pacífico se acostumbren a considerar posibles las relaciones directas por mar con Siberia, y en ninguna parte tendrían estas relaciones, contrariamente a la opinión vulgar, un campo tan vasto y tan rico para su actividad.

—¿No es singular, observó el señor Bredejord, que durante tres siglos haya fracasado siempre esta tentativa, mientras que hoy se ha conseguido el fin casi sin dificultades?

—La singularidad no es más que aparente, contestó uno de los oficiales; nos hemos aprovechado en el Norte de Asia, como ustedes acaban de hacerlo en el Norte del continente americano, de la experiencia adquirida por nuestros predecesores, a menudo a costa de sus vidas; hemos aprovechado también la práctica de nuestro jefe, que se había preparado para este esfuerzo supremo durante veinte años con más de ocho expediciones árticas. Nordenskjold reunió en ese tiempo pacientemente todos los elementos del problema, y en cierto modo se aseguró la solución. Además, nosotros teníamos lo que les faltaba a nuestros predecesores; un buque de vapor construido expresamente para semejante viaje. Gracias a esto, nos ha sido dado franquear en dos meses distancias que con barco de vela hubieran exigido cerca de dos años; hemos podido escoger y seguir nuestra ruta; aprovecharnos de la celeridad de los vientos o de las corrientes, y aún así no nos fue posible evitar la invernada. ¡Cuál no sería la dificultad para los marineros de otro tiempo, obligados a esperar una brisa favorable y a errar a la ventura, perdiendo a menudo los más hermosos días del verano! ¿No hemos hallado nosotros mismos más de veinte veces el mar libre en los puntos donde las cartas marinas indicaban, no sólo la existencia de hielos eternos, sino también de continentes o islas?... En tales casos podíamos practicar un reconocimiento o retroceder, mientras que los navegantes de otra época debían limitarse a las conjeturas.

Así hablando y discutiendo, llegó la tarde; Erik y sus amigos, después de aceptar el almuerzo en el *Vega*, invitaron a cenar en el Alasita a los oficiales que no estaban de servicio. Allí se comunicaron unos a otros los datos que poseían; Erik tuvo buen cuidado de informarse exactamente del itinerario seguido por el *Vega* y de las precauciones que debían adoptarse

para utilizarlo; se brindó por el buen éxito de todos, hicieron los más ardientes votos por el pronto regreso al país, y se terminó con una cariñosa despedida.

Al día siguiente a primera hora, el *Alaska* haría rumbo hacia la isla Liakow; el *Vega* esperaba el deshielo para dirigirse al Pacífico.

Erik había cumplido, pues, la primera parte de su misión, encontrando a Nordenskjöld; faltábale la segunda, buscar a Patricio O'Donoghue y ver si era posible arrancarle su secreto, muy temible sin duda, según el parecer de todos, puesto que Tudor Brown mostraba tan tenaz empeño en darle alcance al que lo poseía.

¿Se podía arribar antes que él a la isla de Liakow? Era poco probable, pues llevaba tres días de ventaja; pero esto no importaba: se intentaría conseguirlo. El *Albatros* podía extraviarse, encontrar obstáculos inesperados y dejarse adelantar. Mientras hubiese una probabilidad de éxito se debía probar fortuna.

La suavidad de la temperatura era tranquilizadora; la atmósfera se conservaba tibia y húmeda, y algunas ligeras brumas en el horizonte indicaban por todas partes el mar libre, fuera de la faja de hielos que flanqueaba todavía la costa siberiana, donde el *Vega* estaba prisionero. El verano comenzaba, y de consiguiente se podía contar muy bien con diez semanas de tiempo favorable. La experiencia adquirida en los hielos americanos valía mucho, y la nueva empresa se podía considerar relativamente fácil. Por último, el paso del Nordeste era con seguridad la vía más directa para regresar a Suecia, y al vivísimo interés que impelía a Erik a seguirlo agregábase otro de gran valor científico, que consistía en franquear en sentido inverso el trayecto recorrido por Nordenskjöld. Si se conseguía esto, lo cual era muy posible, se tendría la prueba y la aplicación práctica del principio sentado por el famoso explorador.

La brisa quiso favorecer al *Alaska*: durante diez días sopló casi continuamente del Sudeste y permitió avanzar de nueve a diez nudos, por término medio, sin carbón. Ésta era una ventaja preciosa, sin contar que la dirección de los vientos rechazaba hacia el Norte los hielos flotantes, facilitando mucho la navegación. Apenas encontraron durante diez días algunos témpanos aislados o en desintegración, residuos de los bancos invernales. Es cierto que el undécimo día estalló una tempestad de nieve, seguida de brumas bastante intensas que retardaron sensiblemente la

marcha del buque; pero el 29 de julio el sol reapareció en todo su brillo, y en la mañana del 2 de agosto divisóse la punta oriental de la isla de Liakow. Erik dio al punto orden de bordearla, a fin de reconocer si el *Albatros* estaba oculto en alguna caleta, y también para poner al *Alaska* al cubierto de la isla. Hecho esto, ancló en un fondo de arena, a tres millas de la costa meridional, y después se embarcó en la ballenera con sus tres amigos y varios tripulantes. Media hora más tarde hallábase en una ensenada muy profunda.

No sin razón había elegido Erik la costa meridional, pues pensaba que Patricio O'Donoghon, bien se propusiera verdaderamente dedicarse al comercio de marfil con Siberia, o ya tuviese por objeto abandonar la isla a la primera ocasión, debía haber elegido para establecerse un punto desde donde pudiera vigilar el mar. Hasta era casi seguro que este punto sería una altura lo más próxima posible a la costa siberiana; y, por último, la necesidad de preservarse de los vientos del polo parecía un motivo fundado para elegir la parte meridional. Erik no pretendía haber acertado con exactitud, pero juzgó que en todo caso no habría inconveniente en tomar tales suposiciones por base de una exploración sistemática.

El resultado debía justificar plenamente sus cálculos. No haría una hora que los viajeros recorrían la playa, cuando divisaron por una serie de colinas, algo que no podía menos de ser una vivienda; y con gran sorpresa suya reconocieron una cabaña muy bien construida, de forma cúbica y como enjalbegada; sólo le faltaban unas persianas verdes para tener todo el aspecto de una casita de campo americana.

Al aproximarse, después de alcanzar su altura, Erik y sus amigos reconocieron que la cabaña no estaba blanqueada, sino que se componía de osamentas colosales sobrepuestas y unidas con cierto arte, y que le comunicaban su color blanco. Por extraños que fuesen aquellos materiales, debía confesarse que la idea de utilizarlos era bastante natural, pues sin contar que no había otros en la isla, cuya vegetación parecía aje las más pobres, la superficie de todas aquellas colinas estaba completamente cubierta de osamentas, en las que el doctor reconoció a primera vista restos de mamuts y bisontes.

17. ¡Por fin!

La puerta de la cabaña estaba abierta de par en par; los cuatro visitantes entraron, y a primera vista se notó que su única habitación debía haber estado habitada recientemente. En el hogar, formado por tres grandes piedras, los tizones apagados conservaban aún esa ceniza ligera que desaparece al más leve soplo; el lecho, compuesto de una superficie de madera, sobre la cual se veía una colchoneta de marinero, conservaba todavía la señal de un cuerpo.

Aquella colchoneta, que Erik examinó al punto, tenía el sello del *Vega*.

En una especie de mesa formada con un omoplato de fósil sostenido por cuatro fémures, veíanse migas de galleta, un vaso de estaño y una cuchara de madera de fabricación sueca.

Aquella era sin duda la vivienda de Patricio O'Donoghán, que, al parecer, había salido hacía muy poco tiempo.

¿Sería para abandonar la isla, o sólo para recorrerla? Ningún indicio lo revelaba; sólo se podría saber explorando el país.

Alrededor de la cabaña, varias zanjas y tierra removida indicaban trabajos bastante activos; y en una especie de meseta que formaba la colina, una veintena de colmillos de marfil fósil, alineados con toda regularidad, daban idea de la naturaleza de dichos trabajos: indudablemente se habían practicado excavaciones para exhumar aquellos restos de las edades pasadas. Los viajeros se explicaron al punto que esta operación había sido necesaria, al notar que los numerosos esqueletos de elefantes o de mamuts que yacían a flor de tierra carecían todos de sus colmillos. Sin duda los indígenas de la costa siberiana no habían esperado la visita de Patricio O'Donoghán a la isla de Liakow para ir a explotar ellos mismos sus riquezas, y el irlandés encontró poco menos que nada de valor en la superficie del suelo; de modo que le fue preciso practicar excavaciones para exhumar el marfil sepultado, cuya calidad parecía muy inferior.

Ahora bien; el joven médico del *Vega*, así como el dueño de la posada «El áncora roja», en Nueva York, habían declarado que la pereza era vino de los defectos distintivos de Patricio O'Donoghán, y, por lo tanto, parecía poco probable que se hubiera resignado largo tiempo a un trabajo ingrato y de poco provecho. Era muy posible que a la primera ocasión hubiese abandonado la isla, y la única esperanza que se tenía de encontrarle cifrabase en los recientes indicios observados en la cabaña.

Un sendero bajaba hacia la costa por la vertiente opuesta a la que los exploradores habían seguido; avanzaron por él, y halláronse muy pronto en una hondonada donde el deshielo había formado una especie de laguna separada del mar por una barrera de rocas. El sendero se prolongaba por las orillas de aquella agua dulce, y contorneando un ribazo desembocaba en un verdadero puerto natural.

En la playa se encontró un trineo abandonado, viéndose también señales de un fuego reciente. Erik examinó la orilla con cuidado, pero no pudo observar ninguna señal de embarcación.

Ya se dirigía hacia sus compañeros, cuando alcanzó a ver al pie de un arbusto, muy cerca del sitio donde estuvo el fuego, un objeto de color rojizo, que recogió al punto.

Era una de esas latas pintadas exteriormente de color rojo, que contienen carne en conserva, y que todos los buques llevan ahora entre sus víveres. El hallazgo no tenía nada de particular a primera vista, puesto que Patricio O'Donoghán había recibido del *Vega* algunas provisiones de boca; pero lo que pareció significativo a Erik fue que la lata vacía tenía una etiqueta impresa que decía: «Domingo Martínez, Valparaíso».

—¡Tudor Brown ha pasado por aquí!, exclamó el joven al punto; pues a bordo del *Vega* nos dijeron que su buque estaba en Valparaíso cuando le envió por telégrafo la orden de esperarle en Vancouver... La tripulación del *Vega* no ha podido dejar aquí una lata procedente de Chile, y ésta se ha vaciado recientemente...; tal vez no haga más de tres días, o acaso veinticuatro horas.

El doctor y Bredejord se encogían de hombros, como si vacilaran en aceptar esta conclusión cuando Erik, que daba vueltas a la lata en todos sentidos, mostróles un detalle que debía desvanecer sus dudas: la palabra *Albatros* estaba escrita en una de las bases, sin duda por la mano del

comerciante que la vendió.

—¡Tudor Brown ha pasado por aquí!, repitió Erik. ¿Y para qué puede haber venido sino para llevarse a Patricio O'Donoghán? ¡Caramba! La cosa es clara: ha desembarcado en esta caleta, y mientras su gente le esperaba almorzando alrededor del fuego, ha ido en busca del irlandés, y de grado o por fuerza le ha obligado a seguirle. ¡Estoy tan seguro de ello como si lo viese!

A pesar de esta certeza, Erik quiso explorar los alrededores para asegurarse de que Patricio O'Donoghán no andaba por allí; pero una hora de paseo bastó para convencerle de que el resto de la isla estaba deshabitado. No se veía señal de sendero alguno, ni el menor vestigio de seres vivientes: por todas partes las dunas y los valles extendíanse hasta perderse de vista, sin la menor vegetación, sin aves ni insectos para animar la soledad; por todas partes el suelo estaba cubierto de osamentas enormes, cual si un ejército de mamuts o de rinocerontes hubiera llegado allí en otra época, huyendo de algún espantoso cataclismo, para refugiarse y morir en aquella isla perdida. Y en último término, detrás de aquellas dunas y valles descollaba una barrera de alturas cubiertas por glaciares y nieves eternas.

—¡Vamos!, dijo el doctor. La explicación no puede ser más completa, y lo que vemos basta para asegurarnos que O'Donoghán se habrá marchado sin hacerse rogar.

Antes de las cuatro, los viajeros llegaron al buque, que reanudó su marcha.

Erik no ocultaba que sus esperanzas acababan de recibir un golpe mortal. Tudor Brown, adelantándose a él, había podido visitar primero la isla de Liakow y llevarse a Patricio O'Donoghán; de modo que ya era poco probable volver a encontrarles nunca. Un hombre capaz de hacer todo lo que Tudor Brown había osado contra el *Alaska*, capaz de desplegar tan feroz energía para ir a buscar al irlandés a semejante sitio, no tendría mucha dificultad para ponerse fuera de alcance en lo sucesivo. ¡El mundo es grande, reflexionaba, y toda la extensión de los mares está abierta para el *Albatros*! ¿Cómo adivinar hacia qué punto se llevaba a O'Donoghán con su secreto?

Así pensaba Erik paseándose por la toldilla del *Alaska*, después de haber dado orden de hacer rumbo al Oeste. Y con estos dolorosos pensamientos

mezclábase el pesar de haber permitido que sus amigos compartiesen con él las fatigas de aquella expedición, doblemente inútil, puesto que Tudor Brown había encontrado a Nordenskjold antes que el *Alaska*, precediendo además a los viajeros suecos en la isla de Liakow. En consecuencia, se regresaría a Estocolmo, si se llegaba, sin haber llenado ninguno de los objetivos de la expedición. No podía darse peor suerte... ¡Ah!, pensaba Erik; por lo menos, que sirva el regreso de alguna cosa, y sea la contraprueba del viaje del *Vega*. ¡Quede consagrado el paso del Nordeste con una segunda experiencia!... ¡A toda costa es forzoso alcanzar el cabo Cheliuskin, y doblarlo de Este a Oeste! ¡A todo trance es preciso volver a Suecia; por el mar de Kara!

Hacia ese temible cabo Cheliuskin, que antes se tenía por infranqueable, navegaba el *Alaska* ahora a todo vapor; pero su itinerario no era exactamente el del *Vega*, que, habiendo salido de la desembocadura del Lena, se dirigió después a la isla de Liakow. Erik no tenía necesidad de descender hasta la costa de Siberia, dejando a estribor las islas Stolbovoi y Semecoffski, señaladas el 4 de agosto, singló directamente al Oeste, siguiendo poco más o menos el 76° paralelo e hizo tan buena ruta, que a los ocho días había recorrido treinta y cinco grados de longitud, desde el 140° al 105° al Este de Greenwich. A decir verdad, esto costó mucha hulla, pues el *Alaska* fue casi siempre contra el viento; pero Erik pensaba, no sin razón, que era preciso subordinarlo todo a la necesidad de salir cuanto antes de aquellos peligrosos parajes. Una vez llegados a la desembocadura del Yenisei, ya se pensaría en la manera de obtener combustible.

El 14 de agosto, a mediodía, no fue dado hacer las observaciones solares, a causa de la espesa bruma que velaba el cielo y el horizonte; pero, según se calculó, no debía estarse lejos del gran promontorio asiático, y por eso Erik ordenó la más extremada vigilancia, disminuyendo la velocidad de la marcha. Llegada la noche, dispuso que se detuviera el buque.

Estas precauciones no eran inútiles, pues, al echar la sonda, al día siguiente, no se hallaron más que treinta brazas, y una hora después divisóse tierra. El *Alaska* bordeó hasta dar vista a una bahía donde pudo anclar.

Se juzgó prudente no saltar a tierra hasta que las brumas se hubieran disipado; pero como pasaron los días 15 y 16 sin cambio alguno, Erik resolvió desembarcar en compañía de sus tres amigos.

Un breve reconocimiento demostró entonces que la bahía donde el *Alaska* había anclado se hallaba en el extremo Norte y entre las dos puntas del cabo Cheliuskin; por ambos lados las orillas eran bastante bajas, pero elevábanse poco a poco en suave pendiente por el Sur hasta unas montañas que la bruma dejaba a veces descubiertas, y que parecían tener de trescientos a cuatrocientos metros de altura. En ninguna parte se veían nieves ni hielos, excepto en la misma orilla del mar, donde se prolongaba una inacabable faja, como las que se encuentran en todos los puntos de las regiones árticas; el suelo arcilloso estaba cubierto de una abundante vegetación de musgo, césped o líquenes; y la presencia de muchas ocas, ánades salvajes y algunas marsopas animaba la costa; un oso blanco mostraba su espeso pelaje en la punta de una roca, y, en resumen, si no hubiera sido por la bruma, que todo lo cubría con su manto gris, el aspecto general de aquel famoso cabo Cheliuskin, o Severo, no tenía nada de imponente ni que justificase el triste renombre que ha conservado durante algunos siglos.

Avanzando sobre la punta extrema al Oeste de la bahía, los viajeros divisaron una especie de monumento que coronaba la altura, y naturalmente apresuráronse a visitarlo. Al acercarse, vieron que era un *calrn* o montón de piedras que sostenían una columna de madera formada con una viga.

Esta columna tenía dos inscripciones, la primera de las cuales decía:

El 19 de agosto de 1878 el *Vega*, después de franquear el Atlántico, dobló el cabo Cheliuskin, en su ruta hacia el estrecho de Bering.

La segunda decía:

El 12 de agosto de 1879 el *Albatros*, procedente de Bering, dobló el cabo Cheliuskin, en su ruta hacia el Atlántico.

¡Hasta en esto se había adelantado Tudor Brown al *Alaska*! ¡Era el 16 de agosto!... ¡La inscripción se había trazado sólo cuatro días antes!

Y esta inscripción tenía a los ojos de Erik un sentido irónico y cruel, como si con ella se le quisiera decir:

—¡Hasta el fin serás burlado!... ¡Hasta el fin serás inútil!... ¡Nordenskjold

habrá hecho la demostración y Tudor Brown la confirmación! En cuanto a ti, volverás humillado y confundido, sin haber demostrado nada, sin haber hallado ni descubierto nada.

Erik se volvió para marcharse sin añadir una sola palabra a las inscripciones de la columna; pero el doctor no quiso hacer lo mismo, y sacando del bolsillo una navajita, trazó en la madera la siguiente inscripción:

El 16 de agosto de 1879 el *Alaska*, procedente de Estocolmo, después de franquear el Atlántico, el mar de Baffin, los estrechos americanos árticos y el mar de Siberia, dobló el cabo Cheliuskin, en su ruta para dar por terminado el primer periplo circumpolar.

¡Extraña influencia de las palabras! Esta simple frase, recordando a Erik qué hecho tan glorioso para la ciencia estaba a punto de llevar a cabo, aun sin pensar apenas en ello, bastó para hacerle cambiar de humor.

Después de todo, ¿era verdad que el *Alaska* habría recorrido el primer periplo circumpolar? Antes que él, otros marinos habían recorrido los estrechos árticos americanos, reconociendo el paso del Noroeste; antes que él, Nordenskjold y Tudor Brown habían doblado el cabo Cheliuskin, franqueando el paso del Nordeste; pero lo que nadie había hecho aún era ir de un paso a otro y trazar alrededor del polo, por los mares árticos, el círculo completo de 360 grados.

Ahora bien, apenas faltaban ya unos 80° para realizarlo, y en realidad esto podría ser cuestión de diez días.

Aquella perspectiva comunicó tanto entusiasmo a todos, que sólo se pensó ya en la marcha, si bien Erik quiso esperar aún hasta el día siguiente para ver si se disipaban las brumas; pero éstas parecen ser la enfermedad crónica del cabo Cheliuskin, pues llegó el día sin que se viera el sol. Entonces dióse orden de levar anclas.

Dejando al Sur la bahía de Taymir, Que da su nombre a la gran península siberiana, cuya punta extrema es el cabo Cheliuskin, el *Alaska* se dirigió hacia el Oeste, y navegó sin descanso durante todo el día y la noche del 17; en la mañana del 18 se salió al fin de la bruma para entrar en una atmósfera más clara, y a mediodía se pudo hacer la observación. Poco después, el vigía anunció una vela al Sudoeste.

Un buque en aquellos mares tan poco frecuentados era un fenómeno demasiado extraordinario para no merecer atención especial. Erik trepó al punto al «nido de cuervo», y por medio de su antejo lo examinó detenidamente.

Parecióle que estaba montado en goleta y provisto de una chimenea, aunque en aquel momento no marchaba con vapor.

Al bajar al puente, el joven comandante estaba muy pálido.

—Ese buque tiene todo el aspecto del *Albatros*, dijo al doctor. Y dio orden de avivar los fuegos. En menos de un cuarto de hora fue visible que se ganaba ventaja sobre el buque, cuyo casco se distinguió muy pronto a simple vista. No sólo navegaba a la vela, sino que la brisa era escasa, y su dirección formaba con la del *Alaska* un ángulo muy agudo.

Pero de pronto prodújose un cambio en su marcha, y de su chimenea se vio salir una espesa columna de humo que formó un largo penacho negro; el buque marchaba ahora a vapor y seguía ya la misma dirección del *Alaska*.

—¡No hay duda, murmuró Erik; es el *Albatros*!

Y dio orden al maquinista de acelerar la marcha; ya se corrían catorce nudos, y un cuarto de hora después se llegó a dieciséis.

El buque perseguido no podía alcanzar sin duda tanta velocidad, pues el *Alaska* seguía obteniendo ventaja; al cabo de media hora se estuvo bastante cerca para distinguir los detalles de su arboladura, los hombres que iban y venían en las maniobras, y por último, las molduras de la popa y las letras que formaban el nombre *Albatros*.

Erik ordenó izar el pabellón sueco; en el mismo instante el *Albatros* enarboló el de la Unión Americana.

A los pocos minutos los dos buques no estuvieron separados ya más que por una distancia de trescientos metros.

Entonces el comandante del *Alaska*, de pie junto a la escalerilla, y provisto de una bocina, gritó en inglés:

—¡Ohé del buque!... Deseo hablar con el capitán...

Oyéronse pasos en la escalerilla del *Albatros*, y al punto se presentó Tudor Brown.

—Soy propietario y capitán de este yate, dijo. ¿Qué se le ofrece a usted?

—Deseo saber si tiene usted a bordo a Patricio O'Donoghán.

—Aquí está, y si quiere usted decirle algo, él mismo puede contestarle.

Tudor Brown hizo una seña, y se vio a un hombre franquear la escalerilla.

—He aquí a Patricio O'Donoghán, añadió el propietario del *Albatros*. ¿Para qué lo quiere usted?

Erik deseaba la entrevista hacia mucho tiempo; venía a buscarla desde muy lejos, y sin embargo, al encontrarse inopinadamente ante aquel hombre de nariz achatada y cabello rojizo que le miraba con aire receloso, quedó de momento algo turbado y no supo qué decir; pero coordinando sus ideas, hizo un esfuerzo y contestó:

—Necesito hablar mucho y confidencialmente con usted; hace bastantes años que le busco y para hallarle he venido a estos mares. ¿Quiere usted pasar a mi buque?

—Yo no le conozco a usted y estoy bien aquí, replicó el hombre.

—¡Pues yo sí le conozco!, repuso Erik. Sé por el señor Bowles, de Nueva York, que usted fue uno de los náufragos del *Cynthia*, y que le habló del «niño del salvavidas». Yo soy ese niño, y por lo tanto quisiera obtener algunos detalles que usted posee.

—Pues deberá usted pedírselos a otro, pues a mí no me place darlos.

—¿Quiere usted hacerme suponer que no le son favorables?

—Suponga usted lo que le dé la gana, replicó el otro.

Erik estaba resuelto a no manifestar irritación.

—Más valdría, repuso, decirme de buen grado lo que tanto me interesa saber, y no exponerse a que se lo pregunten ante un tribunal de justicia.

—¡Un tribunal de justicia!, exclamó el hombre. Para eso sería necesario antes poder conducirme ante él. En esto intervino Tudor Brown. —Ya ve usted, dijo a Erik; que no depende en modo alguno de mí facilitarle la explicación que desea; lo mejor será, pues, dejarlo así y continuar nuestra marcha cada cual por su lado.

—¿Por qué cada cuál por su lado?, replicó Erik. Lo más sencillo es navegar en conserva hasta que lleguemos a un país civilizado, donde se puedan arreglar los asuntos pendientes entre nosotros.

—¡Yo no tengo asuntos con usted, ni necesito la compañía de nadie!, replicó Tudor Brown, haciendo ademán de retirarse. Erik le detuvo con una señal. —¡Propietario del *Albatros*, exclamó; soy portador de una comisión de mi gobierno, y bajo este título, oficial de policía marítima!... Le invito a usted, pues, a presentar en el acto sus papeles.

Tudor Brown, sin dignarse contestar siquiera, comenzó a bajar la escalerilla con el hombre a quien había llamado. Erik esperó dos minutos.

—¡Propietario del *Albatros*, añadió después; le acuso a usted de haber intentado hacerme naufragar en la Calzada de Sen, y le intimo a comparecer ante un tribunal marítimo para sincerarse de los cargos! Si rehúsa usted, mi deber será obligarle por la fuerza.

—¡Trate usted de hacerlo si se atreve!, exclamó Tudor Brown; y en seguida dio orden de continuar la marcha.

Durante este diálogo, el *Albatros* había virado insensiblemente, poniéndose en ángulo recto con la proa del *Alaska*. De repente, la hélice comenzó a funcionar, batiendo las aguas, que se cubrieron de espuma; un prolongado silbido resonó en los aires, y el *Albatros*, deslizándose sobre las olas, partió a todo vapor en dirección al polo Norte.

Dos minutos después, el *Alaska* se lanzaba en su persecución.

18. Cañonazos

Mientras se perseguía al *Albatros*, Erik había mandado poner en batería el cañón que el *Alaska* tenía en la proa. Esta operación exigió mucho tiempo, y cuando estuvo cargada la pieza, después de haberla desembarazado de su funda alquitranada, el enemigo se hallaba ya fuera de alcance. Sin duda, se había aprovechado del aminoramiento de la velocidad para avivar el fuego de su máquina, y gracias a eso había sacado ya tres o cuatro millas de ventaja. En rigor, la distancia no era desmesurada para un cañón Gattling; pero dado el fuerte balanceo de ambos buques, su velocidad, y el escaso blanco que el yate ofrecía al tiro, era mucho más probable arrojar las balas al agua que alojarlas sobre el *Albatros*. Mejor era esperar; tanto más, cuanto que la marcha del yate, aunque sin disminuir, tampoco se aceleraba. Muy pronto se demostró que los dos buques eran tan veleros el uno como el otro, pues el espacio que los se paraba se conservó igual durante algunas horas.

Sin embargo, esto no se conseguía sin un derroche de carbón, artículo que escaseaba cada vez más a bordo del *Alaska*, y debía temerse que este gasto fuera inútil, si llegaba la noche sin alcanzar al enemigo. Erik, no juzgándose con derecho de jugar esta última carta sin consultar a su tripulación, dio orden para que todos subieran al puente, a fin de explicarles francamente la situación.

—Amigos míos, les dijo; ya sabéis que se trata de si vale la pena apoderarnos del infame que se propuso hacernos naufragar en la Calzada, a fin de entregarle a la justicia marítima, o de si convendrá dejarle huir. Apenas nos queda carbón Para seis días, y toda desviación de nuestra ruta nos expone a terminar el viaje navegando a la vela, lo cual puede comprometer el éxito de la expedición. Por otra parte, el *Albatros* cuenta seguramente con la noche para ponerse fuera de alcance, y por lo tanto sería esencial mantenerlo en el círculo de luz de nuestro foco eléctrico, sin disminuir un momento la velocidad de la marcha. Es seguro que esta carrera tendrá forzosamente su término, bien sea mañana o al día siguiente, en la barrera de hielos eternos que hay más cerca del polo,

hacia los 78° y 79°; pero no he deseado continuar esta persecución sin preguntaros si la aprobáis, aceptando desde luego las complicaciones que puedan resultar.

Los hombres, después de consultarse en voz baja, encargaron a *maese* Hersebom que formulara su parecer.

—Opinamos que el deber del *Alaska* es sacrificarlo todo para capturar a esa miserable, dijo el pescador tranquilamente.

—¡Muy bien!, contestó Erik; haremos lo posible para lograrlo.

Seguro ya de su tripulación, el joven capitán no economizó el combustible y mantúvose siempre a la misma distancia, pese a los desesperados esfuerzos de Tudor Brown para obtener mayor ventaja. Apenas se hubo puesto el sol, el foco eléctrico del *Alaska*, encendido en la punta del palo mayor, fijó sus rayos inexorables en el *Albatros* para iluminarlo hasta que llegara el día. Durante la noche, ambos buques se mantuvieron a la misma distancia, y al amanecer seguían avanzando hacia el polo. A mediodía, la observación solar dio como posición del *Alaska* 78° 21' 14" de latitud Norte, por 98° de longitud Este.

Los hielos flotantes, que no se habían vuelto a ver desde hacía diez o doce días, comenzaban a ser numerosos, y a veces era preciso romperlos a fuerza de espolón, como en otro tiempo en el mar de Baffin. Erik, convencido de que el banco de hielo no tardaría en aparecer, tuvo cuidado de oblicuar ligeramente sobre la derecha del *Albatros*, de modo que pudiera cerrarle el camino hacia el Este si intentaba cambiar de ruta al verse detenido en el Norte.

Esta precaución resultó muy acertada, pues a eso de las dos perfilóse en el horizonte una larga barrera de hielos, y entonces el *Albatros* se dirigió hacia el Oeste, dejando el banco a cuatro o cinco millas por estribor. El *Alaska* imitó inmediatamente su maniobra, pero esta vez oblicuando a la izquierda de su enemigo, a fin de cortarle la retirada si intentaba volver al Sur.

La caza comenzaba a ser muy interesante; seguro de la dirección que el *Albatros* debía seguir, Erik trataba de agarrarlo de costado, empujándolo cada vez más hacia el banco de hielo. El yate, vacilante al parecer, y entorpecido por los hielos flotantes, cambiaba su marcha a cada momento,

dirigiéndose tan pronto hacia el Norte como lanzándose aturdidamente hacia el Oeste.

Erik observaba con la mayor atención desde el «nido de cuervo» todos sus movimientos para contrarrestarlos, cuando de pronto vio al yate detenerse bruscamente, virar de bordo y presentarle la proa. Una larga línea blanca que se extendía por el Oeste indicaba la causa de esta maniobra: el *Albatros* se había metido en un verdadero golfo formado por un promontorio meridional del banco de hielo, y semejante a una fiera acosada por la jauría, hacia frente.

Erik no había tenido tiempo de bajar al puente, cuando una bala pasó silbando sobre su cabeza.

El *Albatros*, pues, iba armado y se aprestaba a la defensa.

—¡Prefiero esto, y que él haya sido el primero en tirar!, pensó Erik, dando al punto orden de contestar.

Su bala no fue más feliz que la de Tudor Brown, pues fue a caer a doscientos metros del blanco; pero el combate había comenzado y muy pronto se regularizó el fuego. Un proyectil americano rompió la gran verga del *Alaska*, que cayó en el puente matando dos hombres; pero una bala sueca dio de lleno en la toldilla del *Albatros* y seguramente hizo considerables destrozos. Otros proyectiles de una y otra parte se alojaron en el casco o en la arboladura.

Los dos buques se aproximaban cada vez más, virando de bordo a cada momento para cambiar sus andanadas, cuando un fragor lejano, mezclándose con el estampido del cañón, hizo levantar la cabeza a los tripulantes de ambos buques: el cielo estaba completamente negro por la parte del Este.

¡Una borrasca, una cortina de bruma o de nieve se iba a interponer entre el *Albatros* y el *Alaska*, permitiendo tal vez a Tudor Brown huir! Erik quería evitarlo a toda costa, y en consecuencia hizo sus preparativos de abordaje; armó a toda su gente de sables, hachas y cuchillos, y continuando su marcha, lanzó su buque a todo vapor contra el *Albatros*.

Tudor Brown no parecía dispuesto a esperarlo, pues emprendió la fuga y comenzó a costear el banco de hielo, disparando con intervalos de cinco

minutos un cañonazo por la proa; pero su campo de acción era ya muy reducido, y estrechado cada vez más entre el campo de hielo y el *Alaska*, vio que no había salvación posible si no intentaba audazmente volver a alta mar. En consecuencia, arrostró el peligro, después de algunos movimientos simulados, que tenían por objeto ocultar a su adversario su verdadera intención.

Erik le dejó obrar, y después, en el momento preciso en que el *Albatros*, lanzado a todo vapor, pasaba ante él, se le fue encima con su espolón de acero.

El efecto del choque fue terrible: en el costado del yate se abrió un boquete; el buque se detuvo, y la maniobra le fue casi imposible; el *Alaska* había retrocedido rápidamente, preparándose a repetir el golpe, pero el estado más amenazador del mar no le dejó tiempo de hacerlo.

La tempestad se aproximaba; era un fuerte viento del Sudeste acompañado de torbellinos de nieve, que no sólo levantaba formidables olas, sino que rechazaba hacia el golfo donde se hallaban los dos buques como en el fondo de un embudo, enormes masas de hielos flotantes; hubiérase dicho que desde todos los puntos del horizonte se habían citado súbitamente para afluir allí. Erik comprendió que no se debía perder un minuto, y que era de todo punto de vista necesario alejarse cuanto antes de aquel callejón sin salida para no quedar encerrado sin recurso alguno; así es que viró de bordo hacia el Este, sin pensar ya más que en luchar contra el viento, contra la nieve y el ejército de hielos flotantes.

Pero muy pronto fue forzoso reconocer que esto era imposible, pues la tempestad arreciaba con tal fuerza, que ni la máquina del *Alaska* ni su espolón de acero pudieron servir ya; no sólo el buque avanzaba poco, sino que a veces retrocedía varios metros. Sus mástiles crujían bajo la violencia del viento; una espesa nieve, oscureciendo el cielo, cegaba a los tripulantes y cubría ya el puente de una gruesa capa; y los hielos, acumulándose rápidamente, elevaban a cada ráfaga un impenetrable muro. No quedó más remedio que volver al banco, buscar a tientas una pequeña bahía, y resignarse a esperar hasta que aclarara.

El *Albatros* había desaparecido en la tormenta y dada la avería que le ocasionó el espolón del *Alaska*, era dudoso que pudiese resistir; en cuanto a escapar del callejón en que se hallaba, Erik no temió, ni remotamente, que esto fuese posible.

Por lo demás, la situación era bastante grave para que se pudiera pensar en otra cosa que en la propia salvación, y a cada momento empeoraba.

Nada podría dar idea del horror y el espanto que infunden esas tempestades árticas, en las que las fuerzas de la naturaleza primitiva parecen despertarse en cierto modo para demostrar al navegante lo que debieron ser en otro tiempo los cataclismos del período glacial. Reinaba una oscuridad impenetrable, aunque apenas eran las cinco de la tarde en los países en que el día se distingue de la noche; y como la máquina de vapor no funcionaba ya, no se podía encender el foco eléctrico. A los silbidos del huracán, al fragor del trueno, al estrépito de los hielos flotantes que chocaban entre sí, derrumbándose unos sobre otros, agregábanse en las tinieblas los crujidos del banco, que se dislocaba y rompía por todas partes; a cada grieta que se formaba, producíase una espantosa detonación, semejante al estampido de un cañonazo en demanda de socorro; y la frecuencia de aquellas explosiones indicaba que debían ser numerosas.

Muy pronto el *Alaska* sufrió las consecuencias del bloqueo: la pequeña bahía donde acababa de refugiarse no tardó en quedar invadida por los hielos, así como todo el golfo; las moles se unieron, cimentándose con la nieve que seguía cayendo, y en torno del buque se formó una barrera que lo presionó con irresistible fuerza. Entonces el *Alaska* comenzó a crujir; sus mástiles rechinaron a la par que el banco de hielo donde se hallaba incrustado, y a cada instante pudo temerse que el casco se rompiera, como habría sucedido seguramente, a no estar reforzado para resistir aquellas terribles presiones. Erik, resuelto a no sucumbir sin lucha, había ordenado a su gente desde el primer momento, formar alrededor del buque un revestimiento vertical de pesadas vigas a fin de atenuar en cuanto fuese posible las presiones, distribuyéndolas en una mayor superficie; pero estos puntales, si bien tuvieron por efecto inmediato proteger el caso, no tardaron en producir un resultado imprevisto, que amenazaba ser fatal.

El buque, en vez de ser oprimido, era levantado fuera del agua a cada movimiento del banco de hielo, sobre el cual volvía a caer con la fuerza de un martillo. En cualquier momento podía suceder que en una de aquellas espantosas caídas quedara destrozado, se hundiese y desapareciera; y para evitar este peligro sólo quedaba un recurso, que era reforzar más aún, y sin descanso, la masa de hielos y nieve que protegía el casco más

o menos bien, de modo que formara un todo homogéneo y pudiera seguir el movimiento de vaivén.

Todos se ocuparon con el mayor ardimiento en aquella labor, y fue un espectáculo conmovedor ver aquel puñado de hombres esforzando sus músculos de pigmeos para resistir a la poderosa naturaleza, rellorando con áncoras, cables y tablas las grietas abiertas en el hielo y colmándolas de nieve, hasta que un solo movimiento oscilatorio del Océano deshacía de un golpe todos aquellos remiendos. A las cuatro o cinco horas de este trabajo sobrehumano, todos habían agotado sus fuerzas, y sin embargo, el peligro crecía, pues la tempestad arreciaba. Erik celebró consejo con sus oficiales y se resolvió poner a salvo en el banco de hielo un depósito de víveres y municiones, para el caso en que el *Alaska* no pudiese resistir tan terribles sacudidas. Desde el primer momento, cada hombre había recibido instrucciones, en la eventualidad de un desastre, de conservar la carabina en bandolera aun durante el trabajo. La tarea del trasbordo de una veintena de toneles fue ardua, pero al fin se llevó a cabo, y el depósito de víveres quedó establecido a unos 200 metros del buque, bajo una lona alquitranada que muy pronto quedó cubierta de una espesa capa blanca.

Adoptada esta precaución, todos se tranquilizaron sobre las consecuencias inmediatas de un posible naufragio, y la tripulación pudo reparar sus fuerzas con algún alimento, té y ron.

De repente, cuando se estaba a mitad de la cena, una sacudida más violenta aún que las anteriores agitó el banco de hielo; una presión formidable rompió el lecho en que el *Alaska* se apoyaba, y el buque, presionado por la popa, elevóse crujiendo ominosamente, y sumergió su proa en el abismo, como si fuera a hundirse. Al punto cundió el pánico; todos corrieron hacia el puente; varios hombres creyeron llegado el momento de buscar un refugio en el banco, y sin esperar la señal de sus jefes, saltaron fuera.

Cuatro o cinco de aquellos infelices cayeron sobre la nieve, pero dos quedaron cogidos entre los hierros que rodeaban el buque y la borda de estribor, en el momento mismo en que el *Alaska*, recobrando el equilibrio, elevábase rechinando de nuevo.

Sus gritos de dolor y el ruido de sus huesos triturados se perdieron en el estrépito del huracán.

En seguida vino la calma, y el buque permaneció inmóvil.

La lección era terrible, y Erik se aprovechó de ella para recomendar a los tripulantes la mayor sangre fría, previniéndoles que en ningún caso debían obrar sin recibir órdenes precisas.

—Ya comprenderéis, dijo a sus compañeros, que el desembarque es una medida suprema, a la cual no debemos apelar sino en último extremo. Todos nuestros esfuerzos han de encaminarse a salvar el *Alaska*, pues si no lo tuviéramos, nuestra situación sería de las más críticas en este banco de hielo. Sólo en el caso de que no podamos continuar en el buque, deberemos abandonarlo; y de todos modos, importa mucho que el movimiento se efectúe con orden, pues de lo contrario, degeneraría en desastre. Espero, pues, que continuéis la cena tranquilamente, dejando a vuestros oficiales el cuidado de resolver lo que convenga.

La firmeza de este lenguaje tuvo por efecto inmediato serenar a los más tímidos, y todos los tripulantes bajaron al entrepuente.

Erik llamó entonces a *maese* Hersebom y le invitó a desatar a su fiel perro Klaas y a seguirle sin hacer ruido.

—Vamos a pasar al campo de hielo, le dijo a media voz, para buscar a los fugitivos y hacerlos regresar, pues siempre será esto mejor que dejarlos expuestos a mayores peligros.

Los infelices hombres continuaban todavía junto al borde del banco de hielo, bastante avergonzados de su fuga, y a la primera intimación se dirigieron al buque.

Erik y *maese* Hersebom, después de verlos entrar, avanzaron hasta el depósito de víveres, suponiendo que allí habría buscado asilo algún otro marinero; pero dieron la vuelta sin hallar a nadie.

—Me pregunto, dijo de pronto Erik, si no sería más conveniente evitar un nuevo pánico desembarcando sobre la marcha parte de la tripulación.

—Tal vez fuera mejor, contestó el pescador; pero entonces debería temerse que los que se quedaran a bordo se desmoralizaran por esta medida, que pudiera inquietarles.

—Es verdad, repuso Erik; me parece más prudente ocuparlos a todos

hasta el último momento en luchar contra la tempestad, porque es el único recurso que nos queda para salvar el buque; pero ya que estamos en el banco de hielo, aprovechemos la oportunidad para explorarlo. Confieso que todos esos crujidos y detonaciones me infunden dudas sobre su solidez.

Erik y su padre adoptivo no se habían alejado aún trescientos pasos del depósito de víveres, en dirección Norte, cuando se detuvieron de pronto al ver a sus pies una grieta enorme; y como para franquearla hubieran necesitado largas pértigas, de las cuales no se habían provisto, resolvieron seguir la orilla oblicuando hacia el Oeste, para ver hasta dónde se prolongaba.

Entonces vieron que se extendía en dicha dirección, formando una larga línea; tanto, que después de andar durante media hora aún no vieron el fin. Tranquilizados por su exploración respecto a las dimensiones del campo de hielo donde se hallaban depositados los víveres, decidieron retroceder.

Cuando habían recorrido ya la mitad de la distancia que les separaba del depósito, prodújose una nueva vibración del banco, seguida de varias detonaciones, crujidos y un estrépito atronador, ocasionado por el choque de las moles de hielo. Esto no les inquietó mucho, pero apresuraron el paso, impacientes por saber si aquella sacudida había tenido alguna consecuencia desagradable para el *Alaska*. Muy pronto llegaron al depósito de víveres, y después al pequeño puerto que resguardaba el buque.

Erik y *maese* Hersebom se restregaron los ojos, preguntándose si soñaban. ¡El *Alaska* había desaparecido!

Su primera idea fue que se habría hundido, pues nada tenía de extraño después de la noche que acababan de pasar; pero casi al punto llamóles la atención el hecho de no verse resto alguno, así como el nuevo aspecto que había tomado aquel sitio desde su ausencia. No se veían ya aquellos bordes formados por los témpanos de hielo que la tempestad había acumulado en pocas horas, y entre los cuales hallábase prisionero el *Alaska*; el sitio estaba despejado, como si el banco de hielo se hubiese desprendido por completo de sus bordes accidentales para quedar como estaba.

Casi en el mismo instante, *maese* Hersebom reparó en una circunstancia que no pudo llamar su atención mientras recorría el banco en todos sentidos, pero que al llegar al punto de partida, fue muy aparente para él; el viento había saltado y soplabá del Oeste.

¿No era posible que la tempestad, al cambiar de dirección, hubiese impelido simplemente fuera del golfo los hielos flotantes, en medio de los cuales se hallaba aprisionado el *Alaska*?

Sí, evidentemente esto era lo más probable; pero importaba averiguarlo.

Sin detenerse un momento, Erik se dirigió hacia el fondo del golfo seguido de *maese* Hersebom.

Caminaron largo tiempo, recorriendo un espacio de cuatro o cinco kilómetros; la orilla del banco de hielo estaba libre, las olas furiosas iban a morir junto a él como en una playa; pero el fondo del golfo no se veía, y lo más extraño era que el promontorio que le cerraba hacia el Sur había desaparecido.

Erik se detuvo al fin; ahora comprendía muy bien lo que pasaba, y cogiendo la mano de *maese* Hersebom, estrechóla entre las suyas.

—¡Padre!, díjole con grave acento; usted es de aquéllos a quienes se puede decir la verdad... Pues bien; la verdad es que el banco se ha roto, separándose de la masa que encerraba nuestro buque, y que estamos en una isla de hielo de algunos kilómetros de longitud por algunos centenares de metros de anchura, arrastrada al capricho de las aguas.

19. Dos disparos

Cerca de las dos de la madrugada Erik y *maese* Hersebom, fatigados en extremo, habíanse deslizado bajo la lona del depósito de víveres, echándose uno junto a otro sobre dos toneles, apoyados en el espeso pelaje de Klaas, a fin de reposar un poco. No tardaron en quedarse dormidos, y cuando despertaron, el sol había avanzado mucho en su carrera; el cielo estaba otra vez azul y el mar sereno; el enorme fragmento de banco en que flotaban tenía un movimiento tan suave y regular, que parecía inmóvil; pero a lo largo de sus orillas más próximas, enormes moles de hielo, arrastradas con espantosa celeridad, perseguíanse y se entrechocaban, despedazándose a veces con sordo estrépito. El paisaje formado por todos aquellos gigantescos cristales, que reflejaban o descomponían como un prisma los rayos del sol, era uno de los espectáculos más maravillosos que jamás contemplara Erik; y hasta *maese* Hersebom, tan poco inclinado generalmente, y mucho menos en la situación en que entonces se hallaba, a admirar los esplendores de la naturaleza ártica, no pudo menos de enmudecer de asombro.

—¡Qué hermoso sería todo esto, murmuró suspirando, visto desde el puente de un buen buque!

—¡Bah!, exclamó Erik con su buen humor habitual; a bordo de un buque sólo se debería pensar en evitar que esas montañas de hielo nos destrozaran, mientras que en esta isla no tenemos por qué inquietarnos.

Evidentemente, esto era considerar la cuestión bajo una fase muy optimista; *maese* Hersebom se limitó a sonreír con tristeza; pero Erik estaba resuelto a ver las cosas por el mejor lado.

—¿No es una ventaja extraordinaria, dijo, tener aquí un depósito de víveres? ¿No sería nuestra situación verdaderamente desesperada si careciésemos de todo? Con veinte toneles de galleta, carne en conserva y aguardiente, con nuestras carabinas y cartuchos, nada debemos temer. En el peor caso, será preciso esperar algunos días, hasta que encontremos una tierra donde se pueda desembarcar... Ya verá usted, querido padre,

cómo salimos de este mal paso, lo mismo que lo hicieron los náufragos del Hansa.

—¿Del Hansa?, preguntó *maese* Hersebom con curiosidad.

—Sí, un buque que salió en 1869 para los mares árticos. Una parte de su tripulación se halló, como nosotros, en un banco de hielo, al que se habían transportado víveres y carbón; aquella buena gente hubo de acomodarse lo mejor que pudo en el banco, y en él permanecieron seis meses y medio recorriendo en ese tiempo una distancia de varios miles de kilómetros, hasta que abordaron las tierras árticas de la América del Norte.

—¡Ojalá tengamos nosotros tan buena suerte!... exclamó Hersebom, suspirando. En fin, por lo pronto, tomaremos un bocado, si te parece.

—Creo que será lo mejor, repuso Erik, una galleta y un pedazo de carne ahumada nos vendrán bien.

Maese Hersebom abrió dos toneles para sacar los elementos del almuerzo, y con la punta de su cuchillo hizo un agujero en un barrilito para extraer la bebida, tapándolo después con un pedacito de madera recortada, a fin de poder sacar más cuando se necesitase. Terminada esta operación, comenzó el almuerzo.

—¿Y era el banco de que hablas tan grande como el nuestro?, preguntó *maese* Hersebom al cabo de diez minutos, empleados concienzudamente en reparar sus fuerzas.

—No lo creo. El nuestro debe tener al menos diez o doce kilómetros de longitud, y el del Hansa no excedía de dos y aún quedó reducido todavía más a los seis meses de servicio. Los infelices náufragos se vieron entonces precisados a dejarlo, porque las olas iban a visitarlos hasta su refugio; pero, por fortuna para ellos, tenían una barca grande, lo cual les permitió abandonar el banco cuando ya no era habitable, para ir a buscar otro. Así pasaron de un iceberg a otro, como hacen los osos blancos, hasta el día en que al fin tocaron tierra firme.

—¡Ah!, exclamó *maese* Hersebom: ellos tenían una barca, pero nosotros no... Como no nos metamos en un tonel vacío, no veo de qué modo podremos salir de aquí.

—Ya lo veremos cuando sea tiempo, replicó Erik; por lo pronto, lo mejor que podemos hacer es explorar íntegramente nuestro dominio.

Los dos pusiéronse en pie, y lo primero que hicieron fue encaramarse a una especie de montecillo de hielo y de nieve; un *hununock*, según se llama en el lenguaje ártico, para formarse una idea general del banco. Tenía éste la forma de una balsa muy larga, o mejor dicho, de una isla de doce a quince kilómetros, cuya figura se asemejara en cierto modo a la de un enorme cetáceo dormido en la superficie del Océano polar. El depósito de víveres se hallaba poco más o menos al nivel de una línea que hubiera limitado el primer tercio o la cabeza del cetáceo; pero era difícil, en suma, juzgar de su extensión y de su verdadera forma. Muchos *hummoeks* accidentaban la superficie, e impedían reconocerla exactamente; pero comprobóse que la extremidad que el día antes correspondía al fondo del golfo, era la más lejana. En consecuencia, se resolvió dirigirse a ella. En cuanto era posible afirmarlo por la posición del sol, la extremidad del banco, que se extendía hacia el Oeste antes de desprenderse de la masa de que formaba parte, estaba ahora vuelta hacia el Norte, debía suponerse pues que el banco navegaba en la dirección Sur bajo la influencia de las corrientes o de la brisa; y el hecho de no verse vestigio alguno de la inmensa barrera de hielos que se prolongaba hacia el 78°, de Este a Oeste, corroboraba del todo esta hipótesis.

El banco estaba enteramente cubierto de nieve, en la cual se veían de trecho en trecho unas manchas negruzcas, en las que *maese* Hersebom reconoció al punto los *ugiuks*, es decir, las morsas barbudas de la especie más grande. Estos animales habitaban, sin duda, en grietas o cavernas del banco, y creyéndose libres de todo posible ataque, aprovechábanse para calentarse al sol.

Erik y *maese* Hersebom tuvieron que andar más de una hoja para llegar a la punta extrema del banco, habiendo seguido casi siempre la orilla del lado Oeste, a fin de poder explorar a la vez el mar y el banco.

Klaas, que iba delante, hacía huir a veces a las morsas que se veían a lo lejos, y que arrastrábanse torpemente hasta la orilla del campo de hielo para arrojarse al agua. Fácil hubiera sido matar muchas; pero se consideró inútil, pues no se podía encender fuego para asar la carne de aquellos pobres animales, por cierto muy delicada. Erik tenía la mente ocupada en otras cosas: examinaba con la mayor atención el suelo del banco y reconocía que distaba mucho de ser uniforme; numerosas hendiduras y

grietas, algunas de las cuales se prolongaban en toda la anchura del campo de hielo, hacían temer que al menor choque se dividiera en varios fragmentos; aunque en verdad éstos serían aún bastante grandes; pero sólo la posibilidad de que ocurriera tal accidente, hacía imperiosamente necesario mantenerse lo más cerca posible del depósito de víveres, para no exponerse a quedar de pronto separados de él. Las grietas, sin embargo, estaban cubiertas de una espesa capa de nieve, caída la víspera, y que al derretirse calafateaba en cierto modo las aberturas. Erik resolvió examinar con cuidado todas las partes del banco para elegir la más sólida y resistente y trasladar a ella el depósito de víveres.

Con este objeto continuó la exploración con su padre adoptivo por el lado del Este, después de descansar algunos minutos en la punta Norte, siguiendo entonces la orilla del banco que dos horas antes indicaba la ribera del golfo donde el *Albatros* se había dejado cazar. Klaas corría delante, animado por la frescura del aire, y parecía hallarse en su verdadero elemento en aquella alfombra de nieve, que le recordaba, sin duda, las llanuras de Groenlandia.

De repente, Erik le vio husmear el aire, lanzarse a la carrera, y detenerse ladrando ante algo oculto todavía por un montón de hielo.

—Será otra morsa o una foca, dijo, sin apresurar el paso.

Pero no era ni una cosa ni otra lo que estaba a orillas del banco y parecía inquietar a Klaas; era un hombre inanimado y cubierto de sangre, cuyo traje de pieles no pertenecía seguramente a un marinero del *Alaska*, Esto llamó la atención de Erik, evocando en él un recuerdo de la internada del *Vega*; levantó la cabeza de aquel hombre, cuyo cabello era rojo, y vio que tenía la nariz achatada como la de un negro.

Erik se preguntaba si no sería juguete de alguna ilusión; su mano desabrochó el chaleco de aquel hombre, y descubrió el pecho, tal vez menos para ver si el corazón latía que para buscar un nombre...

El nombre estaba allí, estampado y pintado en azul; en una especie de escudo toscamente trazado, Erik pudo leer:

Patricio O'Donoghán, *Cynthia*.

¡Y el corazón latía!... ¡Aquel hombre no estaba muerto!... Sólo tenía una

ancha herida en la cabeza, otra en el hombro, y en el pecho una contusión que debía entorpecer mucho sus movimientos respiratorios.

—¡Es preciso trasladar a este hombre a nuestro refugio, curarle y hacerle volver a la vida!, dijo Erik a *maese* Hersebom. Y añadió en voz baja, como si temiera ser oído: ¡Es él, padre, es el que buscábamos hace tanto tiempo sin encontrarle, es Patricio O'Donoghán!... ¡Hele aquí casi sin vida!

La idea de que el secreto de su vida estaba allí, bajo aquel cráneo ensangrentado, que la muerte parecía haber tocado ya con sus alas, encendió en los ojos de Erik una llama sombría. Su padre adoptivo adivinó lo que pasaba en el joven, y no pudo menos de encogerse de hombros, cual si quisiera decir:

—¡Bastante hemos hecho, aunque se pudiese averiguar ahora todo!... ¡Qué poco importan los secretos del mundo en nuestra situación!

Sin embargo, cogió de las piernas al herido, mientras Erik le sostenía por los brazos, y cargados en esta forma emprendieron la marcha.

El movimiento hizo abrir los ojos al infeliz, y muy pronto el dolor que le ocasionaban sus heridas fue tan vivo, que exhaló confusas quejas, en las cuales parecía predominar la palabra inglesa *drink* (beber). Como aún estaba lejos el depósito de víveres, Erik resolvió detenerse, apoyar al herido contra un *hummock* sentándole en el lecho de nieve, y darle un poco del contenido de su frasco de aguardiente.

Estaba casi vacío, pero el trago que O'Donoghán bebió, devolvióle, al parecer, la vida; miró a su alrededor, y exhalando un profundo suspiro, preguntó con débil acento:

—¿Dónde está Jones?

—Le hemos encontrado a usted al borde del banco, dijo Erik. ¿Hace mucho tiempo que estaba usted allí?

—Lo ignoro, contestó el herido, haciendo un esfuerzo. Deme usted más de beber, añadió fijando su mirada en el joven.

Apuró un segundo trago, y esto pareció comunicarle alguna fuerza para hablar.

—Cuando la tempestad estalló, dijo, el *Albatros* se iba a pique; algunos tripulantes tuvieron tiempo de saltar a las embarcaciones, pero los demás han perecido. Desde el primer instante el señor Jones me había hecho señas para que pasase con él a un pequeño kayak de salvamento, suspendido en la popa, y que todos despreciaban a causa de sus escasas dimensiones, pero que tenía la ventaja de no sumergirse... Ese pequeño bote fue el único que llegó aquí, pues todas las chalupas zozobraron antes de acercarse; el hielo nos magulló terriblemente cuando las olas arrojaron aquí nuestro *kayak*; pero al fin pudimos arrastrarnos fuera de su alcance y esperar el día... Esta mañana, el señor Jones me dejó solo para ir a ver si podía matar alguna foca o ave marina que nos sirviera de alimento, y no he vuelto a verle.

—¿Es algún oficial del *Albatros* ese señor Jones?, preguntó Erik.

—Es el propietario y el capitán, contestó O'Donoghán, con un tono que manifestaba alguna sorpresa por la pregunta.

—Pues ¿no es el propietario el señor Tudor Brown?

—Yo... yo no lo sé, repuso el herido vacilando, y como si se arrepintiera de haber dicho más de lo que hubiera querido.

Erik no creyó necesario insistir sobre este punto, pues tenía que preguntar muchas otras cosas.

—Veamos, dijo al irlandés, sentándose a su lado sobre la nieve; el otro día rehusó usted a pasar a mi buque para hablar conmigo, y su negativa ha ocasionado ya muchas desgracias; mas ahora que estamos reunidos, aprovechemos la oportunidad para hablar seriamente como personas razonables. Aquí está usted en un banco flotante, herido, sin víveres y sin poder librarse por sí mismo de la muerte más cruel... Mi padre adoptivo y yo tenemos cuanto pueda necesitar: provisiones, aguardiente y armas; nosotros le cuidaremos, compartiendo con usted todas esas cosas para que se restablezca; pero a cambio de todo esto, quisiéramos que tuviese en nosotros plena confianza.

El irlandés fijó en Erik una mirada indecisa, en que el agradecimiento parecía mezclarse con el temor, pero un temor vago, instintivo.

—Eso depende, repuso a manera de evasiva, del género de confianza que

usted pueda desear.

—¡Oh!, bien lo sabe usted, contestó Erik, haciendo un esfuerzo para sonreír y cogiendo entre sus manos la del herido; el otro día se lo dije; usted no ignora lo que deseo averiguar, y es cosa de tal interés para mí, que he venido a estos lejanos mares sólo para obtener los informes que necesito... Vamos, Patricio O'Donoghán, haga usted un ligero esfuerzo y revéleme lo que tanta importancia tiene para mí; dígame cuanto sepa sobre «el niño del salvavidas». Deme usted sólo una indicación que me permita encontrar a mi familia... ¿Qué puede usted temer? ¿A qué peligro se expone satisfaciendo mi curiosidad?

O'Donoghán no contestaba; parecían pesar en su obtuso cráneo los argumentos de Erik.

—Pienso, dijo al fin, haciendo un esfuerzo, que si salimos de este mal paso y llegamos a un país donde haya jueces, podría usted hacerme mucho daño.

—¡No! ¡Se lo juro a usted por lo más sagrado que no será así!, exclamó Erik, con calor; cualesquiera que sean sus faltas respecto a mí o a otros, yo le aseguro que no tendrán para usted ninguna consecuencia enojosa... Por otra parte, usted parece ignorar una cosa, y es que la prescripción le ampara... quiero decir, que como esos acontecimientos, sean cuales fueren, ocurrieron hace más de veinte años, la justicia humana no tiene ya derecho a pedirle a usted cuentas.

—¿Es verdad eso?, preguntó Patricio con un resto de desconfianza. El señor Jones me dijo que el *Alaska* había sido enviado por la policía, y usted mismo habló de Tribunales...

—Es porque me refería a hechos muy recientes, a un percance ocurrido al principio de nuestro viaje. Esté usted seguro que el señor Jones se ha burlado, Patricio, y que sin duda tiene algún interés en que usted calle.

—¡Ya lo creo que tiene interés!, exclamó el herido con acento de convicción; pero en fin, ¿cómo ha podido usted averiguar que yo poseo el secreto?, preguntó O'Donoghán, mirando fijamente a Erik.

—Por el señor Bowles y su mujer, dueños de «El áncora roja», en Brooklyn, que le oyeron a usted hablar a menudo del «niño del salvavidas».

—¡Es verdad!, dijo el irlandés.

Y después de reflexionar un momento, añadió:

—¿Y de veras no es usted enviado de la policía?

—¡No, hombre! ¡Qué idea tan absurda! Soy enviado de mí mismo, y sólo me ha traído aquí el ardiente deseo de saber cuál es mi país y quiénes son mis padres. ¡Eso es todo!

O'Donoghán se sonrió con cierta vanidad.

—¡Ah!, exclamó: ¿Conque es eso lo que usted quiere saber? ¡Pues bien, es verdad, yo puedo decírselo!... Yo lo sé.

—Entonces, dígamelo usted, O'Donoghán, repuso Erik, viendo que su interlocutor vacilaba; dígamelo usted, y yo le prometo el perdón de sus faltas, si las ha cometido, y el agradecimiento, si me es dado hacerlo.

El irlandés fijó una mirada de codicia en la botella de aguardiente.

—La garganta se me seca cuando hablo tanto, dijo con voz pastosa; bebería un poco, si usted me lo permitiera.

—No tengo aquí más, pero irán a buscar al depósito, replicó Erik, entregando la botella a *maese* Hersebom.

Éste se alejó al punto, seguido de Klaas.

—No tardará en volver, dijo el joven, volviéndose hacia el herido. ¡Vamos, buen hombre, no me regatee usted su confianza!... Póngase un momento en mi lugar; suponga que toda su vida ha ignorado el nombre de su país y el de su madre, y que se halla en presencia de un hombre que poseyendo el secreto, se niega a revelárselo al que le acaba de salvar, devolviéndole casi a la vida... Esto sería cruel. ¿No es verdad?... ¡Sería intolerable!... Yo no le pido a usted un imposible... Yo no quiero que se acuse de nada, si tiene algo de qué arrepentirse... Deme usted una indicación, por ligera que sea, para saber adonde debo dirigirme, y no necesitaré más...

—A fe mía, contestó Patricio O'Donoghán evidentemente conmovido, no veo razón para no complacerle. Sabrá usted, pues, que yo era grumete a

bordo del *Cynthia*...

O'Donoghán se interrumpió de pronto. Erik estaba como suspendido de sus labios. ¿Realizaría al fin el deseo de toda su vida? ¿Le sería dado conocer el secreto: el nombre de su familia y el de su patria?... Su esperanza no parecía ahora quimérica; y pendiente de las palabras del herido, fijaba en él su mirada atenta, cual si quisiese absorber ávidamente las frases que iban a salir de sus labios. Por nada del mundo hubiera interrumpido el relato, ni con la menor pregunta ni con el más ligero ademán; y como toda su atención estaba concentrada en Patricio, no observó que detrás de él acababa de surgir una sombra cuya presencia era precisamente la que había hecho enmudecer a O'Donoghán.

—¡El señor Jones!, murmuró el herido con el tono de un escolar, sorprendido en falta.

Erik volvió la cabeza y vio a Tudor Brown de pie delante de un hununOk inmediato, que hasta entonces le había ocultado a sus miradas. La exclamación del irlandés confirmó su sospecha de que Jones y Tudor Brown eran una misma persona.

Apenas había tenido tiempo de formular esta idea, oyó resonar dos disparos en el silencio de aquella soledad, apenas con tres segundos de intervalo, y vio dos cuerpos tendidos en tierra.

Tudor Brown, apuntando con su carabina, había herido en el corazón a Patricio O'Donoghán, que cayó inerte sin poder exhalar una sola queja.

Pero antes de que Tudor Brown tuviera tiempo de bajar su arma, recibía un balazo en la frente y caía de bruces.

—¡Bien hice en volver cuando vi huellas sospechosas en la nieve!, exclamó *maese* Hersebom, reapareciendo con su carabina todavía humeante.

20. El fin del periplo

Erik había proferido un grito, arrodillándose junto a Patricio O'Donoghán, cual si quisiera recoger su último aliento, la última esperanza que le quedaba...; pero el irlandés estaba bien muerto esta vez, y se llevaba su secreto a la tumba. En cuanto a Tudor Brown, su cuerpo se estremeció, agitado por una convulsión suprema; sus manos dejaron escapar el arma que oprimían, y el infame expiró sin pronunciar una palabra.

—¡Padre!... ¿Qué ha hecho usted?, exclamó Erik con acento de amargura. ¿Por qué suprimir la última probabilidad que me quedaba para conocer el misterio de mi vida? ¿No hubiera sido mejor lanzarnos contra ese hombre y desarmarle?

—¿Y crees tú que nos hubiera dado tiempo para eso?, replicó *maese* Hersebom. Su segundo tiro estaba destinado para ti... ¡no lo dudes!... He vengado la muerte de ese infeliz, castigando el crimen de la Calzada, y tal vez otros que ignoramos... ¡Suceda lo que quiera, no me arrepiento!... Por otra parte, ¿qué importa el misterio de tu vida, hijo mío, en una situación como la nuestra? ¡Lo más probable es que muy pronto vayamos a preguntárselo a Dios!

Apenas acababa Hersebom de pronunciar estas palabras, oyóse el estampido de un cañonazo, que el eco repitió entre los bancos y las montañas de hielo: hubiérase dicho que era una respuesta a las palabras con que el viejo pescador expresaba su amargura, o más bien a los dos tiros que habían resonado en el banco de hielo.

—¡El cañón del *Alaska*!... ¡Nos hemos salvado!, gritó Erik, encaramándose a un montículo de hielo, para explorar con la vista el mar sin límites.

Al pronto, no vio nada más que los icebergs, impelidos por la brisa y balanceándose a la luz del sol; pero *maese* Hersebom, que había vuelto a cargar su carabina, disparó al aire y otro cañonazo le contestó al punto.

Esta vez Erik divisó claramente una columna de humo negro, elevándose

hacia el azul del cielo por la parte del Oeste; varios tiros y cañonazos, disparados a intervalos de cinco minutos, sirvieron entonces de señal, y muy pronto el *Alaska*, dejando atrás una montaña de hielo, apareció avanzando a todo vapor hacia el Norte del banco.

Erik y Hersebom se habían precipitado uno en brazos de otro, llorando de alegría; agitaban sus pañuelos y arrojaban sus gorros al aire, valiéndose de todos los medios para llamar la atención de sus amigos.

El *Alaska* se detuvo por fin; una ballenera se destacó de su costado, y a los veinte minutos tocaba en el banco de hielo.

¿Cómo expresar la profunda alegría del doctor Schwaryencrona, de Bredejord, del señor Malarius y de Otto al encontrar sanos y salvos a los que creían ya perdidos?

De una y otra parte se contaron cuanto había sucedido; hablóse de los temores y desesperación de la noche anterior, de las inútiles llamadas, y de la impotente cólera de los tres amigos. El *Alaska*, al verse casi libre de hielos al rayar el día, sirvióse de la dinamita para desembarazarse de los que aún le rodeaban; Rosewitz se encargó del mando, en su calidad de segundo oficial, e inmediatamente emprendióse la marcha en busca del banco flotante, siguiendo la dirección del viento que lo había arrastrado. Aquella navegación entre los hielos que se movían por todas partes, fue la más peligrosa que el *Alaska* había efectuado; pero gracias a la práctica de la tripulación, aleccionada por el constante celo de su joven capitán, gracias a la experiencia y a la precisión en las maniobras, habíase conseguido avanzar sin tropiezo entre aquellas masas errantes. El *Alaska* se pudo aprovechar, además, de la circunstancia de que siguiendo la misma dirección de los hielos, adelantábase a ellos debido a su mayor celeridad. Los esfuerzos no fueron inútiles, pues a las nueve de la mañana se divisó el banco, pudiéndose reconocer hasta su forma desde la punta del palo mayor, y muy pronto el ruido de dos detonaciones de arma de fuego infundió la esperanza de que los naufragos estaban allí.

Lo demás importaba ya poco; ahora se iba a singlar directamente hacia el Atlántico, y difícil sería que no se llegara, aunque fuese a la vela, si faltaba carbón.

—¡Nada de vela!, exclamó Erik. Tengo dos nuevas ideas; la primera es hacernos remolcar por el banco mientras vaya hacia el Sur o el Oeste, lo

cual evitará una incesante lucha con los icebergs, que nuestra balsa despejará a su paso; la segunda se reduce a recoger el combustible necesario para terminar el viaje cuando nos convenga recobrar nuestra autonomía.

—¿Qué quieres decir?, preguntó el doctor, sonriendo. ¿Te parece que el banco de hielo encierra en sus costados alguna mina o depósito de hulla?

—No precisamente una mina de hulla, contestó Erik, pero sí algo que viene a ser lo mismo; es decir, una mina de carbón animal en forma de grasa de morsa. Quiero hacer la prueba, puesto que tenemos un aparato fabricado expresamente para este género de combustible.

Ante todo, se tributaron los últimos deberes a los muertos, arrojándolos al agua con una bala en los pies.

Hecho esto, el *Alaska* abordó el banco de manera que pudiera seguir su movimiento, protegiéndose con su masa, lo cual permitió trasladar otra vez a bordo los víveres desembarcados, que importaba mucho no perder; y terminada esta operación, el buque se amarró a la extremidad Norte del banco de hielo, donde mejor podía preservarse de las moles flotantes. Erik se había cerciorado ya de que así se podían avanzar seis nudos por término medio, lo cual era suficiente hasta nueva orden, puesto que ya no debía inquietarse por la presencia de los icebergs.

Mientras el banco avanzaba majestuoso hacia el Sur, como un continente que deriva remolcando a una península, la caza de morsas se efectuó con toda regularidad.

Dos o tres veces al día varios tripulantes, armados de carabinas y arpones, y seguidos de los perros groenlandeses, desembarcaban en el campo de hielo y sitiaban a las morsas dormidas junto a sus agujeros. Un balazo en la cabeza las dejaba sin vida; descuartizábanse después, extraíase la grasa, y se cargaba en los trineos, que los perros conducían al buque. Esta cacería era tan fácil y fructuosa, que al cabo de ocho días el depósito quedó completamente lleno de grasa.

El buque, remolcado siempre por el banco, hallábase entonces a los 40° de longitud Este, es decir, que había dejado ya atrás y al Sur Nueva Zembla.

El banco de hielo estaba ya reducido a la mitad, resquebrajado y lleno de profundas grietas que revelaban su próxima descomposición; aproximábase el momento en que aquella isla iba a disolverse; pero Erik no quiso esperarlo y dio orden de levar anclas enderezando el rumbo al Oeste.

La grasa de morsa, utilizada al punto en la caldera *ad hoc* de que el *Alaska* iba provisto, juntamente con una escasa cantidad de hulla, resultó ser un combustible excelente; sólo tenía el defecto de ensuciar mucho la chimenea, lo cual exigió limpiarla de continuo. En cuanto a su olor, que hubiera sido muy desagradable para una tripulación meridional, sólo era un inconveniente muy secundario para suecos y noruegos.

Gracias a este recurso, el *Alaska* pudo navegar con vapor hasta última hora, franquear rápidamente, a pesar de los vientos contrarios, la distancia que aún le separaba de los mares de Europa, y llegar el 5 de septiembre a la vista del cabo de Norte, en Noruega. Sin detenerse en Tromsøe, como hubiera podido hacerlo en caso de necesidad, prosiguió activamente su marcha, contorneó la península escandinava, pasó de nuevo por el Skager-Rack, y volvió a su punto de partida.

El 14 de septiembre anclaba a la vista de Estocolmo, en las mismas aguas de donde partió el 10 de febrero anterior.

Así pues, habíase recorrido en siete meses y cuatro días el primer periplo circumpolar por un navegante de veintidós años.

Esta hazaña geográfica, que completaba y comprobaba tan rápidamente la expedición de Nordenskjöld, debía ser muy pronto para Erik un triunfo ruidoso; mas los diarios y revistas no podían explicar, desde luego, todo su mérito. Sólo algunos iniciados se hallaban en situación de apreciarlo, existiendo, sin embargo, una persona que miraba todo aquello con la mayor indiferencia: Kajsa.

Después de escuchar el relato del viaje, limitóse a decir, por todo comentario, con cierta sonrisa de superioridad:

—¡Qué poco criterio supone exponerse así voluntariamente a semejantes peligros!

Y apenas tuvo ocasión, díjole a Erik con sorna:

—¡Vamos, ya está usted libre por fin de ese enojoso asunto, ahora que el decantado irlandés ha muerto!

¡Qué diferencia había entre aquel juicio seco y frío y la cariñosa carta, llena de ternura, que Erik recibió muy pronto de Noroé! Vanda le hablaba de sus angustias y las de su madre durante aquellos largos meses; decíale que su pensamiento no dejó nunca de estar con los viajeros; y que Catalina y ella creyeron volverse locas de alegría al saber que la expedición se hallaba ya en Estocolmo. Vanda manifestaba a Erik que si los resultados del viaje no eran tan favorables como esperaba, no debía afligirse demasiado, puesto que, a falta de su verdadera familia, siempre tenía en el pueblecillo de Noroé una que le amaba tiernamente. La joven suplicaba a Erik que fuese pronto a verlas, pues le consideraban como suyo y no querían renunciar a él. Todos esperaban que no le faltaría medio de ir a pasar un mes a Noroé; éste era el más ardiente deseo de su madre adoptiva y de su hermanita Vanda.

A la epístola acompañaban tres florecitas, recogidas a orillas del fiordo, y cuyo perfume evocó en Erik el recuerdo de su alegre infancia. ¡Ah! ¡Qué dulces eran estas cosas para su pobre corazón entristecido, y cómo aliviaban la última amargura de la expedición!

Sin embargo, muy pronto fue preciso dejarse llevar por la corriente que debía poner en el candelero al joven capitán. El viaje del *Alaska* era un acontecimiento tan notable como la expedición del *Vega*; el nombre de Erik se asociaba en todas partes con el de Nordenskjold, y los diarios no hablaban más que del nuevo periplo. Se hablaba de empavesar los buques de todas las naciones, anclados en Estocolmo, en honor de aquella victoria náutica; y Erik sorprendido y confuso, veíase asediado en todas partes por las ovaciones reservadas a los triunfadores. Las sociedades científicas iban en comisión a felicitar al comandante y a la tripulación del *Alaska*, y el Gobierno proponía una recompensa nacional.

Tantos elogios y tanto ruido molestaban a Erik, pues la conciencia le decía que su empresa había obedecido principalmente a consideraciones personales, y tenía escrúpulos en apropiarse una gloria que, cuando menos, le parecía exagerada. Por eso aprovechó la primera ocasión que tuvo para decir francamente lo que había ido a buscar en los mares del Polo, declarando que también el afán de conocer el secreto de su nacimiento y de su origen le impelieron a emprender el viaje. La ocasión

que Erik deseaba se presentó bajo la forma de un joven imberbe, pequeño, pero vivaz como una ardilla, agregado en calidad de corresponsal a uno de los principales diarios de Estocolmo, y que se presentó a bordo del *Alaska* para solicitar el favor de una entrevista personal con el joven comandante. El objeto del dinámico periodista, reduciase a obtener de Erik datos par escribir una biografía de cien líneas; y por cierto que no podía dirigirse a mejor fuente ni encontrar persona más dispuesta a complacerle. Erik tenía sed de dar a conocer la verdad, proclamando que no merecía ser considerado como un Cristóbal Colón.

Refiriólo, pues, todo sin reticencias, relató su historia, explicó de qué modo le había recogido en el mar un pobre pescador de Noroé, y cómo le educó el señor Malarius; habló de la protección que le había dispensado el doctor Schwaryencrona, llevándole a Estocolmo; manifestó cómo se llegó a saber que Patricio O'Donoghán poseía el secreto y que se hallaba a bordo del *Vega*; extendióse sobre los detalles del viaje emprendido para ir en su busca, exponiendo por qué causas fue preciso cambiar el itinerario; y, por último, habló de los incidentes de su desembarco en la isla de Liakow y al cabo Cheliuskin... Erik decía todo esto para eludir, en cierto modo, los elogios que se le tributaban, y por no creer justas las alabanzas de que era objeto por lo que a él le parecía tan natural y sencillo.

Y entretanto, el lápiz del periodista, el señor Squirrelius, corría en el papel con vertiginosa rapidez: los datos, los nombres, los menores detalles, todo estaba apuntado; y el redactor se decía, loco de contento, que no serían cien líneas las que iba a escribir, sino seiscientas, porque era preciso hacer un relato palpitante, conmovedor, que interesara tanto como un folletín.

Al día siguiente, la biografía llenaba tres columnas del diario que más circulaba en Suecia, y, como sucede siempre en semejante caso, la sinceridad de Erik, lejos de disminuir sus méritos, los puso de relieve, por la modestia que revelaba y por el interés novelesco de su historia. La prensa y el público se apoderaron del relato con avidez; y aquellos datos biográficos, traducidos muy pronto a todas las lenguas, no tardaron en circular por Europa.

Así fue como, publicados en un diario francés, llegaron cierta noche al modesto salón de una antigua casa situada en la calle de Varennes.

Sólo había dos personas en la estancia: una señora vestida de negro, de

cabello blanco, aunque al parecer joven todavía, y cuyas facciones expresaban una tristeza profunda. Junto a una mesita, trabajaba maquinalmente en un bordado, mientras que su mirada distraída, fija en la sombra del espacio no iluminado por la luz del quinqué, parecía revelar que la dama estaba absorta en algún doloroso recuerdo.

Al otro lado de la mesa, un anciano de elevada estatura revisaba con aparente indiferencia el diario que un criado acababa de entregarle.

Era el señor Durrien, cónsul general y secretario de la Sociedad Geográfica, el mismo que se hallaba en Brest, en casa del prefecto marítimo, cuando el Alaska visitó aquel puerto.

Sin duda a causa de esta circunstancia, el nombre de Erik llamó particularmente su atención, pues al leer el artículo biográfico consagrado al joven navegante sueco, estremeciéndose de pronto y volvió a leer con el mayor detenimiento. Poco a poco sus facciones palidieron intensamente; un temblor nervioso agitó sus manos, y su turbación se reveló de tal modo, que su silenciosa compañera no pudo menos de observarla.

—¿Se siente usted indispuesto, padre mío?, preguntó con solicitud.

—Yo... creo que se ha encendido la chimenea demasiado pronto... Voy a mi despacho para tomar un poco el aire... no es nada... un malestar pasajero, contestó el señor Durrien, levantándose para pasar a la habitación contigua.

Como por descuido, llevóse el diario que tenía en la mano; pero si a la dama le hubiera sido dado leer en el pensamiento de su padre, habría visto entre los tumultuosos pensamientos que llenaban su espíritu, la decidida intención de sustraer el diario a las miradas de su hija. Por un momento, la dama estuvo a punto de seguir al señor Durrien a su habitación; mas parecióle que deseaba estar solo y sometióse discretamente a su capricho.

Poco después se tranquilizó al oír a su padre ir y venir, pasear de un lado a otro, y abrir y cerrar la ventana.

Al cabo de media hora, sin embargo, resolvióse a entreabrir la puerta para ver qué hacía, y observó que estaba sentado a su mesa escribiendo una carta; pero no se fijó en un detalle, y era que el anciano tenía los ojos llenos de lágrimas.

21. Una carta de París

Desde su regreso a Estocolmo, Erik recibía casi diariamente de todos los países de Europa una voluminosa correspondencia; las Sociedades científicas y particulares le dirigieron sus felicitaciones; los Gobiernos extranjeros le confirieron honores o recompensas, y los armadores o comerciantes solicitaban algún dato aplicable a sus intereses. Por eso no le sorprendió recibir cierta mañana dos cartas con el matasellos de París.

La primera era una invitación de la Sociedad Geográfica de Francia para él y para sus compañeros de viaje, a fin de que fuera a recibir personalmente una medalla de honor, que se debía entregar en sesión solemne «al autor del primer periplo circumpolar por los mares árticos».

El segundo pliego, o mejor dicho, carta, hizo estremecer a Erik al rasgar el sobre, porque tenía a manera de sello, en el lacre que la cerraba un medallón grabado, con las iniciales E. D., rodeadas de la divisa *Semper ídem...* Tanto las iniciales como la divisa se reproducían en el ángulo de la carta, que era de *monsieur* Durrien, y decía así:

Querido hijo mío (permítame darle este nombre de todos modos): Acabo de leer en un diario francés una nota biográfica traducida del sueco, y que me ha trastornado más de lo que nadie pudiera imaginar. Esta biografía se refiere a usted; y si he de creer lo que en ella se dice, parece que hace unos veintidós años le recogió a usted en el mar un pescador noruego de los alrededores de Bergen, que le encontró en un salvavidas marcado con el nombre *Cynthia*. El artículo consigna también que el viaje ártico emprendido por usted tuvo por objeto especial encontrar un marinero que había sobrevivido al naufragio del buque de aquel nombre, ocurrido en 1858, a la altura de las islas Feroe; y según se dice, regresó usted de la expedición sin haber averiguado nada por aquel individuo.

Si todo esto es verdad (¡oh, cuánto daría porque lo fuese!), le pido a usted por favor que sin perder un minuto corra al telégrafo para decírmelo.

Porque en este caso, hijo mío (ya comprenderá usted mi impaciencia y mi

alegría), en este caso sería usted mi nieto aquél a quien lloro hace tantos años, aquél a quien creía perdido para siempre, aquél que mi hija, mi pobre hija, cuyo corazón está lacerado por el dolor desde el drama del *Cynthia*, llora también sin cesar y reclama todos los días, porque es su único hijo, el consuelo a la par que la desesperación de su viudez...

Encontrarle vivo y cubierto de gloria sería una felicidad demasiado extraordinaria, demasiado inesperada; y no me atrevo a creer en ella hasta que una palabra de usted me autorice a ello... ¡Y sin embargo esto parece ahora tan verosímil!... ¡Los detalles y las fechas concuerdan tan rigurosamente!... ¡La fisonomía de usted y sus ademanes me recuerdan muy bien a mi desgraciado yerno; y en la única ocasión que la casualidad nos reunió a usted y a mí en Brest, me inspiró usted, sin explicarme por qué, una simpatía tan súbita como profunda...! ¡Parece Imposible que todo esto no tenga una razón de ser!

¡Una palabra, una palabra al momento por telégrafo!... No viviré hasta la llegada del telegrama.

¡Ojalá me dé la contestación que espero, y que tan ardientemente deseo!
¡Ojalá traiga para mi pobre hija y para mí una felicidad que hará olvidar toda una vida de pesares y de lágrimas!

E, Durrien,
Cónsul general honorario,
104, calle de Varennes, París.

A esta carta acompañaba una nota justificativa, que Erik leyó con avidez; estaba escrita también de mano de *monsieur* Durrien, y decía lo siguiente:

Yo era Cónsul de Francia en Nueva Orleáns cuando mi hija única, Catalina, casó con un joven francés llamado Jorge Durrien, pariente lejano y de origen bretón, como nosotros. Jorge, que era ingeniero de minas, iba a los Estados Unidos para explorar unos yacimientos de petróleo recientemente descubiertos, y proponíase permanecer en el país algunos años. Recibido en mi casa con las consideraciones debidas a un hombre de su mérito, y como llevaba nuestro nombre, le concedí con mucha satisfacción la mano de mi hija cuando me la pidió. Poco tiempo después del matrimonio se me destinó inopinadamente para el consulado de Riga, y viéndose mi yerno obligado a permanecer en los Estados Unidos por

causa de considerables intereses, debí dejar allí a mi hija. Al cabo de algún tiempo dio a luz un niño, que fue bautizado con mis nombres y el de su padre, y se llamó, por lo tanto, Emilio Enrique Jorge. Seis meses después mi yerno murió a consecuencia de cierto accidente en una mina; y después de arreglar sus asuntos, mi pobre hija, viuda a los veinte años, se embarcaba en Nueva York, en el *Cynthia*, con destino a Hamburgo, para reunirse conmigo por la vía más directa.

El 7 de octubre de 1858 el *Cynthia* naufragaba al Este de las islas Feroe; las circunstancias de este naufragio parecieron después sospechosas y no se han explicado nunca bien; pero de todos modos, el hecho es que en medio del desastre, en el momento mismo en que los pasajeros pasaban a la chalupa, mi nieto, de siete meses de edad, que su madre acababa de sujetar a un salvavidas, resbaló o fue empujado al mar y desapareció arrastrado por la borrasca.

Mi hija, loca de dolor ante aquel terrible espectáculo, quiso perecer en las olas, pero fue salvada a viva fuerza; pusiéronla, desvanecida, en una embarcación donde se hallaban otras tres personas, y ésta fue la única que se salvó. Los náufragos llegaron al cabo de cuarenta y nueve horas a una de las islas Feroe; y después de siete semanas de mortal angustia, tuve la satisfacción de recibir a mi hija, gracias a los cuidados de un marinero que la había salvado y me la trajo; este buen hombre, llamado Juan Deuman, murió después en el Asia Menor. Hallándose a mi servicio.

No teníamos la menor esperanza de que la pobre criatura hubiera podido sobrevivir al naufragio; pero di orden de practicar investigaciones en las islas Feroe, en las Shetland y en la costa noruega, al Norte de Bergen. Parecíame inadmisible la idea de que el salvavidas hubiese ido más lejos; mas a pesar de todo, sólo renuncié a mi investigación al cabo de tres años, y para que en Noroé no se supiera nada, preciso es que este pueblo esté muy lejano o no tenga relaciones directas con la costa.

Una vez perdida toda esperanza, conségreme exclusivamente a mi hija, cuya salud exigía los mayores cuidados. Poco tiempo después conseguí que se me destinara al Oriente, y procuré distraerla con viajes y empresas científicas; ella fue la compañera inseparable de todos mis trabajos; pero jamás pude curarla de su tristeza. Al cabo de dos años pedí mi retiro y volvimos a Francia.

Ahora habitamos alternativamente en París y en la antigua casa que poseo

en Val-Feray, cerca de Brest.

¿Tendremos la dicha de ver entrar en ella a mi nieto, al que se llora hace tan tos años? Esta esperanza es demasiado hermosa para que me atreva a comunicársela a mi hija hasta que se convierta en una certidumbre. Esto sería una verdadera resurrección... ¡Y sin embargo, si ahora fuese preciso renunciar a la idea, la decepción sería muy cruel!

Hoy es lunes; en el correo me dicen que el sábado próximo podré recibir contestación.

Apenas hubo terminado Erik esta lectura las lágrimas oscurecieron su vista; él también temía entregarse demasiado pronto a la esperanza que se le hacía concebir. Sin embargo, repetíase a cada momento que todas las coincidencias encajaban, que las fechas y los menores detalles concordaban; pero esto era demasiado hermoso y no se atrevía a creer en ello. ¡Hallar a la vez su familia, su verdadera madre y su patria!... ¡Y qué patria!... La misma que él hubiera elegido entre todas, porque encarna en cierto modo las grandezas, las gracias y los dones supremos de la humanidad, porque en ella han ido a reunirse y confundirse el genio de las civilizaciones antiguas, la llama y el espíritu de los tiempos modernos.

Erik temía que todo esto fuera un sueño. ¡Tantas veces habían quedado burladas sus esperanzas!... Tal vez el doctor desvanecería con una sola palabra todas sus ilusiones, y por ello quería consultarle ante todo.

El doctor leyó atentamente los documentos, interrumpiéndose varias veces para proferir una exclamación de sorpresa o de alegría.

—No hay, dijo al fin, ni el menor asomo de duda; todos los detalles concuerdan rigurosamente, aun aquellos que tu correspondiente no hace mención; es decir, las iniciales de la ropa y la divisa grabada en el chupón... ¡Hijo mío, esta vez has encontrado a tu familia! Es preciso enviar inmediatamente el telegrama a tu abuelo.

—Pero ¿qué le diré?, preguntó Erik, pálido de alegría.

—Dile que mañana tomarás el tren para ir a abrazar a tu madre y a él.

El joven capitán no se detuvo más que para estrechar la mano del buen

doctor y, subiendo a un coche, corrió al telégrafo.

El mismo día salió de Estocolmo, tomó el tren que debía conducirle a Malmoe, en la costa Noroeste de Suecia; cruzó el estrecho en veinte minutos, tomó en Copenhague el expreso de Holanda y Bélgica, y después en Bruselas el tren de París.

El sábado a las siete de la noche, precisamente a los seis días de haber echado *monsieur* Durrien su carta en el correo, tuvo la inmensa alegría de recibir a su nieto en la estación del Norte; varios telegramas expedidos por Erik durante el viaje calmaron la impaciencia del buen anciano.

Por fin el tren penetró ruidosamente bajo la alta cúpula de cristal de la estación; el señor Durrien y su nieto se abrazaron con la mayor efusión; habían vivido tanto con el pensamiento en aquellos últimos días de espera, que les parecía haberse conocido siempre.

—¿Y mi madre?, preguntó Erik.

—No he osado decírselo todo hasta que te tuviera conmigo, hijo mío, contestó el señor Durrien, adoptando de inmediato ese tó dulce como una caricia maternal, que muchas lenguas envidian al francés.

—¿No sabe aún nada?

—Lo sospecha, lo teme y lo espera. Desde que recibí tu telegrama la preparo lo mejor que puedo para la inmensa alegría que la espera; le he dicho que sigo una huella indicada por un oficial sueco, a propósito de un joven marino a quien conocí en Brest, y de quien le he hablado con frecuencia... Tu madre no sabe nada, vacila todavía; pero me parece que sospecha algún acontecimiento imprevisto. Esta mañana, cuando almorzábamos, me costó mucho ocultar mi impaciencia, y noté que mi hija me observaba atentamente... Hasta creí dos o tres veces que iba a pedirme una explicación formal... Mucho lo temía, lo confieso, pues si alguna mala inteligencia o un súbito contratiempo, o una inesperada desgracia nos affligiera de pronto... Por eso no he merendado con mi hija esta tarde; me he valido de un pretexto para sustraerme a tan intolerable situación.

Sin esperar el equipaje, el señor Durrien y Erik subieron a un coche que les condujo rápidamente a la casa.

La señora Durrien, sola en el saloncito de la calle de Varennes, esperaba con impaciencia el regreso de su padre, el cual no se había engañado al temer que se le pidiese una explicación a su llegada. Su hija se había mostrado inquieta desde que el señor Durrien comenzó a recibir telegramas, llamándole la atención sus continuas idas y venidas y el doble sentido que, al parecer, encerraban todas sus frases; estaba acostumbrada a que su padre le comunicase sus menores impresiones, como ella lo hacía, y no podía comprender que se le ocultara cosa alguna. Varias veces estuvo a punto de pedirle explicación del enigma, pero abstúvose porque pensó que su padre estaba resuelto a no decir nada.

«Sin duda me prepara alguna sorpresa, se decía la señora Durrien; no le privemos de esa satisfacción».

Pero en los dos o tres últimos días que precedieron a la llegada de Erik, y particularmente en la mañana del último, no pudo menos de extrañar la impaciencia que revelaban todos los movimientos de su padre, la expresión de contento que animaba su mirada, y la insistencia con que repetía sus alusiones al desastre del *Cynthia*, tanto tiempo evitadas. De improviso, una especie de luz iluminó el espíritu de la señora Durrien; comprendió vagamente que ocurría algo nuevo, que su padre creía, con razón o sin ella, tener un indicio favorable, y que tal vez abrigaba la esperanza, tanto tiempo acariciada, de encontrar a su hijo; pero no suponía que las cosas estuviesen tan adelantadas. De todos modos, estaba resuelta a pedir explicaciones de todo.

La señora Durrien no había renunciado nunca definitivamente a la idea de que el ser tan llorado viviese aún, pues mientras una madre no ve por sus propios ojos el cadáver de su hijo, niégase a reconocer, por decirlo así, tan irreparable pérdida. Piensa que los testigos pueden haberse equivocado; confía siempre en la posibilidad de una vuelta repentina; y hasta podría decirse que la espera; miles de madres de soldados y de marinos han acariciado tan conmovedora ilusión, y la señora Durrien tenía más derechos que otra cualquiera para esperar. Al cabo de veintidós años, la trágica escena se le representaba tan claramente como el día en que ocurrió; veía el *Cynthia* invadido por las aguas y a punto de irse a pique a cada ola que lo barría; parecíale hallarse en el momento en que con sus propias manos ataba la cuna a un ancho salvavidas, cuando pasajeros y tripulantes se agolpaban en las chalupas, en tanto que ella, quedándose atrás, suplicaba que recogiesen el niño. Un hombre le arrebatava de las

manos su preciosa carga; hacíanla pasar a un bote, al que casi en el mismo instante inundaba una enorme ola; después, poseída de horror veía la ola, que rasando el casco del buque, arrastrada por la tempestad e impelida por el viento que hinchaba la muselina de la cuna, se llevaba su presa cual si fuese una paja. Entonces profirió un grito desgarrador, que dominó todos los demás; hubo una lucha cuerpo a cuerpo, lanzóse al agua, y ya no supo lo que sucedió... Después despertó como de un sueño, para entregarse a una desesperación sin fin, a la fiebre y al delirio que no la abandonaba ni un momento. Más tarde el dolor incesante, las inútiles pesquisas y la convicción de su impotencia, produjeron una incurable melancolía... ¡Oh! Sí: la pobre mujer recordaba muy bien todo esto; y tan fuerte había sido la sacudida que sufrió en aquel drama, que todo su ser parecía quebrantado para siempre. Hacía ya veintidós años que habían sucedido estos acontecimientos, y la señora Durrien lloraba a su hijo como el primer día; su corazón maternal, concentrándose en su dolor, consumíase lentamente en la lúgubre contemplación de un recuerdo imborrable.

Por una especie de espejismo moral figurábase a veces que su hijo pasaba por las fases sucesivas de la infancia, de la adolescencia y de la edad viril; de año en año representábasele como hubiera debido ser, o como era tal vez, pues siempre conservaba una especie de tenaz creencia en la posibilidad de su regreso; contra esta vaga esperanza nada hubiera prevalecido; ni las inútiles pesquisas, ni el tiempo transcurrido.

He aquí por qué aquella noche esperaba a su padre con la firme resolución de poner en claro sus sospechas.

El señor Durrien entró seguido de un apuesto joven, a quien presentó a su hija en estos términos:

—Catalina, aquí tienes al señor Erik Hersebom, de quien te he hablado con frecuencia, y que acaba de llegar a París. La Sociedad Geográfica debe conferirle una medalla de honor, y este joven me honra aceptando nuestra hospitalidad.

Habíase acordado en el coche comenzar así; Erik hablaría más tarde, incidentalmente, del niño recogido en Noroé, y se trataría de llegar poco a poco a la confesión de su identidad; pero cuando el joven se halló en presencia de su madre, faltóle la fuerza para desempeñar su papel; sus mejillas se cubrieron de una palidez mortal, e inclinóse profundamente sin

decir una palabra.

La señora Durrien se había levantado de su asiento, y mirábale con expresión bondadosa; pero de pronto sus ojos se dilataron, un temblor agitó sus labios y sus manos se tendieron hacia él.

—¡Hijo mío!, exclamó. ¡Hijo mío!

Y adelantándose hacia Erik, repitió.

—¡Sí; tú eres mi hijo; eres el vivo retrato de tu padre!...

Y mientras Erik, dejando correr sus lágrimas, se arrodillaba a los pies de su madre, la pobre mujer, loca de alegría y de felicidad, se desmayaba al coger entre sus manos la cabeza del hijo adorado para estampar un beso en su frente.

22. El Val-Feray. —Conclusión

Apenas transcurrido un mes desde que Erik había encontrado al fin a su madre, una fiesta íntima reunió en Val-Feray, a media legua de Brest, a toda la familia adoptiva del joven capitán, invitada por el señor Durrien, cuya hija, dando una prueba de su delicadeza, había querido asociar a su inefable alegría, a las sencillas y honradas personas que habían salvado a Erik. La señora Durrien quiso que Catalina, Vanda, *maese* Hersebom y Otto acompañaran en el viaje al doctor Schwaryencrona, que iba con Kajsa, el señor Bredejord y el señor Malarius.

En medio de aquella salvaje naturaleza bretona, cerca de aquel sombrío mar armoricano, sus huéspedes noruegos debían estar seguramente más en su centro que en la calle de Varennes; y, en efecto, diariamente se daban grandes paseos por los bosques, comunicábanse unos a otros detalles no citados sobre la vida de Erik; zurcíanse, por así decirlo, los fragmentos de su historia, aun oscura, y poco a poco dejaron de ser inexplicables algunos hechos, y se hizo la luz en otros, después de prolongadas conversaciones y debates.

En primer lugar, ¿quién era Tudor Brown? ¿Por qué tenía tanto empeño en impedir que Patricio O'Donaghan facilitase a Erik las noticias necesarias para que encontrase a su familia?

Una palabra del desgraciado irlandés bastaba para dar la explicación. Tudor Brown se llamaba en realidad Jones, único nombre con que O'Donaghan le conocía; Noah Jones era socio del padre de Erik en la explotación de un yacimiento de petróleo descubierto por el joven ingeniero en Pennsylvania; y sólo este hecho bastaba para arrojar una luz siniestra sobre acontecimientos que durante largo tiempo habían sido un misterio. El naufragio sospechoso del *Cynthia*, la caída del niño al mar, y tal vez la muerte del padre de Erik, eran circunstancias que seguramente tenían por origen una escritura de sociedad hallada por el señor Durrien entre los papeles del difunto, y que él aclaró con algunos comentarios.

—Algunos meses antes de su casamiento, dijo a los amigos de Erik, mi

yerno había descubierto cerca de Harrisburg un yacimiento de petróleo; pero faltábale el capital necesario para asegurar la propiedad, y veíase expuesto a perder todas las concesiones. La casualidad le puso en relaciones con Noah Jones, que pretendía ser traficante de ganado del Far-West, pero que no era en realidad más que un negrero de la Carolina del Sur, según se supo más tarde. Este individuo se comprometió a entregar la suma necesaria para la compra del yacimiento Vandalia y su explotación; pero exigió que Jorge firmara un tratado leonino. Yo ignoraba, al casarse mi hija lo que en él se había estipulado; y, según parece, ni el mismo Jorge pensaba ya en el asunto, pues era muy poco práctico en semejantes negocios. Bien reputado por más de un concepto, buen matemático, químico y mecánico notable, no entendía una palabra en cuestión de contratos, y había pagado dos veces con una buena fortuna su falta de práctica en este punto. Es indudable que Noah Jones se aprovechó de esto, y que Jorge firmó a ojos cerrados la escritura que se sometió a su aprobación, cuyos principales artículos, extractados de la fraseología anglosajona que los embozaba, eran los siguientes:

Art. 3.º La propiedad del yacimiento Vandalia será indivisa entre el descubridor, señor Jorge Durrien, y el comanditario, señor Noah Jones.

Art. 4.º El señor Noah Jones tendrá a su cargo la administración de todos los fondos por él entregados para la explotación de la mina, venderá los productos, hará el ingreso en caja y saldará los gastos, debiendo presentar justificantes todos los años a su asociado, y compartirá con él los productos líquidos. El señor Jorge Durrien dirigirá los trabajos y servicios técnicos de la explotación.

Art. 5.º En el caso de que uno de los propietarios asociados deseara vender su parte, deberá ofrecérsela con preferencia a su socio, dándole tres meses de término para aceptar, y, en caso de comprarla quedará como propietario único, pagando el capital al 3 por 100 de la renta líquida consignada en el último inventario.

Art. 6.º Solamente los hijos de cada uno de los dos asociados heredarán sus derechos. A falta de sucesión del difunto, o en caso de muerte antes de cumplir veinte años el hijo o los hijos del socio finado, toda la propiedad pertenecerá al socio que sobreviviere, con exclusión de todos los herederos del difunto.

Este último artículo se funda en ser diferente la nacionalidad de los dos

asociados, y por las complicaciones que pudieran suscitarse en los procedimientos.

—Tal era, continuó el señor Durrien, el contrato que mi yerno firmó en una época en que no pensaba todavía en casarse, y en que todo el mundo ignoraba, excepto Jonah Jones, tal vez, el inmenso valor que debía adquirir el yacimiento Vandalia. Era entonces la época de las pruebas y de los desengaños, y tal vez Jones deseaba que su asociado se disgustara del negocio, y exageraba las dificultades para obtener a poco precio la propiedad exclusiva. El casamiento de Jorge con mi hija, el nacimiento del niño, y el prodigioso valor que adquirió de pronto el yacimiento, modificaron completamente la situación. Jones no podía en adelante hacerse dueño de la propiedad por una escasa suma; mas para que le perteneciera por completo, bastaba que Jorge primeramente, y después su único heredero, desaparecieran del mundo. Ahora bien; dos años después de su matrimonio, y a los seis meses del nacimiento del niño, Jorge fue encontrado muerto junto a un pozo de extracción, asfixiado, según dijeron los médicos, por gases demasiado fuertes. Yo no estaba ya en los Estados Unidos, por haberse me nombrado cónsul en Riga, de modo que un procurador hubo de arreglar los asuntos de la sucesión. Noah Jones, sin oponer dificultades, accedió a las proposiciones hechas por mi hija, conviniéndose en que él seguiría explotando el yacimiento, y entregaría por semestres en el Banco Central de Nueva York la parte de los beneficios líquidos que correspondieran al niño. Desgraciadamente, Noah Jones obraba de mala fe, pues ni siquiera abonó el primer semestre... Mi hija se embarcó entonces a bordo del *Cynthia* para reunirse conmigo, y el buque naufragó en condiciones tan sospechosas, que la compañía de seguros consiguió eximirse de toda responsabilidad, y en el desastre desapareció el único heredero de Jorge. Desde entonces, Noah Jones fue único propietario del Vandalia, que le ha producido hasta aquí, por término medio, un millón de francos de renta anual.

—¿Y no había usted sospechado nunca la intervención de aquel hombre en esos dramas sucesivos?

—Ciertamente había sospechado, y era demasiado natural que semejante acumulación de pretendidos accidentes, que tendían todos al mismo objeto, me pareciera demasiado clara; pero ¿cómo dar cuerpo a mis sospechas y formularlas, sobre todo, ante un tribunal? Yo tenía sólo datos

vagos sobre el hecho, y no ignoraba, además, que poco se puede contar con los tribunales en una cuestión internacional de esta especie. Por otra parte, debía ocuparme, ante todo, en consolar a mi hija, o por lo menos distraerla, y un proceso no hubiera servido más que para reavivar su profunda pena, prescindiendo de que se hubiera creído que la avaricia era el único móvil de mis gestiones. En una palabra, me resigné al silencio, y no creo que hice mal, porque estoy seguro que no habría obtenido ningún resultado. Ustedes mismos pueden ver cuan difícil es, aun hoy, reuniendo todas nuestras impresiones y los hechos conocidos, llegar a una conclusión precisa.

—¿Pero cómo se explica en todo eso el papel de Patricio O'Donoghán?, preguntó el doctor Schwaryencrona.

—En este punto, como en otros muchos, contestó el señor Durrien, nos vemos reducidos a las conjeturas; pero voy a decir lo que me parece más verosímil. Ese O'Donoghán, grumete a bordo del *Cynthia*, agregado al servicio personal del capitán, estaba en relaciones continuas con los pasajeros de primera clase, que comen siempre a la mesa del comandante; sabría, por lo tanto, el nombre de mi hija; no ignoraba que era de nacionalidad francesa, y por consiguiente podía identificarla en caso necesario. ¿Le habría encargado Noah Jones alguna misión tenebrosa? ¿Contribuyó al naufragio tan sospechoso del *Cynthia*, o tuvo sólo parte en la caída del niño al mar? Esto jamás lo sabremos, puesto que el hombre ha muerto; pero de todos modos, lo cierto es que sabía cuán importante era para el exasociado de Jorge «el niño del salvavidas». Un hombre como ese O'Donoghán, que, al parecer, era bebedor y perezoso, no tendría mucho escrúpulo en cometer una mala acción; pero ¿sabría él que el niño estaba vivo? ¿Ayudó él mismo a salvarle, recogién-dole en el mar para dejale después cerca de Noroé o en cualquiera otra parte? Éste es un punto oscuro; pero de todos modos, O'Donoghán aseguraría a Noah Jones que «el niño del salvavidas» había sobrevivido al naufragio; se vanagloriaría de conocer el país donde había sido recogido, y sin duda daría a entender también que tenía adoptadas sus precauciones para revelar todo lo del niño si se intentaba algo contra su persona, es decir, contra O'Donoghán. Noah Jones se vio obligado a pagar su silencio, y éste es el origen de los fondos que el irlandés recibía en Nueva York cuando llegaba a esa ciudad.

—Eso me parece muy verosímil, dijo el señor Bredejord; y añadiré que la

serie de acontecimientos confirma del todo la hipótesis. Los primeros anuncios del doctor Schwaryencrona inquietaron a Noah Jones, quien creería indispensable desembarazarse de Patricio O'Donaghan; pero érale preciso obrar con prudencia, precisamente porque el irlandés aseguraba haber adoptado sus precauciones. En consecuencia, se contentó con intimidarle, sin duda haciéndole creer, gracias a los anuncios, una intervención inmediata de la justicia. Esto se desprende del relato que nos hizo en Nueva York el dueño de «El áncora roja» y de la prisa con que O'Donaghan se dio a la fuga. Evidentemente se creyó amenazado de extradición, como lo prueba el hecho de haber emigrado hasta el país de los samoyedos, tomando un nombre falso. Noah Jones, que sin duda le dio el consejo, debió creerse entonces al abrigo de toda sorpresa; pero los anuncios en que se reclamaba a Patricio O'Donaghan le inquietaron otra vez, y entonces hizo el viaje a Estocolmo para declarar que Patricio O'Donaghan había muerto, y quizá también para ver por sus propios ojos hasta qué punto habíamos llegado en nuestras diligencias. Después vino la relación del *Vega*, se anunció la expedición del *Alaska* por los mares árticos, y entonces Noah Jones, o Tudor Brown, viéndose en inminente peligro, porque su confianza en Patricio O'Donaghan era muy limitada, no vaciló ya ante un crimen para asegurarse la impunidad. Por fortuna, las circunstancias nos han favorecido; pero bien podemos decir ahora que hemos escapado de milagro de sus intentos criminales.

—¡Quién sabe!, exclamó el doctor. Tal vez esos peligros contribuyeron a conseguir lo que nos proponíamos. A no ser por el accidente de la Calzada, es muy probable que hubiéramos proseguido nuestra ruta por el canal de Suez, y llegado al estrecho de Bering demasiado tarde para encontrar el *Vega*; y también me parece dudoso, por lo menos, que se hubiese averiguado algo por O'Donaghan, en el caso de haberle encontrado con Tudor Brown... En fin, todo nuestro viaje ha sido una serie de incidentes trágicos desde el comienzo, y únicamente al periplo y a la celebridad que resultó para Erik, debemos la suerte de haber encontrado a su familia.

—¡Sí!, dijo orgullosamente la señora Durrien, pasando la mano por el cabello de su hijo. ¡La gloria es la que me lo ha devuelto! Y casi al punto añadió: Como fue el crimen lo que me lo arrebató, y como ha sido la bondad de todos, la que me lo ha conservado, haciendo de él un hombre superior.

—Y yo añadiré, dijo el señor Bredejord, que también la infamia de Noah Jones tendrá por resultado hacer de nuestro Erik uno de los hombres más ricos de América.

Todos los presentes le miraron con sorpresa.

—Sin la menor duda, continuó el eminente abogado. ¿No era Erik heredero de su padre en su parte de propiedad del yacimiento Vandalia?... ¿No se le ha privado indebidamente de su renta durante veintidós años? ¿Y no bastará para obtenerla una simple prueba de identidad filial, confirmada por todos nosotros como testigos, comenzando por *maese* Hersebom, la buena Catalina y el señor Malarius? Si Noah Jones ha dejado hijos, éstos son responsables del enorme atraso, que absorberá probablemente toda su parte del capital social; y si ese bandido no ha dejado ninguno, Erik es el único heredero de la propiedad entera, según los términos del contrato que el señor Durrien nos ha leído. De todos modos, nuestro protegido debe tener en Pennsylvania algo así como cien o doscientos mil dólares de renta.

—¡Hola, hola!..., exclamó el doctor, sonriendo. He aquí cómo el pequeño pescador de Noroé ha llegado a ser un buen partido... Laureado por la Sociedad Geográfica, autor del primer periplo circumpolar y poseyendo una rentita de cien mil dólares, será un marido como hay pocos, al menos en Estocolmo... ¿Qué te parece, Kajsa?

La joven se ruborizó mucho al oír esta interpelación, cuya crueldad no sospechaba seguramente su tío, pues Kajsa comenzaba a decirse desde hacía un momento que había procedido con bastante torpeza al rechazar a un aspirante de tan ventajosas condiciones y que en lo futuro debería tenerle más consideración.

Pero Erik, ¡cosa extraña!, no tuvo ya ojos para la sobrina del doctor, desde el momento en que comprendió que podía sobreponerse a sus injustos desdenes. Bien fuese porque la ausencia y las reflexiones durante sus noches de guardia le habían abierto los ojos sobre la dureza del corazón de Kajsa, o porque le bastara la satisfacción de no ser ya a los ojos de la joven un expósito, un miserable, el caso es que el joven capitán no tenía ya para Kajsa más que esa cortesía con que estaba obligado a tratarla como mujer y como sobrina del doctor Schwaryencrona.

Todas sus preferencias eran para Vanda, que verdaderamente se hacía

cada vez más encantadora al perder sus rusticidades bajo el techo de una mujer amable y distinguida; por su exquisita bondad, sus gracias naturales y su sencillez hacía amar de cuantos la rodeaban; y antes de haber pasado ocho días en Val-Feray, la señora Durrien declaraba francamente que en lo sucesivo le sería imposible separarse de ella.

Erik se encargó de dejarlo todo arreglado, induciendo a *maese* Hersebom y a Catalina a dejar a Vanda en Francia, bajo la expresa condición de hacerles todos los años una visita en Noroé. En un principio el joven pensó en conservar en Bretaña a toda su familia adoptiva, y hasta ofrecióles transportar a Brest la casa de madera donde había pasado su infancia; mas este proyecto de emigración en masa se juzgó impracticable. *Maese* Hersebom y Catalina tenían ya demasiada edad para semejante cambio en sus costumbres; no hubieran podido ser del todo felices en un país donde no conocían la lengua y las costumbres; y por lo tanto, fue preciso dejarles marchar, no sin asegurarles para el resto de sus días ese bienestar no adquirido hasta entonces por toda una vida de trabajo y de honradez. Erik hubiera deseado, cuando menos, conservar a Otto; pero él también prefería su fiordo a todas las radas de la tierra, no veía existencia preferible a la del pescador. Para decirlo de una vez, añadamos también que el cabello color de lino y los ojos azules de Regnild, hija del gerente de la fábrica de Noroé, no eran extraños al invencible atractivo que el pueblo tenía para Otto. Por lo menos, así se pudo deducir cuando anunció que iba a casarse con dicha joven la siguiente Navidad.

El señor Malarius confía en educar a sus hijos, como lo hizo con Erik y Vanda, y ha vuelto a encargarse de la escuela del pueblo después de tomar parte en los honores conferidos por la Sociedad Geográfica de Francia al comandante del *Alaska*. Ahora se ocupa de corregir las pruebas de su magnífica obra sobre la flora de los mares árticos, editada a expensas de la Sociedad Linneana.

El último asunto, judicial de que se ha ocupado el señor Bredejord ha sido el proceso que entabló para el reconocimiento de los derechos de Erik a la propiedad entera del yacimiento Vandalia; le ha ganado en primera instancia y en apelación, consiguiendo así un triunfo completo.

Erik, aprovechándose de esta victoria y de la considerable fortuna que le tocaba en suerte, ha comprado el *Alaska*, que es su yate de recreo, del cual se sirve todos los años para ir, en compañía de la señora Durrien y de Vanda, a visitar en Noroé a su familia adoptiva. Aunque se haya rectificado

su estado civil y use hoy legalmente el nombre de Emilio Durrien, ha querido agregar el de Hersebom, y todos los suyos han conservado la costumbre de llamarle Erik.

El secreto deseo de su madre es que se case un día con Vanda, a la cual ama como a su propia hija, y este deseo está demasiado conforme con la propia inclinación del joven para que no se realice un día u otro.

Entretanto, Kajsa permanece soltera, con el vago sentimiento de «haber perdido la ocasión», como vulgarmente se dice. El doctor Schwaryencrona, el señor Bredejord y el profesor Hochstedt siguen jugando al *whist*.

Cierta noche que el doctor jugaba peor que de costumbre, su amigo Bredejord se complació en recordarle, golpeando con los dedos su tabaquera, una circunstancia demasiado olvidada.

—¿Qué día piensa usted, díjole con maliciosa sonrisa, enviarme su *Plinio* de Aldo Manuzio? Supongo que ahora no sostendrá que Erik es de origen irlandés.

El doctor quedó un instante aturdido por aquella interpelación; pero reponiéndose muy pronto, contestó:

—¡Bah! Un expresidente de la República francesa descende de los reyes de Irlanda, y nada de extraño sería que sucediese lo mismo con la familia Durrien.

—Evidentemente, replicó el abogado Bredejord, y hasta es tan verosímil que por poco más le tendría que enviar a usted mi *Quintiliano*.

Julio Verne



Jules Gabriel Verne, conocido en los países hispanohablantes como Julio Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), fue un escritor, poeta y dramaturgo francés célebre por sus novelas de aventuras y por su profunda influencia en el género literario de la ciencia ficción.

Nacido en el seno de una familia burguesa en la ciudad portuaria de Nantes, Verne estudió para continuar los pasos de su padre como

abogado, pero muy joven decidió abandonar ese camino para dedicarse a escribir. Su colaboración con el editor Pierre-Jules Hetzel dio como fruto la creación de Viajes extraordinarios, una popular serie de novelas de aventuras escrupulosamente documentadas y visionarias entre las que se incluían las famosas Viaje al centro de la Tierra (1864), Veinte mil leguas de viaje submarino (1870) y La vuelta al mundo en ochenta días (1873).

Julio Verne es uno de los escritores más importantes de Francia y de toda Europa gracias a la evidente influencia de sus libros en la literatura vanguardista y el surrealismo, y desde 1979 es el segundo autor más traducido en el mundo, después de Agatha Christie. Es considerado, junto con H. G. Wells, el «padre de la ciencia ficción». Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.